
HEATHER BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
PÍCAROS DISTINGUIDOS
Romance y el conde

ROMANCE Y EL CONDE

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO DOCE



HEATHER BOYD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



EN LA CASA de Placer de Madame Bradshaw, un caballero podía comprar prácticamente cualquier cosa y a cualquier persona por el precio adecuado. Este no era un entretenimiento barato. Un hombre pagaba una prima por los placeres que se ofrecían aquí.

Price solo venía aquí para ahogar sus penas.

La luz era tenue en su rincón, pero los lacayos sabían que debían rellenar su copa con brandy de sidra tan pronto como la vaciaba. Sus amigos cercanos satisfacían sus propios vicios de manera diferente. Tomaban amantes, apostaban y defendían sus puntos de vista con vigor, como si el mundo girara solo para ellos.

Price, sin embargo, se guardaba sus opiniones para sí mismo en estos días. Ya no daba nada por sentado, cuando una vez habría estado en el centro de cualquier debate, expresando libremente sus opiniones como alguna vez pensó que era su derecho hacerlo como Conde de Carmichael. Había arriesgado su fortuna en el giro de un dado muchas noches y ofrecido su corazón por la emoción de amar a las mujeres, especialmente a una en particular.

Ahora lo sabía mejor. El dinero y la posición no garantizaban la felicidad. El placer era fugaz, pero no debía olvidarse. Cada momento que respiraba era precioso para él, al igual que la felicidad de los demás.

Pero admitía libremente que ya no tenía el poder de hacer felices a los demás, ni el deseo de intentarlo.

Price apreciaba el santuario que este lugar ofrecía a alguien que no deseaba ser animado a un mejor estado de ánimo. Su corazón estaba roto, sin poder sentir jamás la indescriptible alegría de abrazar a la única persona que había significado el mundo para él. Abrazaba su existencia solitaria, la saboreaba de una manera que nunca antes había hecho.

Pero esa pérdida no decretaba que debiera esconderse.

Madame Bradshaw merodeaba por la habitación, una emperatriz de su dominio decadente. Se decía que una vez había sido la amante de un duque, Madame se había vuelto infame desde que se estableció por su cuenta. Pasada ya su mejor época, había abierto este establecimiento y empleado a otras para ofrecer un nivel de atención que la mayoría de los caballeros del *ton* ansiaban pero decían que nunca encontraban en casa. El establecimiento había prosperado estos últimos años, y se decía que la lista de espera para ser admitido era larga.

Price había solicitado la membresía por capricho hace años, sin intención de venir aquí más que una vez. Por diversión. Últimamente, sin embargo, venía cada noche para complacer su vicio actual: la bebida.

Las hermosas tentadoras de Madame Bradshaw se acercaban de vez en cuando, intentando elevar el ego de Price mientras se deslizaban sobre sus rodillas y le susurraban seducciones al

oído. Sin embargo, estaba seguro de que todas sabían ahora que él no estaba interesado en más que una breve conversación. Probablemente Madame Bradshaw insistía en que al menos intentaran coquetear con él una vez por noche para que no pareciera que estaba siendo descuidado.

Price no se sentía descuidado. Era feliz aquí. Solo venía a beber en compañía de otros que no lo criticarían ni intentarían reformarlo. Detestaba beber solo en casa, y sus amigos venían aquí, así que él también. Si pensaban que bebía demasiado, se guardaban esa opinión para sí mismos.

Echó otro vistazo a la habitación y entrecerró los ojos ante su entorno. El establecimiento de Madame Bradshaw era un lugar bastante diferente a cualquier otro que hubiera visitado antes. La opulencia del mobiliario era un poco exagerada para su gusto. Las mujeres que pasaban vistiendo muy poco para sugerir modestia le recordaban a una pintura que una vez había vislumbrado de la época romana, incluso hasta las coronas de hojas doradas que adornaban sus cabezas.

No es que estuviera interesado en absoluto. La única mujer que quería estaba muerta, y aún la lloraba.

Price terminó su copa, alejando su desesperación, y agradeció cuando un lacayo apareció instantáneamente a su lado equilibrando una copa llena en una pequeña bandeja dorada en su mano. —Para usted, milord —murmuró.

—Gracias —murmuró con un asentimiento, tomando otro sorbo y mirando las tentaciones en exhibición con indiferencia.

De las mujeres que Madame empleaba para dar placer a los hombres, actualmente había un buen número para elegir si así lo deseaba. Una o una docena se unirían a él en la cama si lo deseara cualquier noche. Sus extremidades eran carnosas y firmes, jóvenes, sus rostros artísticamente pintados con cosméticos que enfatizaban sus ojos. Si se suponía que el ojo era la ventana del alma, entonces esas damas sugerían deseo cuando lo miraban.

Price no era el único caballero en la habitación que observaba el hermoso desfile pasar frente a él en la tenue luz esta noche. A su derecha, varios caballeros amigos se reclinaban en chaises longues como la suya, copa en mano también, ojos hastiados deteniéndose en las ofertas de Bradshaw. Uno hizo señas a una bella dama para que se sentara en su regazo, y cuando ella se montó a horcajadas sobre él, Price volvió su atención a su copa para no ver más de lo que realmente quería de su intercambio.

Algunos otros caballeros en el lado opuesto de la habitación también tenían mujeres sentadas sobre sus caderas, en varias etapas de hacerles el amor sin importar su audiencia. Pronto se irían, encontrarían una habitación para hacer el amor. Eran libres con sus afectos de una manera que Price ya no podía ser.

Price dirigió su atención al otro lado, donde estaba la puerta. La sala de cartas al otro lado del pasillo estaba mejor iluminada y repleta de jugadores empedernidos, pero sabía que era mejor no jugar una mano cuando estaba tan ebrio.

Sin embargo, podía sentir la tensión aumentando en esta habitación, oler el aroma de la excitación en el aire, pero no se veía afectado en lo más mínimo. Estaba casi demasiado borracho para sentir cualquier incomodidad también. La habitación, la gente también, comenzaron a adquirir un suave resplandor como si los estuviera viendo a través de una ventana sucia. Eso lo hacía feliz. No veía ninguno de sus defectos bajo la influencia del alcohol. El mundo era un lugar hermoso cuando estaba en esta condición. Justo como prefería imaginarlo.

Tomó otro trago, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tenía solo un hermoso recuerdo para saborear durante las largas horas de la noche. Él y Angela Berry, la joven que había amado y con quien pretendía casarse, escondidos juntos detrás de una cortina carmesí en

una habitación ligeramente menos opulenta que esta. Manos torpes, labios encontrándose, lenguas enredándose. Sin aliento por la anticipación. Angela había sido inexperta pero muy ansiosa. Él también había estado ansioso, pero con la experiencia para disfrutar la anticipación de provocarla hasta excitarla, pero sin ir más allá.

Debería haberse casado con ella después de su primer beso. Haberla llevado a Gretna Green y olvidarse de tratar de ganarse a su familia antes de casarse. Debería haber...

Unas manos, suaves y gentiles, se deslizaron sobre sus hombros, sacándolo de sus remordimientos. —No debería estar solo, milord —susurró una voz seductora en su oído antes de que la sintiera moverse para sentarse a su lado.

Price abrió los ojos lentamente. —No...

Las palabras en su garganta murieron mientras parpadeaba sorprendido, y luego recuperó completamente el sentido.

La mujer frente a él tenía un parecido sorprendente con una antigua conocida. Pero eso era imposible. Lenore Griffin estaba a millas de distancia en el campo actuando como dama de compañía, y nunca desperdiciaría su buena reputación en este sórdido lugar.

Parpadeó rápidamente y esa ligera confusión desapareció. La prostituta podría tener el mismo abundante cabello castaño cayendo alrededor de su bonito rostro, pero ahí terminaban afortunadamente las similitudes. Era solo un truco de la débil luz y del alcohol.

—Esta noche no, querida —declaró, apartando la cara.

La mujer le quitó la bebida de la mano y, por el rabillo del ojo, la vio probarla antes de hablar de nuevo. —Ninguna noche, según he oído. Madame está preocupándose por usted, milord. ¿Por qué rechaza nuestra compañía?

Él le sonrió mientras recuperaba su vaso. —A Madame solo le preocupa el dinero, y lo que yo haga no debería interesarle a nadie. Le pago bien para que me dejen en paz.

Una leve sonrisa tiró de sus labios. —Si está tratando de pasar desapercibido, está fracasando horriblemente, milord. Encontramos su desinterés aún más desafiante cuanto más tiempo permanece solo.

Él negó con la cabeza. —Lo siento. No tengo espacio en mi corazón para las mujeres.

—No quiero su corazón, milord. —Hizo una mueca—. Si puedo ser completamente honesta, tampoco lo quiero a *usted*, realmente. Pero Madame espera que entretengamos a alguien, y hay una apuesta que vale la pena ganar con usted. Pensé que quizás podría ayudarme a ganarla haciendo parecer que me prefiere más que a las otras.

¿Las prostitutas apostaban por él? A Price le pareció triste. Angela solía hacer apuestas ridículas con sus amigas. Él la había ayudado a ganar algunas, también. Sus risas cuando ella ganaba parecían tan lejanas ahora. Sin embargo, Price apreciaba la honestidad de la prostituta sobre su motivo para acercarse a él. ¿Qué daño podría hacer mientras solo tuviera que fingir? —Acompáñame entonces, y fingiremos juntos.

Su sonrisa fue completamente encantada. —Con gusto, milord.

Ella subió los pies a la chaise y se retorció hasta quedar en sus brazos. Él la acercó contra su cuerpo pero la mantuvo de espaldas a él. No quería besarla ni llevarla a la cama. Su compañía era todo lo que toleraría.

Después de un tiempo, la mujer se movió en sus brazos para mirarlo. —¿Milord?

—¿Cuál es tu nombre?

—Angie, milord.

Se sobresaltó. Una variación del nombre de su verdadero amor no era lo que esperaba escuchar. Lanzó una mirada rápida más allá de Angie, buscando a la abadesa. Se sabía que

Madame Bradshaw iba a extremos extraordinarios para satisfacer los deseos no expresados de su clientela. No le extrañaría que hubiera indagado un poco en su vida y encontrado una mujer específicamente para él. —¿Es ese tu verdadero nombre?

—Sí, milord. Madame quería cambiarlo a Celeste, pero ese era el nombre de mi madre y pensé que tomarlo sería irrespetuoso.

Se calmó, creyendo que Angie estaba diciendo la verdad sobre su nombre. Se sabía que las mujeres con hijas en edad de casarse habían empujado a sus retoños hacia él toda su vida. Evitar enredos románticos era una de las razones por las que había evitado muchas de las fiestas y diversiones de este año. No había ningún plan o artificio aquí.

Miró de nuevo a la mujer a su lado. Su cabello tenía un tono rojizo oscuro, sus labios rosados y sonrientes. Sus ojos eran azules, pero fríos y calculadores de una manera que lo inquietaba mientras la miraba por más tiempo.

Le recordaba a alguien. A una vieja amiga suya. Lenore Griffin tenía ojos azules pero suaves, y a menudo tristes. Casi nunca sonreía, lo cual no era sorprendente dada su posición en la vida.

Exhaló lentamente. —¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No mucho, realmente —murmuró, y luego miró por encima de su hombro de nuevo—. Pero cada día se siente una eternidad.

—Conozco ese sentimiento. —Apartó su cabello cuando comenzó a hacerle cosquillas en la nariz, y luego levantó su vaso a los labios para otro sorbo de sidra. Reclinó la cabeza de nuevo, sintiendo el efecto de los espíritus arrastrándolo hacia la inconsciencia.

La mujer se dio la vuelta y lo enfrentó, acostándose medio sobre él. Sus extremidades se enredaron con las de él, y no sintió el más mínimo placer en ello.

Ella puso su mano suavemente en su mejilla.

—Aún no estoy dormido —prometió.

—Pero pronto lo estará. La apuesta no puede ganarse de esta manera. Debería venir conmigo, milord, y encontraremos una habitación juntos. Le dejaré dormir, pero todos pensarán lo contrario —susurró, deslizando sus dedos por su pecho. Él agarró su mano antes de que pudiera vagar demasiado lejos—. A menos que haya cambiado de opinión y quiera algo más —ronroneó.

—No. Pensándolo bien, *he* cambiado de opinión. Prefiero estar solo aquí.

—Lo cuidaré mejor esta noche que nadie antes —susurró Angie.

A pesar de su desinterés, no pudo evitar sonreír ante su afirmación. Era una determinada. —Eso no es posible. Busca a alguien más.

Angie se alejó enfurruñada, y Price terminó su bebida en paz. No deseaba involucrarse con mujeres molestas y exigentes.

Apoyó la cabeza en los cojines y pensó en Angela, o intentó hacerlo.

En cambio, se encontró pensando en la tranquila Lenore Griffin y se preguntó si su nueva situación le convenía tanto como la anterior. Su empleador anterior había fallecido repentinamente, y una viuda respetable en la misma ciudad la había acogido. Hacía tiempo que no sabía de ella. Debería escribir y cumplir la promesa que hizo hace mucho tiempo de mantenerse en contacto.

—Dime, Carmichael, ¿estás dormido, viejo?

Abrió un ojo para encontrar al marqués de Wharton de pie sobre él. —No con tus gritos.

—Bien. Hemos terminado aquí.

Price reenfocó su mirada, notando que su grupo se había reducido a solo tres. —¿Dónde está Sullivan?

—Se fue hace horas —dijo Scarsdale, un conde larguirucho de edad similar, con el ceño

fruncido—. Sabes que desaprueba estos lugares.

—Podría simplemente beber como yo e ignorar el resto —sugirió Price.

—Nadie bebe como tú y espera vivir mucho tiempo —se quejó Wharton. Lo agarró por debajo del brazo y lo levantó—. Cielos, pesas más de lo que pareces.

Price se tambaleó un poco mientras se enderezaba el abrigo y tiraba hacia abajo de su chaleco. —No necesitaba ayuda.

Wharton frunció el ceño. —Ciertamente *sí* necesitas la ayuda de alguien.

—Vamos —dijo Scarsdale mientras agarraba a Price por el otro brazo, y los tres se abrieron paso hacia el vestíbulo de entrada y el sol que recién se levantaba afuera.

Price tropezó al entrar en el carruaje, ocupando todo un banco mientras sus amigos se sentaban uno al lado del otro frente a él. Se pasó una mano por la mandíbula, cubriendo un bostezo y la barba que le había crecido desde que había dejado de preocuparse por tratar de impresionar a la sociedad.

—Te arruinarás con la bebida, ¿sabes? —comenzó Wharton antes de que hubieran avanzado demasiado—. Y esa barba tiene que desaparecer pronto.

Price se encogió de hombros ante la crítica. —¿Qué importa mi aspecto para ti?

—Bueno, he notado que a las damas no les gustan mucho las barbas.

Se aferró al banco cuando el carruaje se puso en marcha.

—No me interesan las mujeres.

—No puedes estar de luto para siempre —protestó Wharton—. Ni siquiera estabas comprometido con la chica. Han pasado meses. Es hora de mirar hacia el futuro.

—Nunca amaré a otra —advirtió Price, deseando que su amigo entendiera y dejara de molestarlo con Angela. Él conocía el estado de su propio corazón.

Scarsdale rio suavemente.

—¿Quién está hablando de amor?

Wharton hizo callar a Scarsdale y se inclinó hacia adelante.

—Escucha, entiendo lo que estás haciendo, pero Angela Berry no era la única mujer bonita de la sociedad que podría haberte sido una buena esposa. Hay muchas ansiosas por captar tu atención. Vaya, justo el otro día, escuché a un par de damas hablando de ti.

—En efecto —Price se removió en su asiento—. Protestando que difícilmente podría haber sospechado que mi madrina era una asesina, supongo.

Wharton asintió.

—Nadie te culpa.

—Nadie habla de otra cosa. Por eso empecé a evitar a ciertas anfitrionas y aún lo hago. Las que saltan en mi defensa son las peores porque nunca dejan descansar el asunto. Prefiero estar solo.

Wharton suspiró.

—Seguramente hay algo mejor que pasar cada noche de tu vida en este estado.

—No soy un borracho —prometió Price.

—No, no. Pero no estás actuando como el hombre que admirábamos —se quejó Scarsdale—. El primer mes después de la muerte de Angela, apenas comías, luego cenabas opíparamente cada noche como si fuera tu última comida, y ahora estás bebiendo constantemente y deprimido.

—Te olvidaste del mes en que no podía quedarse quieto —se quejó Wharton—. Maldita sea si yo tenía la resistencia para seguirle el ritmo.

—El punto es que no puedes seguir así mucho más tiempo sin que afecte tu salud. Es hora de dejar de lado tu dolor y pensar en el futuro.

Price les lanzó una mirada furiosa.

—Están tratando de casarme.

—Quiere decir que deberías vivir como lo hacías antes. Como un caballero. Como el conde que eras antes de que Angela muriera —dijo Wharton—. Solías ser divertido. Confiable. Tienes responsabilidades. Eras una voz en la Cámara de los Lores una vez. La gente te miraba para saber cómo votar.

—Qué aburrido suena eso.

—Y también debes casarte —señaló Scarsdale—. Tenemos que enfrentar eso en algún momento, ¿no?

Wharton asintió enfáticamente.

—Si quieres lo mejor, para hacer tu propia elección en lugar de tropezar con una situación que no sea de tu propia creación, será mejor que enfrentes el mundo con la cabeza despejada.

—¿Qué estás diciendo?

—No siempre podemos estar cuidándote. Tan borracho como estás, serías un tipo fácil de capturar por una arpía cazamaridos.

—Yo *tenía* lo mejor —prometió Price, pensando en la dulce y perfecta Angela. El amor de su vida. Habrían sido felices juntos. Había perdido esa esperanza para el futuro, y no podía imaginar hacer el amor con alguien más.

—Así que no puedes tenerla. Simplemente elige a cualquier mujer que puedas tolerar y cásate con ella. Al menos así, podemos dejar de preocuparnos de que alguna mujer te atrape y haga tu vida aún más miserable de lo que ya es.

Price suspiró profundamente. Sus amigos tenían razón. Había amado a Angela con todo su corazón, y las posibilidades de volver a sentirse así eran remotas. Sería sabio tomar las riendas del asunto eventualmente.

—Supongo que no tiene sentido seguir retrasándolo.

Wharton se dio una palmada en la rodilla.

—Solo asegúrate de que tenga una cara bonita, y estarás bien cuando llegue el momento de llevarla a la cama.

—Necesitará una dote y conexiones impecables —añadió Scarsdale.

El dinero no era una necesidad apremiante para Price. Tenía riqueza suficiente para valorar otras cualidades.

—Discreción. Amabilidad. Lealtad —murmuró—. Una dama que no exija que se le entregue el mundo.

Scarsdale estalló en carcajadas.

—¿Hay alguna dama que conozcas que no tenga su propia agenda cuando elige marido? Todas quieren algo de nosotros.

—Usualmente quieren un hombre con el título más alto —agregó Wharton—. Afortunadamente, el Conde de Carmichael era un diablo popular, y lo volverá a ser. Aun así, es una propuesta complicada, elegir a la esposa adecuada dentro de la *alta sociedad*. Hay ventajas definitivas en tomar las riendas temprano.

Price sostuvo la mirada de Wharton.

—¿Qué sabes tú sobre el cortejo o el matrimonio?

—No mucho, pero nunca he descartado la idea de plano como lo has estado haciendo últimamente —Wharton se inclinó de repente hacia adelante—. ¿Angela realmente esperaría que vivieras toda tu vida solo?

Price se quedó inmóvil, y afortunadamente vio que el carruaje se acercaba a su casa. Salió

antes de tener que responder a Wharton y solo se despidió.

El amor podría estar fuera de cuestión para él, pero se esperaba que se casara, desafortunadamente, por el bien del título. Tenía un deber, y Angela también lo habría entendido. Ella había sido como muchas mujeres de la alta sociedad. Había tenido para elegir, y lo había escogido a él, un conde del que se había enamorado.

No había ninguna dama que Price conociera que pudiera igualarla en la alta sociedad. Cualquier matrimonio que hiciera tendría que ser un arreglo. Dado que la adoración ya no era un factor, era libre de casarse con quien quisiera, siempre y cuando nunca esperaran que se enamorara.

CAPÍTULO 2



—¡Lady Kelly! —gritó Lenore Griffin aterrorizada cuando el faetón en el que viajaba se desvió peligrosamente hacia la acera, donde los inocentes transeúntes podrían ser atropellados.

Cerró los ojos instintivamente hasta que finalmente sintió que el faetón se sacudía y luego disminuía la velocidad. Con cautela, se arriesgó a echar un vistazo a dónde estaban y luego miró hacia el otro lado del asiento.

Lord Thorne, el nuevo pretendiente de su empleadora, tenía ahora las riendas en sus manos, y Lady Kelly sonreía.

—Le estaba cogiendo el truco —prometió.

—Lo has hecho admirablemente para ser la primera vez, mi querida señora —dijo Lord Thorne con entusiasmo—. Ahora es mi turno. Es un verdadero honor llevaros a ti y a tu acompañante por la ciudad.

Lenore se inclinó hacia adelante.

—Se lo agradezco mucho.

Quizás fuera desleal hacia su empleadora preferir la habilidad de Lord Thorne con las riendas, pero Lenore tenía una vida, y realmente le gustaba mucho vivirla. Se sentía infinitamente más segura con el pretendiente de Lady Kelly conduciéndolas que con su empleadora, cuyo comportamiento se había vuelto errático últimamente.

Lady Kelly le lanzó a Lenore una mirada de reproche, y Lenore rápidamente volvió a mirar al frente, encogiéndose un poco en su asiento. Lady Kelly, a primera vista un pilar respetable de su pequeña comunidad, le había estado dando esa mirada a Lenore desde que Lord Thorne había comenzado a frecuentarla. La dama había empezado a actuar con más audacia y se había vuelto menos preocupada por la felicidad de los demás, especialmente de los que estaban a su servicio. Sin ir más lejos, la semana pasada había abofeteado a una doncella por un comentario inofensivo sobre la necesidad de soltar una costura en el mejor vestido de Lady Kelly.

Lord Thorne había estado cortejando a Lady Kelly durante unos meses, y esta no era la primera vez que ella hacía algo temerario en su compañía. ¿Estaba la dama tratando de impresionarlo con su atrevimiento para que la encontrara más atractiva?

Lady Kelly era la última de una larga lista de empleadoras exigentes que esperaban que sus acompañantes cumplieran con altos estándares de comportamiento y amabilidad en todo momento. Lenore encontraba que esta última expectativa era la más difícil de satisfacer. Lady Kelly era extremadamente contradictoria en la conversación. Lenore nunca sabía exactamente con qué opinión quería que estuviera de acuerdo primero.

Pero Lenore se había sentido cómoda con el barón, y esperaba que se formalizara un compromiso cualquier día. Un hombre mayor, Lord Thorne tenía bolsillos profundos, conexiones

impecables y hablaba inteligentemente sobre numerosos temas. No tenía vicios que Lady Kelly desaprobara. Aunque la experiencia le había demostrado a Lenore que en general no se podía confiar en los caballeros, especialmente en los hombres que cortejaban a sus acaudaladas empleadoras, sentía que sus atenciones eran sinceras. Parecía bastante decidido a causar una buena impresión en todos los amigos de Lady Kelly también.

Al fin y al cabo, lo único que importaba era que hiciera feliz a Lady Kelly. Lenore ya había empezado a considerar discretamente dónde podría encontrar una nueva situación para sí misma. No había muchas mujeres que necesitaran compañía en el pueblo, así que se había dedicado a leer el periódico en busca de oportunidades más allá.

Sin embargo, Lenore no estaba en absoluto desesperada por si la echaban de inmediato. Había ahorrado un poco de dinero propio para situaciones como esta, y esos fondos la mantendrían durante unos meses si no encontraba una nueva situación inmediatamente.

Lord Thorne y Lady Kelly intercambiaron una mirada cariñosa mientras él explicaba la dificultad de manejar su fogoso tiro mientras conducían. Lenore mantuvo la mirada al frente, deseando poder desaparecer en lugar de escucharlos enamorarse.

Toda la vida de Lenore había girado en torno a hacerse invisible. Primero como niña y luego como dama de compañía. Mantener a sus empleadoras tranquilas y felices siempre había sido su objetivo. No habría podido negarse a dar este paseo con ellos aunque hubiera querido.

—He recibido una carta de mi hermana mayor, Lady Bedwell, hoy —anunció Lord Thorne —. Me ha invitado a pasar la Navidad con ella en Cornualles.

Lenore no había conocido a esta hermana en particular de Lord Thorne, pero había oído mucho sobre ella durante el té en el salón. La dama prácticamente había criado a Lord Thorne en lugar de una madre, había dicho él, y era esencial complacerla, le había confiado Lady Kelly a Lenore más tarde.

Lady Kelly jadeó.

—No te irías realmente tan pronto, ¿verdad?

—No estoy seguro de poder negarme. Ha sido muy buena conmigo a lo largo de los años, y ahora está sola desde que falleció su marido. Temo que se haya vuelto solitaria.

—Nosotras también estaríamos solas sin ti —Lady Kelly se sonrojó—. ¿No es así, Lenore?

Lenore hizo un sonido de consentimiento porque Lady Kelly había estado mucho más feliz estos últimos meses con Lord Thorne alrededor. Temía las lágrimas que fluirían el día de su partida. Lady Kelly era una criatura emocional. Era el trabajo de Lenore escuchar sus penas, simpatizar y traerle paños fríos para aliviar sus ojos hinchados. Pero la consideración de Lord Thorne por los sentimientos de sus parientes femeninas solo mejoró su opinión sobre su carácter como pretendiente de Lady Kelly.

Lenore se inclinó hacia adelante.

—Debe echar terriblemente de menos a su marido.

—En efecto, lo hace —la sonrisa de Lord Thorne cayó sobre Lenore—. No temas, no tendré que tomar ninguna decisión hasta dentro de una semana más o menos.

Lady Kelly se quedó en silencio, pero se mordía el labio inferior mientras miraba hacia adelante. Eso nunca era una buena señal. Lenore casi podía oírla preocupándose por pasar la Navidad sola sin él.

Él sonrió.

—¿Tenías algún plan para las próximas fiestas, Lady Kelly?

—Ninguno —suspiró ella—. Lo más probable es que nos quedemos en casa, como siempre hacemos.

Lenore había estado con Lady Kelly durante casi un año, pero había pasado los últimos tres años en la zona. Tres Navidades aburridas y sin incidentes pasadas mirando la blancura exterior con solo mujeres mayores como compañía. La perspectiva de otro año así bajaba sus ánimos.

—Ah —murmuró él—. Tu hogar es un lugar encantador y tranquilo.

—Lo es —coincidió Lady Kelly—. Sin embargo, hace tiempo que estoy considerando unas vacaciones también.

Eso sorprendió a Lenore. La última empleadora de Lenore había afirmado que Lady Kelly había echado raíces y se había asentado como un cerdo en el barro. Hasta que Lord Thorne había empezado a frecuentarla, el único interés de Lady Kelly había sido criticar el comportamiento de sus vecinos más cercanos. Pero la perspectiva de viajar a nuevos lugares atraía mucho a Lenore.

Se arriesgó a hacer una pregunta.

—¿Cómo es la Navidad en Cornualles?

—Aburrida y sombría —respondió él con una sonrisa—. Pero mi hermana pone una buena mesa, y está la caza, por supuesto. Entretiene a menudo.

—Supongo que tienes muchos amigos allí —preguntó Lady Kelly con voz preocupada.

—Algunos, pero ninguno tan encantador como tú —prometió sonriendo a Lady Kelly. Su mirada se desvió hacia Lenore, y ella se sonrojó y apartó la vista rápidamente. No debería haber notado su intercambio afectuoso.

Lenore reprimió un suspiro. ¿Cuánto faltaría para que él propusiera matrimonio? Deseaba que hubiera alguna forma de saber cuándo ocurriría antes de que su necesidad de un nuevo empleo y un techo sobre su cabeza se volviera apremiante.

Se alegró mucho cuando él finalmente dirigió el carruaje hacia casa y pudo escapar del estrecho confinamiento con la posible pareja.

"Casa" era casi una pequeña granja, con vacas en los prados verdes, gallinas escarbando en el jardín y algunos sirvientes en los campos recogiendo fruta en el huerto. La tierra había pertenecido a la familia del difunto esposo de Lady Kelly, aunque un vecino se había hecho cargo recientemente de la administración de la mayor parte.

Tenía un bonito trozo de césped a un lado de la casa principal, donde se sentaban en los días más cálidos, observando las nubes pasar rápidamente sobre sus cabezas y permitiendo que el perro de Lenore, su mejor amigo en el mundo, corriera pastoreando a las gallinas.

Cuando el tiempo era sombrío, se sentaban dentro en el estudio y leían cualquier cosa de la pequeña biblioteca de la dama, o simplemente miraban al vacío.

En la casa, un jardinero se apresuró a sujetar los caballos del elegante faetón. Lord Thorne bajó, se volvió para ayudar a Lady Kelly y luego, para sorpresa de Lenore, se ofreció a ayudarla a bajar también.

Sus dedos eran firmes alrededor de su cintura, y ella flotó hasta el suelo con una suave risa y un agradecimiento sin aliento. Esa era toda la aventura que jamás tenía en su vida.

Los siguió adentro, tomando el sombrero y el chal de Lady Kelly cuando se los entregó. Lady Kelly se dirigió hacia el salón del brazo de Lord Thorne, y Lenore se sintió aliviada de verlos alejarse. —Señorita Griffin, por favor, haga que traigan el té al salón —llamó Lady Kelly por encima del hombro.

Lenore hizo una reverencia. —Sí, mi señora.

—Y tráigame mi chal de verano también.

—Volveré tan rápido como pueda —prometió sin decirlo en serio.

Como Lady Kelly era viuda y técnicamente no requería una carabina, no había impropiedad en que entretuviera a Lord Thorne sola en su propio salón por un rato. Quizás mientras Lenore

estuviera fuera, Lady Kelly podría recibir una propuesta.

Lenore volvió a doblar el chal que le habían dado y se dirigió hacia las escaleras.

Un paso pesado sonó detrás de ella. —Espere un momento, señorita Griffin.

Ella se volvió sorprendida. —¿Lord Thorne?

—¿Podría hablar con usted en privado?

Un movimiento llamó su atención y vio que un lacayo había entrado en el vestíbulo, sosteniendo cartas contra su pecho. Le hizo una señal indicando que esperaría en una habitación cercana hasta que terminara su conversación.

—Sí, por supuesto —accedió, mirándolo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Lord Thorne la guió hacia un rincón sombreado debajo de la escalera. Lenore dudó, pero luego descartó su preocupación por cualquier impropiedad. Lord Thorne era un caballero, y estaba muy claro que su único objetivo era cortejar a Lady Kelly. No podría haber ningún daño en su petición, seguramente.

—Me pregunto si podría tener el consuelo de su opinión —susurró.

—¿Sobre qué, mi lord?

Él se acercó más, sus labios curvándose en una sonrisa. —Eres una acompañante muy inusual con opiniones firmes.

Los cumplidos solían inquietar a Lenore, pero se deleitó con este. Prefería saber cómo la veía la gente. Odiaba cuando la gente asumía que no tenía ingenio ni opiniones propias. —Gracias —respondió—. ¿Sobre qué necesita mi opinión hoy?

—Tengo un regalo. Esperaba escuchar sus pensamientos sobre su idoneidad. —De su bolsillo, sacó una larga cadena de oro con un medallón colgando de ella.

Lenore levantó la pieza para verla mejor. Le pareció muy bonita, pero dudaba que Lady Kelly la considerara digna de ella. Lenore se preguntó cómo disuadirlo delicadamente de ofrecérsela a su empleadora. Lady Kelly poseía una pequeña colección de hermosas piezas de oro y piedras preciosas arriba. Este collar apenas se comparaba. Prefería no avergonzarlo cuando pudiera ser rechazado de plano. —¿Supongo que esto es para una sobrina suya para Navidad?

—¿No le gusta?

—Me gusta bastante —se apresuró a asegurarle—. Muy bonito para que lo use una joven. —Como acompañante, ella no tenía joyas. Nunca debía eclipsar a su empleadora de ninguna manera ni llamar la atención sobre sí misma. Lenore usaba vestidos sobrios en colores que no deslumbraban a nadie y mantenía su cabello limpio y ordenado. Afortunadamente, no tenía una disposición que codiciara las posesiones de sus empleadores.

—Bien —dijo él, retrocediendo. Lenore le tendió el collar, pero él negó con la cabeza—. Quédeselo.

El vello de su nuca comenzó a erizarse, y ella lo alejó más de su cuerpo. —No puedo aceptar un regalo suyo. Tómelo de vuelta, por favor.

Sus ojos brillaron. —Estoy seguro de que disfrutará de todas las delicias que Cornwall tiene para ofrecer tanto como su empleadora.

Ella se quedó inmóvil. —¿Qué quiere decir?

—Invitaré a Lady Kelly a pasar la Navidad con mi hermana.

Lenore sonrió radiante. —Estoy segura de que Lady Kelly estará encantada de escuchar tal invitación.

—Usted vendrá con ella también.

Lenore frunció el ceño, alejándose un poco de él. —Voy donde Lady Kelly me ordena hasta que no me necesite, y luego buscaré otro empleo.

—Ella es una mujer excepcionalmente complaciente, y yo soy un hombre ocupado —le aseguró a Lenore—. Estoy seguro de que puedo persuadirla para que mantenga una acompañante después de que nos casemos. Usted será un gran consuelo para ambos.

Lenore intentó con todas sus fuerzas descartar la sensación de temor que crecía dentro de ella mientras él se acercaba. Quería creer que había malinterpretado la oferta de un regalo de Lord Thorne, pero cuanto más lo miraba, más fuerte se volvía su miedo hacia él.

Él le tocó el brazo, intentó deslizar sus dedos hasta su hombro.

Ella se apartó bruscamente y lo oyó reír suavemente. —No hay razón para tener miedo.

Había todas las razones.

Claramente, Lord Thorne era un canalla que estaba intentando seducirla a *ella* y a su empleadora, y creía que tendría a ambas en su poder cuando llegaran a Cornwall.

Le arrojó el regalo de vuelta. —¿No la hay?

Él volvió a reír suavemente, enredando la cadena entre sus dedos. —Discutiremos el asunto más adelante, de una forma u otra.

—No hay nada que pueda decir o hacer que altere mi opinión sobre usted ahora —declaró Lenore, pero Lord Thorne solo sonrió más ampliamente ante su advertencia.

—Inmaculada y llena de promesas, a pesar de su edad. Qué poco sabe del mundo más allá de este triste pueblo perdido. Pretendo educarla adecuadamente, y soy un hombre paciente que siempre consigue lo que quiere. Ella nunca sospechará ni creerá que yo le daría a usted una segunda mirada, así que no vaya lloriqueando con ella sobre esto o se encontrará en peligro y sin posibilidad de empleo.

Tragó saliva. —Lady Kelly espera que le propongas matrimonio.

Su sonrisa fue triunfante. —Lo sé, y por supuesto, incluso después de que nos casemos, ella seguirá necesitando su dama de compañía adecuada. Insistiré en mantenerte en el puesto.

Lenore trató de no quedarse boquiabierta, sorprendida de haberlo subestimado tanto. —Lady Kelly te espera en el salón, milord. Estoy segura de que puedes encontrar el camino.

Su sonrisa se desvaneció. —Cuando Lady Kelly me invite a quedarme a cenar, espero que te unas a nosotros después en el salón y te sientes a mi lado mientras ella toca el arpa.

Por un momento, imaginó un destello de feroz emoción en sus ojos, y sintió miedo. Lady Kelly tocaba el arpa con los ojos cerrados y no vería nada impropio.

Lenore se obligó a mantener su mirada, enojándose porque la estaba poniendo en una situación imposible. —No estoy segura de cuáles son los planes de mi señora para la cena, milord. Con permiso.

—Sí, date prisa en volver con su chal de verano.

Lenore entró a zancadas en la habitación contigua, con la barbilla alta pero temblando por dentro. ¿Qué diablos iba a hacer esta noche? Lady Kelly nunca se pondría de su lado, no contra Lord Thorne sin pruebas de su persecución no deseada.

Tendría que irse antes de que se celebrara la boda, y pronto. Se negaba a calentar la cama de un sinvergüenza. —Gracias por esperarme —le dijo al sirviente que aguardaba.

—Caramba —susurró. Los ojos del hombre estaban un poco desorbitados por la conmoción —. Por fin ha mostrado su verdadera cara. ¿Está bien, señorita Griffin?

—Estoy bien —prometió. Aunque la nuca le hormigueaba, la sensación pasó cuando los pasos de Lord Thorne se desvanecieron y él regresó al salón con Lady Kelly.

—Tiene intención de poseerte —siseó el tipo.

—No se saldrá con la suya. No conmigo —prometió.

Lenore no tenía amigos cercanos entre los sirvientes, pero podían protegerla hasta cierto

punto. Las damas de compañía estaban por encima del personal de la casa. Fácilmente podría encontrarse a su merced si sobornaba a un lacayo para que mirara hacia otro lado.

Necesitaba un nuevo puesto, *ya*, y de alguna manera obtener una referencia de Lady Kelly, también, sin que Lord Thorne interfiriera.

Rápidamente revisó el correo, agradecida por la excusa para no volver con su empleadora hasta que su temperamento se hubiera calmado. No podía creer el descaro de Lord Thorne.

—También ha llegado una carta para usted, señorita Griffin —dijo entusiasmado el lacayo, señalándola—. De la señorita Wagstaff en Londres.

Estudió la carta dirigida a ella, entrecerrando los ojos pero apenas pudiendo leer la caligrafía. Efectivamente estaba dirigida a ella, pero muy mal hecha. Y no era de una mujer, aunque el lacayo no se diera cuenta.

Su carta era de un conde que fingía ser una dama por el bien de la reputación de Lenore. —Me sorprende que haya llegado siquiera.

—Creo que debe haber tenido un viaje interesante. Tiene un olor extraño.

Olió la carta con cuidado. —Licor rancio. La señorita Wagstaff estaría horrorizada de que su carta llegara tan mancillada —murmuró para mantener el engaño.

—Eso pensé yo también. Espero que no sean malas noticias.

Apretó la carta contra su pecho. —Estoy segura de que no lo son. Será mejor que vuelvas a tus tareas.

Una vez que el lacayo se fue, Lenore subió apresuradamente a la habitación de su empleadora, se quitó el sombrero y cambió el chal por otro.

Luego se deslizó hasta su propia habitación y entró rápidamente. Su spaniel de nueve años, Hero, había estado encerrado mientras ella estaba fuera con Lady Kelly, y estaba extasiado de verla regresar por fin.

Frotó la rizada cabeza negra de Hero con sus dedos desnudos durante varios minutos hasta que se calmó. —Tengo suerte de haber regresado con vida —susurró—. Pero hay otros peligros que sortear ahora, amigo mío. Tenías tanta razón en desconfiar de él.

Hero gimió y luego corrió hacia la puerta cerrada para arañarla. Hero era un perro muy bien entrenado, de lo contrario nunca habría podido quedarse con él todos estos años. Tendría que sacarlo a pasear por los jardines antes de leer su carta. Lady Kelly aceptaría esa excusa por cualquier tardanza en regresar mejor que cualquier otra cosa que pudiera decir.

Bajó rápida y silenciosamente por la escalera de servicio.

Se sentía más segura afuera, más libre. El perro solía hacer sus necesidades bastante rápido, y luego Lenore normalmente lo hacía correr un rato para que estuviera cansado por la noche.

Hero inmediatamente se fue corriendo por su cuenta, dejando a Lenore buscar un lugar para esperarlo. Eligió un sitio fuera de la vista de las ventanas de la casa para leer su carta.

Había conocido a Lord Carmichael cuando era niña, cuando vivía en su finca con su abuela materna. Aunque la abuela había muerto hacía muchos años, Lord Carmichael había insistido en que le escribiera con sus instrucciones. Normalmente respondía a sus cartas, pero *nunca* le escribía primero. Rasgó la carta, rezando para que nada estuviera mal.

Cuando desdobló las gruesas hojas, encontró varios billetes de libras dentro. Su escritura era tan terrible que tuvo que entrecerrar los ojos hasta que descifró algunas palabras, entonces la carta finalmente cobró sentido.

Se llevó la mano a los labios para contener su alivio. Tenía en sus manos una generosa oferta de empleo de su parte.

Quería que fuera a Londres para ser la dama de compañía pagada de su nueva esposa.

También le había enviado fondos suficientes para hacer su viaje muy cómodo.

Lenore se desplomó contra el muro tras el que se escondía. Inmediatamente supo que su virtud estaría a salvo en su casa.

Dobló rápidamente la carta y el dinero, y los escondió en su manga. Después de llamar a su perro, Lenore se apresuró a volver a su habitación para empezar a empacar sus pocas pertenencias.

En el camino, escuchó la noticia de que Lady Kelly se casaría con Lord Thorne, y sonrió para sí misma mientras todos los demás se preocupaban por sus puestos. Lenore se habría ido mucho antes de que ese sinvergüenza de Lord Thorne se diera cuenta.

CAPÍTULO 3



PRICE OYÓ LADRAR a un perro y arrojó un zapato a través de la habitación hacia el origen del sonido. Su calzado rebotó contra la puerta con menos impacto del que podría enorgullecerse. Desafortunadamente, los ladridos continuaron sin cesar, y la niebla del sueño se fue disipando poco a poco.

Price se sentía fatal, pero eso no era inusual para un martes por la mañana.

Abrió un ojo nublado y levantó la cabeza con cuidado para mirar alrededor de la habitación.

No había ningún perro cerca.

Debía haberlo imaginado o soñado que aún tenía uno propio, y volvió a bajar la cabeza muy suavemente. Sus sueños últimamente eran a menudo inquietantes recordatorios del pasado, pero un perro era un cambio bienvenido.

Cerró los ojos de nuevo y se giró sobre su costado, apretando los brazos con fuerza contra su dolorida cabeza. Demasiado vino anoche otra vez, o no el suficiente para que durara. Siempre era una cosa u otra estos días. En unas horas, estaría de vuelta en el local de Madame Bradshaw para repetirlo todo de nuevo. Sus amigos probablemente se quejarían de que estaba bebiendo otra vez, pero estaba aprendiendo a ignorar sus argumentos de que debía considerar el futuro.

Los ladridos se reanudaron, más fuertes esta vez, casi partiéndole el cráneo por la mitad.

¿Estaba la criatura justo fuera de la puerta de su dormitorio?

Estiró una mano, la agitó hasta que rozó el costado de su segundo zapato que estaba sobre una silla cercana. Como los ladridos continuaban torturando su pobre cabeza, hizo un mayor esfuerzo por asegurarlo para poder lanzar ese también.

Sin embargo, al hacerlo, provocó su propia caída. El aire salió expulsado de sus pulmones por la fuerza del impacto.

Fue solo entonces cuando se dio cuenta de que no estaba en su dormitorio sino abajo en el comedor. Había estado durmiendo sobre la mesa pero ahora yacía boca abajo sobre una dura silla.

Se empujó fuera de la silla, cayendo desordenadamente sobre el duro suelo de madera. Frunció el ceño ante la parte inferior de la mesa del comedor y luego se encogió de hombros. No había nadie alrededor para verlo en su estado actual. No tenía a nadie a quien disculparse. Honestamente, ni siquiera podía recordar haber llegado a casa, o cómo había logrado llegar tan lejos dentro de la casa, cuando lo intentaba. Tampoco era la primera vez que Price consideraba mejor no hacer el viaje escaleras arriba hasta la cama.

—Que me lleve el diablo —se quejó mientras su cabeza comenzaba a latir con fuerza.

Un perro ladró de nuevo.

Price se retorció y se puso a gatas, y luego comenzó a arrastrarse hacia la lejana puerta. —

Que alguien calle a ese perro. ¿Tengo que hacerlo todo yo?

No esperaba una respuesta. Uno no entablaba muchas conversaciones cuando vivía más o menos solo en una casa grande con poco personal. Había llevado a casi todos sus sirvientes a buscar otro empleo en los últimos meses. También estaba feliz de ahorrarse sus miradas de lástima por las mañanas, y las respuestas malhumoradas cuando les exigía que le trajeran más vino.

Price se arrastró por el suelo, algo incómodo de hacer cuando estaba ebrio y sosteniendo un zapato de cuero en una mano.

Finalmente en la puerta, hizo varios intentos de abrirla antes de lograrlo. La abrió de par en par pero se encogió de dolor cuando un rayo de sol le hirió los ojos. Después de un momento, su vista regresó, y se arrastró hasta ponerse de rodillas, apoyándose pesadamente en el marco de la puerta mientras miraba hacia afuera.

Había un perro en su casa.

Uno negro.

Parpadeó sorprendido. —¿Humphries? —graznó, y luego se humedeció los labios para llamar de nuevo.

El perro le ladró, pero su cola se meneaba de un lado a otro de manera amistosa.

Price llamó a su mayordomo de nuevo, un poco más fuerte esta vez.

Aún nada, y más ladridos de este perro callejero.

Se llevó la mano a la cabeza y frunció el ceño al animal, notando que los ladridos y gemidos que estaba haciendo continuaban sin cesar. Le iba a partir el cráneo en cualquier momento, y algo debía hacerse al respecto.

Intentó sonreír al animal. —Shh —le instó.

Gimió, bajando la cabeza, pero nunca apartó los ojos de Price, y su cola continuó moviéndose como si esperara un juego de buscar. El animal era unos años demasiado viejo para hacer tanto alboroto, pero estaba claramente bien cuidado. Su pelaje negro rizado había sido recortado y brillaba bajo la luz del sol. Debía haber quedado encerrado por error. Si alguien no dejaba salir a la bestia pronto, Price temía que su cabeza se destruiría a sí misma.

Price logró levantarse sobre una rodilla, y luego se incorporó el resto del camino hasta quedar de pie. Inmediatamente se aferró a la puerta mientras la habitación giraba horriblemente.

Echó un vistazo a su puerta principal, y al sol que brillaba a través del panel de vidrio de arriba. El comedor de Price normalmente no daba a la luz de la mañana sino a la del atardecer. Parecía mucho más tarde, ahora que consideraba el ángulo del sol.

Entrecerró los ojos mirando al perro de nuevo. Ahora que estaba de pie, parecía un animal pequeño para el alboroto que estaba haciendo. También se estaba volviendo lo suficientemente valiente como para acercarse a él. Lo observaba con gran interés desde unos pocos pies de distancia. —Buenas tardes, perro —dijo.

Se lamió los labios.

Price bajó la mano de su cabeza, esperando que la bestia se mantuviera callada. —¿Te importaría hacer lo que estás haciendo en otro lugar, señor? Tengo un dolor de cabeza horrible ahora mismo.

El perro, sin embargo, malinterpretó su conversación pensando que Price quería escuchar más de su historia ladrando y reinició a un volumen aún más alto.

Frunció el ceño al perro mientras realmente se alteraba.

Temiendo que nunca obtendría paz, y sin oír a Humphries por ningún lado, dejó su apoyo atrás y se dirigió inestablemente hacia la puerta principal para abrirla él mismo.

Sin embargo, una vez que Price finalmente logró desbloquear los cerrojos de la pesada puerta de roble, el perro negro comenzó a gruñir severamente y retrocedió bailando.

Lo miró alarmado. —Solo puedes quedarte si aprendes a estar callado.

El perro se sentó sobre sus patas traseras y gimió. Pero había dejado de ladrar, y por eso, Price estaba profundamente agradecido.

Con la cabeza dando vueltas, Price empujó la puerta para cerrarla con la cadera y se deslizó hasta el nivel del perro para sentarse sobre su trasero en el pasillo. —Sentarse es definitivamente preferible a estar de pie ahora mismo, amigo mío. Aunque acostarse es mejor que todo en el mundo, realmente, ¿no crees?

El perro se aplastó contra el suelo de parqué. Impresionado de que pareciera estar copiándolo, Price extendió su mano de nuevo. —Buen perro. Ven aquí para una caricia ahora.

Se acercó lentamente, sobre su vientre, pero solo lo suficiente para olfatear sus dedos. Eventualmente, se volvió aún más valiente y lo lamió también.

—¿No eres una cosita curiosa? —dijo Price mientras le rascaba las orejas al perro y luego le acariciaba el pecho. El animal levantó una pata, con una expresión de felicidad canina en su rostro mientras Price continuaba—. Una vez tuve un perro como tú.

Giró al animal hacia él y estudió su cara.

—Muy parecido a ti, en realidad. ¿Dónde está tu amo esta mañana?

—Su ama está justo aquí, milord, y lamento ser portadora de malas noticias, pero es por la tarde —respondió una voz femenina—. Realmente siento si lo ha molestado, Lord Carmichael. Se me escapó y me ha hecho perseguirlo por toda la casa. No volverá a suceder, lo juro.

Price levantó la mirada lentamente y entrecerró los ojos.

Una joven de cabello oscuro y cejas negras, gruesas y rectas, vestida con un feo vestido de muselina verde y una pelliza a juego, se encontraba cerca.

—¿Es tuyo?

—Pues claro que es mío —señaló al animal y luego hizo una rápida reverencia—. Este es el perro que *usted* me regaló, Lord Carmichael.

Él observó su rostro más de cerca y luego al perro. El reconocimiento llegó muy lentamente.

—¿Piggy? ¿Eres tú?

Ella hizo una mueca.

—Lord Carmichael, ¿no somos ya mayores para los apodos? —dijo secamente, y luego hizo otra rápida reverencia—. Un placer verlo al fin.

Price se apresuró a disculparse y luego intentó ponerse de pie. Le tomó varios intentos torpes antes de lograr afirmarse. Lenore era tan baja como recordaba. Hizo una reverencia, aunque un poco inestable.

—Igualmente. Perdóname por no reconocerte de inmediato. El perro me distrajo. Sonaba miserable aquí fuera y no pude ignorarlo.

Ella parpadeó varias veces y un rubor se extendió por sus mejillas mientras bajaba la mirada al suelo.

—Me disculpo por la molestia.

—No te preocupes.

Sonrió rápidamente y luego llamó al perro con un gesto rápido de su mano.

—Me temo que no se está adaptando muy bien a su nuevo entorno. Me aseguraré de que no vuelva a molestarte.

Price se apoyó contra una pared porque se sentía débil y decididamente mal ahora que estaba de pie.

—Está asustado. Deberías permanecer cerca de él mientras se familiariza con los ruidos y olores de la ciudad. Con el tiempo, te acompañará felizmente.

—No debería descuidar mis deberes —sus ojos volvieron a recorrerlo—. Espero que no le moleste que esté aquí conmigo.

Price miró al perro y puso una cara larga similar.

—¿A dónde más podría ir sino contigo? Ese era el punto de mi regalo, ¿no lo recuerdas? No quería que estuvieras sola.

—Lo recuerdo —susurró ella.

Price entonces trató de recordar por qué la señorita Lenore Griffin podría estar en su casa esa tarde. No la había visto en mucho tiempo, no desde que se había ido para ser dama de compañía de la madre de un vecino a cierta distancia de su residencia en el campo. Lo recordaría más tarde, sin duda, pero por ahora, fingiría que no era un conde y ella no era la nieta de una antigua sirvienta.

—¿Cómo estás?

—Oh, tan bien como siempre. Me alegré mucho de recibir su carta.

Price rió suavemente y luego levantó la mirada rápidamente.

—¿Qué carta?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—*Su* carta. La que me trajo aquí. ¿No lo recuerda?

—Por supuesto que sí —prometió.

Pero no era así. Price no había visto a Lenore Griffin desde que le había regalado el cachorro, Hero, como regalo de despedida hacía algunos años. Se sorprendió de haberla reconocido siquiera, dado cuánto tiempo había pasado y cuánto habían mejorado sus facciones. Pero le había escrito cada año en respuesta a sus cartas. Solo en Navidad, sin embargo. Lenore estaba sola en el mundo ahora, y él había sentido una responsabilidad casi fraternal de mantenerse en contacto.

Una joven bonita a quien apenas conocía realmente no debería estar de pie en la casa de un soltero sin una carabina a su lado. En realidad, ni Lenore ni una carabina tenían nada que hacer aquí.

Puso una mano en la puerta, con la intención de abrirla de nuevo para que ella pudiera salir de la casa con su perro.

El perro se abalanzó hacia él, y le dio unas palmaditas en la cabeza distraídamente.

—Hero parece bien entrenado.

—Oh, es imposible solo ocasionalmente, pero siempre se porta bien con las personas que le agradan. Debe gustarte. Una vez estaba tan fascinado por las plumas en el turbante de una de mis anteriores empleadoras que casi me despiden. Siempre seguía a la señora y se quedaba mirando su cabeza. Ella, por supuesto, lo empeoró casi huyendo de él.

Price se rio.

—Los perros tienen una habilidad única para detectar espíritus afines.

—Por eso me diste a Hero. Dijiste que me advertiría sobre empleadores inescrupulosos o crueles. Hero ha ido a todas partes conmigo y realmente es un excelente juez de carácter. He rechazado varios puestos porque no se encariñó con las personas que conocimos. Ha sido el mejor compañero y protector que una mujer podría desear.

—Esperemos que en tu próximo puesto Hero ame a todos los que conozcas.

Ella lo miró de manera extraña por un momento.

—Parece que ya es así. ¿Tienes tantos perros en Edenmere como antes?

—No. Ninguno ahora —dijo Price mientras Hero saltaba, poniendo sus patas contra el muslo

de Price. Le dio una buena caricia y luego lo empujó hacia abajo, pero la habitación dio vueltas. Price presionó sus dedos contra su sien y se frotó con fuerza—. Nunca llegué a encontrar reemplazos cuando los otros murieron.

—Oh, lo siento. Solía envidiar lo hábilmente que estaban entrenados tus perros. Me tomó dos años evitar que Hero saltara sobre la gente —sonrió rápidamente—. Estaría encantada de ayudar a entrenar más si quieres otro de nuevo.

Price negó con la cabeza. Esta era una conversación extraña para estar teniendo.

—¿Cuándo llegaste a Londres?

—Ayer. Desafortunadamente, usted estaba fuera en ese momento. Mis pertenencias están instaladas en los aposentos de los sirvientes arriba.

Él se quedó inmóvil y luego la miró rápidamente.

—¿Los aposentos de qué sirvientes?

—Los suyos —pareció encogerse y su cabeza se inclinó—. Sé que debería haber escrito y esperado hasta tener una respuesta suya, pero el dinero que envió parecía sugerir que se prefería un inicio inmediato. El ama de llaves no sabía qué hacer conmigo cuando llegué, pero le mostré su carta, y ella y el mayordomo acordaron que debería esperar y hablar con usted.

Price se rascó la cabeza. ¿Por qué le habría escrito a Lenore ofreciéndole empleo cuando obviamente no tenía uso para una dama de compañía pagada? No tenía parientes femeninas, ni esposa tampoco.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Podríamos hablar hoy, quizás después de que se cambie?

Asintió lentamente y miró hacia afuera. Sí, definitivamente era por la tarde, y a juzgar por el aumento del tráfico de elegantes carruajes que se dirigían hacia Hyde Park, casi era la hora del paseo. Había perdido la noción de otro día. Pero también había olvidado la razón por la que le había escrito a Lenore, y eso parecía el problema más apremiante. —No me di cuenta de que era tan tarde.

—Has dormido todo el día, pero me alegro de que finalmente estés despierto para aclarar las cosas —sonrió ella—. ¿Crees que... Te importaría mucho ponerte unos pantalones mientras discutimos mis nuevas obligaciones?

Él la miró fijamente y luego bajó la vista. Sus piernas estaban desnudas. —¿Por qué no dijiste nada?

La risa de Lenore lo siguió hasta el comedor mientras se sonrojaba.

Price encontró sus pantalones encima de la mesa del comedor, arrugados en una bola. Debía haberlos usado como almohada. Se los puso con dificultad y agarró su calzado.

Lenore volvió a reír suavemente, en algún lugar detrás de él. —Todavía tienes esas piernas flacuchas de pollo, mi lord.

Él la miró con una expresión que esperaba la derribara donde estaba. —Deja de reírte, Cerdita.

—No es como si no las hubiera visto antes. ¿Recuerdas aquella vez que uno de tus perros te robó el desayuno una mañana? Lo perseguiste por el pasillo, llevando incluso menos de lo que llevas ahora. Solo una camisa de lino cubriéndote. Aun así, todos en Edenmere vimos más de ti de lo que deberíamos ese día —y luego compuso su expresión—. Lo siento. Sé que nunca debería burlarme de ti, ahora que eres el conde. Prometo recordar mi lugar en el futuro. Es solo que estoy tan feliz de estar aquí.

Él suspiró. Lenore, a pesar de ser hija de un sirviente, había sido su amiga durante mucho tiempo, y la perdonaría por reírse hoy. No había maldad en ella. De todos modos, nunca habían

sido realmente amo y sirvienta entre ellos. —Aceptado, si tú también me perdonas por la horrible vista que acabas de tener que soportar.

Un rubor coloreó sus mejillas. —Nunca lo mencionaremos de nuevo, al igual que la última vez —y luego se rio con ganas y salió corriendo, tratando de ahogar el sonido con su mano.

Resignado a escuchar ese sonido por un tiempo, Price terminó de vestirse en paz. Mientras pasaba la mano sobre las mangas de su abrigo para quitar el polvo, sus dedos rozaron el lugar donde llevaba atada una banda de luto sobre la manga de su camisa. Se puso serio y lanzó una mirada rápida hacia donde Lenore Griffin había estado recientemente.

¿En qué demonios había estado pensando al ofrecerle empleo a Lenore por carta cuando no había ningún puesto de dama de compañía aquí para ella? Debía haberla traído aquí para ser la acompañante de alguien más, aunque maldita sea si podía recordar ahora de quién se trataba.

Price se apresuró a volver al pasillo y encontró a Lenore esperando en la entrada del salón. Estaba de pie, pero cuando su perro se acercó a ella, se inclinó para acariciarlo. —Pórtate bien ahora. No podemos permitirnos perder este puesto.

Price hizo una mueca y le indicó que entrara al salón delante de él. —Por favor, toma asiento mientras aclaramos esto.

—Sé que debería haber escrito primero para aceptar, pero no había razón para demorarse. Lady Kelly estaba a punto de casarse y ya no me necesitaba.

Él asintió. Así que Lenore estaba completamente libre de ataduras en otros lugares. Le encontraría algo que hacer hasta que recordara para qué la había llamado realmente. Luego le buscaría una situación adecuada en una buena casa. —Confío en que el viaje no haya sido demasiado arduo.

—En efecto, no. Los fondos que enviaste hicieron todo más sencillo —hurgó en su bolsillo y luego le tendió un puñado de dinero—. Tu cambio.

Él tomó el dinero y miró su palma, aún más confundido por la cantidad sobrante. ¿Cuánto le había enviado para que pudiera devolverle una suma tan grande? —Me temo que no puedo ofrecerte un puesto en este momento.

Ella lo miró boquiabierta, obviamente molesta por la noticia. —¿Le pediste a alguien más y te olvidaste de mí? ¿Fui demasiado lenta en venir?

Él frunció el ceño. —Nunca hubo un puesto que cubrir aquí.

—Pero me enviaste a buscar. Pagaste el viaje a Londres.

Price negó con la cabeza. —Déjame ver esa carta que te envié y podremos aclarar esto —exigió—. Debe haber un malentendido.

—Nunca mentiría sobre algo tan importante. Realmente necesito un puesto, mi lord. Renuncié a todo por un nuevo comienzo aquí contigo.

Price negó con la cabeza. —Sabes que no puedes quedarte.

—Pero puedo. Una vez que expliqué mi conexión con tu propiedad en el campo y luego con todo lo que pusiste en la carta, estaban muy ansiosos por darme la bienvenida. Incluso querían ponerme en una habitación de invitados, lo cual por supuesto me negué a aceptar. Conozco mi lugar en el mundo. Estoy segura de que hay mucho que puedo hacer en una casa tan grande y grandiosa como esta.

Él dio un paso hacia ella, y el perro se interpuso inmediatamente entre ellos, mostrando los dientes y gruñendo.

Lenore chasqueó la lengua. —No deberías abalanzarte sobre mí así, mi lord. No hasta que Hero sepa que no pretendes hacerme daño.

El perro comenzó a ladrar de nuevo.

—Hero, siéntate —ordenó Price, y el perro obedeció, bajando la cabeza al suelo.

—Ah, qué desafortunado que recuerde que fuiste tú quien comenzó su entrenamiento —dijo Lenore mientras miraba a su perro con amargura—. Siempre ha sido mi protección. Pero supongo que no ve ningún peligro en ti.

Price no creía que Lenore le mintiera para conseguir un mejor puesto en otro lugar, pero quería leer esa carta para saber exactamente qué le había dicho que pudiera ser tan persuasivo como para que renunciara a un puesto perfectamente bueno de dama de compañía en el campo. —Quizás deberíamos empezar de nuevo.

Ella asintió. —Creo que es una buena idea. Intentemos resolverlo juntos.

Price estuvo de acuerdo, sin ver otra opción. Una cosa era cierta, sin embargo. Había desarraigado la vida de Lenore Griffin. Sin duda, tenía que verla establecida de nuevo. Ahora era responsable de ella.

—¿Puedo ver la carta?

—De acuerdo —la sacó y se la tendió.

Price la volteó en su mano, notando el estado deteriorado en que se encontraba. Estaba bien doblada y lejos de estar prístina. Algo se había derramado sobre el papel, difuminando las letras de su dirección postal.

Desdobló la hoja y notó que la difuminación continuaba también en el interior. Apenas reconocía su propia letra. Era tan desordenada, las letras casi ilegibles. Pero había sido escrita por él, y muy clara sobre sus intenciones.

Sin lugar a dudas, Price había ofrecido, no empleo, sino a sí mismo en matrimonio.

CAPÍTULO 4



PRICE SE QUEDÓ sin habla durante varios minutos. Había propuesto, por correo, hacer de Lenore su esposa, condesa y madre de sus hijos. Un matrimonio de respeto mutuo y comodidad, según había afirmado. Leyó un poco más y palideció aún más al darse cuenta de lo que se había hecho a sí mismo.

Miró a Lenore, notando que su feliz sonrisa había vuelto a su lugar. —Mira. Está bastante claro sobre el puesto —dijo ella.

Ella había dicho que había venido para ocupar un puesto como dama de compañía, no como esposa. —¿Leíste esto? ¿Todo?

—Lo mejor que pude. Debo decir que tu letra ha empeorado notablemente desde la Navidad pasada. La mancha no ayudó, pero con el dinero adjunto, fue fácil captar la esencia de tu mensaje. Te habías casado, o estabas a punto de hacerlo, y querías una dama de compañía para tu esposa. Debía venir inmediatamente a Londres y usar el dinero adjunto para el pasaje.

Dios mío, Lenore ni siquiera sospechaba la verdad.

Price se pasó la mano por la boca, su mente dando vueltas ante la realización de que había elegido una novia en las últimas semanas y lo había olvidado. No recordar que había propuesto matrimonio lo hacía sentir bastante idiota. Esperaba que nadie se enterara de esto o sería el hazmerreír de Londres.

Pero todo esto podría solucionarse y Lenore podría ser enviada de vuelta si actuaba rápidamente sin que nadie se enterara.

Y entonces recordó algunas cosas que Lenore había dicho antes. —¿Dijiste que le mostraste mi carta a mi ama de llaves?

Ella asintió, sus ojos brillantes. —Y al mayordomo también. Estaban locos de felicidad de que hubiera llegado sana y salva.

—Me lo imagino —gruñó.

Si sus sirvientes principales estaban felices por la llegada de Lenore, entonces ambos sabían que él no tenía uso para una dama de compañía. *Debían* haber leído la carta correctamente y visto la verdad en su borrosa caligrafía.

Mientras que Lenore había visto solo lo que quería ver. Lo que había esperado de alguien como él.

Una oferta de empleo de la nada debe haber sido una sorpresa. Que hubiera viajado medio país para aceptarla parecía un poco extraño, sin embargo. Pero entonces, ella había juntado solo las palabras que tenían más sentido para ella. Después de todo, él había sido instrumental en encontrarle ese primer puesto de dama de compañía. Ella confiaba en que él cuidaría de ella.

Lenore abrazó a su mascota de nuevo. Él escuchó sus suaves promesas de golosinas con

media oreja. —Lamento que tengamos que quedarnos adentro hoy, Hero. Daremos un buen paseo largo por la plaza al amanecer mañana antes de que empiece mis deberes.

Lenore Griffin era una persona amable, leal y generosa. Una trabajadora dura. Siempre se habían llevado bien.

Pero seguramente no había querido proponerle matrimonio... y sin embargo, ¿cómo podría explicar la carta de otra manera? La carta estaba escrita con su puño y letra. Nadie podría hacer una falsificación que se viera tan mal.

Así que había escrito una propuesta a Lenore Griffin, y ahora tenía que deshacerse de ella con el menor alboroto posible.

Se llevó la mano a la cabeza y gimió.

—Deberías comer algo —susurró Lenore suavemente—. Si me permites decirlo, no te ves muy bien hoy.

¿Cómo podría estarlo después de esto? Price se incorporó y se pasó una mano por el pelo, y luego se alisó la barba. Había cometido un terrible error al escribir esa carta. El silencio del ama de llaves y del mayordomo podría comprarse, pero ¿qué pensaría Lenore de él cuando descubriera la verdad? Sería mejor si le explicaba la situación, el error, antes de que alguien más pudiera iluminarla.

—Entonces, ¿sobre mi puesto?

Él levantó la mano. —Hay una complicación.

—Oh —dijo ella, luciendo preocupada—. ¿Qué pasa?

Él consideraba a Lenore una amiga, una vieja y buena amiga, y ella merecía la verdad, le gustara o no. Le tendió la carta. —Necesitas leer esto de nuevo. Correctamente esta vez.

Sus cejas se fruncieron. —¿Qué quieres decir con correctamente? Está tan claro como el día que me contrataste para ser dama de compañía de tu esposa.

—No estoy casado —dijo él.

—Entonces, trabajaré como sirvienta o lo que quieras hasta que lo estés.

Él se mordió el labio y se movió para sentarse a su lado. —Nunca te ofrecí un puesto como dama de compañía, señorita Griffin.

—Ciertamente lo hiciste. Está ahí en la carta.

Él tragó saliva. —Te pedí que vinieras a Londres —susurró—. Para ser *mi* compañera... por el resto de mi vida.

Ella se puso de pie de un salto. —¡No, no lo hiciste!

Su negación fue música para sus oídos. Probablemente podría escapar de la oferta sin causar ofensa. —Oh, sí, lo hice. —Se acercó a ella y le mostró la carta de nuevo, usando su dedo para resaltar ciertas palabras que ella obviamente había malinterpretado. Le leyó la carta, palabra por palabra, hasta que sus ojos se abrieron de par en par—. Esposa.

Ella se alejó y lo miró con ojos enormes. —¿Por qué me escribirías eso a mí de entre todas las personas?

—¿Por qué, en efecto? —Él y sus amigos habían estado hablando recientemente sobre la necesidad de elegir una novia. ¿Lo habrían incitado a elegir una novia cuando estaba borracho? Vagamente recordaba haber decidido no tomar una esposa de entre la *alta sociedad*. Elegir a Lenore, una dama de compañía, era lo más alejado de la *alta sociedad* que podría haber elegido. Ella no tenía familia, ni conexiones importantes, ni dote, ni fondos de ninguna importancia.

Price se llevó la mano a la dolorida cabeza, luchando con qué hacer. Preferiría decir la verdad y esperar que ella no intentara mantenerlo en su oferta. No podía casarse con Lenore. —No recuerdo exactamente por qué te hice la propuesta en este momento. Confieso que podría haber

estado muy ebrio en ese momento. Solo puedo pedirte tu comprensión en este asunto y rogarte que me liberes.

—No lo dijiste en serio —susurró ella, tomando de vuelta su carta y rompiéndola—. Sospeché que podrías haber estado bebiendo cuando llegó la carta manchada y con un olor a licor rancio. No cuenta si estabas borracho. Sé que los hombres a menudo dicen cosas extrañas cuando han bebido de más. Nunca te obligaría a cumplir con esto.

—Gracias. —Él respiró aliviado mientras los pedazos caían en su regazo. Ella lo había liberado, destruido su carta, y ahora ambos podían seguir con sus vidas, por separado.

El silencio se prolongó.

—¿Debo pedir té y algo para que comas, milord? —preguntó Lenore de repente—. Quizás cuando tengas el estómago lleno, me ayudarás a encontrar una situación más adecuada a mis talentos.

Price ciertamente ayudaría a Lenore después de esto. Al menos estaban de acuerdo en que su futuro estaba en otra parte. —Recuerdo que tu madre siempre sugería comida antes de que tomara decisiones importantes. A decir verdad, he echado de menos tus consejos tanto como los de ella.

—También he extrañado los tuyos —admitió Lenore tímidamente y luego sacudió la cabeza —. Lamento que aún no hayas encontrado una esposa adecuada.

—No, todavía no —mintió él con facilidad. No había razón para que Lenore supiera que tenía el corazón roto.

Lenore sonrió.

—Quizás la próxima temporada conozcas a alguien especial y puedas pedirle matrimonio.

Él estudió a Lenore. Recordaba que su sensatez, su humor y su optimismo siempre lo habían animado cuando estaba de mal humor en el pasado. Era fácil hablar con ella. Fue ese aspecto de su carácter lo que lo hizo gesticular para que se sentara de nuevo.

Charlaron de cosas triviales, principalmente sobre las travesuras de su mascota y el clima. Su propuesta, afortunadamente, no había cambiado nada entre ellos. Era realmente una lástima que tuviera que irse. Suponía que quizás nunca la volvería a ver después de este fiasco, a menos que ella tomara un puesto con algún amigo nuevamente.

¿Sería extraño verla en sociedad como dama de compañía de alguien más? Saber que podría haber sido su esposa en su lugar.

Price sabía que nunca se casaría por amor. Y ya había decidido que la dote, las conexiones y la familia no eran tan importantes para él como lo habían sido antes. Lo mejor que podía esperar al casarse era que le gustara su esposa. Elegir a alguien con quien pudiera llevarse bien. Hablar con facilidad.

Lenore cumplía con todos sus requisitos para una esposa. Pero era obvio que ella no quería ser la elegida. Price encontró intrigante su respuesta a su error. Ella actuaba como si su metedura de pata nunca hubiera ocurrido.

—¿Por qué *no* casarte conmigo?

Ella resopló suavemente.

—Bueno, para empezar, no soy una dama.

Él se cruzó de brazos y la miró de arriba abajo. Su porte era perfecto, espalda recta, piernas pulcramente escondidas bajo sus faldas. Ciertamente, su vestido no estaba a la última moda, pero unas horas con una mejor modista y fondos ilimitados solucionarían ese problema. Y si contrataban a una doncella, podrían hacer algo mejor con su cabello. Fácilmente podría pasar por una dama apropiada. Ciertamente hablaba como una.

—Ya no eres la chica alocada que competía conmigo hasta la cocina, con el dobladillo de la falda cubierto de barro y empapada seis pulgadas por los campos mojados por la lluvia. Supongo que también has mejorado tu mente desde entonces, pero sigues siendo honesta, lo que te convierte en una candidata ideal.

—Oh, por favor. Debes seguir bajo la influencia del alcohol.

—No lo suficiente como para que importe —advirtió él, poniéndose de pie. Por fin estaba estable y con la mente más clara. Tal vez había estado en algo la noche que le escribió a Lenore. Podría casarse con ella si quisiera. No tenía familia que desaprobara su elección. Ella ya era mayor de edad y no necesitaba el permiso de nadie—. Creo que mis acciones y comportamiento requieren una solución permanente para ambos.

—¿Como cuál?

—El ama de llaves y el mayordomo también leyeron esa carta, señorita Griffin. Es poco probable que *ellos* olviden lo que he hecho, y no puedo permitir que se extienda otro rumor sobre mí este año. Tendremos que casarnos después de todo.

—Bueno, sé lo que mi abuela aconsejaría si estuviera viva hoy, milord. Te diría que entraras en razón. Por supuesto que no puedes casarte con alguien como yo.

Price ignoró la protesta de Lenore por un momento mientras se movía para tocar la campana, llamando a su ama de llaves, mientras esperaba que el mayordomo también viniera.

Paseó por la habitación mientras esperaba, manteniendo un ojo en Lenore Griffin. Ella parecía incómoda, pero él ya no lo estaba. Por fin estaba pensando en el futuro. Estaba arreglando su matrimonio... y era repentino y extraño, y lo estaba haciendo con bastante frialdad.

Y podía ver por qué la había elegido a ella entre todas las personas que había conocido antes. La lealtad, la compasión y la bondad siempre habían sido parte de su carácter. Le agradaba.

Era dulce, y sí, le había dicho cosas bonitas cuando estaba borracho como un joven inexperto. Esas pequeñas adulaciones se le habían resbalado, no es que hubiera sido serio o se hubiera enamorado de la mujer en ese momento. Ella había sido parte de la familia Edenmere. Una de ellos, y por extensión de su difunta abuela, ya era parte de su familia.

Había hecho una elección sorprendente pero totalmente aceptable para su tranquilidad.

El ama de llaves llegó, seguida por el mayordomo. Sus expresiones abiertamente expectantes de buenas noticias a punto de ser entregadas.

—Ah, gracias al cielo que han venido, señora Baker y señor Humphries —Lenore hizo un gesto a los sirvientes para que se sentaran como si fueran sus invitados de honor—. Como recordarán, la carta de Lord Carmichael me convocó a Londres para ocupar un puesto como dama de compañía.

La señora Baker sonrió con suficiencia.

—Eso no es lo que decía, querida.

Lenore levantó las manos al aire.

—¿Por qué no dijeron nada?

Humphries hizo una mueca.

—Sentimos que la carta podría ser mejor explicada por su señoría y decidimos no interferir.

Lenore entrecerró los ojos hacia ellos.

—Me engañaron para que me quedara.

Price ahogó una risa detrás de su mano. Ella estaba indignada, y eso *probaba* que era digna de convertirse en su condesa allí mismo. No anhelaba la posición, pero de entre todos los que conocía, pensaba que ella se lo merecía.

El mayordomo hizo una mueca.

—Sentimos que era mejor para todos los involucrados que usted permaneciera aquí por su seguridad. La ciudad es un lugar peligroso para una joven respetable sola.

—Cierto —agregó Price—. Desafortunadamente, no recuerdo haber escrito la carta yo mismo, o habría dicho algo al respecto a alguien antes de ahora. ¿Alguno de ustedes recuerda el día en que escribí esa carta?

Ambos asintieron.

—¿Podrían verificar que no fui coaccionado para escribirla, solo para la ilustración de la señorita Griffin, por supuesto?

El señor Humphries se movió incómodo en su asiento, pero asintió.

—Estoy seguro de que usted le escribió, milord, sin ninguna coacción. Reconozco su letra y la dirección de su correspondencia anterior. No conocía el contenido hasta que la señorita Griffin llegó a la puerta. La señorita Griffin nos la mostró tanto a la señora Baker como a mí.

—Y como todos aquí están al tanto del contenido, solo queda un curso de acción a tomar —finalizó con un firme asentimiento—. ¿Estoy en lo correcto?

Lenore se volvió hacia él, su mirada implorante.

—Todos podríamos fingir simplemente que nunca la escribiste. Pero aun así necesitaré tu ayuda para obtener un nuevo puesto. Verás, dejé mi último empleo sin esperar a recibir una referencia. Podría tomar unas semanas para que llegue la carta de recomendación de mi último empleador.

Él se rio suavemente, encontrando casi graciosa su falta de interés en casarse con él. Apenas había terminado su propuesta cuando Angela Berry lo había aceptado. Cualquier mujer de la alta sociedad estaría gritando esto desde los tejados a estas alturas. Pero Lenore no.

—Pasaste la noche bajo mi techo. A los ojos de muchos, ya te he arruinado.

Su boca se abrió.

—Ciertamente no lo hiciste, y no te lo habría permitido.

—Me refiero teóricamente, no en realidad. No tengo duda de que habrías gritado pidiendo auxilio si alguien lo hubiera intentado, lo que desafortunadamente aún te habría forzado a la misma solución.

Sus ojos se entrecerraron. —Ni por un segundo pienses que alguna vez habrá un *realmente*.

El ama de llaves y el mayordomo intercambiaron una sonrisa divertida antes de que ella hablara. —Vamos, cariño. No podemos permitir que te arruines por su descuido. Es un buen muchacho, en las circunstancias adecuadas. Solo pudo haber sido idea suya, y hará lo correcto por ti al final. Serás una excelente condesa. Una verdadera dama, además.

Con ese rotundo respaldo flotando en el aire, él llamó la atención de sus sirvientes y con un gesto de cabeza, los despidió de la habitación.

Cuando estuvo seguro de que se habían ido, se enfrentó a Lenore. Ella estaba siendo innecesariamente obstinada cuando ambos tenían tanto que ganar. Le ofrecía una buena vida, libre de penurias y trabajo duro, y ella solo tenía que hacer una pequeña cosa por él a cambio. Podría ser brusco, pero tenía que asegurarse de que ella supiera para qué la quería. —Tengo la intención de ser considerado con tus sentimientos, pero cuando nos casemos, querré un hijo o dos. Quizás algunas hijas también. ¿No cumplirías con tu deber si fueras la esposa de cualquier otro hombre?

El rostro de Lenore se tornó de un rojo brillante por el sonrojo.

Él sonrió para sus adentros. Lenore probablemente era virgen. Un sonrojo así era muy revelador. Hero había hecho bien su trabajo protegiendo a Lenore de los sinvergüenzas mientras estuvieron separados.

Llamó al perro y le dio una buena caricia en agradecimiento por su devoción.

Cuando se volvió hacia Lenore, ella lo estaba mirando fijamente.

No estaba sonriendo.

Él extendió las manos. —Es la solución perfecta para ambos problemas. Yo me caso con alguien en quien confío y me agrada, y tú nunca más tendrás que trabajar al servicio de otro empleador exigente.

—Oh, me recuerdas a tu padre —dijo ella, gesticulando alrededor de su propio rostro—. Todo sonrisas pero seriamente astuto detrás de una barba.

No se le había ocurrido que podría parecerse tanto a su padre. Lenore le había tenido miedo al difunto conde.

—Desaparecerá mañana —prometió—. Ves, estoy dispuesto a ceder para hacerte feliz. Aparte de eso, no imagino que ninguno de los dos deba cambiar mucho para que este matrimonio funcione.

—Esto es una locura. —Lenore se mordió el pulgar—. ¿Qué hay de las fiestas y los bailes y esas cosas? No he tenido la educación de una dama, y lo sabes —advirtió—. Me tropezaré con mis propios pies y seré una vergüenza tal que desearás no haber oído hablar de mí.

Él se encogió de hombros. No había considerado que ella careciera de logros, pero había una forma fácil de manejar la introducción de Lenore a la sociedad: mantendría el matrimonio en secreto al principio y, como ya estaba evitando a la mayoría de la sociedad, las presentaciones incómodas serían pocas y distantes entre sí. —Todo lo que necesitas saber se puede aprender. Podemos casarnos, tomarnos nuestro tiempo para conocernos adecuadamente, y cualquier instrucción que puedas necesitar en comportamiento se puede hacer discretamente lejos de los ojos indiscretos del *ton*.

Ella aún parecía insegura, y él se movió para sentarse a su lado. —¿Realmente preferirías seguir siendo una dama de compañía mal pagada en lugar de la dueña de todo lo que ves ahora? ¿Y más aún? Te estoy ofreciendo una vida de riqueza y comodidad a cambio de soportarme.

Sus ojos se suavizaron un poco. —Seguramente hay mejores opciones para una novia.

—No puedo pensar en nadie vivo, y créeme, he buscado. Te he propuesto matrimonio ahora, y creo que nos irá bien juntos. —Asintió—. Puede que haya elegido pedirte la mano mientras estaba ebrio, pero no creo que haya sido un error nunca. ¿Qué dices, Piggy?

Ella se mordió el labio y luego lo miró. —Me gustaría un poco de tiempo para pensar en esto.

Él sonrió. —Tomemos el té y discutamos el asunto con más detalle entonces. Hero parece un poco hambriento, ¿no crees?

Lenore inmediatamente se volvió hacia su mascota y Price rápidamente organizó que les trajeran refrigerios. Se sentaron en un extremo de la mesa del comedor, con el perro entre ellos devorando todo lo que se le acercaba. —Es un perro feliz. ¿No te gustaría tener hijos propios para que jueguen con él algún día?

Ella permaneció callada por un momento. —Para ser honesta, nunca imaginé que tendría alguno.

—Ahora podrías imaginar lo que quieras. Tengo riqueza suficiente para mantener una gran familia de niños, y perros también. ¿Recuerdas el tamaño de la guardería en Edenmere, verdad?

—Siempre pareció un lugar tan grande y solitario.

—Los peligros de ser hijo único. Yo tendría una docena de niños corriendo por ahí si pudiera, metiéndose en el tipo de travesuras que a veces hacíamos.

Sus ojos se entrecerraron hacia él. —*Yo* casi nunca me metía en travesuras que tú no iniciaras.

Lenore había sido una compañera de juegos reacia. Él se arrepentía de cada aventura que la había metido en problemas lo suficiente como para que la castigaran. —Lo sé. Fui una terrible influencia.

Finalmente, una suave sonrisa se dibujó en su rostro. —Siempre me animabas a escaparme y jugar.

—Todavía lo hago. —Ella tendría una posición en la sociedad que asumir y más responsabilidades de las que jamás había conocido, pero también tendría más libertad. No imaginaba que se volvería salvaje o imprudente cuando él se diera la vuelta. Aun así, solo habían pasado unos días juntos como adultos y se habían comunicado una vez al año por carta. Por supuesto, existía la posibilidad de que no congeniaran como marido y mujer. Solo el tiempo diría si eso resultaba ser cierto—. Solo que esta vez no es realmente un juego y nunca más te meterás en problemas. Propongo un matrimonio inmediato para proteger tu reputación.

Lenore miró rápidamente alrededor de la habitación y gimió. —Estamos solos otra vez.

Él tomó un rápido sorbo de su té para ocultar una sonrisa. —Hero hace de admirable carabina —observó.

—Nadie creerá eso —se quejó ella, con los ojos fijos en su mascota. Price eligió otro trozo de pastel y lo partió por la mitad. Le dio una porción al perro y comenzó a comer la otra—. Al menos nunca tendré que enfrentarme a tu madrina ahora.

Price se quedó inmóvil. —¿Óiste sobre ella?

—Salió en los periódicos. Los asesinatos. Su nombre —admitió—. Recuerdo que visitaba Edenmere Park cuando éramos niños. Perdóname por decir esto, pero siempre me alegraba cuando se iba. La forma en que me miraba a veces también me daba miedo.

Lenore, una sirvienta y amiga, podría haber sido otra víctima si él no le hubiera conseguido un puesto lejos de él. Al menos en eso, había hecho algo bueno. —No hay necesidad de disculparse. Tus instintos eran mejores que los míos.

—Pero tú la amabas. Era casi una madre para ti. Debes estar profundamente turbado por sus acciones.

—Supongo que nunca la conocí realmente, ¿verdad?

—Sospecho que nadie lo hizo —susurró ella—. Necesitaría tiempo para prepararme antes de que se consumara el matrimonio.

Ahora era el turno de *él* para sonrojarse. No le dijo a Lenore que durante meses, la idea de acostarse con alguien que no fuera Angela había sido como recibir un baño de agua helada. Sus apetitos sexuales habían desaparecido el día que ella murió. Tendría que esforzarse para compartir la cama con Lenore eventualmente. Casarse con ella era una cosa, intimar inmediatamente era otra muy distinta. —Llenar la guardería no es urgente.

—Bien —ella lo miró tímidamente—. Antes de aceptar nada, quiero tu palabra de que después de que nos casemos, no buscarás controlarme. Que pueda ir y venir como me plazca. Tener mis propios amigos e intereses.

—No lo querría de otra manera —levantó una mano—. Juro que nunca seré exigente con tu compañía. Te doy carta blanca. Una vez que nos casemos, puedes tener lo que quieras siempre y cuando nunca te acuestes con uno de mis amigos y me involucres en tus escándalos.

—Yo tampoco quiero estar en los *tuyos*. Si alguna vez te vuelves molesto, realmente odiaría que Hero tuviera que enseñarte modales —advirtió con una pequeña sonrisa—. Podría ser doloroso para ti.

Él asintió, mirando al perro, notando que ahora tenía los dientes al descubierto. Price sintió que su virilidad se encogía en sus pantalones y rápidamente le ofreció una galleta al perro. —Ese

aspecto de nuestro matrimonio puede esperar hasta que estés lista.

Hasta que ambos estuvieran listos.

—Gracias.

Estudió a Lenore, buscando alguna idea de lo que pensaba de su propuesta ahora. Un hogar, seguridad, protección eran suyos si los aceptaba. Era lo que la mayoría de las mujeres querían, había pensado, pero Lenore no parecía abrumada de gratitud o entusiasmo. —Entonces, ¿estamos completamente de acuerdo en todo? ¿Nos convertiremos en marido y mujer pronto, y luego seguiremos nuestros caminos separados la mayor parte del tiempo?

—En efecto.

Lenore extendió su mano, y se la estrecharon, de la misma manera que lo habían hecho la última vez que se habían despedido. Esta vez, sin embargo, su agarre era decidido y lento en retirarse. Su mano ahora era más pareja a la de él, más grande. Aún delicada y femenina, pero exudando una agradable confianza en su decisión. No era una señorita retraída haciendo un trato desesperado para salvar su reputación. —Gracias, milord. No creo que necesitemos volver a discutir lo de hoy, ni esa carta. ¿Crees que el ama de llaves y el mayordomo chismorrearán?

—Oh, mantendrán la boca cerrada si quieren conservar sus puestos. Me aseguraré de ello —se encogió de hombros. Pagaría generosamente a ambos sirvientes para que olvidaran saber sobre su propuesta por carta también—. Haré lo mejor para ser un buen marido para ti —prometió.

—Eso es lo que todos dicen —murmuró ella. No parecía tranquilizada, pero entonces, no tenía razón para creer lo contrario. Una vez que lo conociera mejor, entendería y creería que solo tenía sus mejores intereses en mente.

Él la cuidaría, la protegería, proveería para ella y sus hijos. No se había dejado otra opción más que hacer esta unión, realmente. Había hecho una promesa que no podía romper. Su honor no le permitiría escabullirse de este matrimonio no planeado. —Haré que redacten los contratos matrimoniales para que los firmes esta tarde.

Ella asintió.

—¿Tienes algún otro lugar donde quedarte antes de que nos casemos?

Parpadeó varias veces. —Tengo amigos que viven en Londres, aunque hace tiempo que no los veo.

—¿Por qué no empacas la mayoría de tus cosas y vas a visitarlos esta tarde? Si te invitan a quedarte, perfecto. De lo contrario, te conseguiré alojamiento en el mejor hotel que el dinero pueda comprar.

Asintió lentamente, y luego frunció el ceño de nuevo. —¿Qué hay del amor?

Price parpadeó. —No estoy enamorado de ti.

—Ni yo de ti. Pero aún podrías encontrar el amor si no nos casáramos.

—He propuesto, y tú has aceptado —Price se inclinó hacia adelante y tocó el dorso de su mano donde descansaba sobre la mesa entre ellos.

Hero comenzó a gruñir, bajo y amenazante. Price no estaba dispuesto a dejar que el perro dictara su comportamiento. Lo más probable es que tocara la mano de Lenore a menudo incluso si no le hacía el amor. El perro tendría que aprender a compartir a su ama. —El amor no es en absoluto necesario en un matrimonio como el nuestro.

Ella parpadeó rápidamente y se encogió de hombros. —Supongo que no lo es.

Cuando Lenore permaneció en silencio, mirándolo con el ceño fruncido, él suspiró y se puso de pie. No podía amarla, pero podía darle recuerdos felices para compartir con sus hijos algún día.

Rodeó la mesa y se arrodilló a su lado. Los ojos de Lenore se abrieron de sorpresa, y él tomó su mano entre las suyas. —Lenore Griffin, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

No había sido nada difícil hacerlo una segunda vez. Bastante fácil, en realidad.

—Sí —susurró ella.

Price volvió a su silla y tomó otro sorbo de té, complacido de haber hecho lo correcto. —Bien. Muy bien.

Ya que tenía el lado del matrimonio de su vida una vez más decidido, supuso que realmente debería tomar más interés en los asuntos mundiales, empezando quizás por mostrar su cara en la Cámara de los Lores nuevamente.

CAPÍTULO 5



LENORE SOLO TENÍA unas pocas amigas cercanas, pero las que vivían en Londres resultaban ser las más queridas. Esperaba que estuvieran en casa. Las mujeres Hillcrest, todas primas, se habían mudado del campo y se habían instalado juntas en una casa en Albemarle Street al recibir sus herencias separadas.

Lenore se acercó a la puerta con más confianza de la que sentía, con el perro y una pequeña maleta de viaje en mano, y usó el aldabón. El carruaje de Lord Carmichael permanecía frente a la casa, esperando para llevarla a un hotel elegante si fuera necesario. Aunque Lenore había salido a escondidas por los establos detrás de la casa de Lord Carmichael, su viaje hasta aquí se había realizado con un nivel de lujo al que no estaba acostumbrada. La gente había mirado fijamente el carruaje mientras pasaba. Se sentía como una impostora por ir sentada en él, así que había bajado la cortina a su lado para esconderse.

El mayordomo de los Hillcrest apareció y la miró de arriba abajo, pero luego sonrió.

—¿Sí?

—Esperaba poder hablar con alguna de las señoritas Hillcrest. Somos viejas amigas.

—¿Y su nombre?

Se lo dijo, explicando que se encontraba en Londres inesperadamente.

La invitó a entrar, echando un vistazo al elegante carruaje que esperaba frente a la casa.

—Las señoras están con una visita en este momento, señorita Griffin —se disculpó profundamente.

Lenore sonrió.

—Lo entiendo, y estaré encantada de esperar para hablar con ellas todo el tiempo que sea necesario.

Las primas Hillcrest dirigían un negocio desde casa para complementar sus ingresos, ofreciendo instrucción a caballeros que necesitaban pulir sus modales para cortejar a una dama adecuada. Lo que hacían, lo hacían discretamente, pero seguía siendo un poco escandaloso que aceptaran dinero de caballeros desconocidos. Probablemente estuvieran entrevistando a un cliente ahora. Lenore esperaba que les fuera bien.

El mayordomo hizo una reverencia.

—Muy bien, señorita Griffin. Si pudiera acompañarme.

Lenore miró hacia atrás, preguntándose si estaba bien hacer esperar también a los mozos del conde. Lord Carmichael mismo les había dicho que la cuidaran bien, pero ¿debería despedirlos y encontrar su propio camino al hotel más tarde?

La decisión le fue arrebatada cuando el mayordomo cerró la puerta principal y la aseguró. La condujo a una pequeña habitación en la parte trasera de la casa, tal vez era el salón de la mañana,

a juzgar por lo que había esparcido por ahí. Aros de bordado y libros se apilaban en cualquier superficie disponible.

—¿Le gustaría tomar un té mientras espera, señorita Griffin?

—No, gracias —prometió. Estaba ansiosa por quedarse a solas con sus pensamientos. Había tomado una decisión monumental hoy. Toda por su cuenta.

No creía haber cometido un error al aceptar a Lord Carmichael. Era una oferta generosa de un buen hombre. Sin embargo, había mucho que no sabía de él aparte de que era amable y escribía una excelente carta muy fielmente cada año. Y le había regalado a Hero un año porque, sospechaba, había estado triste por irse tan lejos. Antes de eso, su conocimiento de él era el de una niña, con una visión inocente y a veces confusa del mundo coloreando sus recuerdos. Le había gustado el niño que una vez fue porque la dejaba jugar con sus juguetes cuando debería haber estado barriendo el suelo. Tenía tantos, pero siempre estaba feliz de compartirlos.

Pero aun así, el matrimonio y el "lecho conyugal", como él lo llamaba, eran las grandes incógnitas de su futuro.

Se sonrojó de vergüenza con solo pensarlo.

Se abanicó con la revista de damas más cercana, pero algo llamó su atención en ella y se puso a leer. Estaba revisando la última página cuando las primas llegaron de repente. Sylvia, Aurora y Eugenia tenían un cabello castaño y ojos verdes similares, pero sus personalidades eran tremendamente diferentes.

Sylvia era tímida, Aurora audaz y Eugenia decidida. Sus edades iban de los veinticinco a los veintisiete años. Consideradas solteronas al igual que Lenore cuando tenían veintidós años, las primas Hillcrest nunca habían esperado casarse. Cuando les llegó el dinero, las inesperadas herencias las habían salvado de la pobreza desesperada que afligía a muchas solteronas mayores. Había sido la inspirada sugerencia de Eugenia abrir este negocio en lugar de ceder a la presión de casarse con cualquiera que las aceptara a sus avanzadas edades.

Lenore también había sentido esa presión cuando era más joven, pero su empleo la había llevado lejos de casa, y ese camino, hasta ahora.

Después de intercambiar saludos, se echó hacia atrás.

—Tengo noticias. Voy a casarme —les dijo inmediatamente, incapaz de guardárselo ni un momento más.

Las primas Hillcrest gritaron en masa, saltando para rodearla.

—Querida, esto es todo lo que siempre quisimos para ti —declaró Aurora a voz en cuello—. Por fin un hombre ha visto tu potencial. ¿Quién es? Por favor, dime que no es el señor Green del pueblo.

—Por supuesto que no sería el señor Green. Nuestra amiga tiene mejor gusto en hombres. ¿Es rico? —preguntó Aurora sin rodeos—. ¿Tiene conexiones?

—¿Es guapo? —preguntó Sylvia, sonrojándose.

—¿Es lo suficientemente bueno para nuestra querida amiga? —preguntó Eugenia.

—Es Price Wagstaff, Lord Carmichael. Un conde. Tiene una hermosa casa y una finca en el campo también.

El rostro de Aurora se nubló.

—¿No es él...?

—Era el niño para el que trabajaba mi difunta abuela —confirmó.

Eugenia se estiró, poniendo una mano restrictiva sobre la de Aurora.

—¿Cuándo sucedió esto? La propuesta, quiero decir.

—Hoy —Lenore ya había practicado una respuesta que no incluiría detalles de su

correspondencia secreta a lo largo de los años, lo cual se consideraría escandaloso en cualquier circunstancia—. Fue al grano bastante rápido.

—Ya lo creo —refunfuñó Aurora—. No habíamos oído ni un susurro. Deberías habérnoslo dicho antes.

No podía haberles contado lo que nunca esperó. Bajó la mirada, fingiendo timidez con la esperanza de que dejaran sus preguntas ahí.

—Los mejores matrimonios comienzan con una explosión —dijo Sylvia con aire soñador—. Si tiene un título, debe ser apuesto.

—¿Cómo es eso? —se quejó Aurora a su prima—. Un título no mejora en nada el aspecto de un hombre.

Sylvia miró a Lenore a los ojos. —Pero es guapo, ¿verdad?

Lenore sintió que sus mejillas se calentaban un poco. Lord Carmichael debería ser muy atractivo cuando le quitaran esa terrible barba de la cara y su ropa no estuviera arrugada. El descuido no le sentaba bien. Lo hacía parecer viejo y desamparado. —Sí, creo que sí.

Las primas aplaudieron y la abrazaron de nuevo.

Eugenia Hillcrest aplaudió para poner orden en su reunión. —Esto merece una celebración.

—Oh no, no deben molestarse por mí —protestó Lenore.

—No, no. Celebramos cada matrimonio con una pequeña fiesta, ¿verdad, chicas?

Sylvia asintió enfáticamente. —Ya sea que los arreglemos o no. Queremos formar parte de tus celebraciones —dijo—. No muchos de nuestros clientes piensan en invitarnos a sus bodas. Creo que se avergüenzan de haber necesitado nuestra ayuda para encaminarse en la dirección correcta.

Lenore negó con la cabeza. —Por supuesto que estarán en mi boda.

Las primas intercambiaron miradas, y luego Lenore se vio envuelta en abrazos nuevamente. —¡Estas son noticias maravillosas! —exclamó Aurora—. ¡Por fin tendremos la oportunidad de asistir a una boda de la alta sociedad y conocer a gente importante cuando se convierta en condesa!

Las mujeres Hillcrest sobrevivían gracias a las buenas referencias de sus clientes que circulaban entre otros caballeros que enfrentaban dificultades similares. No estaba segura de que fuera la entrada a la alta sociedad que el trío deseaba, sin embargo. —Debo advertirles que probablemente solo será una pequeña reunión para la boda.

—Pero serán caras nuevas para nosotras —señaló Eugenia—. Seguramente asistirán miembros del *ton*.

—Lo que nos da aún más razones para celebrar. Ha habido una escasez crónica de hombres elegibles tocando a nuestra puerta últimamente. Siempre sucede en esta época del año. Casi todos huyen de la capital hacia las comodidades del campo si tienen la opción.

El trío presentaba una oportunidad única de aprendizaje para los caballeros indecisos. Si su cliente podía encantar a una de ellas, o a las tres, después de recibir instrucción, afirmaban que no debería tener problemas para encontrar esposa en la sociedad. Eran práctica para presentaciones, hacer visitas, parejas de baile, compañeras de cena. Un poco de coqueteo también, sospechaba Lenore. Todo llevado a cabo dentro de la privacidad de esta pequeña casa sin absolutamente ningún peligro de que el caballero pudiera verse obligado a casarse con alguna de ellas.

Lenore estaba asombrada por su plan. Se necesitaba valor para mantenerse firme frente a la desaprobación de todos los que conocías, como ellas lo habían hecho.

Eugenia llamó a un sirviente y, al pedir refrigerios, compartió la noticia del próximo

matrimonio de Lenore. La criada se alejó girando con una sonrisa y prometió ser muy rápida.

—¿Nos perdonarás si buscamos nuevos clientes entre los solteros en tu boda? —preguntó Eugenia con una sonrisa de disculpa.

—Por supuesto. Aún no tengo idea si habrá solteros en el desayuno de bodas. Si hay alguno presente, definitivamente os los presentaré y dejaré el resto en vuestras manos.

—Apreciaríamos mucho tu ayuda con las presentaciones —dijo Sylvia en voz baja—. ¿Dónde te estás quedando?

—Aún no había encontrado un hotel.

—¿Un hotel? No. Te quedarás con nosotras hasta que te cases —insistió Eugenia—. Un hotel no es un alojamiento adecuado para la futura Condesa de Carmichael. ¿Dónde está tu equipaje?

A Lenore no le gustaba imponer, pero prefería quedarse con amigas que sola. —Todavía está en el carruaje de su señoría afuera.

—Haré que lo traigan y lo suban a nuestra habitación de invitados —decidió Eugenia, saliendo apresuradamente de la habitación con Hero pisándole los talones.

—Gracias —gritó Lenore.

Aurora las condujo al comedor contiguo. —La mesa ya está puesta para la llegada de uno de nuestros clientes esta noche, pero pronto la tendremos lista de nuevo después de celebrar tu buena fortuna.

—¿Quién es hoy?

—Lord Jeremy Scarsdale se unirá a nosotras a las ocho. Es el tercer hijo y tiene el hábito más desafortunado de tartamudear alrededor de las mujeres que admira. Ha estado visitándonos durante el último mes con la esperanza de curar su hábito. Es terriblemente difícil cortejar cuando uno se queda sin palabras.

—En efecto —dijo Eugenia secamente—. Aunque eso no le impide comer bien.

Lenore se rió. —Probablemente esté feliz de tener a las tres encantadoras damas para él solo.

—No creas que no hemos considerado que ese podría ser el motivo por el que los hombres vienen aquí, pero rápidamente descubrimos la verdad y los despachamos.

—Espero saber cómo le ha ido en sociedad esta última semana —murmuró Sylvia mientras se dirigía a un aparador donde había una fila de decantadores—. La última vez que estuvo aquí, mencionó que asistiría a algunos compromisos sociales. Es un buen hombre y merece ser feliz.

Sylvia sirvió para todas —un pequeño jerez para brindar— y Lenore sonrió cuando Aurora regresó con Hero lamiéndose los labios. Aurora solía consentir a Hero cuando ella no miraba. Pero era como si tuviera una familia con ella de nuevo en este momento crítico de su vida.

—¿Cuándo tendrá lugar tu matrimonio?

—No estoy segura. Pronto, sin embargo. Lord Carmichael ha prometido que nos casaremos por licencia especial.

—¿Una licencia especial? Vaya, vaya. Un hombre de temperamento decisivo. Eso me gusta —declaró Aurora con un gesto sabio—. Entonces no será un holgazán cuando se trate de otros asuntos.

Sylvia se sonrojó. —Calla, Aurora. No la asustes.

—¿Asustarme?

Eugenia puso los ojos en blanco. —A lo que nuestra querida prima se refiere es a su sospecha indocumentada de que una propuesta rápida anuncia una noche de bodas rápida después del matrimonio.

Lenore estaba a punto de demostrar que la teoría de Aurora era muy equivocada. Carmichael estaba feliz de esperar para consumar su matrimonio. Habiendo escapado recientemente de la

persecución de un sinvergüenza, Lenore también estaba muy contenta por ello.

—¿Qué dijo tu empleadora sobre dejarte ir para casarte? Espero que no se haya molestado porque hayas atrapado a un conde.

Lenore hizo una mueca. —No se lo he dicho. Para ser honesta, mi situación allí me estaba causando preocupación.

—Oh, ¿qué pasó?

—Ella tenía un pretendiente que también mostró interés en mí.

Las damas se quedaron boquiabiertas y sacudieron la cabeza. —Los hombres pueden ser criaturas tan contradictorias —observó Sylvia—. Me alegro de que hayas logrado escapar antes de que se produjera la incomodidad de una propuesta no deseada.

—No habría habido ninguna propuesta —dijo, haciendo una mueca—. Él tenía otros planes para mí.

Hubo silencio ante su declaración, y finalmente, tuvo que levantar la mirada.

Eugenia tragó saliva. —Escapaste ilesa, ¿verdad?

Lenore asintió rápidamente. —Lord Carmichael organizó un carruaje para llevarme a Londres, y no pude pensar en ninguna razón para retrasar mi partida con semejante sinvergüenza merodeando por ahí.

—La reputación de una dama debe permanecer completamente intachable —coincidió Eugenia—. Debe protegerse de *todos* los avances no deseados.

—Tomaste la única decisión que podías, querida —le aseguró Eugenia—. Nunca permitas que nadie te haga dudar de eso. El conde también tomó la decisión correcta. Tendrás éxito en cualquier cosa que te propongas. Serás la señora de tu propia casa y de él.

Lenore se sonrojó. Imaginaba que ella y Carmichael solo se acercarían cuando ella estuviera lista para compartir la cama con él. Pero esos serían encuentros breves, y luego vivirían vidas separadas, como se decía que hacían muchos en la *alta sociedad*. —Es cierto —dijo y tomó un sorbo rápidamente.

—Y ahora también harás nuevas amistades.

—Pero no olvidaré a las antiguas —les juró—. Las necesitaré mucho a todas en las próximas semanas mientras me acostumbro a mi nuevo papel.

—Por supuesto, debes tener mil cosas que hacer y no mucho tiempo para completarlo todo. Ven, vamos arriba, y podemos tranquilizarte sobre el matrimonio y lo que podrías necesitar comprar. Absolutamente debemos hablar sobre lo que usarás el día de tu boda también. Por supuesto, pedirás una serie de vestidos nuevos para usar al comenzar tu nueva vida.

Lenore suspiró. Los consejos eran exactamente lo que había esperado. Había sido dama de compañía de tres señoras mayores, pero nunca en toda su vida había imaginado tener un rango superior al de ellas. Necesitaría más ayuda que unos cuantos vestidos bonitos.

Pero por hoy, las cuestiones prácticas evitarían que pensara en compartir la cama con su futuro esposo.

¿Cuánto tiempo debería esperar antes de invitarlo a unirse a ella? ¿Qué debería esperar después de que él tomara su inocencia? Estas eran preguntas que nunca antes se había atrevido a hacer. No había habido necesidad. Pero sus amigas entenderían sus temores y le darían fuerza para enfrentar el día de su boda con un casi desconocido, incluso si no se daban cuenta de que lo era.

De repente, Hero estaba a su lado, lamiendo sus dedos apretados. Ella le dio una buena caricia y le sonrió. A Hero le agradaba Lord Carmichael. No había duda de sus instintos sobre los hombres. Lenore no habría aceptado ningún matrimonio con Lord Carmichael si su perro

hubiera mostrado la más mínima desconfianza hacia el conde. Había tomado la decisión correcta. Su matrimonio sería bueno.

CAPÍTULO 6



PRICE ENGANCHÓ EL dedo bajo su corbatín y tiró con fuerza. Parecía incapaz de inhalar suficiente aire para satisfacer sus necesidades ese día.

—¿Todavía está muy apretado, mi lord? —preguntó su ayuda de cámara Norris, apresurándose a unírsele frente al espejo—. Permítame aflojarlo de nuevo.

Norris, un tipo quisquilloso que había contratado recientemente, aflojó el nudo una vez más y dio un paso atrás.

—Ahí está, perfecto.

Incluso con ese tercer ajuste, Price aún sentía que lo estrangulaban. ¿Habría cometido un error al contratar a este nuevo hombre? Norris era perfecto en todos los demás aspectos. Educado, discreto y, hasta hoy, Price no había tenido queja alguna.

Suspiró profundamente y observó su reflejo en el espejo.

En realidad, el problema no era el corbatín ni el ayuda de cámara.

Era el propio Price.

Ese día iba a casarse con una mujer a la que no podía amar. Lenore Griffin. Una nueva mujer que estaría a su lado en lugar del amor de su vida. Ahora se sentía inquieto, pero cuando había acordado y firmado los contratos matrimoniales con ella, aún parecía una solución sensata. Necesitaría un hijo, y Lenore era amable e inteligente, aparentaba estar saludable y necesitaba un hogar. Sería una esposa y compañera adecuada para él en los años venideros.

Sin embargo, Price ahora tenía dudas sobre todo esto. ¿Estaba precipitándose hacia un error de su propia creación? ¿Cómo pudo haber pensado que casarse con la primera mujer que se le ocurrió era lo correcto el otro día?

—Su chaleco, mi lord.

Se dejó ayudar a ponerse la prenda y volvió a mirarse en el espejo. Pasó los dedos sobre la manga que cubría su brazo derecho. Se sentía extraño sin la banda de luto que había llevado desde la sangrienta masacre de su madrina entre las inocentes debutantes de la sociedad.

Cerró los ojos mientras el recuerdo del rostro pálido y sin vida de Angela flotaba ante él, y luego todos los demás también. Tenía las manos manchadas de sangre. Angela se había ido, al igual que las otras mujeres inocentes. Su madrina era la responsable, pero no había vivido lo suficiente para pagar por sus acciones. Él no podía hacer nada más que llorar y enfurecerse en privado, y hacer todo lo posible por dejar el pasado atrás.

Abrió los ojos nuevamente y pidió su chaqueta. Una vez vestido, se tomó un momento para contemplar su apariencia una vez más. Parecía un extraño incluso para sí mismo sin las patillas en su rostro. Se las había quitado para complacer a su futura esposa apenas ayer, y aún no se acostumbraba a ver su propio rostro. Su piel se sentía tan en carne viva como sus nervios.

Intentó sonreír y logró una pálida imitación.

—Se ve muy bien hoy, mi lord. Si me permite ser tan atrevido. Felicidades por la feliz ocasión.

—Gracias —entonó, sintiendo la completa ausencia de felicidad. Estaba cumpliendo con su deber hacia la familia y su título. Muchos hombres se casaban sin conocer bien a su novia, y él no sería diferente. Lenore le serviría, y si alguna vez tenía arrepentimientos, se los guardaría para sí mismo en lugar de culparla por cualquier decepción.

Salió de la habitación a grandes zancadas, dirigiéndose escaleras abajo para esperar la llegada de su novia. No fingiría estar delirante de felicidad, pero tampoco disminuiría la importancia de este día.

Esto era todo. Estaba abrazando el futuro sin Angela.

Le había escrito a Lenore varias veces en los últimos días, explicando los arreglos que había hecho, y recibió una respuesta cortés indicando su acuerdo con todo lo que él quería.

Ella debería llegar puntualmente a las diez en punto para pronunciar sus votos. Price había organizado testigos y un vicario, por supuesto, y cuando Lenore le informó que tres de sus amigas también asistirían, hizo los ajustes necesarios. El plan de asientos para el desayuno de bodas y la comida ofrecida no le supusieron ninguna dificultad.

Entró en el comedor, asintiendo con aprobación al ver cómo se había dispuesto la mesa para el desayuno de bodas. Su ama de llaves había hecho un trabajo ejemplar preparando la casa con tan poco tiempo de aviso para la feliz ocasión.

Incluso sin las extraordinarias habilidades culinarias de Monsieur Laffitte en la cocina, no veía nada que faltara ni nada que cambiaría sobre este día. Esperaba que el hombre estuviera feliz trabajando nuevamente para el estimado Duque de Exeter, ya que había sido atraído de vuelta para preparar las celebraciones de fin de año y cumpleaños de Su Gracia. Probablemente era lo mejor. No imaginaba que él y Lenore recibirían visitas con frecuencia en casa.

Sin embargo, muy pronto sería un esposo con el deber de cuidar a una mujer y, más adelante, a sus hijos. Cualquier felicidad sería difícil de conseguir y atesorada. Ya no había vuelta atrás.

Un fuerte golpe lo sobresaltó y anunció la llegada de su primer invitado. El vicario, el señor Jackson Fielding, llegó temprano y muy exuberante mientras se estrechaban las manos.

—¿Cómo se siente en esta feliz ocasión? —preguntó Fielding.

—Muy bien —le ofreció una bebida al vicario, que este declinó en favor de consultar su biblia.

Lord Wade y Lady Wade llegaron después. Verlos del brazo y claramente felices en el amor le hizo sentir una punzada en el corazón. Ambos habían conocido bien a su amor perdido, Lady Wade más que su pareja.

—Bienvenidos —logró decir.

Lady Wade se acercó más, escrutando su expresión, y su sonrisa fue tentativa.

—Estamos muy felices de estar con usted hoy —le prometió en tono suave.

Price había estado evitando a la mayoría de sus conocidos desde que Angela murió, incluidos Lord y Lady Wade. Como él y Angela no se habían casado, ni se había reconocido públicamente su compromiso, pocos habían entendido su angustia por su muerte. Había aprendido que era mejor ocultar su dolor que explicárselo a amigos y conocidos una y otra vez.

—La señorita Griffin aún no ha llegado, pero la espero muy pronto.

Si es que no cambiaba de opinión.

El pensamiento surgió de repente. Lenore aún podría echarse atrás, y eso no se le había ocurrido a Price hasta este mismo momento. Miró hacia la puerta principal con preocupación de

que ella pudiera no aparecer. Realmente debería haber enviado un carruaje para recogerla para la boda, pero se le había negado ese privilegio. Lenore había prometido que su ayuda para llegar aquí no era necesaria. Esperaba no vivir para arrepentirse de esa decisión, o estar a punto de quedar en ridículo.

Otro golpe en la puerta reunió a Scarsdale y al Marqués de Wharton. Wharton había estado ansioso por asistir, una vez que Price confesó el matrimonio que estaba a punto de llevarse a cabo. Sin embargo, Price había omitido deliberadamente dar a la pareja todos los detalles de su acuerdo con Lenore.

Se estrecharon las manos e intercambiaron saludos.

—Así que aquí estamos, a punto de ver a otro pícaro perder su independencia —bromeó Wharton, y luego se pasó la mano por la mandíbula recién afeitada—. Y recién afeitado, también, gracias al cielo. Realmente pensé que habrías esperado un poco más que unas pocas semanas desde nuestra discusión antes de decidir tomar una novia.

Price miró fijamente a Wharton, habiendo soportado esta misma conversación dos días antes. Wharton tenía una baja opinión de los matrimonios apresurados a pesar de lo que había dicho la última vez que hablaron juntos. No podía entender por qué Price tenía tanta prisa por terminar con esto.

—Deberías empezar a pensar en el matrimonio también, antes de que se te vaya el atractivo —respondió Price secamente.

—Que el cielo me proteja —Wharton se rio, palmeando sus propias mejillas suaves. Era un poco bromista. Protector de su apariencia, también—. Mi linda cara es todo lo que tengo para recomendarme.

—Eso y el título —Scarsdale se acercó a Price—. Aunque por lo que sabemos, Wharton probablemente encontrará a un hombre vendiendo a su esposa en el mercado y les hará una oferta en lugar de esforzarse por cortejar a una dama apropiada —murmuró.

—*Si* alguna vez decido casarme, pueden estar seguros de que no será con la esposa de otro hombre ni un asunto apresurado —declaró Wharton, indignado—. Será cuidadosamente elegida con una belleza que iguale la mía. De todos modos, no podría casarme con la esposa de otro hombre. Una acusación de bigamia anularía el matrimonio y pondría en duda la legalidad de que mi hijo herede mi título.

Hubo una conmoción detrás de Wharton, y cuando Price miró alrededor de su amigo, vio a Lenore y a tres mujeres de pie, inseguras, en el vestíbulo de entrada. Hero estaba siendo llevado por un lacayo, sin duda hacia la cocina.

Lenore se veía muy bonita hoy.

Price sintió que se le revolvía el estómago y el alivio lo llenó al verla. Ella no había olvidado su promesa hacia él, y también se había esforzado en su apariencia.

Se veía bastante encantadora, realmente.

Se metió un dedo bajo la corbata y tiró de ella mientras su incomodidad regresaba. El cabello oscuro de Lenore estaba pulcramente peinado con algunos rizos suaves cayendo por su cuello. Llevaba un vestido amarillo veraniego que mostraba su figura esbelta y un atisbo de su escote cremoso.

Esta era su novia, la mujer con la que viviría el resto de sus días, lado a lado. Mirándola ahora, sabiendo que su corazón aún pertenecía a Angela, se preguntó qué tipo de vida podrían tener juntos. ¿Pelearían, o simplemente se ignorarían cortésmente la mayor parte del tiempo?

—Maldita sea —maldijo Scarsdale y giró sobre sí mismo, dando la espalda a la entrada.

Price lo miró confundido.

—¿Qué te pasa?

Scarsdale estaba sonrojado.

—Las conozco.

—¿Conoces a la señorita Griffin?

—A ella no. A las otras tres. Maldita sea —Scarsdale respiró hondo y luego se volvió, con una falsa sonrisa fija en su rostro—. Realmente es un mundo demasiado pequeño en el que vivimos, ¿no? —se quejó.

—Puede serlo —simpatizó Price, pero no tenía tiempo para indagar más sobre cómo Scarsdale conocía a esas mujeres. Rápidamente rodeó a sus amigos para saludar a su futura esposa.

Se inclinó profundamente ante ella.

—Bienvenida, señorita Griffin.

Ella hizo una reverencia.

—Mi señor.

Price tomó su mano y la llevó a sus labios. No había planeado hacer eso, besar ninguna parte de ella, pero tomar su mano pareció surgir naturalmente.

Besó el aire sobre sus dedos enguantados y luego los dejó caer. La miró, vio a sus amigas observando de cerca, y supo que se esperaba que dijera algo profundo para marcar la ocasión. Un comentario lo suficientemente memorable como para ser repetido a lo largo de los años a sus hijos quizás, y amigos.

—Me dejas sin aliento.

Las mujeres alrededor de Lenore sonrieron radiantes, y ella rápidamente hizo las presentaciones. Sus nombres sonaban extrañamente familiares, pero dudaba haber sido presentado a las primas Hillcrest antes de hoy. Se inclinó cortésmente ante cada una.

—Espero verlas a menudo.

—Nosotras también lo esperamos —Una de ellas miró alrededor, asomándose a las habitaciones cercanas—. ¿Hay alguna habitación privada que podamos usar las damas antes de la boda?

—Por supuesto. Por aquí. Haré las presentaciones después de la boda si les parece —prometió Price, sintiendo que su ansiedad regresaba con solo decir eso.

Después de la boda... cuando no habría escapatoria para ninguno de los dos.

Su corbata aún estaba demasiado apretada mientras conducía a las mujeres a la sala de la mañana, donde se habían dispuesto refrigerios para tal situación y se había bajado un gran espejo por si fuera necesario.

Rápidamente se excusó y cerró la puerta tras ellas, se dio la vuelta y se dirigió a zancadas hacia sus invitados, tratando de no correr.

Encontró a Scarsdale en el vestíbulo de entrada, asomándose al comedor.

—Scarsdale, ¿qué estás haciendo? Aún no hay nada para comer allí.

Sonrió rápidamente.

—En realidad, esperaba ser el primero en presentarme a la futura Lady Carmichael. No puedo dejar que Wharton tenga el honor de encantarla primero.

Price se estremeció.

—Después de la boda. Sé un amigo y ayúdame a guiar a todos a sus posiciones para la ceremonia.

—Por supuesto. ¿Cómo quieres que nos organicemos?

Price explicó y luego volvió con sus invitados. Comenzó por un lado de la habitación,

indicando a los invitados dónde quería que se colocaran. Scarsdale hizo su parte. Price había decidido casarse frente a las altas ventanas delanteras. Era un día hermoso, y la habitación estaba iluminada y brillante. No quería sombras en este día, sino la claridad de una visión perfecta mientras pronunciaba sus votos a Lenore Griffin.

Nunca la amaría, pero respetaría a Lenore, le sería fiel toda su vida. Haría todo lo posible para nunca decepcionarla.

El vicario tomó su lugar entre las ventanas. Dio unas palmaditas sobre la biblia y sonrió a Price. —Todo lo que necesitamos ahora es que aparezca la novia.

Price se metió el dedo bajo el corbatín una vez más y se volvió hacia la puerta, listo para que fueran a buscar a Lenore. Pero entonces la vio, de pie en el umbral, rodeada por sus tres amigas... y se le cortó la respiración.

Le habían añadido una corona de flores y un velo sobre el cabello a Lenore mientras habían estado separados, y el efecto era impresionante.

Dos de las primas Hillcrest abrieron el camino hacia la habitación mientras la tercera guiaba a Lenore hacia adelante tomándola de la mano, ocupando el lugar de un ser querido por el bien de Lenore.

Las dos damas que iban delante se separaron para tomar posición en el lado derecho de la habitación. La otra, Eugenia, finalmente recordó, le entregó a Lenore Griffin con una sonrisa misteriosa. Se movió para estar con sus primas, dejando a Lenore a su cuidado. Sintió temblar la mano de Lenore en la suya, y le apretó los dedos con fuerza, esperando demostrarle que lo entendía. Él también estaba nervioso. El matrimonio era un gran paso para ambos.

Ella le ofreció una sonrisa tentativa en respuesta, y luego dirigió su atención exclusivamente al vicario.

Pero las palabras del vicario pasaron sobre Price como un borrón.

No podía apartar la mirada de Lenore Griffin, una casi desconocida que sería parte de su vida para siempre en cualquier momento. Sin embargo, se sentía conectado a las palabras del vicario a través de la mujer que sostenía tan ligeramente. No se sentía mal en absoluto, solo extraño.

Él y Lenore dieron su consentimiento con voces claras y firmes. La mano de Price estaba firme mientras deslizaba una simple banda de oro en su dedo, y luego el vicario concluyó sus votos.

—...han prometido su fidelidad el uno al otro y lo han declarado dando y recibiendo un anillo, y uniendo sus manos; yo los declaro marido y mujer, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén —finalizó el vicario antes de otorgarles a ambos una sonrisa serena.

Estaba casado. Un esposo. Su vida inexplicablemente unida a la de Lenore.

—Amén —dijo suavemente, cruzando su mirada con la de Lenore mientras ella pronunciaba la misma palabra.

Hubo un fuerte aplauso detrás de ellos, y Price miró brevemente por encima de su hombro y sonrió, agradecido por la distracción. Él y Lenore habían tomado una decisión valiente, pero ella le había dado la responsabilidad sobre su vida, y él nunca dejaría que se arrepintiera. La protegería de cualquiera o cualquier cosa que quisiera hacerle daño.

Volvió a estudiar el rostro de su novia. Conociéndola. Fue entonces cuando notó una pequeña lágrima deslizándose por su pálida mejilla desde sus ojos brillantes y vidriosos. Muchas mujeres lloraban en las bodas. ¿Estaba Lenore feliz o triste? No podía decir lo que estaba pensando, pero odiaba ver esa lágrima.

Levantó la mano y pasó suavemente el pulgar por su mejilla para limpiarla. Ella se sobresaltó y lo miró fijamente. Sus ojos azules estaban enormes de emoción, pero luego se rio suavemente,

y cualquier tristeza que pudiera haber sentido pareció una aberración de su propia mente.

—Gracias por casarte conmigo —susurró, manteniendo su mano en su mejilla.

Estando tan cerca de ella, notó varias cosas. Su novia era hermosa a su manera. Largas pestañas y cejas oscuras y rectas resaltaban sus expresivos ojos azules. Y el aroma de Lenore, un suave perfume que tentaba sus sentidos, recordándole el campo y el hogar, era embriagador y le hizo inclinarse hacia ella antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Se enderezó rápidamente, para que ella no creyera que iba a besarla allí y entonces frente a sus invitados. No lo haría. Su novia había pedido tiempo antes de que se volvieran íntimos, y él tenía la intención de concederle ese favor por el tiempo que ella necesitara. Los besos serían para más tarde.

La mejilla bajo sus dedos se calentó con un rubor, y sus largas pestañas aletearon y se bajaron sobre sus ojos con recato. —Gracias a ti también.

Dejó caer su mano lentamente y exhaló. Estarían bien al final, supuso. El matrimonio era un ajuste que ambos tenían que hacer.

Agradeció al vicario, Lenore también, y finalmente se volvieron para enfrentar a sus invitados.

—Toma mi brazo, Lady Carmichael —murmuró, ofreciéndole su escolta y su brazo con un floreo. Su mano se deslizó alrededor de su brazo y se apretó, cómodamente en lugar de aferrarse, descubrió. Sonrió—. Mis amigos están muy ansiosos por conocerte.

Ella levantó la mirada hacia él, sonriendo. —Yo también estoy deseando conocerlos.

La condujo primero hacia Lord Wharton, como el caballero de más alto rango en la habitación, y realizó las presentaciones necesarias. Wharton fue encantador y amable y halagó a Lenore de manera exagerada mientras se burlaba de Price.

Pronto Lenore estaba de pie con la mano presionada contra su costado mientras se reía de todo lo que Wharton bromeaba sobre Price.

—Ahora puedo ver por qué se tomó su tiempo para presentarnos —refunfuñó Wharton—. Me encanta una dama que disfruta de una conversación animada. Uno de nosotros podría haber intentado robártela si nos hubiéramos conocido en diferentes circunstancias. Aún podríamos hacerlo, si la descuidas.

El agarre de Lenore sobre él se apretó ligeramente. —No creo que permitiría que eso sucediera.

—Ah, una mujer que conoce su propia mente —dijo Wharton, y luego soltó una carcajada—. Yo sería muy persuasivo.

Scarsdale empujó a Wharton a un lado. —No le haga caso, Lady Carmichael. Wharton aquí no tiene suerte con las damas y le gusta exagerar su atractivo. Su único atractivo es su título y su elección de conocidos. Yo soy el verdadero *mejor* amigo de Lord Carmichael. —Scarsdale hizo una reverencia exagerada—. Es un placer absoluto conocer a la dama que por fin ha rescatado el corazón de mi pobre amigo.

Price negó sutilmente con la cabeza y llevó a Lenore a saludar a Lord y Lady Wade. No planeaba contarle a su esposa que Angela Berry había sido el verdadero amor de su vida, pero eso era a lo que Scarsdale había aludido. Ese era un amor secreto que planeaba llevarse a la tumba, sin dejar que Lenore supiera jamás que ella no había sido su primera opción para el matrimonio.

Disfrutaron del desayuno de bodas en buena compañía, sentados uno al lado del otro, y Lenore parecía muy entretenida con la conversación alrededor de la mesa. Sus amigos contaron historias del pasado de Price hasta hacerlo sonrojar, aunque él le aseguró a Lenore que todas eran

exageraciones desmedidas. Sin embargo, guardó sus anécdotas para uso futuro, planeando avergonzarlos con historias similares de tropiezos cuando finalmente se casaran.

Uno a uno, sus amigos se despidieron hasta que solo quedaron ellos dos en el vestíbulo. El silencio resultaba ensordecedor después de tanta risa y camaradería. Más de uno había sugerido que debería estar ansioso por quedarse a solas con su novia.

Price se metió un dedo bajo la corbata y tiró con fuerza de nuevo.

Lenore suspiró.

—Debería avisar al ama de llaves que ya pueden limpiar y ordenar el comedor.

Él asintió.

—Hablaré con Humphries para que arreglen también el salón.

—Sí —dijo Lenore suavemente.

—Sí, en efecto. Hay mucho que hacer —dijo Price sin mirar a Lenore.

—Bueno, entonces iré por aquí —sugirió ella, dando un paso hacia el comedor.

—Y yo iré por allá —convino él, dando un paso similar hacia el salón.

—¿Lord Carmichael?

—¿Sí? —Clavó la mirada en los ojos de Lenore.

—Ha sido un banquete extraordinario. Creo que no podría comer ni un bocado más hoy.

Él sonrió.

—El desayuno de bodas estuvo bien, ¿verdad?

—Muy bien —concordó ella.

Se quedaron de pie uno frente al otro en el vestíbulo por un momento. Estaban casados, eran marido y mujer. Un día también serían amantes. Su corbata se ajustó y anheló deshacerse de ella.

—Bueno, si no tiene hambre, me despediré ahora, milady —dijo él.

—Realmente no podría comer ni un bocado más. Buenas noches, milord —murmuró ella antes de apresurarse hacia el comedor y desaparecer.

Price hizo lo mismo, yendo en dirección opuesta tan rápido como pudo sin llegar a correr. Se arrancó la corbata en cuanto cerró las puertas... y encontró la botella más cercana para beber también.

CAPÍTULO 7



—LONDRES EN OTOÑO es una época más tranquila que durante la primavera. Muchos de mis amigos más cercanos están ausentes de la capital —le informó el nuevo marido de Lenore mientras viajaban por los distritos de moda de Londres tres semanas después de su matrimonio —. Conocerás muchas caras nuevas el año que viene.

Lenore miró por la ventana la lúgubre lluvia que había comenzado a caer tan pronto como habían subido al carruaje. Según su marido, había muchas cosas que haría el año próximo.

—Ya lo suponía.

—Todos volverán en tropel en el Año Nuevo y nos veremos inundados de invitaciones.

—Estoy segura de que así será.

El marido de Lenore parecía ser popular, así que no le sorprendía que *él* esperara una abundancia de invitaciones. Bastaba con caminar con él por la calle para ver cuántas personas lo saludaban al pasar. Lenore también había recibido su buena parte de miradas curiosas, algunas amistosas, otras no tanto. La gente prefería hablar solo con su marido por ahora. Era un poco grosero de su parte, pero esos momentos eran solo breves bajones en su nueva vida.

Hoy, su tiempo juntos como marido y mujer sería igual de breve. Lenore iba de camino a visitar a sus amigas en Albemarle Street, y su marido también salía en ese momento. Ambos necesitaban el carruaje de la ciudad. Carmichael había decidido que viajarían juntos, y luego él continuaría solo sin ella.

Se agarró la parte superior del brazo derecho mientras le hablaba, un hábito frecuente que ella había notado. Podría no ser más que una costumbre, pero a veces se preguntaba si tenía una lesión que no quería admitir bajo su mano.

—¿Te quedarás con las señoritas Hillcrests todo el día? —preguntó él.

Ella le prestó toda su atención. ¿Hacía esa pregunta porque esperaba pasar tiempo con ella?

—Esa era mi intención, pero si me necesitas, estoy segura de que no les importará si me voy antes.

—No, no cambies tus planes por mí. Solo tenía curiosidad por saber si debía enviarte el carruaje de vuelta inmediatamente o no —explicó Lord Carmichael, y Lenore se sintió decepcionada—. Es probable que salga a cenar esta noche y no lo necesite de nuevo, me imagino.

Carmichael había cenado fuera de casa todas las noches desde que comenzó su matrimonio. Lenore sintió una punzada de inquietud por ello. Su marido debía tener una agenda llena de invitaciones que había aceptado antes de su matrimonio, y le había informado a Lenore que ella no podía ser incluida. No sabía de ningún evento que la incluyera en el futuro tampoco, pero le gustaría asistir a una cena con su marido algún día, aunque solo fuera para ir a algún sitio con él.

—Por supuesto.

Él permaneció en silencio durante unos minutos, pero luego frunció el ceño.

—¿También te quedabas a cenar con las Hillcrests?

Lenore apartó la mirada de su apuesto marido.

—No lo había decidido.

No tenía invitación para cenar con ellas, pero eso era lo que solía suceder. Hablarían, y la hora de la cena llegaría milagrosamente, y sin tener otros planes, Lenore se vería presionada a quedarse y aceptar con gracia. Sin embargo, no quería dar por sentada siempre una bienvenida con las mujeres Hillcrest.

Para ser honesta, sus días estaban ocupados pero también empezaban a sentirse un poco sin rumbo. Probablemente se quedaría a cenar con ellas si la invitaban, ya que esta noche solo tenía que considerar a su perro. Su marido tenía una vida plena fuera de casa, y de ella, y hasta hoy, nunca había cambiado sus planes para permanecer en su compañía.

Giraron hacia Albemarle Street, y ella tomó la correa de su perro, preparándose para bajar. A veces Hero saltaba primero en lugar de quedarse a su lado, y no podía soportar perderlo bajo las ruedas del carruaje.

Finalmente se detuvieron, y un mozo saltó rápidamente, bajó el estribo y abrió la puerta de golpe. Carmichael salió, miró hacia el cielo nublado y luego volvió a meter la mano por la puerta.

—Ha dejado de llover.

Lenore le dio a Carmichael la correa del perro. Instó a Hero a saltar a la acera, y luego bajó ella misma sin ayuda.

Miró hacia la casa de sus amigas. Un mozo ya había corrido hasta la puerta para presentar su tarjeta, aunque la esperaban a esta hora. Apareció el rostro de su amable mayordomo, iluminado con sonrisas al ver su llegada. Siempre era bienvenida aquí, y era una sensación encantadora sentirse querida. Miró hacia las nubes, aún espesas en lo alto.

—Me temo que volverá a llover pronto.

Debería entrar para resguardarse del tiempo y enterarse del misterioso nuevo cliente de la Academia Hillcrest de anoche. Pero lanzó una mirada a su marido cuando se dio cuenta de que permanecía a su lado en lugar de marcharse. Él la observaba, con la correa aún en la mano.

—Le ruego me disculpe. —Extendió la mano para tomar la correa—. Gracias, milord. Espero que disfrute de su día y de su cena esta noche.

Carmichael puso la correa de Hero en su mano muy lentamente, pero no la soltó. La estudió, formándose un ceño en su apuesto rostro. Era un poco inquietante que la mirara tan directamente por una vez, y ella bajó los ojos, sintiéndose inexplicablemente nerviosa.

Él se acercó y le habló en voz baja.

—La próxima vez que te ofrezca mi mano, quizás me permitas el privilegio de ayudarte a *ti* a bajar del carruaje, en lugar del perro.

Se sorprendió por la reprimenda, pero no por mucho tiempo. Se estaba acostumbrando tanto a cuidar de sí misma que se había vuelto una segunda naturaleza no esperar nada de él. En este matrimonio que habían hecho, parecía prudente seguir confiando solo en sí misma hasta conocer mejor los sentimientos de su marido.

Encontró su mirada y le sonrió dulcemente.

—Intentaré recordarlo para la próxima vez.

—Por favor, hazlo —dijo él con un brusco asentimiento. Puso su mano firmemente sobre la de ella.

La sonrisa de Lenore vaciló cuando su toque le calentó los dedos. De repente, fue muy consciente de las cualidades de su marido. Era muy apuesto. Pero era su cercanía lo que casi la hizo desmayarse. El corazón de Lenore comenzó a acelerarse en respuesta. Pero entonces su mirada se cerró y su mano se apartó.

—Te veré por la mañana.

—Sí —logró responder—. Por la mañana.

La mañana, el único momento en que podía garantizar que hablarían, era también el único momento en que podía contar con verlo durante más de cinco minutos. Siempre se iba corriendo a algún lado sin ella, sin decir nunca adónde iba ni siquiera al día siguiente. ¿Se olvidaba de que era un hombre casado cuando ella no estaba justo delante de él? No quería saber si lo hacía.

—Vamos, Hero.

Subió los escalones de la entrada de la casa de sus amigas, sintiéndose un poco desanimada. El matrimonio estaba resultando ser algo decepcionante. No es que esperara grandes cosas de su acuerdo, pero había esperado que su marido intentara conocerla mejor antes del día en que compartieran su lecho.

Estar juntos parecía ser lo último en su mente... pero últimamente era lo único en la de ella.

El mayordomo de los Hillcrest tomó su sombrero y saludó a Hero, quien parecía apreciar mucho al anciano. Por el rabillo del ojo, notó que el carruaje de su marido se alejaba. Él no la saludó ni siquiera miró atrás mientras se marchaba.

—Las señoras la esperan en el salón —le informó el mayordomo.

—Gracias —dijo Lenore mientras acortaba la correa, envolviéndola firmemente alrededor de una mano. A veces Hero olvidaba sus modales, especialmente si había pasteles en una mesa baja.

Afortunadamente hoy, aún no habían servido los refrigerios. Le dio un poco más de libertad para moverse, pero lo mantuvo cerca mientras saludaba a sus amigas hasta que la emoción de estar aquí de nuevo se disipara—. Buenos días.

—Buenos días a ti también —exclamó Aurora con su habitual audacia—. Buenos días, Hero —dijo mientras acariciaba cariñosamente la cabeza del perro.

Se intercambiaron besos, mimaron un poco más al perro, y Lenore terminó sentada junto a Sylvia.

—No estábamos seguras de que vendrías hoy —confesó Sylvia.

—Dije que lo haría —le recordó Lenore.

—Pensamos, esperábamos, que podrías estar en algún lugar emocionante con tu apuesto marido.

Se obligó a reír. Había venido aquí casi todos los días después de su boda. Habían pasado semanas mientras su marido seguía su propio camino, y ella el suyo—. Hoy no.

—Bueno, quizás mañana —murmuró Sylvia, arqueando una ceja—. Tenemos un cliente que viene hoy, así que es bueno que estés aquí para ayudarme.

—¿Oh? —Lenore miró alrededor. Nunca antes había estado involucrada con los clientes de los Hillcrest. Por lo general, venían por las noches, o si era en otros momentos, Lenore se movía a otra habitación con una de las primas para asegurar que se mantuviera la privacidad del caballero.

—Aurora y Eugenia deben salir juntas hoy, y realmente no queríamos decepcionar al nuevo cliente.

Se animó. Después de todo, un poco de emoción sería parte de su día—. ¿Qué esperas de mí?

—Nada más que tu presencia como carabina. Hacemos una promesa a nuestros clientes de que nunca se les pondrá en la posición de que se espere que se casen con una de nosotras.

Nuestras reputaciones también sufrirían si se supiera que nos hemos reunido con un hombre completamente solas.

Al menos alguien la necesitaba. Asintió, manteniendo una sonrisa en su rostro—. Estoy feliz de ayudar en lo que pueda.

Aurora y Eugenia se levantaron, besaron la mejilla de su prima y se despidieron.

Sylvia miró fijamente la puerta después de que se fueron, mordiéndose el labio inferior. Parecía nerviosa.

Lenore colocó su mano sobre la de Sylvia, sacándola de su ensimismamiento—. ¿Estás preocupada por este cliente?

—Oh, no. No realmente. Es solo que es un conjunto diferente de circunstancias lo que lo trajo a nosotras. Es un viudo que debe casarse de nuevo.

—Ya veo. —Frunció el ceño, sin ver el problema—. Pensé que tus clientes eran del tipo nervioso e inexpertos con las mujeres.

—Todos los hombres se ponen nerviosos cuando se trata de matrimonio. —Sylvia se encogió de hombros—. Este cliente en particular tuvo un primer matrimonio por amor, y su esposa murió repentinamente. Realmente desgarrador. Su familia lo está presionando para que encuentre una esposa pronto, pero él siente que solo pensar en ello traiciona a su difunta esposa, y ni hablar de comenzar realmente a cortejar a alguien.

Lenore asintió—. Debe ser una situación difícil.

—En efecto. Lord Sullivan está bastante preocupado, y más que un poco perdido, para ser honesta. No cree que Cupido lo flechará dos veces y le traerá otra mujer para amar.

Sonó un golpe en la puerta del salón, y el mayordomo entró, seguido por un lacayo, y Lenore no tuvo tiempo de hacer más preguntas—. Lord Sullivan ha llegado, señorita Hillcrest. ¿Debo hacer que saquen a Hero a pasear mientras el conde está aquí?

Lenore consideró que la ocasional reacción fuerte de su perro hacia hombres extraños podría no ser lo mejor para los intereses de la Academia Hillcrest y asintió rápidamente—. Eso podría ser sensato. Gracias —murmuró mientras el lacayo tomaba a Hero por la correa y le prometía una emocionante salida.

—Por favor, haga pasar a Lord Sullivan ahora y tráiganos té en veinte minutos —dijo Sylvia con una brillante sonrisa de bienvenida en su rostro, poniéndose de pie. No era su sonrisa habitual, era más audaz, y Lenore se dio cuenta de que su amiga había adoptado una personalidad diferente desde que se mudó a la capital. Ya no era una solterona tímida y retraída, sino una mujer con negocios en mente.

Rápidamente apareció un hombre alto con espeso cabello castaño oscuro y una sonrisa cautivadora. Aunque lanzó una mirada alarmada hacia Lenore, hizo una reverencia a Sylvia—. Señorita Hillcrest.

Su voz, profunda y confiada, llenó la habitación.

Lenore solo pudo quedarse boquiabierta. ¿Cómo podía este hombre necesitar la ayuda de alguien? Era apuesto y tenía un título. Parecía poco probable que tuviera alguna dificultad para encontrar una novia, en opinión de Lenore. Las mujeres deberían estar haciendo fila alrededor de la plaza para ser consideradas por él.

Sylvia asintió—. Lord Sullivan. Bienvenido.

—Gracias por recibirme de nuevo y con tan poca antelación. Espero que se encuentre bien.

—En efecto, lo estoy. La Academia Hillcrest siempre está dispuesta a ofrecer apoyo y orientación a los caballeros. ¿Puedo presentarle a mi amiga?

—Por supuesto.

—Esta es Lenore, Lady Carmichael.

Sus cejas se fruncieron mientras sostenía la mirada de Lenore—. ¿Carmichael, dice?

—Sí, un placer conocerlo. —Hizo una reverencia, pero notó que sus ojos estaban llenos de preguntas.

—Me he casado recientemente —le dijo, y su expresión se aclaró.

—Acabo de regresar a la ciudad, así que no me había enterado de la noticia —dijo él—. Felicidades.

—Gracias —murmuró ella, sintiéndose incómoda ahora. Todavía se sentía una impostora cada vez que alguien usaba su nuevo título.

—Por favor, siéntese, milord —dijo Sylvia mientras le dirigía una sonrisa sincera—. Lady Carmichael será nuestra carabina hoy, ya que mis primas descubrieron que tenían un compromiso previo en otro lugar del que no podían zafarse.

Los hombros de Sullivan parecieron caer—. Lamento escuchar que no se unirán a nosotros —dijo, pero realmente no sonaba decepcionado en absoluto. Quizás no era tan confiado como parecía al principio, después de todo.

Sylvia levantó una mano hacia el mayordomo que esperaba cerca. —Mills, ¿podría traer el té de inmediato?

—Sí, señorita Hillcrest.

Lord Sullivan lanzó otra mirada a Lenore, y Sylvia lo notó.

—Puede estar seguro de la completa discreción de Lady Carmichael. Somos amigas desde hace muchos años, y ella entiende la naturaleza de nuestro trabajo con nuestros clientes.

—En efecto —prometió Lenore, haciendo rápidamente el gesto de cerrar sus labios con llave y tirarla.

Lord Sullivan se rio. —Muy amable de su parte.

Lenore sonrió radiante. Le habría respondido si sus labios no estuvieran supuestamente sellados. Se sentó en silencio mientras Sylvia comenzaba a preguntarle sobre su vida. Hablaron sobre la presión familiar para hacer una buena unión durante un rato, haciendo una pausa solo para la llegada de la bandeja de té solicitada. Luego, Sylvia dirigió la conversación hacia una mujer específica que él había conocido recientemente y sus sentimientos hacia ella.

Lenore estaba profundamente impresionada con la habilidad de Sylvia para hacer que su cliente se sintiera cómodo. Dirigía la conversación de un lado a otro de una manera que no parecía entrometida, pero claramente sacaba a la luz las opiniones de Lord Sullivan sobre las mujeres durante la siguiente media hora.

Lenore se sorprendió de lo magistralmente que Sylvia se manejaba, y el delicado tema de hacer la unión correcta por la razón correcta. En compañía, en el campo años atrás, Sylvia había sido la última en expresar una opinión, pero con Lord Sullivan, parecía completamente cómoda con una conversación tan íntima.

—No debería comparar tanto a las mujeres que conoce con su difunta esposa —sugirió—. Ella era única. Cada mujer lo es. Lo que debe tener presente es si le atraen ahora, tanto física como intelectualmente. ¿Podría soportar estar varado con ellas en un lugar que no es el suyo? ¿O querría estrangularlas después de los primeros diez minutos de conversación?

Lord Sullivan rio suavemente. —Tiene una manera única de expresar las cosas, ¿no es así? ¿A quién me recomendaría entonces?

—Lord Sullivan, esta no es una agencia matrimonial. Tendrá que encontrar a su propia novia en la sociedad a su debido tiempo. Mi trabajo es simplemente apoyar su decisión de hacerlo y ayudarlo a reconciliarse con la idea de ser feliz de nuevo. Ofrezco consejos y un oído para

desahogar sus temores. Por lo que he aprendido hoy, obviamente no necesita tutoría en rituales de cortejo. Es usted un caballero, experimentado en mujeres y matrimonio. Solo necesita confiar en que cuando encuentre a alguien que crea que podría convenirle, no será una traición a su primera esposa.

Él asintió lentamente.

—Puede parecer obvio decirlo, pero no tiene nada que temer de las mujeres. Las damas que conozca en el futuro probablemente vendrán de las familias adecuadas, poseerán enormes dotes, y toda su familia podría aprobar la unión. Pero *usted* es quien tiene que vivir con ellas. Compartir su vida con ellas. —Sylvia se inclinó un poco hacia adelante—. Tener hijos con ellas.

La sonrisa de Lord Sullivan desapareció.

Sylvia le ofreció un plato de pasteles, y Lord Sullivan tomó un trozo y comió lentamente en silencio. Una expresión de grim determinación se apoderó de su rostro, y Lenore podría jurar que las palabras de Sylvia lo habían molestado. Lenore sintió que se había perdido algo de la conversación, pero no se atrevió a interrumpir.

Finalmente, él asintió. —Entiendo.

—¿Siente que ya ha conocido a alguien que encaje con mi descripción del tipo de mujer que podría considerar?

—Quizás, pero el último punto que mencionó presenta una dificultad —dijo, y apartó la mirada.

Lenore no podía ver su expresión, pero ciertamente lo oyó sorber. ¿Estaba a punto de llorar?

Sylvia asintió. —Debe seguir buscando hasta que encuentre a aquella que haga que ese futuro no sea tan aterrador para usted. No hay razón para que la tragedia que sufrió ocurra dos veces. Mantenga la mente abierta, y no descarte inmediatamente a ninguna mujer que conozca después de apenas dos segundos de conversación. Es un gran paso, pero estoy segura de que hay alguien para usted ahí fuera. Solo tiene que ser más paciente de lo que su familia parece ser con este asunto.

Él asintió. —Gracias, señorita Hillcrest. Me ha ayudado enormemente, y aprecio mucho su tiempo hoy.

Sylvia inclinó la cabeza hacia un lado. —Eso suena como si no volviéramos a verlo.

—No por un tiempo, me imagino. Voy a pasar unos meses en el campo. Primero, por supuesto, debo visitar a mi familia, que sin duda sacará el tema de mi nuevo matrimonio cinco minutos después de que me quede a solas con ellos. Ha sido un placer venir aquí y hablar con usted hoy antes de enfrentar esa prueba. Dé mis mejores deseos a sus hermanas. Lamento mucho no poder hablar con ellas de nuevo antes de dejar la ciudad.

—Estoy segura de que ellas sentirán lo mismo.

Lord Sullivan se volvió hacia Lenore. —Hasta que nos volvamos a encontrar, Lady Carmichael. Quizás en la pequeña fiesta de Exeter, tendremos la oportunidad de hablar.

Lenore no había oído hablar de esta fiesta de la que hablaba Lord Sullivan, pero asintió. —Hasta que nos volvamos a encontrar.

Sylvia lo acompañó hasta la puerta y regresó unos minutos después, con una expresión infeliz.

—¿Qué sucede?

Sylvia suspiró. —Se va de la ciudad antes de lo que anticipamos.

—¿Es eso un problema?

—La pérdida de un nuevo cliente siempre presenta una dificultad. Quiero decir, siempre perdemos a los caballeros cuando se casan. A medida que la temporada termina y más caballeros

se van al campo, la necesidad de nuestros servicios disminuye. Apenas habíamos comenzado con Lord Sullivan.

—Ah, bueno, quizás podrías verlo como unas vacaciones.

—Sí, supongo que eso es exactamente lo que debemos hacer. —Sylvia dejó de lado cualquier preocupación que pudiera haber tenido—. ¡Qué emocionante escuchar que tú también asistirás a la reunión de invierno del Duque de Exeter este año! Dicen que será la fiesta del siglo.

Lenore se quedó paralizada. ¿Debería mentir sobre ir al campo? Lenore no tenía la menor idea de si estaban siquiera invitados, o si su marido había aceptado la invitación. Tal vez su marido simplemente no se lo había dicho todavía. ¿O iba a ir solo a eso también?

Rápidamente decidió cambiar de tema en lugar de enfrentar esa posibilidad. —¿Qué es lo que molesta a Lord Sullivan sobre convertirse en padre?

—Su primera esposa murió después de dar a luz, y el niño también murió.

—Oh —susurró—. *Esa* es una razón para dudar.

—Pero no puede hacerlo para siempre, por supuesto —suspiró Sylvia—. Incluso tú sabes que tu marido necesita un heredero pronto.

Lenore sintió que sus mejillas se sonrojaban y rápidamente cambió de tema una vez más. Propuso la idea de una visita a una librería con Sylvia y sus primas para el día siguiente. La biblioteca de su esposo, aunque contaba con numerosos tomos que podría leer, no incluía nada adecuado para los gustos de una dama. Ahora que tenía su propio dinero y nadie a quien rendir cuentas por sus gastos, tenía la intención de comprar algunas novelas para leer, ya que solo tenía que entretenerse a sí misma por las noches.

CAPÍTULO 8



PRICE SE FROTÓ LAS SIENES. —No hay mucho que contar, la verdad.

Corría el riesgo de sufrir una migraña después del día que había tenido. Sus compañeros lores habían estado escandalosos y pendencieros, tanto que casi se marcha antes de que Wharton terminara de hablar. Sin embargo, no podía abandonar a un amigo. No cuando Wharton contaba con la influencia de Price para inclinar a los indecisos de la Cámara de los Lores a su causa.

—Vamos —le regañó Wharton, dándole un puñetazo en el brazo—. Debería haber mucho que contar. Llevas casado el tiempo suficiente para dar una opinión. ¿Fue un gran sacrificio casarte?

—No. Nos hemos adaptado al matrimonio con mucha facilidad.

—¿Qué opina tu esposa de tu política? ¿Soléis estar de acuerdo o en desacuerdo?

Price se encogió de hombros y suspiró. —Sinceramente, nunca hablo de política con mi esposa. Dejo mis opiniones en el parlamento.

Wharton, un orador apasionado en la cámara, se erizó. —Yo ciertamente no haré tal cosa. Nada cambiará sin mí.

Price negó con la cabeza. Solo Wharton haría esa afirmación en voz alta. No estaba del todo equivocado. Muchas cosas cambiaban gracias a la defensa de Wharton. Pero era un poquito arrogante de su parte. —¿Aún no estás harto de todo esto?

—Por supuesto que no. —Sonrió—. Si yo no hablo, ¿a quién más tendrías que escuchar?

—Puede que tengas razón. —Price vio una oportunidad para cambiar de tema—. Hablando de esposas, ¿sigues considerando el matrimonio para ti?

—Diablos, no. Saqué el tema en un intento de frenar tu decadencia. Una mujer hermosa siempre es una buena distracción, y tú, amigo mío... bueno, temía que te dirigieras a una muerte prematura por la forma en que bebías.

—No dejé de beber cuando me casé —afirmó.

—Pero ahora no atacas una botella como si pudiera salvar tu alma. Ahora es posible tener una conversación decente contigo al final de la noche otra vez.

Price se encogió de hombros, mirando la calle por la que circulaba el carruaje de Wharton. —Quizás antes no tenía nada que decir.

—Tenías mucho que decir, pero eras lo suficientemente sabio como para morderte la lengua. Tienes un gran futuro en la política si lo deseas —sugirió Wharton—. Así que cuéntame sobre tu esposa. ¿Cómo es realmente Lady Carmichael? Apenas la he visto para averiguarlo por mí mismo.

Price apenas la había visto tampoco. Pasaban la mayor parte de sus días separados y sus noches solos. La sesión actual del parlamento y las maniobras políticas posteriores en apoyo de

la causa actual de Wharton consumían todo el tiempo libre de Price en este momento. Era el matrimonio que había prometido que tendrían. Cada uno con su propia vida.

Se aseguraba de no molestar a Lenore cuando llegaba a casa en las primeras horas de la madrugada. A menudo ella se había retirado a su habitación mucho antes de la medianoche, así que si él regresaba temprano, iba a su estudio y leía, si estaba sobrio. A menudo dormía allí también, cuando estaba demasiado borracho para subir las escaleras en silencio.

Se veían para desayunar, y eso era todo en lo que respectaba a su matrimonio. Lenore parecía perfectamente feliz con ese arreglo y, a juzgar por las modestas facturas que había recibido para pagar en su nombre, se lo estaba pasando bien mimándose con algunas cositas. Nunca sugirió que estuviera insatisfecha con su acuerdo. Tampoco había abordado el tema de compartir su cama todavía. Hasta que ella insinuara que podría estar lista para un matrimonio real, él mantendría las distancias.

Solo iba a casa a cambiarse y ponerse algo adecuado para ir a Tattersall's hoy y luego se marcharía de nuevo. Tenía la idea de comprarle a su esposa su propio carruaje, en lugar de que compartiera el suyo todo el tiempo. Se decía que había un par de caballos grises a juego disponibles en el mercado de caballos hoy por el precio adecuado. Una vez que tuviera los caballos, encargaría un carruaje a juego y emplearía mozos adicionales para llevarla a donde quisiera ir con estilo.

—Creo que entraré a presentar mis respetos a tu esposa hoy —anunció Wharton de repente.

Price miró a su amigo con sorpresa. —¿Lo harás?

—Hmm, si no puedo obtener respuestas de ti sobre Lady Carmichael, las obtendré de la dama misma. Seguramente a estas alturas tendrá algo que decir sobre el tipo de esposo que eres.

—Estoy seguro de que no tiene quejas —prometió Price. ¿No había sido el más complaciente de los maridos hasta ahora?— Si está en casa, ciertamente puedes hablar con ella si desea hablar contigo.

—Estoy seguro de que lo hará —anunció Wharton con toda la seguridad de un marqués consciente de su deseabilidad y lugar en el mundo—. ¿A dónde va sin ti?

Price no siempre estaba seguro de eso hasta que llegaban las facturas, pero sabía dónde pasaba muchos de sus días. —La Academia Hillcrest.

—¿Academia Hillcrest? ¿Qué es eso?

Price negó con la cabeza. —¿No lo recuerdas? Sus amigas la dirigen.

Wharton sacudió la cabeza. —No recuerdo que me lo hayas dicho.

—Pero sabes de qué se trata. Estoy seguro de que estabas allí cuando Scarsdale mencionó el lugar y lo que hacen por los caballeros.

Wharton se rio. —Bueno, ahí lo tienes. Nunca escucho a Scarsdale.

—Y conociste a las tres primas que dirigen la academia en la boda.

—¿Qué boda?

Price suspiró. Wharton había estado de un humor difícil todo el día. Fingiendo indiferencia o ignorancia sobre temas de los que realmente no quería hablar. —La mía.

Wharton lo miró fijamente. —Recuerdo a varias mujeres jóvenes en tu boda. Hillcrest está dirigida por solteronas, o eso recuerdo que balbuceaba Scarsdale ahora.

Así que Wharton sí sabía sobre la academia, después de todo. —Sí, son ellas, te lo aseguro.

Wharton resopló. —¿Qué consejo podrían ofrecer mujeres de su edad a un caballero mundano que no se considere impropio?

—No tengo experiencia personal con ellas, pero son bien conocidas, y muchos amigos míos han hablado bien del servicio discreto que ofrecen a los caballeros.

Los ojos de Wharton se iluminaron. —¿Servicio? Ahora eso suena mejor.

—Orientación. Consejos. Práctica de baile. Solo eso.

El entusiasmo de Wharton se apagó. —Si hubiera sido lo otro, podría haberles hecho una visita.

—Estoy seguro de que ni siquiera pasarías de la puerta principal —Price se rio de la expresión indignada de su amigo—. Tienes que querer una esposa para entrar en un lugar así.

—Bueno, ese ciertamente no soy yo —declaró Wharton, cruzando los brazos sobre el pecho y sonriendo con suficiencia—. Estoy muy lejos de caer en la trampa del matrimonio, no importa cuán hermosa sea la dama.

Price miró por la ventana y vio que su casa se acercaba. —Ya llegamos —pero, ¿estaría Lenore en casa a esta hora? No tenía idea de su horario, pero odiaba decepcionar a un amigo si ella no estaba—. ¿Estás seguro de querer entrar?

—Absolutamente —prometió Wharton—. Espero descubrir cómo se ve una esposa bien satisfecha.

Price apretó los dientes. No había revelado que había renunciado a sus derechos maritales por el momento. No es que estuviera ansioso por acostarse con Lenore. Pero si se supiera que su matrimonio seguía sin consumarse, nunca dejaría de oír burlas al respecto. Sus amigos lo molestarían sin piedad, al menos hasta que el acto se llevara a cabo.

Había aspectos del matrimonio que Price sentía que debían mantenerse en privado por el bien de la armonía con su esposa.

Subió los escalones de la entrada con Wharton pisándole los talones y entró por la puerta principal cuando el mayordomo la abrió. —¿Está mi esposa en casa, Humphries?

—Sí, mi lord.

Se quitó el sombrero y los guantes y se los entregó. —¿Podrías informarle a mi esposa que he regresado y que Lord Wharton está conmigo? Si tiene tiempo libre, quizás le gustaría unirse a nosotros en la biblioteca por unos minutos.

—Muy bien, mi lord —murmuró Humphries, tomando también el sombrero y los guantes de Wharton antes de dejarlos.

—Qué solicitud tan cortés —susurró Wharton.

Price escuchó cantar... y sonrió. No estaba al tanto de las habilidades musicales de Lenore. Tendría que agregar eso a la pequeña lista de descubrimientos sobre la mujer con la que se había casado.

—El matrimonio lo requiere, ¿sabes? Ven por aquí —ofreció. Un par de brandis deberían bastar para calmar cualquier tensión antes de que comenzara la subasta en Tattersall's. Si los caballos estaban en buen estado, pagaría bien por tenerlos, pero no gastaría más de lo debido.

Wharton se dejó caer en una silla y se desparramó como si fuera el dueño del lugar. —Sabes, estoy bastante sorprendido de que aún vayas a Bradshaw's con nosotros, dadas tus nuevas circunstancias.

—La compañía de los amigos y el suministro de licor allí son excelentes —confesó.

—Sí, supongo, pero...

El grito de una mujer resonó por toda la casa.

Price miró frenéticamente alrededor de la biblioteca, con el corazón acelerado por el miedo de ver a una asesina, su madrina, acechando en las sombras, pero entonces algo frágil se hizo añicos más allá de la habitación, sacándolo del terrible recuerdo.

Price salió disparado de la biblioteca, dirigiéndose hacia el sonido de los ladridos del perro de Lenore. Lenore estaba en problemas y tenía que llegar a tiempo.

Abrió puerta tras puerta hasta que se encontró con Humphries y el ama de llaves, paralizados frente a la figura desplomada de su esposa. No notó a nadie más en la habitación.

Se apartaron de inmediato y él no pudo respirar cuando vio a su esposa.

Lenore estaba de rodillas, llorando, con las manos levantadas hacia su rostro. El escritorio había sido volcado en algún tipo de forcejeo, y el perro daba vueltas frenéticamente alrededor de su ama como una criatura salvaje.

Price corrió al lado de Lenore, pero ella se resistió cuando intentó levantarla. —¿Qué tan mal estás herida?

—Puedo cuidarme sola.

—Y una mierda. Llamen a un médico. Rápido, Humphries.

—No necesito nada. Es mi culpa —respondió Lenore, pero no levantó la cara hacia él—. Quédate atrás.

Hero comenzó a ladrar de nuevo.

—Hero, cállate —gritó. El perro tuvo el sentido de obedecer y se echó sobre la alfombra junto a su ama—. Déjame cuidarte. ¿Dónde te duele?

—No hay dolor.

—Muéstrame —Lenore se estremeció, pero luego enderezó los hombros—. Fue un accidente. Fue mi culpa, mi lord —suspiró y comenzó a levantarse sin ayuda—. No hay una buena manera de explicar esto sin mostrarte lo que pasó.

Price se acercó a Lenore de nuevo, pero ella se apartó de su mano extendida. El perro de Lenore instantáneamente gruñó de manera amenazante y luego chasqueó los dientes a centímetros de los dedos de Price mientras caían.

—Ni se te ocurra morderme —le gruñó al perro. Hero gruñó una vez más, pero luego retrocedió, observándolo atentamente—. Si no estás herida, ¿qué demonios está pasando?

—Hero y yo estábamos bailando —admitió ella, con la cara aún vuelta.

Su corazón aún latía tan fuerte que estaba seguro de haber oído mal. —¿Dijiste bailando?

—Sí. A menudo lo hacemos. A Hero le gusta oírme cantar y se para sobre sus patas traseras para ser mi pareja de baile. Algo lo distrajo hoy, creo que fue la puerta principal al cerrarse, y saltó. Ambos chocamos contra el escritorio y todo salió volando y de alguna manera cayó sobre mí. Y luego él también.

Entonces se giró lentamente, y él se quedó inmóvil cuando vio su rostro. Dio un paso atrás y exhaló ruidosamente. Después de todo, no estaba herida. —Gracias a Dios.

Pero había huellas de patas negras por todo el vestido de Lenore, su pecho y su rostro también. Donde el vestido no cubría, las huellas de patas negras sí lo hacían.

Sus ojos estaban llenos de miseria antes de bajar la mirada.

Señaló hacia su mejilla. —¿Eso es tinta?

Ella asintió rápidamente. Su mejilla llevaba la mancha de una perfecta huella de perro. Él solo pretendía trazar su contorno, pero ella retrocedió unos pasos.

—¡No me toques! —gritó.

Price ignoró su petición y la siguió, tomándola por la barbilla y levantando su rostro para inspeccionarla más de cerca. Lenore había tenido una piel hermosa y clara esa mañana, pero su belleza estaba decididamente estropeada ahora. Acunó cuidadosamente su rostro entre sus dedos y luego deslizó los dedos un poco hacia atrás en su suave cabello. Era hermosa, esta esposa suya. Incluso cuando estaba alterada. El dolor en sus suaves ojos azules lo atrajo aún más cerca.

—No quiero que te ensucies tú también —susurró ella.

—Estoy siendo muy cuidadoso —prometió suavemente, muy consciente de que tenía un

repentino impulso de abrazarla fuertemente a pesar del riesgo de arruinar su ropa.

—No hay nada en los muebles —anunció la señora Baker—. Aunque la alfombra tiene un montón de huellas por todas partes, y cada vez hay más —dijo con un profundo suspiro.

—Hay más en *ella* —agregó Wharton sin ayudar—. Saludos, Lady Carmichael.

—¿Qué hace él aquí? —susurró Lenore, escondiéndose rápidamente detrás de Price.

—Visitándote *a ti* —le susurró en respuesta—. O intentándolo. Solo salúdalo y acabemos con esto.

—Buenas tardes, Lord Wharton —llamó ella, pero aún usando el cuerpo de Price como escudo—. Me temo que ha venido de visita en el peor momento posible.

—Ya lo veo —concordó Wharton—. Nunca es tan emocionante en *mi* casa.

Price miró alrededor y luego se abalanzó sobre el perro de Lenore, levantándolo rápidamente contra su pecho, con las patas hacia afuera para evitar mancharse de tinta. Le entregó el animal al mayordomo, forcejeando con la bestia inquieta, y retrocedió inmediatamente fuera de su alcance.

—Llévelo a que lo limpien, y no deje que sus patas toquen nada en el camino. Deben bañarlo y cortarle el pelo también, para eliminar la mayor cantidad de tinta posible. No debe poner una pata dentro hasta que esté satisfecho de que no arruinará nada más.

Price volvió junto a Lenore y se colocó entre ella y Lord Wharton nuevamente.

—Ahora, en cuanto a ti... —La inspeccionó de arriba abajo. El bonito vestido de muselina color crema sin duda estaba destinado al montón de trapos ahora, pero era su rostro lo que más le preocupaba. El perro había pintado sus hermosas facciones con tinta.

—Quizás debería irme a casa para dejarlos tomar decisiones de marido y mujer —sugirió Wharton, interrumpiendo.

Price despidió a su amigo con un gesto.

—Sí, por favor, sigue tu camino.

—Oh, por favor, no se vaya por mi culpa —suplicó Lenore, aunque todavía intentaba esconderse detrás del cuerpo más ancho de Price—. Iré a limpiarme lo mejor que pueda. Debe quedarse y hablar con Carmichael.

Price estuvo de acuerdo en que ella debía subir inmediatamente a cambiarse e intentar hacer algo con su rostro. Cuanto antes, mejor, porque sospechaba que la mancha de tinta no se quitaría fácil ni rápidamente. Cualquiera que viera a Lenore pensaría que era una salvaje. Esa no era la primera impresión que nadie debería tener de una dama, y menos aún de su condesa.

—Creo que es prudente que te retires a cambiarte e intentes quitar esta mancha —Trazó suavemente la tinta en su mejilla otra vez, lleno de anhelo por consolarla como lo había hecho el día de su boda.

—Me ocuparé de su señora, milord —prometió el ama de llaves—. Estoy segura de que desaparecerá para la hora de acostarse esta noche.

—Gracias —dijo, y luego tomó suavemente la muñeca de Lenore. Levantó su mano y vio tinta allí también—. Ten cuidado de no tocar nada que te importe.

Ella retiró su mano rápidamente.

—No tenía planeado hacerlo. Discúlpenme. Lord Wharton —dijo, y luego se alejó, con la barbilla en alto pero con pasos apresurados.

La observó marcharse, pensando que debería intentar hacer algo para ayudar. Después de todo, era su esposa. Se sacudió y luego llevó a Wharton a la biblioteca.

—Podrías haber subido con ella —comentó Wharton—. Ayudarla a tomar su baño. Acariciar su piel para limpiar la tinta tú mismo con manos maritales gentiles.

—Creo que frotar sería lo indicado, más que la ternura. Puede que la tinta necesite ser

quitada a la fuerza —Suspiró, esperando que no fuera cierto—. Con suerte, la señora Baker tiene algún remedio ingenioso bajo la manga que ayudará a mi esposa a lucir más como ella misma para mañana.

—La mayoría de las amas de llaves tienen algo útil por ahí, pero no estoy seguro de que en este caso sea tan fácil —rio Wharton—. Puede que tengas que soportar esa visión por un tiempo.

—Espero que no —Pero por ella, no por él. Odiaba verla tan miserable. Price terminó su bebida y sirvió una segunda ronda para ambos.

Después de un sorbo, Wharton lo miró de reojo.

—Ya no desapruebo la repentina decisión que tomaste de casarte, ¿sabes? En mi opinión, hiciste una buena elección. Tatuaje aparte, tienes a alguien a quien volver. Debe ser agradable, pero no es para mí.

—¿Por qué dices eso?

—No hay nadie por quien me preocupe de la manera en que tú lo haces.

—No lo entiendes —murmuró Price, apartando la mirada.

—Vamos, puedes dejar de fingir indiferencia hacia ella. Nunca he visto a nadie moverse tan rápido como cuando Lady Carmichael gritó hace un momento.

—Pensé... —comenzó, pero luego negó con la cabeza. Había pensado lo peor—. Cometí un error al pensar que las cosas eran graves cuando no lo eran.

—Exageraste, pero por una buena causa —Wharton le sonrió—. ¿Nunca la has hecho gritar realmente fuerte para saber la diferencia de sonidos? Deberías esforzarte más esta noche cuando te unas a ella en la cama —bromeó.

Price vació su copa.

—Olvídalo.

—Realmente corriste a salvarla —dijo Wharton, y asintió—. Me hizo sentir inadecuado. Me alegro de que tengas a alguien por quien preocuparte de nuevo. No todos los matrimonios comienzan tan bien como el tuyo.

Price dejó pasar ese comentario sin responder. Se preocupaba por Lenore. Cualquier caballero decente lo haría. Le agradaba. Esa era la única razón por la que había corrido por la casa para llegar a ella, y también le había gritado a su perro. No parecía tonto en ese momento, pero ahora comenzaba a sentirlo. No debería dejar que sus miedos lo dominaran. No había nadie vivo que pudiera lastimar a Lenore.

—¿Otra copa?

—Nada para mí, gracias. Creo que debería irme a Tattersall's.

—Voy contigo —le recordó Price a Wharton.

—No, no lo harás —sonrió Wharton con suficiencia—. En un momento como este, se necesita un marido en casa, aunque solo sea para asegurarle a su esposa que es hermosa con o sin huellas de patas.

—No creo que...

—*Todas* las mujeres se preocupan por su apariencia. Apostaría a que tu esposa no es diferente de mi amante. Estaría en pánico, pensando que ya no podría amarla con esa marca... *marcas* en su piel. Si le preocupa demasiado, prométele apagar las velas y encontrarte con ella solo en la oscuridad por un tiempo.

Wharton tenía una mente unidireccional cuando se trataba de mujeres, pero el matrimonio de Price no era así. Asintió, sin embargo, y estuvo de acuerdo en que debía quedarse en casa por el momento. Lenore parecía despreocupada por su apariencia. Antes había pensado que quizás era menos excitable que muchas mujeres de la sociedad, despreocupada por mirarse en los espejos.

¿Pero ahora? No estaba seguro.

Cuando cortejaba a Angela, ella siempre estaba preocupada por el polvo y la suciedad y por despeinarse cada vez que se encontraban en el parque en un día ventoso. Angela probablemente se habría desmayado de tener tinta en la piel. Lenore aún no había revelado la misma vanidad, pero, de nuevo, no la conocía bien.

Wharton se puso de pie. —Estaré en White's para cenar y luego en Bradshaw's como de costumbre, ¿si tienes permiso para unirte a mí?

—Te veré en Bradshaw's.

—También echaré un vistazo a los caballos por ti.

—Gracias.

Cuando Wharton se fue, Price titubeó un minuto, y luego subió las escaleras hacia las habitaciones de su esposa de dos en dos. Golpeó suavemente en la puerta de su dormitorio.

Oyó el ruido de pies dentro y llamó: —¿Cómo va todo ahí dentro?

Hubo un chapoteo, y Price se apartó rápidamente de la puerta, poniendo su espalda contra la pared al darse cuenta de que su esposa podría estar en el baño. Si la puerta se abría, no quería invadir su privacidad viendo lo que ella no estaba lista para compartir con él. No había puesto un pie en esa habitación desde el día antes de casarse. Debería haber esperado un poco más antes de subir a hacer sus preguntas. Maldito Wharton por meterle en la cabeza ideas sobre que Lenore lo necesitaba.

La puerta se abrió una rendija. —¿Carmichael?

—Estoy aquí. ¿Se ha quitado algo?

—No realmente —dijo ella con el tono más quedo y horrorizado que jamás había oído de nadie—. Hemos probado de todo, pero sigue ahí.

Se sintió obligado a ver a su esposa de nuevo por su propia tranquilidad. Se movió para ver el rostro de Lenore, y sí, no había cambiado mucho excepto que su mejilla estaba ahora roja alrededor de la tinta, probablemente por el frotamiento. Tragó saliva, compadeciéndose. —No está tan mal.

Lenore se cerró más la bata sobre el cuerpo y sorbió. —Siempre has sido un pésimo mentiroso, milord. Ahora sí que estoy fea.

—Tonterías —dijo rápidamente. La marca no la hacía *más* atractiva, sin embargo. Dejó que su mirada bajara por su cuerpo hasta los pies descalzos que se asomaban bajo el dobladillo. Se le cortó la respiración al darse cuenta de que Lenore podría no llevar mucho debajo de la bata. Tragó con dificultad. —Estás igual que siempre.

Ella sorbió. —Otra mentira para hacerme sentir que no soy horrible.

—Shhh —susurró y la miró a los ojos. Casi desnuda o no, su esposa necesitaba su apoyo. Abrió los brazos, y ella salió y tropezó hacia él. Price la atrajo a su abrazo y la sostuvo cerca. —Tu abuela desaprobaría si te oyera hablar así de ti misma.

—Lo haría, sí. —Respiraba rápidamente y agarraba su abrigo con fuerza entre sus manos—. Gracias por no estar de acuerdo conmigo —susurró—. Pero no puedo dejar que nadie me vea de nuevo.

—Por supuesto que no. No por un tiempo. —Extendió los dedos sobre su espalda y descubrió que no estaba completamente desnuda debajo. ¿Un corsé, quizás?—. Haré que quiten la aldaba de la puerta. Ten por seguro que Wharton no dirá nada sobre el accidente que pueda avergonzarte más tarde.

Pasó las manos por su espalda en caricias tranquilizadoras. Lenore suspiró y se acurrucó más contra su pecho. Él puso una mano en la parte posterior de su cabeza y sintió un escalofrío

recorrer su cuerpo. —Está bien, querida. Al menos esto ha ocurrido ahora y no en plena temporada. —Price miró a su esposa, que seguía aferrada a él. Era la primera vez que la abrazaba, y no le resultaba incómodo en absoluto—. Se desvanecerá en unas semanas.

Ella respiró hondo. —Me frotaré la piel hasta dejarla en carne viva para librarme de ella antes de eso.

—No te hagas daño. —Tragó saliva—. No podría soportar que te lastimaras.

Ella se apartó de él, y se sintió extrañamente perdido sin el calor de su cuerpo contra su pecho. Mantuvo los ojos bajos, con la mano levantada para cubrir su mejilla manchada de tinta.

—¿Te duele después de tanto frotar?

—Sí, un poco.

Price le cogió la mano, notó la tinta allí también, y la apartó de su cara. Puso un dedo bajo su barbilla y levantó su mirada hacia la suya. Sonrió a pesar de la horrible mancha de tinta. —¿Por qué no pasas el día arriba en tu habitación? Lee un poco. El lavado irá desvaneciendo la marca un poco más cada día hasta que desaparezca.

Puso las yemas de los dedos sobre el enrojecimiento hinchado, dando toques suaves con cuidado para ver dónde dolía más. —Te recomiendo un poco de hielo envuelto en un paño y sostenerlo contra tu mejilla. El hielo ayudará con la hinchazón que ha causado el frotamiento, y también adormecerá el dolor. —Ella solo se encogió un poco en un punto, y él retiró la mano—. ¿Quieres que le pida a la señora Baker que te suba un poco?

Lenore negó con la cabeza. —Yo puedo hacerlo.

Él inclinó la cabeza. —Como desees. ¿Puedo hacer algo por ti antes de salir?

Sus pestañas aletearon, y bajó la cara. —No.

—¿Estás segura?

—Sí. Estaré bien sola.

Él dudó, pero ¿de qué utilidad podía ser ahora, realmente? Lenore y el ama de llaves habían probado todo para quitar la marca. —Bueno, entonces, me iré. Wharton espera que me reúna con él.

Todavía estaban esos caballos que quería comprar como regalo para su esposa. Tal vez eso la animaría.

—Que disfrutes tu día —susurró ella cuando él se dio la vuelta para irse.

Dio unos pasos alejándose, pero luego giró de vuelta hacia su esposa y la atrajo de nuevo a sus brazos. La sostuvo con fuerza contra él. —De verdad que no está tan mal —prometió rápidamente.

Acarició la esbelta espalda de Lenore y volvió los labios hacia su frente. La besó allí, esperando que al hacerlo, ella se sintiera un poco mejor consigo misma.

Su respiración se entrecortó, y luego se retorció para alejarse. —Mentiroso. Prefiero la verdad a un cuento de hadas.

—Solo intento ser un buen marido —prometió—. No más bailes con el perro por un tiempo.

—Esperaré al compañero adecuado la próxima vez —prometió ella, y luego se escabulló de vuelta a su habitación, cerrando la puerta firmemente.

Sonrió mientras se alejaba. No podía hacer que la marca desapareciera de la noche a la mañana, pero podía ayudar a que el tiempo pasara más rápido. Cuando la mancha se hubiera ido, la llevaría a bailar a algún sitio, sin el perro presente para causar otra calamidad. Sin embargo, hoy tenía otra idea de cómo hacer que su esposa se sintiera mejor consigo misma.

Rápidamente se cambió de ropa y luego ordenó que trajeran su carruaje, echando un vistazo a su reloj de bolsillo para comprobar la hora. Había justo el tiempo suficiente para hacer una visita

y luego ir al mercado para encontrarse con Wharton antes de que comenzara la subasta.

CAPÍTULO 9

—SIMPLEMENTE NO PODÍA creerlo cuando Lord Carmichael nos contó lo que te había pasado —exclamó Sylvia mientras examinaba cuidadosamente el rostro tatuado de Lenore—. Esto es incluso peor de lo que él describió.

Lenore casi se había negado a ver a Sylvia hasta que escuchó que su esposo había ido a pedirle a una de las mujeres Hillcrest que la visitara hoy para animarla después del percance.

—Él dijo que no era tan malo —respondió Lenore, defendiendo su apariencia alterada. A medida que pasaban las horas desde que Hero había estampado su rostro con sus huellas, se había resignado a lo sucedido y a su descuido. *Ella* había dejado el frasco de tinta abierto. *Ella* había empezado a cantar y había animado a su perro a saltar por la habitación. Lenore no tenía a nadie más que culpar por este desastre. Con suerte, su esposo no permanecería enojado con su perro por mucho más tiempo.

Presionó sus dedos sobre su mejilla, consciente de la sensibilidad. Con el tiempo, sí, la marca se desvanecería, y todo lo que podía hacer era ser paciente y esconderse del mundo.

El hielo que su esposo le había sugerido aplicar en la mejilla había reducido un poco la hinchazón, pero seguía muy dolorida, irritada por frotarla con preparaciones ásperas. Tenía que dejarla en paz por el resto del día o podría dejar cicatrices en su piel.

—Traje todo lo que se me ocurrió que podría ayudar a quitarlo —Sylvia colocó una cesta de mimbre en la cama junto a ella y le mostró el contenido.

Lenore se sintió decepcionada con lo que vio allí. —Probamos todo eso y más. Tendré que esconderme hasta que desaparezca.

Quedarse en casa.

Evitar la sociedad.

Probablemente ver aún menos a su esposo, si eso fuera posible.

Sylvia se mordió el labio. —Pero eso es terrible.

—La alternativa es que se rían de mí. Ya estoy lo suficientemente avergonzada.

Los ojos de Sylvia se iluminaron. —¿Y si intentáramos cubrirlo?

—¿Con qué? No puedo llevar una capucha sobre mi cabeza día y noche. Eso sería igual de notorio.

Sylvia rió suavemente. —No sugería nada parecido. Podrías cubrirlo con cosméticos como los que usan las actrices para pintarse el rostro. Podríamos enviar a un sirviente a conseguir algunos de los que ellas usan y probarlo. Estoy segura de que con un poco de práctica y una aplicación cuidadosa, podría funcionar lo suficientemente bien como para que pudieras salir con tu esposo por la noche con la frente en alto.

Pensó en su esposo y se sintió un poco decepcionada de él por seguir con su día. Pero, por

supuesto, había hecho planes que no rompería ni siquiera para quedarse en casa y animarla él mismo. Había parecido esperanzador cuando la abrazó y besó su frente, pero aun así la había dejado. Sus planes nunca parecían ser menos importantes que las necesidades de ella.

Pero ese era su acuerdo. Vivir vidas separadas.

—Estoy segura de que nos las arreglaremos de alguna manera —suspiró y se levantó para caminar, preguntándose dónde habría ido hoy. Probablemente a algún lugar donde van los caballeros. Algún lugar donde ella no era deseada.

Sylvia le tomó la mano, deteniéndola en seco. —¿Estás lista para hablar de ello ahora?

—¿Hablar de qué?

Sylvia le apretó los dedos. —Vamos, Lenore, querida amiga. Es obvio que algo te preocupaba el otro día cuando te quedaste para acompañarme, y puedo adivinar que tiene que ver con tu esposo ausente. Puedes confiar en que mantendré la boca cerrada.

Lenore podría usar una amiga que supiera guardar un secreto, y Sylvia era alguien en quien confiaba. Sylvia estaba en el negocio de estar por encima del chisme y ayudar a las personas con el matrimonio. El suyo era un horrible y cortés desastre, y no tenía idea de cómo cambiarlo a algo mejor. Cuando Price la había abrazado hoy, se había sentido esperanzada.

Pero incómoda.

Tímida.

No sabía cómo animarlo.

Llevaba casada semanas, y solo cuando no estaba en su mejor aspecto le había prestado la más mínima atención. Había apreciado el gesto por lo que era, simpatía, pero no creía que nada hubiera cambiado entre ellos. Había sido un gesto vacío, sin intención detrás. No creía que lo vería más en los próximos días de lo que ya lo había visto.

Sylvia la llevó a sentarse al borde de la cama. —Nunca los veo juntos.

—No.

—No han anunciado ninguna cena ni han ido a fiestas juntos hasta ahora que yo sepa. Pero él siempre está fuera, y tú vienes a vernos casi todos los días. No es que no queramos tu compañía. Todo lo contrario —Sylvia suspiró—. Pero hoy, él llamó, nos contó lo que te había sucedido, y luego se fue apresuradamente, diciendo que tenía prisa. Esperaba que hubiera regresado a casa contigo, pero no está aquí, ¿verdad?

—Tenía planes.

—¿Planes que nunca te involucran? —sugirió Sylvia.

Lenore asintió, sin querer fingir más.

—Y sospecho que no tienes la más mínima idea de lo que hace con su tiempo, tampoco. Dime, ¿sospechas que Carmichael tiene una amante?

Lenore se quedó boquiabierta, sorprendida por esa pregunta. —Nunca se me ocurrió pensar en eso.

—Siempre es la esposa la última en enterarse —Sylvia se encogió de hombros—. ¿Qué tan bien conoces realmente a tu esposo? La aristocracia vive según un código de honor diferente.

—Creía conocerlo lo suficientemente bien como para casarme con él —Tomó un respiro profundo. Necesitaba hablar con alguien que no la juzgara por las decisiones apresuradas que había tomado al casarse con Lord Carmichael sin conocerlo. Si él tenía una amante, no sabía qué podría hacer al respecto. Se sentiría humillada, rechazada antes de que su matrimonio fuera siquiera consumado. También significaría que había juzgado muy mal el carácter de Lord Carmichael—. Sylvia, no le he dicho a nadie la verdad. Prometí no hablar de esto, pero ahora...

—Tienes mi palabra y mi discreción, siempre. No se lo diré a nadie, ni siquiera a mis primas.

Tomó otro respiro profundo antes de atreverse a hablar. —Lord Carmichael me escribió. Sé que estuvo mal responderle, pero nos hemos estado escribiendo cada año en Navidad. Estaba ebrio cuando escribió esta última vez y era muy difícil de leer. Pensé que me estaba ofreciendo empleo como dama de compañía para su esposa. El pretendiente actual de Lady Kelly se había revelado como un sinvergüenza, y me apresuré a abandonar mi puesto por lo que creía que era uno mejor.

—Continúa. Estoy segura de que hay más —murmuró Sylvia.

—En realidad no recordaba haber escrito esa carta hasta que llegué. Ni que había ofrecido matrimonio. Se podría haber evitado si no hubiera malinterpretado o mostrado tontamente la carta al ama de llaves y al mayordomo. Pero como había pasado la noche bajo su techo, él se mostró inflexible. Insistió en un matrimonio rápido entre nosotros. Dijo que era para salvar mi reputación, porque el ama de llaves y el mayordomo podrían hablar. Aparentemente, entendieron su letra mejor que yo y conspiraron para mantenerme allí. Creo que Carmichael se sintió obligado a hacer la oferta. Se podría decir que nuestro matrimonio fue arreglado. Por *él*.

Sylvia la miró fijamente. —¿Y ahora? ¿Cómo están las cosas entre ustedes?

—Todavía sé poco sobre él. Le pedí tiempo para conocerlo, pero nunca está cerca para hablar. Ni siquiera me dijo que pasaría la Navidad en la finca del Duque de Exeter este año. Temo que se vaya y me deje atrás. —Tragó saliva—. Mi esposo y yo apenas nos hablamos, excepto en el desayuno. Tienes razón, no me dice nada de lo que está haciendo o lo que ha hecho. Es horrible. Somos tan extraños como el día que nos casamos. —Su labio tembló y, para su horror, una lágrima se deslizó por su mejilla. La apartó con enojo—. No tengo la más remota idea de cómo ser su esposa.

—Muchos matrimonios se sienten incómodos al principio, pero con el tiempo suficiente...

—¿Y si tiene una amante? Temo que ya haya olvidado que es mi esposo —soltó—. Creo que pude haber cometido un error horrible cuando acepté. Puede que tenga ropa bonita, sirvientes y una cama más cómoda, pero nunca me he sentido más sola o fuera de lugar. Y solo puedo culparme a mí misma.

Sylvia abrazó suavemente a Lenore y la sostuvo. —Oh, querida, podrías habérselo dicho a cualquiera de nosotras y haberte tranquilizado. Nunca te juzgaríamos por hacer tal matrimonio. Suceden todos los días, y a menudo también se convierten en buenos. Ayuda a todos hablar sobre los desafíos que enfrentan.

Lenore se mordió el labio inferior por un momento. —¿Has oído alguna vez que un matrimonio como el mío se convierta en algo más?

—A veces, pero no te mentiré. No siempre.

Ella asintió. Se había casado con Carmichael sabiendo que el amor podría no encontrarla nunca, y sin embargo, debía haberlo deseado en el fondo.

Sylvia le dio unas palmaditas en la mano. —Eso no quiere decir que el amor no pueda suceder entre ustedes. Eres encantadora, y un día Carmichael se dará cuenta de lo que ha encontrado en ti. ¿Ya ha venido a tu cama?

Lenore se sorprendió al escuchar esa pregunta directamente, pero no pudo ignorarla. Sylvia podría estar soltera, pero obviamente sabía mucho sobre lo que sucedía en un matrimonio. Quizás también pudiera ofrecerle consejos sobre ese tema.

Negó lentamente con la cabeza y no se atrevió a mirar hacia arriba. Dado que el matrimonio permanecía sin consumar, podría anularse... pero entonces todos creerían que la culpa era suya.

—¿Lo han discutido?

—No desde antes de casarnos. Le dije que necesitaba tiempo para adaptarme, pero ahora me

pregunto si Carmichael está contento.

Sylvia hizo un sonido despectivo. —Si apenas pasas tiempo con él, es imposible saber si eso es cierto o no. No imagines lo peor sobre él sin motivo. Si tiene una amante escondida en algún lugar, debes poner el pie firme al respecto y hacer que la deje. Te eligió para ser su esposa. Nunca lo olvides.

Lenore negó con la cabeza, conmocionada. —No puedo preguntarle si tiene una amante.

—Solo lo negaría si lo hicieras, supongo. —Sylvia se puso de pie—. Necesitamos un plan.

—¿Un plan para qué?

—Tú elegiste casarte con Carmichael también, esperando ser una esposa, y por Dios, lo tendrás. Fuiste tú quien pidió tiempo antes de consumar el matrimonio, ¿es correcto?

—Sí, pero ahora yo...

Sylvia la hizo callar. —La solución es simple: Tú, mi querida amiga, debes ser más audaz de lo que sabes ser ahora mismo. Es hora de dejar de sentarse en casa, esperando que él note que existes. Has sido demasiado tímida con el conde. Es hora de forjar tu propia vida, mostrarle lo que se está perdiendo. No puede seguir como le plazca e ignorar que es un hombre casado. Debes tomar el control de tu propio matrimonio y de tu futuro también. Decidiste que él sería tu esposo, y él te eligió como esposa, así que eso es lo que deben ser el uno para el otro.

—¿Cómo?

—Invitarás al conde a tu cama. Seducirás a tu propio marido, y si hay otra mujer, él la dejará para poder seguir volviendo. Tendremos que ser discretas en nuestra planificación, pero tenemos tiempo, gracias a esa desafortunada tinta en tu mejilla. —Sylvia sonrió.

Lenore le devolvió la sonrisa con escepticismo. —¿Cómo puedo posiblemente seducir a mi propio marido? Soy virgen, y tú también. Debería saber más que *tú* a estas alturas de mi vida. Nunca lo he visto siquiera sin su abrigo.

Se guardó para sí que había visto sus piernas desnudas el día que le propuso matrimonio.

Sylvia se acercó. —Mis tratos comerciales con hombres en busca de esposa me han abierto los ojos a lo que los hombres quieren. Lo que quieren es una dama apropiada en público, y tú ya lo eres, pero quieren una compañera de cama tremendamente excitante en la privacidad del dormitorio. Quieren sentir que son el amante más guapo, deseable y hábil que una mujer haya conocido jamás. Cuando hayamos terminado, estará loco por ti. Incapaz de pensar en otra mujer.

—¿De verdad crees que eso es lo que él quiere?

—Es un hombre —dijo Sylvia con una risa—. Puede que aún no lo sepa, pero lo entenderá, estoy segura. He aprendido que piensan en la intimidad en cualquier lugar y en cualquier momento. Día o noche. Me sorprende ahora que logren hacer algún trabajo en absoluto.

Lenore no había pensado que su marido fuera como la mayoría de los hombres. Quizás simplemente estaba ocultando ese lado de sí mismo detrás de su sonrisa educada. Lenore también había estado haciendo eso, de alguna manera, sin saber lo que se estaba perdiendo. Después de todo, ella había sido quien había puesto un alto a que él compartiera su cama.

El estómago de Lenore revoloteó de nervios, pero sí quería un matrimonio real, bebés también, tal como Carmichael había prometido. Pensó que podría hacer cualquier cosa para ganar el afecto de su marido si pudieran ser suyos. No permitiría que ninguna otra mujer se interpusiera en su camino. La amante tenía que irse, incluso si él la amaba. —Lo haré.

Sylvia juntó las manos silenciosamente y vitoreó. —¿Cuándo estará tu marido en casa?

—Honestamente, no lo sé. —Se mordió el labio—. Para la cena, ciertamente no.

—Bien. Tenemos mucho que lograr antes de que lo veas de nuevo —advirtió Sylvia—. Vamos a reinventar a Lady Carmichael para que sea exactamente el tipo de mujer que él anhela

más que nada en el mundo. Es hora de hacer que Lord Carmichael persiga a su esposa.

CAPÍTULO 10



PRICE SALIÓ TAMBALEÁNDOSE de su habitación, tarde para desayunar con su esposa, pero con la esperanza de alcanzarla aún. Tenía una invitación que ofrecerle si ella no había hecho ya planes para el día. Desafortunadamente, se había quedado dormido, y su nuevo ayuda de cámara lo había dejado hacerlo tontamente.

Su cabeza le martilleaba en el cráneo. Definitivamente había consumido demasiado alcohol anoche mientras estaba fuera con amigos otra vez. Había estado celebrando que Wharton ganara al lord más terco del parlamento para su causa.

Lenore solía estar en el comedor leyendo el periódico a esta hora, pero hoy la habitación estaba vacía, y la mesa despejada como si aún no se hubiera servido el desayuno. Se dio la vuelta, sacó su reloj de bolsillo y volvió a comprobar la hora. Habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había mirado. Definitivamente llegaba tarde y se preguntó dónde podría estar Lenore.

Price se dirigió a la biblioteca, solo para ver esas puertas cerradas. Llamó y entró. Al encontrar la habitación fría y vacía de su esposa, Price volvió al pasillo y se dirigió hacia la parte trasera de la casa. La puerta de la sala de estar estaba entreabierta, y finalmente vislumbró a Lenore allí.

O al menos parte de ella.

Estaba en el suelo, de rodillas, con su trasero bien redondeado mirando hacia él.

Parpadeó, instantánea y sorprendentemente excitado mientras ese hermoso trasero se meneaba de lado a lado hipnóticamente mientras ella alcanzaba algo bajo el sofá.

Dios mío, no podía apartar la mirada de esa tentadora visión.

Podría tener a Lenore de rodillas así algún día. Su miembro profundamente encajado y embistiéndola una y otra vez mientras hacían el amor.

Pero no podía pensar en eso; había prometido darle a Lenore el tiempo que necesitaba.

Empezó a sudar mientras el meneo continuaba, Lenore sin percatarse de su presencia en la puerta, y tiró de su corbatín buscando aire mientras su miembro daba un ansioso respingo en sus pantalones. No podía seducirla, no hasta que ella mostrara signos de querer ser seducida.

—Hero, juro que haces esto a propósito cada vez —se quejó ella—. ¡Perro malo!

Se sentó sobre sus talones, resoplando, mientras Price luchaba silenciosamente por recuperar el control de su cuerpo antes de que su esposa notara que estaba allí de pie en plena excitación. No podía encontrarse con ella con los pantalones así de abultados. Juntó las manos frente a su entrepierna e imaginó algo horrible.

Pensó en su madrina, y su incipiente erección se marchitó y murió. Gracias a Dios.

Lenore se apartó el pelo de la cara y se puso las manos en las caderas.

—Tendré que llamar a un lacayo para que me ayude con esto. Sabes cómo odio hacer eso.

Ya controlado al fin, Price entró en la habitación y se aclaró la garganta.

—Quizás yo pueda ser de ayuda.

Lenore dio un grito, girándose y cayendo sobre su hermoso trasero redondeado.

—¡Oh, me has asustado, mi lord! Cuando no te vi en el desayuno, asumí que no te vería hasta mañana.

¿Debería disculparse? Si lo hacía, también podría sentirse obligado a dar cuenta de dónde había estado anoche. Preferiría no hacerlo. Probablemente a ella no le gustaría la idea de que había pasado la noche en un lugar como el de Madame Bradshaw. No tocó a ninguna de las mujeres allí, por supuesto, pero ciertamente había sido invitado a participar. Y no es como si él y Lenore tuvieran una cita fija para verse sobre un plato de huevos cada día. Pero se había convertido en un hábito. Tiempo bien empleado, pero nunca había percibido interés de ella hacia él, así que se marchaba.

Se acercó y le ofreció su mano para ayudarla a levantarse.

—¿Cuál parece ser el problema?

La marca en su rostro casi había desaparecido por completo ahora. Solo se distinguía un leve rastro cuando se acercó a ella.

Ella golpeó su palma contra la de él, y rápidamente la puso de pie. Se balancearon cerca uno del otro solo un momento antes de que ella se apartara y se volviera para mirar con el ceño fruncido a su perro, poniendo las manos en sus tentadoras caderas otra vez. El aroma de Lenore, una delicada fragancia de lavanda y miel, lo envolvió, y su cuerpo se calentó de nuevo. Mantuvo un firme control sobre su reacción esta vez, sabiendo que el momento aún no era el adecuado para explorar la pasión con su novia.

Lenore chasqueó la lengua.

—Hero ha lanzado su juguete favorito a un lugar difícil de alcanzar. Normalmente puedo atraparlos, pero hoy está demasiado lejos.

Price se rio entre dientes mientras el perro percibía su desaprobación y se aplastaba en súplica, con la cola aún meneándose de un lado a otro mientras miraba a su ama con ojos lastimeros.

A pesar de su tono de desaprobación, era obvio que Lenore seguía siendo muy aficionada a su animal. Siempre estaban juntos. Ella lo llevaba a todas partes. Ya fuera visitando amigos o de compras en Bond Street, todos los que los veían mencionaban que su esposa y el perro eran felices juntos.

—Déjame ver qué puedo hacer —murmuró. Price se acercó al diván y buscó alrededor puntos de agarre. Era grande, bien acolchado y lo suficientemente profundo para que dos personas durmieran en él. Robusto, y probablemente demasiado pesado para que Lenore lo moviera sola, y realmente no debería intentarlo. Levantó un extremo fácilmente, lo apartó de la pared y lo dejó caer con un golpe seco.

Price se retorció detrás del mueble y se agachó. Después de buscar con una mano, sacó un trozo de cuerda anudada y también una pequeña pelota de cuero, que estaba oculta por el borde inferior de las cortinas de la ventana.

—¡Así que ahí es donde fue a parar! —exclamó Lenore, apresurándose a agarrar la pelota y negándole a su perro la oportunidad de jugar con ella, no fuera a perderla de nuevo.

Price se retorció para salir.

—¿Era todo lo que había perdido?

—Sí, gracias —dijo ella, pero su atención ya estaba en su perro y un juego de tira y afloja.

Price se sintió decididamente ignorado mientras el juego continuaba como si él no estuviera aún allí de pie. Finalmente, se aclaró la garganta.

Ella le dirigió una mirada fugaz.

—¿Había algo más, mi lord?

—Es Price —espetó él.

—¿Disculpa? —Soltó la cuerda y Hero la agarró y salió corriendo—. Oh, Hero, vuelve —llamó, mirando hacia el pasillo detrás de su perro.

—Mi nombre es Price.

Ella se volvió hacia él y parpadeó.

—¿Quieres que te llame por tu nombre de pila ahora?

—Lo hacías cuando éramos más jóvenes.

—Hacía muchas cosas entonces que ya no hago ahora. —Levantó la barbilla—. Está bien, Price será. ¿Había algo más?

—No. —Sacudió la cabeza con frustración, notando que ella no le había concedido permiso para usar su nombre de pila a cambio—. Sí. Nos han invitado a asistir a un almuerzo en casa de un amigo hoy. Fue una decisión de último momento tener una reunión. Anoche, de hecho.

Los dedos de ella se elevaron hacia su mejilla.

—Eso se ha desvanecido lo suficiente como para que nadie lo note.

Ella tragó saliva. —¿A qué hora debería estar lista?

Price consultó la hora en su reloj de bolsillo. —Tenemos que salir en los próximos veinte minutos o llegaremos tarde.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Pero, ¿son solo las diez?

—Tenemos un largo viaje por delante.

—Ya veo. —Miró a su perro y luego a sí misma, y sus hombros se hundieron—. Estaba a punto de sacarlo a pasear. Ve tú y presenta mis sinceras disculpas a tu anfitrión.

Eso no le convenía a Price. Había pensado honestamente que Lenore estaría ansiosa por ver algo de Londres con él a estas alturas. Además, tenía un regalo para ella que estaba deseoso de mostrarle hoy. —¿Y si saco yo a Hero mientras tú te cambias a algo más apropiado?

—No podría pedirte que hicieras eso.

—No me lo has pedido. Yo me he ofrecido. Trae también una capa. Seguramente habrá una brisa fresca proveniente del Támesis por la tarde.

Ella dudó un momento, luego recogió sus faldas con una mano y huyó corriendo. El perro regresó, pero Price logró llamar a Hero de vuelta. Aparentemente, la palabra "paseo" era suficiente incentivo para que la pequeña bestia se quedara con él.

Recogió la cuerda y sacó al perro a la plaza. Hero se alejó un poco, pero regresó en poco tiempo. Price lanzó la cuerda y Hero siempre la traía de vuelta. Price lanzó hasta que su brazo comenzó a cansarse, y el perro estaba más que feliz de caer al suelo, satisfecho y jadeante.

—Buen perro —lo elogió.

Se volvió para mirar su casa y vio a Lenore observándolos desde una ventana superior. Levantó la mano, complacido de verla mirándolo. Lenore le devolvió un breve saludo, casi avergonzado, y rápidamente desapareció detrás de las cortinas de nuevo.

Suspiró. —Estamos lejos de sentirnos cómodos el uno con el otro —le confesó al perro. Daría lo que fuera por saber qué pensaba ella de él en ese momento. Parecía una eternidad desde su matrimonio, y esa decisión que habían tomado de esperar para consumar el matrimonio lo inquietaba. Pero tenía que ser paciente con ella—. Espero que el regalo de hoy compense mi ausencia constante en casa.

Hero ladró. Price se agachó y le dio una buena frotada al perro, luego jugaron al tira y afloja con un palo. Después de un rato, Hero corrió unos pasos hacia la casa de la ciudad y luego le ladró.

—Tienes razón. Será mejor que volvamos con nuestra dama y nos pongamos en marcha poco después.

Estaba deseando pasar el día con Lenore. Anhelaba el final de esta sesión parlamentaria para tener tiempo de llevar a Lenore fuera de Londres para un viaje de luna de miel quizás.

Regresó caminando a la casa, asegurándose de que Hero estuviera cerca mientras cruzaban la calle. El perro subió los escalones de un salto y Price entró.

Escuchó el alboroto de inmediato. La voz aguda de otra mujer. El tono estridente que, desafortunadamente, reconocía demasiado bien.

Lady Berry, la madre de Angela, estaba en su casa.

Con Lenore.

Siguió el sonido de su voz enojada y las encontró en la sala de estar, con Lady Berry mirando a su esposa con puñales en los ojos.

—Lady Berry —ladró.

Hero también ladró y corrió hacia su ama, listo para defenderla. Con el pelo erizado. El perro gruñó, y Lenore se inclinó para callarlo, exponiendo su profundo escote a todos en la habitación.

Casi gimió cuando la lujuria lo golpeó con fuerza.

—Veo que no te tomó mucho tiempo dirigir tu atención a otra parte —se burló Lady Berry, y luego se volvió hacia Lenore—. Escandaloso. Descarado.

—Ella es hermosa —declaró Price, pero luego agarró el brazo de Lady Berry y la alejó de Lenore—. Hablaremos en mi estudio, señora.

Lady Berry intentó zafarse de su agarre, aunque él no lo permitía. —Debería haber sabido que tus palabras eran tan frías como debe ser tu corazón.

La sacó de la habitación a la fuerza antes de que escupiera el odio con el que habitualmente azotaba a Price frente a Lenore.

Lady Berry lo culpaba por la muerte de Angela. Price estaba de acuerdo con Lady Berry hasta cierto punto. Angela se había escapado de sus acompañantes para encontrarse con él la noche en que fue asesinada. Si hubiera sabido sobre la intención de su madrina, nunca habría arriesgado la reputación o la vida de Angela. Era *su* culpa que Angela hubiera estado completamente sola la noche en que murió. Ella lo había estado esperando.

Pero Lenore no tenía nada que ver con nada de eso.

Ayudó a Lady Berry a bajar por el pasillo lo más cortésmente posible, y una vez que estuvieron en la privacidad de su estudio, y la puerta firmemente cerrada, la soltó. Intentaría de nuevo consolar a la mujer afligida. —No sabía que había regresado a Londres.

—Tan pronto como leí tu *feliz* noticia en *The Times*, tuve que venir a ver por mí misma qué tipo de mujer tomarías como esposa después de todo lo que has dicho sobre tu supuesta devoción eterna —siseó—. Me pregunto si también profesas amarla a ella, de la misma manera en que engañaste a mi inocente hija.

—No engaño a nadie. —Price suspiró—. Tenía el deber de casarme. De tener un hijo.

Ella inclinó la cabeza en la dirección en la que había estado Lenore. —Así que te casaste con una... ¿qué? ¿Una don nadie? ¿Una mujer tan insignificante que su nombre y conexiones no se pueden encontrar en el Debrett's?

—No hables de Lady Carmichael de esa manera —le dijo en un tono mordaz—. Es una buena mujer.

Los ojos de Lady Berry se entornaron. —Es una solterona marchita. ¿Era la única mujer que podías conseguir con tu reputación hecha jirones ahora? Supongo que ninguna familia respetable te aceptaría en su círculo ahora. ¡Me das asco!

Ella había expresado esa opinión antes, y aun así lo buscaba. Lady Berry había decidido arremeter contra él, y solo contra él, ya que la asesina había sido su difunta madrina y él había estado involucrado con su hija.

—Por el bien de Angela, perdonaré tus palabras de hoy, pero nunca más. Yo también soy una víctima de la ira asesina de mi madrina. Ella robó mi felicidad, asesinó a la mujer que amaba y mató a otros. Muchas mujeres murieron, ¿o has olvidado que el dolor de sus familias es tan grande como el tuyo?

Price avanzó hacia la mujer. Lady Berry podría tener la distinción de haber sido casi su suegra una vez, pero su paciencia tenía un límite. —Si *alguna vez* intentas hablar con mi esposa de nuevo, intentas difamarla ante otros como acabas de hacer, me aseguraré de que tu nombre sea borrado de la memoria de la sociedad. No creas que no tengo la influencia.

La dama tuvo la decencia de bajar la mirada, pero él estaba seguro de que no había terminado de hurgar en su conciencia. Estaba amargada y perdida sin su hija. Había tenido grandes esperanzas para el futuro de Angela, razón por la cual su relación se había llevado a cabo en secreto al principio. Lady Berry había querido que su hija se casara con alguien de mayor rango que él. Cualquiera menos él, en realidad. Un duque o un marqués, quizás. Nunca había creído que el interés de Price por su preciosa hija fuera sincero.

—Puedes ponerle un anillo en el dedo y vestirla con bonitos vestidos, pero nunca encajará en nuestra sociedad. Ya lo verás —advirtió Lady Berry—. Obtendrás lo que te mereces: una vida de infelicidad y miseria te espera.

Se quedó allí un momento y luego giró sobre sus talones para marcharse.

Price se pellizcó el puente de la nariz y luego la siguió para asegurarse de que Lady Berry realmente se hubiera ido y no tuviera la oportunidad de hablar con Lenore de nuevo.

La puerta se cerró detrás de ella con un gran estruendo, y Price inmediatamente fue en busca de su esposa.

Lenore todavía estaba en la sala de estar, pero asomándose por las ventanas delanteras para ver la figura de Lady Berry alejándose.

Price se acercó a ella lentamente.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Quién era esa mujer?

—¿No te lo dijo?

—No realmente. Simplemente entró en la habitación y comenzó a decirme cosas horribles sobre ti.

—¿Qué tipo de cosas?

—Mencionó a tu madrina. Sugirió que debías haber sabido lo que estaba pasando y que podrías haberla detenido.

Price respiró hondo.

—No lo sabía, y me avergüenzo de eso.

—Sé que no eres responsable.

Si solo fuera eso todo. Lenore escucharía cosas cuando salieran juntos, y cuando saliera sola en sociedad pronto. Algunas personas lo sabían todo, que él había estado románticamente involucrado con algunas de las víctimas en el pasado, y particularmente con Angela, con quien

había planeado hacer lo correcto y casarse.

Ya no tenía estómago para relatar toda la historia. Tampoco quería angustiar a Lenore. Pero ella debería estar preparada con alguna versión de la historia en caso de que se encontraran con Lady Berry en sociedad.

—Lady Berry es la madre de una de las víctimas de mi madrina.

Lenore asintió.

—Eso me pareció. ¿Angela?

—Sí, Lady Berry me culpa por la muerte de su hija. Muchas de las familias han preguntado cómo no vi las señales de locura en mi madrina, pero juro que no vi nada que me diera motivos de alarma.

Lenore le frotó el brazo.

—Nunca sabemos realmente lo que hay en los corazones y las mentes de las personas, ¿verdad?

El toque fue inesperado, y él se acercó más a ella.

—No lo sabía, y lo lamento mucho.

Su vida podría haber sido completamente diferente. Se habría casado con Angela, no con Lenore. Extrañamente, después de tantas semanas, ahora no podía imaginar no estar casado con Lenore.

—Creo que...

Los dedos de Lenore se posaron sobre sus labios.

—Los remordimientos son veneno para el alma y arruinan el día si nos detenemos en ellos demasiado tiempo. Lo que hizo tu madrina está en el pasado. No tenemos que hablar de ello ahora.

Él la miró de arriba abajo, *realmente* miró a Lenore por primera vez. Se había puesto un bonito vestido nuevo para su salida, y su cabello estaba peinado con sencillez, listo para colocar un sombrero sobre su cabeza. Le gustaba mucho lo que veía. Le gustaba su esposa, y no quería decir nada que pudiera molestarla y arruinar el día.

No, hoy no era el día para los remordimientos sino para nuevas aventuras y un poco de política también.

—Tenemos una fiesta a la que asistir.

—Y estoy lista —prometió ella, alcanzando un sombrero que había sido colocado en una mesa detrás de ella. Mientras se giraba, Price notó que su mejilla marcada por la pata estaba ausente. Entrecerró los ojos hacia su rostro cuando ella se volvió, descubriendo el más leve indicio de cosméticos allí para ocultarlo.

—En efecto, lo estás, y te prometo que lo pasarás de maravilla —Notó su capa extendida sobre una silla y la recogió—. Haré que traigan el carruaje de inmediato.

Ella lo siguió hasta la puerta, hablando con su mascota todo el camino. Sabía que ella no le estaba prestando atención, pero esperó hasta que el carruaje se acercó antes de susurrar su nombre.

—¿Sí? —Sus ojos se iluminaron cuando se posaron en el carruaje.

Él sonrió, disfrutando de su sorpresa.

—¿Qué te parece? ¿Servirá?

El nuevo carruaje —lados lacados en negro y adornos verde brillante— brillaba a la luz del día. Los mozos, recién empleados y vistiendo libreas recién confeccionadas, se pusieron firmes una vez que se abrió la puerta del carruaje. El carruaje de Lenore le complacía mucho. Estaba creado para acomodar a una familia en lugar de solo una pareja viajando por la ciudad.

—Es hermoso —susurró ella—. ¿Es tuyo?

—No. Es tuyo, Lenore. Y de Hero también, por supuesto. Sube y dime qué te parece.

Hero saltó dentro, subiendo a los nuevos asientos y olfateando la tapicería de terciopelo verde oliva. Lenore subió más lentamente, permitiendo que Price la ayudara esta vez.

Cuando ella estuvo sentada, él se unió a ella, y la puerta se cerró de golpe.

Ella acarició las cortinas verdes con flecos de la ventana y miró todo alrededor con ojos muy abiertos.

—No deberías haber hecho esto por mí.

Él se estiró más allá de ella y abrió un compartimento en la pared del carruaje. Dentro había un cuenco de cristal y una botella tapada.

—El carpintero pensó que estaba loco por no querer copas de vino aquí, pero pensé que preferirías que fuera práctico en su lugar. La botella es de agua en lugar de vino. El cuenco es para que Hero beba.

—Eso es muy considerado —dijo ella, sonriendo aún más ahora.

Él acomodó sus capas en el asiento opuesto junto a Hero y se recostó, cómodo y muy satisfecho con su nueva compra. Se alegraba de haber podido sorprenderla.

—Ahora, ya no necesitas compartir mi carruaje —le dijo.

—Gracias —Lenore asintió lentamente, y luego volvió su rostro hacia la vista por la ventana. Suspiró suavemente—. Sí. Es un hermoso carruaje para que Hero y yo viajemos.

CAPÍTULO 11



CONSIDERÁNDOLO TODO, Lenore estaba feliz de tener su propio carruaje, y salía por la puerta principal tan a menudo como le placía. Pero mientras la llevaban por Mayfair en su costoso carruaje con solo su perro como compañía, anhelaba tener a su esposo a su lado más que nunca.

Estaba al límite de su paciencia con él. Sí, podía usar su carruaje cuando quisiera, y a Hero le encantaba sentarse a su lado. Pero la llegada de un segundo carruaje significaba que ya no había necesidad de que Price viajara con ella a ningún lado, a menos que fueran al mismo lugar.

Lo cual nunca hacían.

Hoy, iba de compras una vez más, encontrándose con Sylvia Hillcrest en un lugar discreto de negocios para asegurar que la consumación de su matrimonio tuviera la mejor oportunidad de éxito. Había decidido que ahora era el momento adecuado. Quería que estuviera hecho antes de que su esposo pudiera dejarla atrás o enviarla al campo mientras él asistía a alguna fiesta en una casa de campo.

Lenore se había vuelto muy cercana a Sylvia últimamente y pasaban mucho tiempo juntas planeando y discutiendo cómo formularía su petición a su esposo. Practicaron y descartaron que Lenore diera indirectas sutiles y habían decidido que una invitación franca y directa sería más fácil de entregar. No iba a ser nada romántico. No estaba destinado a serlo.

Aurora y Eugenia Hillcrest permanecían ignorantes sobre la infelicidad de Lenore con su esposo. Ese par estaba persiguiendo nuevas oportunidades de negocio fuera del *ton* y ella estaba agradecida por su distracción. Sylvia era la única mujer en quien realmente confiaba para ser honesta sobre su matrimonio, y había sido una excelente oyente, aconsejando a Lenore que no imaginara un rechazo sino un acuerdo.

Lenore esperaba que su amiga tuviera razón. Debía entregar su petición a su esposo pronto, antes de perder el valor.

Carmichael, como de costumbre, no se encontraba por ninguna parte en la casa después de que hubieran desayunado juntos esa mañana. Seguían siendo barcos que se cruzaban en la noche, extraños corteses que compartían un hogar y su apellido. La única fiesta a la que la había llevado había llegado a un abrupto final debido a la lluvia. Habían estado divirtiéndose juntos, pensó ella. Pero él la había llevado a casa para cambiarse de ropa seca y abruptamente se había marchado de nuevo para una reunión urgente con otro lord.

Al menos le había dicho adónde iba y por qué, por una vez.

Su mayordomo, Humphries, se sentía incómodo cada vez que Lenore preguntaba sobre el paradero de su esposo, así que había dejado de preguntar. Había prometido ser una buena esposa para Lord Carmichael, y tenía la intención de serlo, y eso incluía permitirle vivir su propia vida mientras ella vivía la suya.

Pero creía que ya era hora de dar el siguiente paso en su matrimonio, razón por la cual viajaba hoy por Bond Street en un estado ligeramente nervioso.

El carruaje se detuvo en un callejón estrecho. Cerca había una tienda que se decía era la única que una dama podría necesitar para llevar a cabo una seducción. Lenore no quería llamar la atención sobre sí misma por si llegaba a oídos de su esposo. No podía ver a Sylvia, pero Lenore bajó con su perro, despidió el carruaje por una hora y entró en la pequeña tienda tratando de controlar sus nervios.

La campanilla de la puerta de la tienda dio un alegre tintineo al cerrarse detrás de ella, e inmediatamente ordenó a Hero que se portara bien. Sylvia aún no había llegado, pero Lenore no estaba indebidamente alarmada. Se quedó mirando alrededor de la sala buscando a alguien que la atendiera, agarrando con fuerza la correa de Hero.

Una mujer pequeña salió corriendo de la parte trasera del edificio. Lenore asumió que había un probador allí atrás, aunque nunca había visitado este establecimiento en particular antes. —Tengo una cita.

—Vaya, usted debe ser Lady Carmichael —proclamó la mujer pequeña, sonriendo ampliamente—. Bienvenida, bienvenida al establecimiento de Madame Du Clair. Soy su asistente, Maxine.

—Gracias. Confío en que Madame pueda verme hoy.

—Oh, mi señora —La mujer se acercó—. Desafortunadamente, está un poquitín retrasada con una prueba si no le importa esperar unos momentos más.

Lenore no tenía nada más que hacer, así que inclinó la cabeza con gracia. —Esperaré.

Se movió hacia una mesa y una silla en la esquina y se sentó con las manos cruzadas en su regazo. Hero a sus pies. La asistente le sirvió té y puso un plato de pastelitos en la mesa también. Lenore estaba demasiado nerviosa para comer, así que le dio un poco de uno a su mascota mientras esperaba.

Desde detrás de la cortina, escuchó susurros, luego una exclamación emocionada de su título.

Lenore levantó la mirada hacia la puerta de la habitación del fondo justo cuando se abrió un poco más. Una mujer, con solo un ojo visible, la miró fijamente y parpadeó.

Lenore tomó aire bruscamente pero luego simplemente cogió su taza, ignorando a la mujer que la espiaba. La puerta se cerró silenciosamente, y el silencio reinó de nuevo en el establecimiento. Justo cuando Lenore empezaba a sentir que había esperado lo suficiente, la puerta del probador se abrió y emergió la esposa de uno de los amigos de su marido.

Lenore inclinó la cabeza. —Lady Wade —murmuró, esforzándose por mantener la calma. Había esperado completar la compra de hoy sin encontrarse con nadie conocido por ella o su esposo.

—Lady Carmichael. Qué placer verte de nuevo, y aquí además —prometió la pelirroja, con una sonrisa—. Confío en que estés bien.

—En efecto, lo estoy.

La dama asintió. —Le estaba diciendo a Carmichael la otra noche que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que cenamos juntos.

La sonrisa de Lenore se sintió congelada en su lugar, y reconoció la emoción que la invadía como celos. Esta hermosa mujer había visto a su esposo una noche cuando Lenore no estaba con él. Luchó por no revelar su malestar. —¿Es así?

Lenore estaba más que un poco molesta, pero no con Lady Wade. Se sentía abandonada e incómoda de que su esposo hubiera estado teniendo conversaciones con otras damas sobre ella y no se lo hubiera dicho. Por supuesto, no podía evitar a sus amigos, pero Lenore se habría sentido

mejor si le hubieran contado sobre tales encuentros para no estar desprevenida como lo estaba hoy.

—Todo estará listo para usted la próxima semana —anunció la modista, saliendo del taller, pero se detuvo y las miró con curiosidad—. ¿Entiendo que ya se conocen, mis queridas?

—En efecto —Lady Wade sonrió con afecto—. ¿Acaso alguna dama del *ton* podría estar felizmente casada sin ser cliente de tu pequeña tienda traviesa?

—Espero que no, Lady Wade. Me temo que su pobre esposo se sentiría descuidado sin mis creaciones para tentarlo —Lady Wade fue conducida hacia la puerta—. Adiós. No debe hacerlo esperar.

—Hasta la próxima, Lady Carmichael —cantó Lady Wade mientras la acompañaban afuera, lanzando una última mirada de pesar en dirección a Lenore por tener que irse.

Madame se volvió y sonrió.

—Mil disculpas por la demora, Lady Carmichael. Si me acompaña por aquí, será un placer atenderla —afirmó.

Lenore se puso de pie, su humor agriado por ese encuentro inesperado.

—Estoy esperando a mi amiga, la señorita Hillcrest, que quedó en reunirse conmigo aquí en breve, pero está retrasada. Espero que no sea un problema.

—Cuantos más, mejor, mi lady —canturreó, ignorando el tono cortante de Lenore—. Todos son bienvenidos en mi pequeña tienda. Aquí, a una dama se le asegura total discreción y un nivel de servicio personal que no se encuentra en ningún otro lugar de Londres.

Lenore encontró prematura la confianza de la mujer en que todos guardaran silencio. ¿Qué clase de mujer era realmente Lady Wade? ¿Le contaría a su esposo sobre Lenore y arruinaría sus planes de seducirlo?

Se levantó y tiró de la correa de Hero. Hero la siguió obedientemente hacia el taller y, una vez liberado, encontró un lugar apartado para echarse.

Madame frunció el ceño mientras se ponía las gafas en la nariz.

—Normalmente no admito mascotas en mi taller, mi lady.

Eso iba a ser un problema.

—No voy a ninguna parte sin mi Hero —explicó.

La mujer chasqueó la lengua, considerándolo. Hero estaba recién bañado y su pelaje era negro y brillante. No ensuciaría nada. No tocaría ni lamería nada.

Finalmente, Madame asintió.

—Mientras se comporte, puede quedarse.

—Le aseguro que está muy bien entrenado. No molestará, y me aseguré de que hiciera ejercicio antes de venir aquí. Lo más probable es que duerma durante toda la cita.

—Bien, porque no queremos distracciones —La mujer la miró de arriba abajo—. ¿En qué puedo ayudarla hoy?

Lo que Lenore quería comprar se habría considerado escandaloso, o podría haberlo sido si aún fuera una mujer soltera. Sin embargo, *estaba* casada, y no se avergonzaría por su petición.

—Necesito un negligé. Algo apropiado para el tocador o la cama. ¿Los ofrece?

La campanilla de la puerta principal sonó de nuevo, y Madame se quedó inmóvil, escuchando. Las voces afuera continuaron unos minutos, tan bajas que Lenore no pudo entender al principio. Pero entonces finalmente escuchó el tono de su amiga y voló hacia la puerta para asomarse.

—¡Oh, aquí estás! —exclamó Sylvia, apresurándose—. Temía haber llegado demasiado tarde y haberte perdido por completo cuando vi un carruaje marcharse.

—Llegas justo a tiempo —Regresó al taller, llevando a Sylvia con ella, y se movió al centro de la habitación—. Disculpe la interrupción. Mi amiga está aquí para dar su opinión.

—Oui —La modista asintió, evaluando también a Sylvia. Sonrió y luego se dirigió a Lenore —. ¿Algo en satén?

—Por favor.

La modista sacó una cinta delgada anudada y tomó primero todas las medidas de Lenore. Se dio la vuelta cuando terminó de medirla y agarró rollos de tela para sostenerlos contra el cuerpo de Lenore en todos los colores diferentes, pero luego descartó todos y cada uno de ellos.

Hero dormía, con las patas temblando ocasionalmente.

Sylvia se sentó en un sillón profundo, con los ojos iluminados de gran interés mientras supervisaba el procedimiento. Sus miradas se encontraron, y los ojos de Sylvia bailaban de emoción.

—¿Cómo está tu esposo hoy?

Lenore se encogió de hombros.

—Igual.

—Mañana por la mañana, será diferente —prometió Sylvia.

—¿Esta noche? —Lenore experimentó una pequeña punzada de ansiedad, pero asintió. Le daba menos tiempo para reconsiderarlo—. Esta noche será.

—No satén, después de todo, creo —murmuró Madame para sí misma, y luego encontró un rollo de tela azul marino muy oscuro. Lenore frunció el ceño cuando se dio cuenta de que el material era una red transparente, del tipo que se usa sobre un vestido de satén. Las damas a menudo se vestían así cuando estaban de luto. Si usaba dos capas para ir a la cama, Lenore sentía que bien podría estar vestida con un camisón ordinario teñido de oscuro. Este no era un momento para estar triste—. No creo que...

—Esto es justo lo que tentará a su esposo —prometió Madame—. Por favor, déjeme mostrárselo.

Madame Du Clair hurgó en un armario cercano y sacó una prenda pulcramente doblada del mismo azul marino oscuro. Claramente era un pedido destinado a otra persona.

Lo sostuvo contra Lenore y sonrió.

—Su esposo caerá a sus pies cuando use esto y nada más.

Lenore parpadeó varias veces.

—¿Nada más debajo?

Sylvia empezó a reírse y aplaudió, inclinándose hacia adelante.

—Te dije que este era *el* lugar para que las esposas compraran. ¡Me encanta!

Lenore se mordió el labio, insegura de si una vestimenta tan provocativa y escandalosa era realmente necesaria.

—Pero ¿crees que a él le gustará?

—Oui —sonrió Madame—. ¿Qué podría ser más erótico y seductor que la piel casi revelada? Muchas de mis clientas compran prendas similares a esta... y luego vuelven por reemplazos porque inflaman demasiado a sus maridos.

Lenore no estaba convencida de querer que Carmichael perdiera los modales por un negligé atrevido, o por *ella*, tampoco. No había sido íntima con su esposo, así que no tenía idea de cómo se comportaría en la alcoba.

Pero Lenore sí sentía que necesitaba una ventaja cuando se trataba de complacerlo. No era una joven belleza. Algunos consideraban a Lenore francamente común. Por eso Lenore pensó que un negligé podría ser útil para que Carmichael se pusiera de humor para acostarse con ella.

Algo atrevido como lo que Madame sugería ahora podría ser justo lo necesario... o podría ser demasiado.

Al percibir que sus dudas persistían, Madame sonrió. —Al menos déjame mostrarte cómo te verás con esto antes de que digas que no —sugirió la modista.

—El vestido claramente pertenece a otra persona.

—No, yo lo he confeccionado y lo he reservado para pedidos urgentes de mis clientas. Este no tiene dueña aún.

Lenore lo consideró y luego asintió lentamente, mirando a su amiga y viendo que ella también asentía con entusiasmo.

La modista ayudó a Lenore a desvestirse hasta quedar solo con las medias, y luego le deslizó la prenda. Le llegaba hasta los tobillos y las muñecas, pero las mangas eran amplias y revelarían sus brazos cuando los levantara para abrazar a su marido.

Lenore palideció al ver lo poco que la creación ocultaba a la vista.

Sylvia se acercó y comenzó a quitarle las horquillas del cabello. —Para lograr el efecto completo —murmuró—. Un poco de color en tus labios y una sonrisa acogedora. Sin joyas, pero con una loción de aroma dulce en tu piel, y serás irresistible.

Mientras Sylvia le esponjaba el cabello sobre la espalda, Lenore tocó la red con sus dedos.

Era más suave de lo que había imaginado al principio, adornada con encaje y pequeños bordados por todas partes. Un lazo de satén en la cintura era el único medio para mantener la prenda cerrada y acentuar su talle. No ocultaba nada. Sus pezones, manchas oscuras bajo la red, y sus rizos más abajo parecían demasiado evidentes.

Mientras se miraba en el espejo, no podía imaginar que Carmichael se excitara al verla así. Seguía pareciendo ella misma. —No. No puedo.

—Pero espere, mi señora. —De repente, las manos de Madame estaban también en el cabello de Lenore. Madame llevó algunos mechones hacia adelante sobre sus pechos, pero dejó una sección central por la espalda. Sin embargo, el atrevido escote hasta el ombligo permaneció. —Así, o quizás todo sobre un hombro.

Cuando Lenore miró de nuevo, levantó la barbilla sorprendida. Se giró para verse desde todos los ángulos. Ciertamente se veía diferente. Casi como una tentadora.

—No podrá mantener sus educadas manos lejos de ti —prometió Sylvia con una risa maliciosa.

Una lenta sonrisa se extendió por los labios de Lenore mientras se imaginaba de pie frente a él de esta manera. Se veía más atractiva ahora con el cabello enmarcando su rostro. Más joven. Más bonita. Más seductora, esperaba. Podría ocultar ambos pechos si estaba demasiado nerviosa y revelarlos más tarde dependiendo de la reacción de Carmichael. Reveló un poco más de su escote y también algo de pierna. Su pálida piel brillaba en fuerte contraste con el negligé casi transparente.

Sylvia se rio. —Mi amiga la sirena. Quizás sin las medias para él, y apunta los dedos de los pies un poco.

Giró el pie y luego se sonrojó furiosamente. Le gustaba mucho cómo le quedaba, y su confianza creció cuanto más se miraba. No era ella misma, y eso era lo que necesitaba ser. Era una esposa decidida a seducir a un marido reticente. Era una mujer destinada a ser poseída en el momento en que él la viera.

—Sí —murmuró sin dudarlo ahora—. Lo quiero.

Esto serviría para consumar su matrimonio. Si Carmichael se mostraba aficionado al atuendo, lo usaría de nuevo para él hasta que estuviera embarazada, y tal vez compraría algo igual de

escandaloso para tentarlo a intentar tener un segundo hijo cuando juzgara que era el momento adecuado.

Lenore no quería ni necesitaba que su marido se enamorara de ella. La lujuria era suficiente, y solo necesaria por las noches entre ellos. Su matrimonio no se trataba de estar físicamente cerca el uno del otro fuera de la alcoba. Durante el día, seguirían sus caminos separados, estaba segura.

Madame la ayudó a quitarse la prenda y le ofreció una bata. —¿En qué más puedo ayudarla hoy?

—Eso era todo...

—En realidad, mi amiga necesita desesperadamente un guardarropa completamente nuevo —declaró Sylvia, interrumpiendo la conversación mientras se ponía de pie de un salto. Se acercó, y Madame retrocedió mientras Sylvia comenzaba a susurrar—. No te preocupes por el costo de los nuevos vestidos. Los necesitarás cuando comience la temporada, y estoy segura de que Carmichael puede permitirse mimarte después de todo lo que estás haciendo por él. Necesitamos mostrarte a tu mejor luz y hacer que ese marido tuyo te colme de atención. Algunos vestidos con escotes más pronunciados en telas transparentes son justo lo que necesitas para volverlo loco.

Lenore dudó, pero luego asintió nuevamente. No había sido extravagante hasta ahora. Especialmente sabiendo el tamaño de las facturas acumuladas por su última empleadora, Lady Kelly. Habían sido mayores de lo que las suyas podrían ser jamás. Lenore tenía que aparentar el papel ahora y prepararse para la próxima temporada. El costo de vestidos adicionales era una decisión razonable.

De todos modos, había algunos de sus vestidos más nuevos con los que se había sentido insatisfecha después de hablar con Sylvia. Habían sido perfectamente apropiados para una dama de su edad. Pero no eran excepcionalmente bonitos.

Cuando el carruaje regresó para recogerla, Lenore lo envió de vuelta por otra hora mientras examinaba las recomendaciones de la modista y rediseñaba todo su guardarropa en torno a la ambición poco práctica de sentirse finalmente una condesa.

CAPÍTULO 12



PRICE SE DESLIZÓ la banda de luto alrededor del brazo superior, abrochándola en su lugar, y luego extendió los brazos hacia su ayuda de cámara para que le pusiera la chaqueta. Mientras la prenda se deslizaba sobre él, Price echó un vistazo a la puerta que conectaba con el dormitorio de su esposa. Le gustaría hablar con Lenore antes del desayuno. Averiguar cómo y dónde pasarían los meses de invierno. Aún tenía que responder a una invitación para la fiesta en casa del Duque de Exeter, pero quizás ella preferiría ir primero a Edenmere Park. —¿Lady Carmichael ya ha bajado, Norris?

Todavía se sentía extraño hacer esa pregunta y referirse a Lenore Griffin, la tímida nieta de uno de sus antiguos sirvientes. Apenas se sentía casado en absoluto, incluso después de tantas semanas juntos, pero no había forma de escapar al hecho de que era un esposo y tenía que considerar sus deseos.

—Sí, mi lord, aunque creo que ha salido con su perro.

Price se encogió de hombros, acomodando la chaqueta en su lugar y tirando de los puños de su camisa. Últimamente, cada vez que pensaba en hacer algo con Lenore, su esposa estaba ausente de la casa. Empezaba a encontrarlo molesto. —¿Paseando por la plaza antes del desayuno?

Si estaba en la plaza, tal vez podría alcanzarla y resolver sus planes antes de salir él mismo.

—No, mi lord. Tomó su desayuno en una bandeja en su habitación y luego salió en el carruaje.

Price ocultó su decepción lo mejor que pudo. Ella también había salido antes del desayuno ayer, sin decirle que tampoco se uniría a él entonces. Si había tomado el carruaje, entonces iba más lejos y podría no estar de vuelta por un rato. No iba a tomar ninguna decisión sin ella, así que la decisión sobre la fiesta de Exeter tendría que esperar para otro momento.

Además, estaba más que feliz de hacer esperar al duque por su respuesta, ya que le había robado de vuelta a su notable chef, Monsieur Laffitte.

Y si Lenore aún no había regresado para cuando terminara de vestirse, no tenía razón para quedarse en casa. Wharton se había quejado de que nunca lo visitaba lo suficiente en su casa. Quizás iría allí ahora y sacaría a Wharton de la cama para desayunar.

Pero, ¿debería preguntar adónde había ido Lenore? ¿Los maridos hacían eso cuando no amaban a sus esposas? Quizás no. Sin embargo, Price estaba empezando a sentir curiosidad por su esposa y lo que hacía con su tiempo cuando él no estaba con ella. —¿Oíste adónde se dirigía mi esposa?

—A Bond Street. Fue de compras, según escuché, mi lord.

—Bien. —No veía nada malo en que su esposa tuviera su propia vida ocupada e intereses

fuera de casa. Pero empezaba a preocuparle que, después de semanas de matrimonio, realmente no supiera cuáles podrían ser sus cosas favoritas. Lenore era una mujer sensata y práctica y tenía derecho a comprarse lo que quisiera, pero algún día él podría querer darle un pequeño regalo. Debería saber su color favorito y su flor favorita, si le hubiera cortejado adecuadamente.

La prisa por casarse había sido enteramente cosa suya.

Ahora ella había salido en el carruaje que él había comprado para ella, y eso era todo lo que había esperado cuando decidió que necesitaba uno propio en lugar de compartir el suyo. Aun así, echaba de menos la reconfortante rutina de comenzar cada nuevo día hablando con ella sobre el desayuno.

Se hizo un último ajuste a la corbata y estaba listo para enfrentar otro día.

Hasta ahora, este matrimonio que había arreglado para sí mismo estaba resultando bastante monótono. A veces parecía que seguía siendo soltero, y eso no parecía correcto. Lenore no le preguntaba adónde iba o cuándo podrían hablar de nuevo. No hacía demandas sobre su tiempo. Parecía decidida a ser una esposa silenciosa y dejarlo buscar diversión en otra parte, mientras ella hacía lo mismo.

Miró de nuevo hacia la puerta de ella. ¿No debería una esposa querer pasar tiempo con su marido y decirlo?

—El señor Humphries me pidió que mencionara que hay muchas cartas para usted, mi lord —comentó Norris—. Las puso con el resto abajo en su estudio.

—Las miraré más tarde.

Norris hizo una mueca. —Si me permite ser tan atrevido, mi lord, el mayordomo también dijo que debía mencionar que su escritorio se está llenando bastante.

Price suspiró. —Sí, soy consciente de ello.

—Podría contratar a un secretario para que le ordene todo, mi lord —sugirió Norris.

Price miró fijamente al hombre, apretando la mandíbula. Contratar a un secretario era una idea que el mayordomo, un hombre que había estado con él desde que alcanzó la mayoría de edad, había mencionado antes. Desafortunadamente, Price ya no confiaba fácilmente. Ciertamente no cuando se trataba de sus asuntos de negocios. Se las arreglaría por su cuenta, aunque quizás no debería dejar que el asunto de responder su correspondencia languideciese por completo. *Había* estado fuera mucho últimamente. Probablemente había cosas que necesitaban su atención.

Se obligó a deshacerse de su irritación con el nuevo ayuda de cámara. Humphries había arrojado a Norris al fuego para hacer su voluntad en lugar de arriesgarse a ser despedido él mismo. —Quizás cuando hayas terminado de ordenar aquí, podrías decirle al señor Humphries que se ocupe de sus deberes en lugar de preocuparse como una vieja por los míos.

Un intenso rubor subió por las mejillas del hombre. —Lo siento, mi lord. Solo estaba tratando de hacer lo que me dijeron.

—Humphries debería saber que no debe enviar a mi ayuda de cámara a hacer sus recordatorios. Puedes irte, Norris —ordenó.

El ayuda de cámara se apresuró a terminar y huyó.

Price bajó las escaleras unos momentos después, llenó un plato del aparador en el comedor y luego se desvió a su estudio para comer solo. El último lote de cartas debería al menos ser visto, si no leído detenidamente.

Las primeras docenas no eran importantes. Invitaciones y anuncios de conocidos, pero se ocupó de cada una solo para deshacerse de ellas. Sin embargo, al acercarse al fondo de la pila, una carta llamó su atención. Notó que la dirección era la misma que la del último empleador de

Lenore. Hizo una mueca y la abrió.

Lady Kelly le pidió disculpas, pero estaba en pánico y acudió a él en busca de consejo. Al parecer, Lenore había abandonado su empleo y nadie sabía dónde había ido. Como Price había escrito una de las cartas de recomendación de Lenore, ella pensó que Price querría saber sobre su desaparición, en caso de que su carta de recomendación fuera utilizada nuevamente.

La dama sugirió que algún mal u otra cosa le había ocurrido a Lenore para hacerla huir de un lugar de empleo y posición tan admirados.

Price leyó la carta por segunda vez y luego captó un indicio de sospecha y desaprobación hacia Lenore en la redacción. Lady Kelly no acusaba, pero sugería, muy sutilmente, que Lenore había cambiado desde que él había escrito su carta de recomendación.

¿Qué exactamente había estado pasando allí antes de que Lenore se uniera a él en Londres?

Los labios de Price se torcieron, al igual que su estómago. Al parecer, no se le había ocurrido a Lady Kelly que su dama de compañía podría haberse fugado para casarse respetablemente.

Estaba mal que Lenore no hubiera dado aviso, aunque él sabía por qué había huido con tanta prisa. Como mínimo, deberían haberle escrito a Lady Kelly para darle la buena noticia de su matrimonio y su mejorada situación. Price no permitiría que el carácter de su esposa fuera calumniado por ignorancia. Había que aclarar las cosas con Lady Kelly antes de que causara vergüenza para todos.

Se sentó detrás del escritorio y sacó una hoja de papel. Escribió e informó cortésmente a Lady Kelly que no se preocupara, y explicó brevemente que Lenore era ahora Lady Carmichael, su esposa, y que la nueva condesa le escribiría una carta cuando le fuera conveniente.

Cuando estaba listo para firmarla, escuchó que se abría la puerta principal y voces resonaban en el vestíbulo de entrada. Reconociendo a su esposa hablando con un sirviente, y el ladrido de Hero, Price se apresuró a salir a su encuentro.

Lenore estaba quitándose el sombrero de su cabello oscuro cuando la vio. Sus pasos se ralentizaron mientras ella le sonreía a Humphries y declaraba que había tenido una mañana maravillosa.

Maravillosa... sin él. ¿Qué exactamente había estado haciendo para sonreír tan contenta ahora? —Buenos días, Lady Carmichael.

Su sonrisa se desvaneció al oírlo, pero rápidamente regresó antes de que hiciera una profunda reverencia en su dirección, como si estuviera a su servicio. Eso no podía ser, y se movió para tomar su mano entre las suyas.

Hero lamió su mano libre y saltó alrededor como usualmente hacía, lleno de emoción.

Price estudió a Lenore a la luz. Parecía bastante agitada. —¿Estás bien?

—Sí, mi señor. Es solo una sorpresa verte en casa a esta hora —dijo Lenore, sus mejillas tornándose lentamente de un color brillante mientras retiraba su mano de su agarre. No lo había esperado... ¿o era que había esperado no verlo?

—Estaba atendiendo algo de correspondencia —dijo, observándola de cerca, deseando sostener su pequeña mano nuevamente—. ¿Podría tener un momento de tu tiempo, Lady Carmichael?

—Por supuesto. —Asintió rápidamente, pero primero le entregó un paquete al lacayo—. ¿Podrías pedirle a mi doncella que ponga eso en mi habitación, sobre mi escritorio? Dile a Molly que no debe desenvolver ese paquete bajo ninguna circunstancia.

—Por supuesto, mi señora.

Ella miró a Price expectante cuando el lacayo se fue. —¿Querías hablar conmigo?

—Sí. Pero sería mejor si tuviéramos esta conversación en la privacidad de mi estudio.

—Qué intrigante —murmuró ella—. Estoy completamente a tu disposición, por supuesto.

Él le indicó que fuera delante de él, y ella lo precedió hacia la parte trasera de la casa de la ciudad. La mirada de Price se deslizó sobre ella, bajando por su espalda y subiendo de nuevo hasta el sencillo moño en la parte posterior de su cabeza. El atractivo de Lenore definitivamente había aumentado desde que se habían casado. O quizás había estado ciego y estúpido respecto a su atractivo antes.

Una vez dentro de su estudio, Lenore miró alrededor con curiosidad. —Muy acogedor.

¿No había puesto un pie en esta habitación? Cuando lo pensó, no estaba seguro de si Lenore pasaba mucho tiempo en la planta baja aparte de por la mañana o en el comedor. Ciertamente no había oído que tuviera visitas, pero, por otra parte, él a menudo había estado fuera durante la segunda mitad de los días desde que se habían casado. No estaba para nada seguro de su horario. —Me alegro de que lo apruebes.

—Entonces, ¿de qué se trata esto, mi señor? Pareces muy serio.

—Recibí una carta sobre ti hoy. He escrito una respuesta, pero quizás deberías leerla primero en caso de que haya dicho algo incorrecto —sugirió, y ante su ceño fruncido, explicó—. Tu última empleadora está desesperada de preocupación por tu paradero.

Sus cejas se alzaron mientras leía la carta de Lady Kelly, y luego tomó su respuesta.

Leyó rápidamente su carta y se la devolvió. —Te das cuenta de que en el momento en que le digamos algo a Lady Kelly será el fin de nuestra pacífica coexistencia.

—No te sigo —dijo él.

—Lady Kelly es el tipo de mujer que vendrá a Londres, aparentando estar llena de preocupación pero realmente solo deseando meter su nariz en tus asuntos. Esperará una explicación completa y probablemente quedarse a pasar la noche.

—No podemos permitir que sugiera a otros que te fugaste para evitar algún escándalo imaginario.

—Bueno, eso es ciertamente cierto. Podría haber habido un escándalo si me hubiera quedado.

El vello de la nuca se le erizó. —Explica eso, señora.

—No estaba feliz en el empleo de Lady Kelly. —Suspiró—. Encontré a Lady Kelly difícil desde el principio, exigente como puede ser mucha de la nobleza. Espera obediencia y propiedad absolutas, y luego permite que sinvergüenzas entren en su casa. Nunca le dije la razón exacta de mi partida, que, en ese momento, pensé que era para asumir un puesto como dama de compañía. Con toda honestidad, preferiría no volver a verla hasta que sepa que él se ha ido de su vida.

—¿Qué sucedió exactamente?

Lenore se encogió de hombros y no encontró su mirada. —Su pretendiente sugirió que me convertiría en su amante cuando se casara con mi empleadora.

Alarmado, Price se movió para pararse directamente frente a ella. —¿Se propasó contigo?

Lenore dio un paso atrás. —No me tocó, pero no es el primer amigo masculino de uno de mis empleadores que me buscó a sus espaldas. Este individuo en particular había rondado inofensivamente el tiempo suficiente como para que bajara un poco la guardia y lo considerara honorable. Incluso me ofreció como incentivo el regalo de un collar de oro, que rechacé. Tu oferta de empleo no podría haber llegado en mejor momento, por eso dejé el empleo de Lady Kelly tan rápidamente como lo hice. Supongo que ella ha manchado mi nombre ante todos los que me conocían allí.

Price apretó el puño. —Si alguno de los dos se atreve a mostrar su cara por aquí, yo...

Lenore soltó una risita, mirando sus manos. —¿Serás un buen esposo y los echarás a puñetazos? La violencia no resuelve nada.

—Le romperé la cara si es necesario —prometió sinceramente—. Lady Kelly debería haberte protegido.

—*Ella* también debería haber sido protegida. Ahora me siento mal por haberla dejado a ella y a las otras sirvientas a merced de semejante canalla. —De repente, Lenore se sentó en el borde de su escritorio, con una pierna balanceándose de un lado a otro. Lo miró con timidez—. Debería avergonzarme admitir que podría ser divertido verte darle un puñetazo a ese hombre, sin embargo, ahora que estoy casada, no puedo ser de interés para los canallas.

Qué poco sabía ella todavía del mundo. Había hombres que consideraban a las mujeres casadas como un objetivo legítimo y un desafío. Le sorprendía que aún no se hubiera topado con ellos. —Los canallas están en todas partes y definitivamente se interesarían por ti.

—Lo dudo, pero ahora poseo un verdadero ejército de lacayos y mis propios mozos de cuadra para repeler a tales hombres, si surgiera la necesidad.

—También me tienes a mí. Tu esposo te defenderá de todas las impertinencias de ahora en adelante.

Ella se rio y le dio una palmadita en el brazo. —Creo que los lacayos y los mozos de cuadra serán más que suficiente disuasión.

No le gustó que ella prefiriera la protección de los sirvientes a la suya. Ella era su esposa y su responsabilidad. —Lenore, dejarás el asunto de... ¿cómo se llama?

—Lord Thorne —proporcionó ella servicialmente, sonriendo.

—Lord Thorne en mis manos. Le enseñaré a comportarse con educación alrededor de mi condesa y a tratar honestamente con tu antigua empleadora también. Nadie merece ser tan maltratado.

Ella lo miró por un momento y luego sacudió la cabeza. —Siempre fuiste un niño amable. Me alegra saber que eso no ha cambiado.

—Era un mocoso —declaró—. Tú siempre te comportabas mejor que yo. Tu abuela era severa, pero fue una mejor influencia que mi padre. Ella siempre te hacía quedarte a su lado cuando eras impertinente, mientras que yo...

—Te encerraban solo en el cuarto de los niños durante semanas. Solo te portabas mal para llamar la atención de tu padre —dijo ella muy suavemente—. Sentías el aguijón de la correa y el aislamiento en lugar de su amor.

Él asintió lentamente. —Supongo que de una forma u otra obtenemos la vida que merecemos. Descubrí demasiado tarde que nunca ganaría su aprobación y aprendí a complacerme solo a mí mismo alejándome —dijo, mirando de nuevo a Lenore—. No mucha gente se daría cuenta de que nuestras luchas por la independencia fueron similares.

Lenore rio suavemente. —Hemos estado en polos opuestos toda nuestra vida, milord. Tú naciste con una cuchara de plata en la boca y mi primer recuerdo fue pulir esa plata hasta que me dolieran los dedos. —Se encogió de hombros y miró de nuevo la carta que él había escrito—. Tu carta es sucinta y va al grano. No tengo nada que agregar. Lady Kelly estará lo suficientemente emocionada al recibir noticias de un conde como para hacer que azoten a los caballos para llegar a Londres lo antes posible. Seguramente querrá interrogarnos a ambos para poder contarles a sus amigas todos los jugosos detalles. Espero que no te haga desear nunca haberme escrito.

—No podría hacer eso —prometió. Sonrió suavemente—. Siempre he querido que fueras feliz dondequiera que te encontraras. Ahora me toca asegurarme de que siempre lo seas. Y Hero también.

Ella se rio. —¿Había algo más?

—No, realmente no.

Lenore saltó rápidamente del escritorio. —Entonces me aseguraré de que la casa esté lista para la inminente llegada de Lady Kelly. ¿Te importa si le ofrezco a Lady Kelly una habitación por unos días si me presiona para hacerlo?

—En absoluto. Esta es tu casa tanto como la mía ahora, y puedes invitar a quien quieras aquí. —Sin embargo, le tomó la mano para evitar que se fuera—. ¿Qué le dirás sobre nosotros?

—Que me pediste que me casara contigo —dijo Lenore con un profundo suspiro—. Quizás quiera saber cómo se produjo la propuesta. El dónde y el cuándo, pero puedo inventar una historia simple antes de que llegue y adornarla solo si me presiona para obtener más detalles. No revelaré la verdad, aunque probablemente no le sorprendería. No soy el tipo de mujer con la que un conde debería haberse casado.

Él frunció el ceño, disgustado por cómo hablaba de sí misma. —Eso simplemente no es cierto.

—No es *menos* que la verdad. Una dama de compañía no está muy lejos de una criada. Mis perspectivas nunca fueron grandes. —Sonrió rápidamente, casi con dolor—. Pero soy la Condesa Carmichael, y no le permitiré que me pisotee solo porque me hizo ayudarla a atarse el corsé cada mañana durante el último año.

—¿Las damas de compañía ayudan a vestirse a sus empleadoras? Pensé que esa era la responsabilidad de una doncella.

—Usualmente sí, si Lady Kelly hubiera tenido una. —Frunció el ceño—. Pero ahora, mientras aún tengo tu atención, hay otro asunto que me gustaría discutir contigo.

—¿Oh? —dijo él, animándose un poco ante su repentino interés en hablar con él.

Ella apretó las manos en su cintura. —Me gustaría consumar nuestro matrimonio esta noche. ¿Es suficiente aviso para ti?

Price tragó saliva, tomado tan completamente por sorpresa por el giro de la conversación que dio un paso atrás. —¿Esta noche?

Ella se encogió de hombros y miró hacia abajo. —Sí. A menos que tuvieras otro compromiso esta noche, entonces tal vez mañana por la noche. —Lo miró expectante, como si tuviera miedo del tema y de su respuesta—. ¿Tienes planes que no puedan posponerse?

Su mente quedó en blanco por un momento mientras las posibilidades para la noche mejoraban. Si ella estaba lista ahora, él tendría que... Su mente daba vueltas. —Ah, no. No, no tengo nada en particular en mi agenda para esta noche —logró decir con dificultad.

Ella sonrió rápidamente. Con nerviosismo. —Muy bien entonces. Esta noche después de las nueve me vendría bien, pero antes de las once, si no te importa. Solo toma unos momentos, ¿verdad?

Price metió el dedo en su corbatín y tiró con fuerza, luchando contra un sonrojo. —Sí, así es.

—Bien, hasta esta noche entonces —Lenore sonrió de nuevo y luego huyó, llamando al ama de llaves mientras se iba.

Price esperó un momento a que el suelo bajo sus pies se estabilizara de nuevo, y luego cerró la puerta de su estudio para que nadie pudiera ver sus sonrojos.

CAPÍTULO 13



LENORE SE ASOMÓ a la ventana de su alcoba, observando el carruaje de su marido que se detenía frente a la casa con una calma que no esperaba sentir esa noche. Estaba lista para hacer de este un verdadero matrimonio. Sylvia le había proporcionado suficiente información como para que Lenore se sintiera bien preparada para compartir el lecho con su esposo. Y después, cuando él regresara a su propia cama, ella sabría cómo cuidar de su cuerpo.

El gran reloj de abajo marcó la hora tardía, y ella respiró hondo y se apartó de la ventana. Eran las diez de la noche, y había tiempo de sobra para que su encuentro sucediera. Pero era consciente de que él había desaparecido justo después de su conversación, y Lenore había tenido que pasar la tarde y la mayor parte de la noche con Hero como única compañía.

Estaba nerviosa. ¿Estaría él nervioso? Esperaba que no estuviera *demasiado* nervioso. Confiaba en que su marido tuviera la experiencia suficiente para enseñarle cómo amarlo bien.

Lenore se había acostumbrado al silencio la mayoría de las noches, pero le había pesado un poco más de lo habitual mientras se preparaba para acostarse. Lenore había pedido a la doncella que le lavara el cabello antes, pero la había despedido en cuanto se le secó, pidiendo que le sirvieran su cena solitaria en su alcoba. Una vez que retiraron la bandeja, pidió que mantuvieran a Hero abajo durante la noche.

Lenore se había cepillado el cabello hasta que brilló y se había untado una loción de aroma dulce sobre la piel. Se sentía nueva, limpia y fresca, y todos sus sentidos estaban despiertos.

Después de que todo estuviera listo, y ella estuviera tan preparada como podía estarlo, había empezado a considerar de nuevo qué tipo de amante resultaría ser su marido. Sylvia le había explicado que los hábitos de los caballeros en cuanto al deseo variaban considerablemente, aunque Sylvia no lo sabía por experiencia personal. Era solo información que su amiga había descubierto en su línea de trabajo y había compartido discretamente con Lenore.

Según Sylvia, el comportamiento de los hombres en público no era en absoluto indicativo de su naturaleza íntima en privado. Algunos hombres podían ser crueles. Otros, tan mansos como corderos.

Los hombres también podían ser tímidos o atrevidos, al igual que las mujeres. Lenore solo esperaba que Price supiera lo que hacía, porque ella apenas tenía idea.

Carmichael bajó del carruaje, vestido de pies a cabeza con su habitual e impecable atuendo oscuro. Se dirigió a la puerta principal, pero no miró hacia su ventana en el camino. ¿Por qué iba Lord Carmichael a esperar que su esposa estuviera esperándolo? No era como si hasta ahora hubiera mostrado algún afecto por ella. Él solo estaba cumpliendo con su deber, y ella también, hasta cierto punto.

Pero ella sí sentía afecto por él. Carmichael había sido un niño divertido, y había sido un

corresponsal ameno y fiel en los últimos años. Sus cartas anuales en Navidad la habían hecho sonreír tantas veces. Todavía consideraba Edenmere Park como su hogar. Y ahora que estaba casada con él, siempre le pertenecería.

Pero a veces, cuando se encontraban dentro de la casa, Carmichael la miraba con tanta sorpresa. Como si se hubiera olvidado de que Lenore era su esposa. Ella no iba a dejar que se olvidara de su existencia esta noche.

La puerta principal se cerró con fuerza, y Lenore se sobresaltó ante el sonido. Exhaló un suspiro frustrado, molesta consigo misma por reaccionar de manera exagerada. ¿De qué había que estar nerviosa aparte de un poco de incomodidad cuando él tomara su virginidad? Nunca se la habría entregado a nadie si no se hubiera casado con Carmichael. Confiaba en que él sería tan gentil con ella como fuera posible en un momento así.

Mientras los minutos pasaban y él no llamaba a su puerta, Lenore intentó no imaginar qué haría si no venía a su alcoba. Era difícil no preocuparse cuando no podía oír ningún movimiento más allá de su habitación. Su intercambio anterior en el estudio había sido más incómodo de lo que Lenore esperaba, y más tarde se le ocurrió que él no había esperado en absoluto su invitación.

Ella estaba lista para compartir el lecho, pero ¿y si él no quería esta noche... o ninguna noche? ¿Y si había cambiado de opinión sobre venir a su cama? ¿Y si la miraba una vez y huía?

Se cubrió el rostro con la mano mientras mil dudas la invadían. ¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?

Lenore se acercó al espejo y se miró. El negligé que había comprado hoy era completamente indecente, y se cubrió un poco más el pecho, aunque no ayudó mucho. ¿Cuánto tiempo debería esperarlo? ¿Media hora? ¿Una hora? ¿Toda la noche?

No lo esperaría toda la noche.

Lenore apagó la vela junto al espejo, envolviendo la habitación en sombras más favorecedoras por si acaso le gustaba más en la oscuridad. Quizás debería hacerle saber que estaba lista y esperándolo.

Lenore se dio la vuelta y casi gritó.

Carmichael estaba de pie justo dentro de su puerta, y ella no lo había oído entrar. No había llamado a la puerta de comunicación. Estaba segura de que lo habría oído.

Él extendió una mano. —No quise asustarte.

Ella exhaló un suspiro. —Te mueves muy silenciosamente.

—Lo siento —dijo él, y luego se mordió el labio. Sus ojos estaban fijos en ella, y Lenore se giró más, relajando los hombros, mostrándole su figura tal como había practicado frente al espejo.

Sus ojos se agrandaron, y empezó a buscar torpemente el pestillo de la puerta justo detrás de él.

—No te vayas —suplicó ella, dando un paso hacia él, y entonces oyó girar la cerradura.

—No me iba —prometió él—. Solo necesitaba asegurarme de que la puerta se había cerrado bien detrás de mí. No quisiera que mi ayuda de cámara te viera. Nadie más que yo debería verte nunca así. —Su voz sonaba un poco extraña, espesa y profunda, y se enderezó antes de cruzar la habitación para pararse directamente frente a ella. Sus ojos se encontraron con los de ella por un momento demasiado largo, y ella se sintió incómoda. Pero entonces su atención bajó para mirar su cuerpo.

Un gemido se le escapó, y su respiración se volvió irregular y rápida.

Los pezones de Lenore se endurecieron bajo su escrutinio, y de repente descubrió que ella también tenía problemas para respirar.

Su mano se elevó y se posó suavemente en su brazo. —Me disculpo por llegar tarde.

—¿Lo hiciste?

—Imperdonablemente. —Sus labios se curvaron, y luego sus ojos se elevaron para encontrarse de nuevo con los de ella—. Tenía miedo de que ya estuvieras en la cama.

—Estar acostada en la cama esperándote podría ser lo que algunas madres aconsejan a sus hijas en su noche de bodas, pero parece una tontería hacerlo cuando yo te había invitado —logró decir con voz aguda, luchando contra un sonrojo. Sacudió la cabeza, asombrada consigo misma. No era ninguna tímida. Estaba ansiosa por acabar con esto.

Deslizó las yemas de los dedos por su brazo. —Me alegro de que no estuvieras en la cama. Me alegro de poder verte así.

Se inclinó lentamente hacia adelante, pero no besó sus labios. En cambio, se desvió en el último momento y rozó su mejilla con la boca. Su beso era ligero como el aire, pero aun así ella se estremeció por completo. Dejó suaves besos por su piel hasta que ella pudo sentir su aliento cálido contra su garganta. La besó allí con más propósito, hasta que ella tembló.

Lenore sintió un tirón en su cintura cuando su marido desató el lazo de satén que mantenía unida su prenda.

Cayó al suelo, y la prenda se abrió.

La respiración de Price se volvió áspera mientras apartaba el cabello de ella detrás de su hombro, llevándose parte del camisón con él. Había expuesto deliberadamente su pecho y hombro solo para mirarla.

Lenore casi se desmayó.

Sus dedos volvieron a su cintura, y de repente se encontró levantada del suelo cuando él la alzó en brazos.

Instintivamente, Lenore le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él. Price la envolvió con fuerza entre sus brazos y un gemido escapó de sus labios. Ella lo sintió temblar.

La cama no estaba lejos, y ella agradeció cuando él la llevó allí y la dejó sin dejarla caer.

Él no se unió a ella inmediatamente, sino que se quedó de pie junto a la cama, mirándola con ojos entrecerrados. Cuando Lenore se miró a sí misma, rápidamente trató de cubrirse. Una pierna entera estaba expuesta hasta la cadera y su sexo era claramente visible.

Price detuvo sus manos. —Si haces eso, solo te desenvolveré de nuevo.

Ella consideró qué hacer, y luego dejó que su camisón siguiera abierto. —Muy bien.

Una ligera sonrisa jugó en sus labios, y sus dedos recorrieron la parte superior de su muslo expuesto y volvieron a bajar. Pero luego apartó el edredón de debajo de ella y la ayudó a subir más arriba en la cama. En el proceso, volvió a cubrir sus extremidades.

Lenore suspiró aliviada al estar decentemente cubierta. —¿Deberías apagar las velas?

—No —sonrió mientras colocaba una almohada bajo su cabeza—. Siempre me ha gustado desenvolver los regalos con luz.

Se sentó de nuevo a su lado en el colchón y colocó su mano plana sobre su estómago.

Lenore contuvo el aliento, alejándose de su palma cálida.

Él sonrió. —No voy a hacerte cosquillas.

—Me vengaría si lo intentaras —replicó ella sin pensar.

Eso lo hizo reír. Era un sonido que no había escuchado desde que se habían casado. La hizo sentir cálida por todas partes e ingeniosa.

Lenore movió su pierna más cerca de él, rozando su muslo.

Él volvió a reír y sacudió la cabeza. —Volveremos a eso.

Pero sí pasó solo las puntas de sus dedos de ida y vuelta por su pierna antes de ponerse de pie

abruptamente.

Su toque era emocionante, pero ella quería más que ese breve contacto de él.

Se giró ligeramente y comenzó a desabrochar los botones que mantenían cerrada su bata. Lenore se humedeció los labios, con la respiración atrapada en la garganta, pero su corazón latía muy rápido mientras él se revelaba oh tan lentamente.

Se estremeció cuando lo vio bien desnudo, pero esta vez su sexo también se contrajo. Era hermoso. Varonil. Como una pintura que había visto una vez en la casa de un antiguo empleador.

Price tenía una ligera capa de vello en el pecho que se extendía hacia abajo. Sus extremidades eran largas, musculosas y pálidas. Las piernas delgadas de las que una vez se había burlado eran perfectamente proporcionadas para el resto de él. Su miembro estaba ligeramente curvado hacia un lado. Se movió, se sacudió de repente, y ella levantó la mirada.

Su marido la observaba en silencio, su respiración sonora en la habitación tranquila. Era, por defecto, absolutamente impresionante en todos los aspectos, y ella se alegró de que fuera él a quien le entregara su inocencia.

Se movió hacia la cama y puso una rodilla sobre el colchón. Lenore se movió ligeramente para darle espacio para que se acomodara a su lado. Se veía tan serio en la luz tenue que ella extendió la mano para rozar sus dedos por su pecho para asegurarle que todo estaba bien.

Se acomodó de lado junto a ella, apoyando la cabeza en una mano y colocando la otra plana sobre su estómago de nuevo. Lentamente, movió sus dedos bajo los bordes de la tela transparente que la cubría y los deslizó de un lado a otro.

Lenore cerró los ojos y dejó que la tocara, que la provocara. Sabía que excitarse con él haría que el acto fuera más cómodo para ella al final.

Cuando sus dedos encontraron el vello rizado entre sus piernas, dejó escapar un gemido sobresaltado y se mordió el labio. Su toque se sentía mejor de lo que había esperado. Cuando sus dedos bajaron más, ella volvió el rostro hacia su hombro para ocultar el rubor que le quemaba las mejillas.

Separó sus pliegues con suavidad, deslizándose a través de más humedad de la que debería ser apropiada para una señorita inexperta.

Ella presionó su rostro con más fuerza contra su hombro caliente y se estremeció una y otra vez. Él jugó con ella por un tiempo, y Lenore se retorció y buscó más de sus íntimas caricias. Más fuerte. Allí. Otra vez. Sí...

Cuando por fin se colocó encima de ella, Lenore abrió las piernas instintivamente para acomodar sus caderas como se suponía que debía hacer.

Carmichael enterró su rostro en la curva de su cuello mientras se movía y acomodaba sus cuerpos hasta que ella sintió la punta de él en el ápice de sus muslos. Estaba cálido, sólido... y era su marido.

Ella enredó sus dedos en su cabello en la nuca y abrió un poco más las piernas, ansiosa, justo cuando él empujó con fuerza hacia adelante.

Lenore siseó, tomada por sorpresa, y clavó sus uñas en su cuero cabelludo. En ese instante, lo que estaban haciendo pasó de sentirse bastante bien a extraño mientras él comenzaba a moverse contra ella, dentro de ella.

La extrañeza no duró mucho.

Lenore se aferró a su marido, rápidamente envuelta en sensaciones completamente desconocidas para ella pero absolutamente cautivadoras. Todo su mundo se centró en el cálido abrazo de su esposo. Su piel se deslizaba contra la suya, y el sonido desesperado de su respiración contra su oído la hizo estremecer.

Por fin habían hecho de esto un verdadero matrimonio.

No había escapatoria para ninguno de los dos, ya no había posibilidad de anulación.

Justo cuando empezaba a sentirse maravillosa, acercándose al éxtasis que Sylvia le había susurrado que podría sentir, él de repente se puso rígido y gritó. Su agarre se apretó en su cabeza, atrayéndola con fuerza hacia él.

Entonces se recostó sobre ella, pesado y cálido, acunándola protectoramente por solo un instante antes de levantarse y caer de espaldas a su lado, jadeando.

Lenore permaneció inmóvil, satisfecha de ser su esposa aunque ahora su cuerpo se sintiera vacío. Solitario sin su contacto. Ciertamente había disfrutado lo que habían estado haciendo hasta cierto punto, pero supuso que eso había terminado. No le importaría si su marido seguía tocándola de esa manera, pero no sabía cómo pedir más.

Él se incorporó de repente y balanceó las piernas sobre el borde de la cama. Lenore miró fijamente la parte posterior de su cabeza y sus hombros encorvados. Instintivamente supo que algo andaba mal por la forma en que se quedó sentado allí tanto tiempo y tan callado. ¿Estaba descontento con ella?

Él se giró ligeramente pero no encontró su mirada.

—¿Lenore?

Ella tragó saliva, de repente preocupada.

—¿Sí?

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?

Casi jadeó ante la pregunta. ¿Tenía esa opción? ¿Se quedaría y le haría el amor de nuevo si se lo pidiera?

Pero si él pensaba en preguntar, darle una opción, sospechaba que no quería quedarse. La única forma de saberlo era preguntándole.

—¿Tú quieres?

—No debería imponerme —se levantó inmediatamente, rodeó la cama y recogió su bata del suelo. Ella no podía verlo muy claramente porque las velas estaban casi apagadas, pero podía ver lo suficiente para saber que apenas podía mirar en su dirección—. Si me necesitas durante la noche, solo llámame.

¿Así sin más, se iba? ¿Eso era todo? Ella tragó su decepción y sonrió. Después de todo, este era el trato que habían hecho.

—Lo haré. Buenas noches, esposo.

Él asintió.

—Esposa.

Y entonces se había ido, la puerta de conexión cerrándose silenciosamente tras él. Lenore escuchó a su marido moverse en la habitación contigua con un corazón que se volvía más pesado con cada minuto que pasaba. ¿Realmente Price esperaba que se durmiera después de esa experiencia? Quería hablar con él tan desesperadamente, pero no si él no lo deseaba tanto como ella. ¿Qué pasaría entre ellos ahora? ¿Siempre sería ella quien iniciara el acto amoroso o lo haría él?

Juntó las piernas y tiró de las mantas hacia arriba, recordando cómo se había sentido dentro de ella. El toque de sus manos en su cuerpo. Los sentimientos que había despertado. Se sentía incompleta sin que él la tocara ahora.

Pasó su mano por su estómago, y luego más abajo.

Sus dedos hicieron temblar su cuerpo, pero nada se comparaba con su reacción a Price. La necesidad que sentía antes estaba ahí, esperando ser reavivada por él. Echó un vistazo a la puerta

que conectaba su habitación con la de él. ¿Podría llamar a su marido para que volviera a hacerla sentir como lo había hecho? Debería haberle pedido que se quedara en lugar de dejarlo ir.

Se quedó allí, mirando al techo hasta que sus velas chisporrotearon y se apagaron, atormentada por la indecisión y el arrepentimiento, y escuchando por si oía a su marido regresar por su propia voluntad. Quería llamarlo, pero se sentía tonta. Su marido podría estar dormido ahora, y no quería despertarlo cuando pasaba tan poco tiempo en casa.

Pero entonces oyó que se cerraba una puerta en el pasillo exterior y se incorporó. Unos pasos se deslizaron frente a su puerta, su sonido haciéndose más débil a cada minuto mientras quienquiera que fuese bajaba por la escalera principal.

Lenore salió apresuradamente de la cama cuando oyó que se abría la puerta principal bajo su habitación, y corrió a la ventana justo a tiempo para ver a su marido subir a un carruaje que lo esperaba y alejarse de su casa.

¡Se había acostado con ella y la había dejado justo después!

Lenore se desplomó. No había hablado en serio cuando le ofreció volver si lo necesitaba. Y debía haber sabido que iba a salir de nuevo si había mantenido su carruaje esperando su regreso.

Lenore se apartó de la ventana y dejó caer la cortina, profundamente herida por su abandono. No esperaba que él quedara fascinado por acostarse con ella, pero nunca imaginó que se marcharía inmediatamente después de haber cumplido con el acto.

En el fondo, Lenore descubrió que había esperado más de él.

Se llevó los dedos a los labios, negándose a llorar por él. Lord Carmichael realmente no la había deseado. Ni siquiera podía besarla. Solo se había acostado con ella porque ella lo había hecho sentir obligado con su burda invitación y su provocativa forma de vestir.

Había huido, obviamente repelido, dejando a Lenore atrás con el corazón roto.

Se arrastró hasta el lavabo, se limpió en la oscuridad y se cambió a un camisón apropiado para dormir. El negligé que había comprado para complacer a su marido, lo escondió entre sus vestidos más viejos. Lo tiraría a la primera oportunidad que tuviera mañana por la mañana.

Lenore volvió a subir a la cama y se cubrió la cabeza con las mantas.

Sintiéndose un poco adolorida ahora, y abatida, abrazó las mantas fuertemente a su alrededor. Por primera vez desde su matrimonio, se detuvo lo suficiente para preguntarse qué tipo de lugar era al que su marido escapaba cada noche. ¿Acudía a una amante después de todo? ¿O cualquier otro lugar era mejor que aquí, con ella?

CAPÍTULO 14



PRICE DEMORÓ TANTO como pudo a la mañana siguiente, pero no podía evitar a Lenore para siempre.

Habían compartido la cama anoche. Le había hecho el amor.

A pesar de su preocupación tácita de que era demasiado pronto en su matrimonio, pensó que acostarse con ella había ido bien, al menos desde su perspectiva. Había albergado la más mínima duda de que podría haber sido capaz de cumplir anoche. Ella no era la mujer que había amado y deseado en su cama durante tanto tiempo.

Pero cualquier duda que hubiera tenido antes de abrir la puerta que conectaba las alcobas había desaparecido en el momento en que vio a Lenore de pie casi desnuda junto a su cama.

Después de eso, bueno, a Price le había resultado difícil contenerse, y no era propio de él estar a merced de sus deseos. No había querido revelar cómo su inesperada aparición lo había inflamado. Era la primera vez de ella y, como ella había dicho una vez, realmente no se conocían. No había querido asustarla con la profundidad de la lujuria que le había hecho sentir anoche al verla casi desnuda. Se había obligado a abandonar su cama, su habitación, después de que el acto hubiera terminado, aunque le había costado no explicar sus razones para irse.

¿Cómo podía considerarse un caballero si le decía que no había deseado nada más que tomarla por segunda vez anoche?

Inmediatamente.

Sin embargo, por muchas dudas que pudiera haber tenido sobre sí mismo, Lenore parecía estar bien preparada para la intimidad entre marido y mujer. Alguien debía haberle contado lo que implicaría una noche de bodas, porque él no había tenido que explicarle nada sobre lo que le había hecho. Ella había sido virgen, y estrecha, pero no estaba desprevenida para los caminos de la pasión entre hombres y mujeres. Si él hubiera podido aguantar más tiempo, ella también habría podido experimentar el éxtasis.

Price tenía un solo arrepentimiento sobre la noche anterior. No había logrado complacer adecuadamente a su esposa durante el acto. Se preguntaba si ella ya se habría dado cuenta. Sin duda lo haría eventualmente, y lo consideraría un canalla egoísta.

No lo sería la próxima vez.

Pero esta mañana podría ser incómoda. Cuadró los hombros y se dirigió a la puerta del comedor, preparado para la incomodidad entre ellos, pero decidido a enfrentarla de frente. Ahora estaba listo para el impacto de tener una esposa deseable con quien acostarse. La próxima vez que fuera a ella, mantendría mucho mejor el control de sus sentidos.

Lenore ya estaba sentada a la mesa, pero no había sirvientes en la habitación en ese momento. Solo su perro la acompañaba hoy, la bestia mirando con devoción embelesada a su

ama como lo hacían todos los perros. Su esposa llevaba un vestido azul y sostenía una rebanada de pan con mantequilla en una mano y el periódico en la otra. Sus delicados labios rosados se separaron, y luego se metió el pan en la boca para poder usar ambas manos para pasar las páginas.

Y luego volvió a masticar y leer.

Encantado de pillarla en un momento desprevenido, Price se apoyó en el marco de la puerta, estudiando a su esposa sin ser observado. Esta mañana, no se veía diferente a cuando había llegado por primera vez a su casa. ¿Era ese el mismo vestido también? No estaba seguro, pero no importaba. La tentadora de anoche podría haberse ido ahora, pero él sabía que todavía estaba allí, cuidadosamente oculta detrás de un moño apretado y un vestido matutino recatado y pasado de moda.

Incluso ahora, su cuerpo traicionero reaccionaba ante ella. Solo estar tan cerca parecía hacer que su miembro se estremeciera y se hinchara un poco, ansioso por más juegos de cama si el momento era adecuado. Pero *no era* el momento adecuado. Lenore necesitaría unos días para recuperarse antes de que él volviera a su cama.

El perro ladró de repente, y ella suspiró. —No muerdo, Carmichael.

—Yo podría hacerlo —advirtió, y luego maldijo a su lengua traidora por revelar demasiado cuando los hombros de ella se tensaron—. Estoy hambriento.

—Hay abundancia —le dijo sin volverse.

Hero corrió hacia él, y Price le dio un cordial saludo matutino como siempre hacía. Luego se paseó por la habitación, intentando aplacar su deseo, ponerlo de nuevo en su lugar apropiado, y volver a ser él mismo alrededor de ella. El comedor no era lugar para hacer el amor a una esposa la noche después de su primera vez. Quizás la tercera o cuarta vez. No sabía cuán atrevida podría ser su esposa fuera de la alcoba, pero se juró descubrirlo algún día.

Su rostro estaba arrugado en un ceño fruncido mientras él se movía por la habitación para verla mejor. Se veía un poco cansada alrededor de los ojos, pero su sonrisa habitual estaba en su lugar para él. —¿Dormiste bien anoche?

—Como un tronco —prometió, doblando el periódico cuidadosamente y deslizándolo hacia la cabecera de la mesa, donde había un segundo servicio puesto para él. Bajó la mirada hacia sus dedos—. ¿Dormiste?

—No duermo tanto como solía hacerlo —advirtió, esperando que sus idas y venidas de anoche no la hubieran molestado.

—Lamento oír eso.

—Me estoy acostumbrando a buscar las estrellas cuando estoy en Londres, cuando el aire está lo suficientemente limpio para verlas, claro —respondió, sonriendo—. Puedes pensar mucho por la noche cuando todo está en silencio.

—Sí, es cierto —concordó ella.

El sueño solo llegaba cuando estaba ebrio. Anoche no había bebido nada de alcohol, y como siempre sucedía, la inquietud lo había atormentado en el momento en que había dejado la cama de Lenore. Se había levantado de nuevo y había salido de la casa para ahuyentar a los demonios azules que acechaban sus horas nocturnas.

Era la primera vez en mucho tiempo que no había ido a lo de Madame Bradshaw para pasar la noche. Simplemente había hecho que sus hombres lo llevaran en coche, y cuando se quejaron de que la hora se hacía tarde, les ordenó que entraran en su carruaje y él mismo condujo el tiro mientras ellos dormían. Había encontrado reconfortante el sonido de los cascos de los caballos sobre los adoquines.

Price echó un vistazo al aparador y notó que todo lo que quería comer estaba en abundancia. Esta mañana, como no había bebido, se sentía decididamente malhumorado. Un desayuno abundante ciertamente ayudaría y unas copas más tarde lo arreglarían, pero aún no. No hasta después de que él y Lenore hubieran hablado hoy. Después de asegurarse de que ella estaba feliz con lo de anoche, se retiraría a su estudio y aplacaría sus inquietos impulsos con cualquier bebida que tuviera a mano.

Miró los servicios de la mesa y dudó. Los arreglos del desayuno ciertamente se habían vuelto más elaborados desde que se había casado. La vajilla de segunda categoría estaba en la mesa, junto con algunos alimentos que no había comido en el desayuno durante mucho tiempo. Probablemente eran elecciones de Lenore, y él estaba contento de que ella estuviera alterando sus arreglos anteriores para hacer de esto su hogar. Pero había cosas que no habían cambiado, desafortunadamente. Price siempre se había sentado a la cabecera de la mesa. Había funcionado bien para un soltero que siempre comía solo.

Pero ahora era un hombre casado y, en este matrimonio, descubrió que quería estar más cerca de su esposa para conversar. No quería alzar la voz para hacerle una pregunta. En ocasiones, incluso podría encontrar irresistible el impulso de tocarle la mano, o en otras partes. Si estuvieran más cerca, su matrimonio se parecería más a una buena amistad y sería un placer para ambos.

Decidió sentarse en un lugar justo al lado de Lenore, y trasladó todo lo que habían dispuesto para él a la nueva ubicación. Satisfecho con el cambio, se sirvió un plato y por fin se sentó a comer, sintiéndose famélico.

Después de un rato, se dio cuenta de que se podría haber oído caer un alfiler en la sala. Miró de reojo y no pudo evitar notar que Lenore no estaba comiendo. Parecía inquieta mientras lo observaba devorar su desayuno. Ella apartó la mirada rápidamente, y él dejó el cuchillo y el tenedor junto a su plato. —Te pido disculpas.

—¿Por qué?

—Por ignorarte.

Sus mejillas empezaron a enrojecer, y él se reclinó en su silla para mirarla. No era el único incómodo sentado a desayunar esta mañana, ¿verdad? ¿Estaba enfadada con él porque la había dejado insatisfecha? Price había pensado que Lenore no se había dado cuenta de su fracaso cuando la dejó anoche. ¿Se habría equivocado sobre sus expectativas?

—¿Le apetece un té, milord?

Notó que volvía a referirse a él como "milord" y había dejado de usar su nombre de pila.

Definitivamente estaba disgustada por lo de anoche, y él no sabía qué decir para arreglarlo. Cualquier curso de acción para satisfacer a su esposa tendría que esperar hasta esta noche y la privacidad de su dormitorio.

Ella lo miró, arqueando una ceja mientras esperaba su respuesta sobre el té. —No, gracias, Lenore —sonrió, estudiando el rostro sonrojado de su esposa, y volvió a recordar la noche anterior. Ahora podía sentir que su propio rostro se acaloraba—. Humphries traerá la cafetera directamente.

Volvió a concentrarse en su comida antes de que se enfriara, dejando a un lado sus preocupaciones sobre Lenore por el momento. Si la hubiera lastimado demasiado anoche, estaba seguro de que ella habría dicho algo o habría intentado apartarlo. Recordaba claramente sus brazos rodeándolo, atrayéndolo más cerca en lugar de alejarlo.

Se movió en su asiento y volvió a mirarla. Todavía tenía ese rubor en las mejillas, haciéndole saber que ella era tan consciente de él como él lo era de ella. Sacaría a colación el asunto de anoche cuando pudiera estar seguro de que ningún sirviente estaba a punto de entrar por la

puerta.

En efecto, un minuto después, llegó un lacayo con una bandeja. Colocó tanto la cafetera como la taza junto al codo de Price y se marchó.

Oyó un resoplido y miró a Lenore, medio temeroso de que su esposa estuviera llorando.

Sin embargo, Lenore se inclinaba un poco en su silla, con la nariz arrugada mientras miraba fijamente la cafetera que acababan de dejar junto a su plato.

Él se inclinó hacia ella. —¿Me imagino que te gustaría un poco?

—Nunca he probado el café. Las mujeres para las que trabajaba nunca lo permitirían en sus casas. Decían que me alisaría el pelo.

Sonrió. Lenore tenía un pelo precioso, largo y espeso, y con rizos que se habían extendido por la almohada en suaves ondas mientras le hacía el amor. No permitiría que su pelo cambiara, ni nada más en ella, en realidad. Ansiaba soltarle el pelo ahora mismo, pero eso significaría que también querría volver a hacerle el amor. No podía hacer eso, así que apartó la inclinación de su mente sin piedad. —Tonterías supersticiosas.

—Sí, hay mucho de eso en el mundo.

Price se rio suavemente. —Cuando veo a mis amigos arrojar sal por encima del hombro, suele hacerme gracia. Aunque no es buena idea cuando se trata del Príncipe Regente.

Lenore asintió distraídamente mientras seguía mirando fijamente su taza y olfateando el aire, realzado con el aroma de su café recién hecho.

—¿Te gustaría probar mi café, Lenore? ¿Un sorbo?

—Estaba pensando en pedir que un sirviente trajera otra taza. No debería imponerme a tu placer —una triste sonrisa curvó sus labios—. Pero supongo que si no te importa compartir lo que tienes solo por esta vez, podría dejarme persuadir para probar un sorbo.

Este matrimonio sería más fácil si se sintieran más cómodos el uno con el otro y compartieran muchas cosas. El desayuno, las diversiones y sus camas. —Adelante.

Llenó su taza, añadió azúcar y lo removió bien. Luego deslizó la taza por la mesa hacia Lenore. —Puede estar muy caliente. Sopla un poco antes de sorber, o podrías quemarte la lengua.

Ella hizo un puchero con sus labios rosados y sopló sobre la oscura superficie antes de dar un sorbo tentativo, y luego sacó la lengua para saborear sus propios labios.

Price volvió a moverse en su silla cuando su cuerpo respondió al gesto inocente como si ella hubiera soplado sobre su piel en su lugar. No podía apartar los ojos de su boca. La visión de su lengua rosada fue inmediatamente provocativa. La miró fijamente, deseando saborear sus labios también. No se habían besado anoche, y se arrepentía de haberse negado ese placer. Había evitado deliberadamente su boca porque le había parecido demasiado personal e íntimo. Aun así, el sabor de su piel, la suavidad de su cuerpo bajo el suyo, había sido casi demasiado de todos modos. Pero había considerado besarla cerca del final. Cuando se había levantado de su cama para marcharse, pero se había sentido demasiado incómodo para intentarlo al decir buenas noches.

Podría besarla ahora.

Se inclinó hacia ella justo cuando ella daba otro sorbo, y entonces ella hizo una mueca antes de volver a dejar la taza. —Al parecer, no me estaba perdiendo nada.

Lenore se llevó una servilleta a los labios.

Price se echó hacia atrás sin besarla. —Es un gusto adquirido —murmuró. Al menos nunca tendría que compartir su café matutino con Lenore. Algunos maridos lo hacían, había oído, aunque pronto compraban una cafetera más grande.

Cuando Lenore intentó devolverle la taza, Price se acercó para cogerla. Sus dedos se rozaron. Ese deseo preocupante volvió a surgir en él, haciéndole temblar. Una necesidad de tomarle la mano, acercarla y quizás hacerla delirantemente feliz esta mañana creció en su interior. ¿Sería Lenore lo bastante aventurera como para hacer el amor aquí? No estaba seguro de lo que Lenore necesitaba para ser feliz en su matrimonio, pero quería averiguarlo.

Tropezó con la taza, derramando el contenido sobre la mesa. El café caliente se extendió por todas partes, y ambos se echaron hacia atrás para evitar mancharse la ropa.

Price maldijo, irritado consigo mismo por su torpeza. —¿Qué demonios me pasa?

—Solo es café —murmuró con calma. Lenore se apartó, caminó alrededor de él hasta la repisa de la chimenea y tiró de la campanilla para que viniera un sirviente a limpiar su desastre.

Regresó y se detuvo a su lado. —No te preocupes por esto. Los sirvientes tendrán la mesa arreglada en un abrir y cerrar de ojos y la volverán a poner.

Price se sintió profundamente tonto por su torpeza y su arrebato, y entonces ella le tocó la mano, y todo empeoró. Sus mejillas se acaloraron y su miembro se hinchó, más allá de su capacidad para controlarse.

Deseaba a Lenore: abrazarla, besarla, hacerle el amor ahora mismo y no parar nunca.

Pero su esposa había sido inocente la noche anterior. Merecía algo mejor de él que ser arrebatada.

Sabiendo que ella podría ver su excitación, y esperando sentirse avergonzado, Price agarró el periódico y lo puso sobre su entrepierna. Se alejó de ella y caminó hacia la ventana, fingiendo que iba a leer los titulares del día mientras estaba de pie, mientras los sirvientes se ocupaban de limpiar después de él.

Sabía que estaba siendo grosero, pero no tenía palabras para explicar lo fuera de carácter que se sentía cerca de ella. Ella lo confundía. Nunca había esperado reaccionar así ante una mujer en su vida. Ni siquiera Angela había despertado en él un deseo tan incontrolado las pocas veces que habían logrado estar a solas.

Lenore habló con un sirviente, su voz confiada y calmada, mientras daba instrucciones para que limpiaran y volvieran a poner la mesa.

Deseaba sentirse igual, pero no podía fingir que su esposa no le afectaba. Este matrimonio que había arreglado se suponía que tenía un propósito simple: tener un heredero y luego una agradable y sencilla compañía para el resto de sus vidas. Ayudaba que la encontrara atractiva, pero ahí es donde había trazado la línea en su mente.

El intenso deseo que Lenore despertaba en él era completamente inesperado y confuso. No estaba enamorado de Lenore, pero parecía anhelarla ahora.

Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. Había prometido ser un buen esposo, no una bestia salvaje en el dormitorio con un solo pensamiento en la cabeza. Solo necesitaba unirse a ella en la cama para darle un hijo, como había prometido. Aparte de eso, se suponía que debía vivir su propia vida, y ella también.

¿Podría su matrimonio ser más de lo que había arreglado? ¿Querría ella siquiera que las cosas fueran diferentes entre ellos?

Lentamente se volvió para mirar a Lenore.

Ella estaba observando a los sirvientes trabajar, y no a él. Estaban apilando platos en una bandeja bajo su atenta mirada. Asentía mientras trabajaban, lanzando rápidas miradas en su dirección y sonriendo ante su aliento. Nunca los había visto tan felices limpiando sus desastres antes. Lenore ciertamente sabía una cosa o dos sobre cómo debían manejarse adecuadamente los hogares y cómo sacar lo mejor de los sirvientes a su cargo.

Tal vez por eso le había escrito en primer lugar. Ciertamente confiaba en que ella haría las cosas de la manera correcta y entendería la importancia del legado familiar.

De repente, no podía esperar para llevarla a casa, a Edenmere Park. Para verla pasear por esos pasillos como su nueva señora. Observarla con el ama de llaves y la cocinera mientras administraban la gran casa antigua. Cuando el día terminara, podrían pasear juntos por los jardines, rompiendo las reglas que su padre había establecido una vez para mantenerlos separados. Como los únicos dos niños que vivían en la casa, siempre se había sentido atraído a buscarla.

Price se había casado con alguien que no esperaba amar, pero que deseaba más allá de todo lo que había sentido antes. Se suponía que estaba de luto por Angela y las otras pobres mujeres que su madrina había asesinado. Había prometido amar a Angela para siempre la noche en que murió... pero mirar a Lenore, estar casado con ella, ponía esas intenciones en conflicto.

No había tenido la intención de darse permiso para ser verdaderamente feliz hasta que hubiera pasado un año completo, y sin embargo...

Quizás estaba inquieto porque había pasado mucho tiempo sin placer, primero esperando que Angela aceptara su proposición, y luego porque Lenore había pedido tiempo. De cualquier manera, su esposa estaba resultando ser toda una sorpresa para sus sentidos hambrientos.

Ella levantó la mirada de repente, y él se perdió en sus ojos por un momento. Lenore bajó la mirada primero. Sus labios se apretaron por un momento mientras miraba el suelo entre ellos donde yacía Hero.

Lenore no estaba contenta con él en este momento, y eso era enteramente culpa suya.

Tenía que controlarse antes de la próxima vez que estuvieran juntos. Tenía que encontrar una manera de explicarse y no avergonzarla demasiado. Si tan solo los malditos sirvientes se apresuraran y se fueran de nuevo, podría explicarse ahora durante el desayuno.

Si estuvieran solos, podría cruzar la habitación y tomarla en sus brazos y hacer que los errores que había cometido anoche fueran un recuerdo lejano para ambos.

Lenore de repente giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta abierta.

—Iré a ver qué está retrasando al sirviente que fue a buscar una taza de café fresco para ti —dijo por encima del hombro.

Y luego se fue sin mirar atrás a Price, y aunque él se quedó hasta después de que los sirvientes hubieran ido y venido, Lenore no regresó para terminar el desayuno con él.

CAPÍTULO 15



LENORE NO VIO a Carmichael durante días después de aquel primer desayuno incómodo tras haber hecho el amor. Él se mantuvo distante, y ella ni siquiera tuvo que intentar evitarlo. No tenía idea de qué hacía con sus días y noches, y no le importaba. Lenore ya no sentía curiosidad por él. Él había dejado claros sus sentimientos. No quería estar con ella más allá de intercambiar cortesías durante el desayuno.

Lenore a veces verificaba con el mayordomo que algún miembro del personal hubiera visto realmente a su esposo. La respuesta siempre era afirmativa, y ella se consideraba una esposa lo suficientemente buena y que había cumplido con su deber.

Carmichael nunca regresó a su alcoba por voluntad propia, aunque ella no había cerrado la puerta con llave. Lenore seguía preparándose cada noche, sabiendo que se necesitaría más de una noche para concebir un hijo, y ella lo deseaba, más de lo que había creído posible.

Incluso sin su esposo alrededor, sus días estaban ocupados. Había disfrutado el desafío de hacer suyo el hogar de Lord Carmichael, pero ahora se estaba quedando sin cosas que ordenar limpiar o reubicar. Con tiempo libre en sus manos, empezaba a reflexionar sobre lo que debería ser su vida ahora que siempre sería Lady Carmichael.

No había recibido la educación de una dama, pero el tiempo pasado en la Academia Hillcrest estaba llenando poco a poco los vacíos en su conocimiento, al igual que los numerosos libros que abarrotaban su mesita de noche. Devoraba cualquier cosa para asegurarse de no avergonzarse nunca cuando conociera a otra dama de la sociedad.

Sin la participación de su esposo en su vida, no se habían concretado invitaciones para conocer a mujeres de similar estatus. Nada había cambiado mucho en su vida excepto su dirección y la calidad de sus prendas.

Tener su propio carruaje era una verdadera ventaja, sin embargo. Podía ir a lugares de los que solo había leído en los periódicos. Visitaba Albemarle Street con frecuencia, se aventuraba en expediciones de compras con las primas Hillcrest, y con Hero también.

A medida que pasaban los días y compartía conversaciones con amigos, se enteró de algunas cosas sobre los asesinatos que no había sabido. Su esposo había estado involucrado en la captura del culpable: su madrina, Lady Scott. Había sido un asunto realmente desagradable, más de lo que había leído en los periódicos meses después. Se rumoreaba que Carmichael había matado a la mujer en defensa de un amigo. Él también había resultado herido, aunque nunca lo había mencionado.

Lenore recordaba no haber visto ninguna cicatriz en él la única noche que había venido a su cama. Sin embargo, en ese momento, tenía otras cosas en mente que buscar imperfecciones.

Todavía pensaba en su noche juntos cuando estaba sola, pero ahora era con un dejo de

arrepentimiento por lo que podría haber sido.

Aparte de la continua ausencia de su esposo, sus días eran sencillos. Asentada de una manera que nunca había esperado estar en su vida. Había hecho algunos nuevos conocidos a través de la Academia Hillcrest, pero no eran de la *alta sociedad*, no de los mismos círculos en los que se movía su esposo. Desafortunadamente, la mayoría eran clientes masculinos, pero algunos eran mujeres, recién casadas como ella y ansiosas por hacer conexiones valiosas.

Esperaba a su primera visita más tarde hoy para almorzar.

Hero había sido bañado de nuevo y Lenore se vistió con especial cuidado para su nueva posición en la vida, eligiendo usar una de las creaciones más modestas de Madame Du Clair. Cuando llegaron los hermosos vestidos nuevos que había encargado a Madame, Lenore había guardado la mayoría en espera de la próxima temporada. ¿Cuál era el punto de vestirse seductoramente si su esposo apenas podía soportar estar cerca de ella?

Hoy, llevaba un sencillo vestido de día de muselina crema bordado con pequeñas estrellas azules por todas partes. No se veía ni un lazo ni un volante horrible por ninguna parte.

Se arregló el cabello frente al espejo, se puso un par de pequeños aretes de perlas que había comprado para sí misma y sonrió. Estaba lista para enfrentar lo que viniera hoy.

A pesar de la soledad que a veces sentía, este matrimonio le convenía muy bien. No había nada mejor que elegir tu propio destino o tu guardarropa.

Despidió a su doncella y salió de sus aposentos, echando una breve mirada a la puerta cerrada de la habitación de su esposo al pasar. Nunca se había aventurado dentro de esa habitación. Ese era el dominio privado de su esposo. Eso y su estudio, sentía, estaban fuera de sus límites.

El resto de la casa era suya, y simplemente adoraba agregar toques personales a cada habitación. Pronto partiría hacia su finca de campo, Edenmere Park, con o sin su esposo. Iba a llevarse a casa y a poner flores en la tumba de su abuela.

Carmichael no había mencionado cuándo dejaría Londres, pero Lenore sentía que no debería tener que esperar a que él decidiera. Como muchas esposas de la *alta sociedad* debían hacer, consideraba sus propios sentimientos en el asunto de sus diversiones. Tal vez pasaría todo el invierno en el campo. Quizás incluso podría persuadir a las mujeres Hillcrest para que se unieran a ella durante un mes o dos. Sylvia mencionaba sus preocupaciones sobre sus finanzas para el próximo invierno de vez en cuando, aunque había rechazado la oferta de caridad de Lenore o de hacer una inversión en su empresa.

Dejó que sus dedos se deslizaran por la barandilla de roble recién pulida mientras descendía al piso inferior, disfrutando del persistente olor a cera de abejas. Las baldosas blancas y negras de la entrada brillaban intensamente esta mañana, y el mayordomo apareció tan pronto como sus primeros pasos sobre las baldosas resonaron por la casa, con su perro atado a su lado.

—Buenos días, mi lady.

—Buenos días, Humphries —dijo con una sonrisa serena. Lenore, Humphries y la señora Baker se llevaban muy bien. Sabían que sus orígenes eran humildes, también habían conocido a su abuela por reputación, aunque a veces la reprendían suavemente cuando olvidaba que se suponía que era la señora de la casa y no la criada.

Hero jadeaba con entusiasmo. Extendió su mano hacia el perro, y él se acercó para lamerle los dedos desnudos. —Buenos días, mi querido Hero —dijo con una suave risa mientras su cola comenzaba a moverse muy rápido—. ¿Has sido un buen chico? —Miró rápidamente al mayordomo—. ¿Confío en que no dio problemas?

—Ninguno en absoluto, mi lady. Lord Carmichael lo sacó él mismo a correr más temprano, y

ha estado en la cocina desde entonces.

—Bueno, eso explica por qué no regresó conmigo —dijo con ironía, poniendo las manos en sus caderas. No estaba comentando sobre su esposo sino sobre la ausencia de su perro. El perro se había dado cuenta rápidamente de dónde tenía la mejor oportunidad de llenar su estómago, y había repartido su atención entre todos los que estaban bajo este techo—. La perspectiva de comida siempre ha sido la debilidad de Hero.

El mayordomo asintió como si ya lo supiera. —Se le ha advertido a la cocinera que no lo mime y deje que engorde.

—Y lo haría si pudiera —le dio a su perro una vigorosa caricia, preguntándose si tendría tiempo de sacarlo otra vez. Sin embargo, quería asegurarse de que todo estuviera listo para su almuerzo y tomó la correa del hombre—. Le agradezco su ayuda con él. A la cocinera de mi último empleador había que recordarle constantemente que no lo sobrealimentara con las sobras de la mesa, y los lacayos no ayudaban en absoluto.

—Mantendré la situación bajo control —prometió Humphries con una sonrisa—. He dejado las cartas de hoy para usted sobre el escritorio del salón.

Lenore se iluminó de emoción. Siempre le había encantado recibir correo.

—Gracias —murmuró antes de apresurarse hacia esa habitación, llevando a Hero con ella. Una vez dentro, cerró la puerta para tener privacidad y soltó a Hero de la correa. Él inmediatamente saltó a una silla para observarla con su habitual devoción.

Había un par de cartas, una de ellas de la dama que se suponía que se uniría a ella para almorzar hoy. Lenore la abrió primero. La dama se disculpaba, pero tenía que cancelar. Su suegra había llegado inesperadamente y tenía la intención de quedarse unos días. No quería imponerse trayendo a la dama con ella también. Lenore estaba decepcionada pero lo entendía completamente. Escribió una rápida respuesta y la dejó a un lado.

La segunda carta era de Lady Kelly. Carmichael debía haber enviado a su propio hombre para entregar su mensaje para tener una respuesta tan rápida. Lenore no estaba completamente segura de querer leerla, pero despegó el sello y alisó las páginas sobre el escritorio.

Lady Kelly proponía una reunión más tarde ese día en Green Park, donde podrían hablar en privado lejos de su marido. Había subido a Londres inmediatamente al recibir su carta, decidida a entender las acciones de Lenore y el inesperado matrimonio.

A Lenore no le gustaba la idea de tener que explicarse ante la mujer, ni de reunirse con ella en privado.

Pero al leer la carta de Lady Kelly de nuevo, pensó que tal vez podría reunirse con ella aquí en su lugar. Aclarar las cosas y asegurarse de que la mujer no expresara ninguna queja en un parque público. Lenore había dejado su empleo sin previo aviso, y eso había sido grosero. Sin embargo, dada la alternativa de quedarse y que Lord Thorne le causara problemas, intentara seducirla, aún así habría huido a otro lugar.

Lady Kelly debería conocer la verdad de sus propios labios y decidir si actuar o no sobre su advertencia en el futuro.

Ante un golpe en la puerta, Lenore rápidamente guardó su correspondencia en un cajón.

—Adelante —llamó.

Humphries se apresuró a su lado.

—Perdone la intrusión, pero Lord Carmichael tiene visitas y no se le encuentra por ninguna parte. Han preguntado si podrían hablar con usted en su lugar.

—¿Quiénes son?

—Son Lord y Lady Wade.

Lenore frunció el ceño. La pareja había asistido a su boda, pero no sabía que hubieran visitado a su marido desde entonces. Él había hablado con Lady Wade en alguna cena recientemente, sin embargo.

—Ya veo —murmuró Lenore, pero no estaba segura de si debía hablar con ellos. Preferiría no escuchar de Lady Wade que había hablado con su marido de nuevo, pero parecía descortés evitarlos por esa razón—. Hágalos pasar.

Humphries se apresuró y trajo a la sonriente pareja al salón para que se reunieran con ella.

Lord Wade hizo una profunda reverencia.

—Espero que perdone nuestra impertinencia por venir sin esperar una invitación. He venido antes a visitar a su marido y he descubierto que nunca está en casa.

Ella se estremeció interiormente. Así que su marido no estaba pasando tiempo con los Wade cuando no estaba aquí.

—Sí, es un hombre muy ocupado.

El marido y la mujer intercambiaron una mirada.

—Supongo que debe serlo —murmuró Lady Wade con una sonrisa nerviosa.

—Por favor, no nos andemos con ceremonias —hizo un gesto hacia las sillas—. ¿Les apetece un té?

—Eso sería encantador, gracias —dijo Lady Wade rápidamente.

Lenore lo solicitó y luego observó a sus inesperados invitados. Eran personas de medios, obviamente. Lady Wade, una belleza, y Lord Wade, bueno... parecía inteligente e inquisitivo mientras miraba alrededor del salón. Aclaró su garganta.

—No he tenido la oportunidad de conocer a muchos de los amigos de mi marido todavía.

—Sí, eso hemos notado —murmuró Lord Wade—. De hecho, he estado tratando de encontrarlo durante algunas semanas para discutir precisamente eso.

—¿De verdad?

—Meramente la preocupación de un amigo que desea saber si está bien, lo juro —murmuró Lord Wade, sus ojos volviendo a recorrer la habitación y luego cambiando para estudiarla cuidadosamente.

Su inspección la hizo sentir incómoda.

—Le haré saber a mi marido que desea hablar con él tan pronto como lo vea.

Aunque no mencionó que podría no ser ese día.

Lord Wade suspiró.

—Va en contra de mi naturaleza disimular, así que no lo haré. Debo admitir que nuestra razón para venir aquí hoy era satisfacer nuestra curiosidad sobre su repentino matrimonio.

—No es que no pensemos que no sea la noticia más maravillosa que Lord Carmichael se haya casado con una encantadora dama —se apresuró a explicar Lady Wade—. Es un hombre tan querido, y nos hemos preocupado por su bienestar durante varios meses.

—No tienen razón para preocuparse por él. No soy ningún impedimento para su felicidad, se lo aseguro —sonrió a la pareja, preguntándose cuán buenos amigos eran realmente de su marido si él los estaba evitando. La palabra equivocada a los pretendientes podría causar el peor tipo de chismes. ¿Sospechaban que lo había atrapado? ¿Que se había aprovechado de alguna manera? No había forma de explicar cómo llegó a casarse con el conde sin romper su promesa. Cómo se produjo este matrimonio era algo privado. Cómo continuaba sin duda sería objeto de comentarios —. Si tienen preocupaciones sobre mi marido, les sugiero que discutan el asunto directamente con él.

—Lo haría si pudiera encontrarlo. Carmichael y yo somos ambos miembros del Club

White's, aunque no lo he visto allí desde hace algún tiempo —le dijo Lord Wade.

Eso la sorprendió. Su marido había salido todas las noches desde su llegada a Londres, regresando en algún momento de la madrugada. Ella había asumido que probablemente había ido al club y se había reunido con amigos. Si Carmichael había estado evitando su propio club, debía estar yendo a algún otro lugar por la noche. Y tampoco estaba llevando a este amigo en particular con él. Tal vez ahora pasaba más tiempo en compañía de Lord Wharton.

—No es propio de él ser tan esquivo —suspiró Lady Wade—. Conocí a Carmichael por primera vez cuando hice mi presentación en sociedad. Deslumbraba entonces. Estaba en la cima de la lista de todas las damas para bailar hasta que...

Lady Wade quedó en silencio, pareciendo sin palabras ahora. ¿Así que esta pareja sabía sobre los asesinatos, quizás también sobre las víctimas? ¿Culpaban a Carmichael del mismo modo que Lady Berry? —He oído, por supuesto, sobre la tragedia, y conozco la larga conexión de mi esposo con la asesina.

Lady Wade asintió. —Conocía a todas las víctimas de Lady Scott, por supuesto. Muchas debutaron el mismo año que yo.

—¿Perdiste amigas?

—Sí y no. Ya sabes cómo puede ser entre las damas solteras a veces. Todas competimos por la atención del mismo caballero la mitad del tiempo y conspiramos para hacer que las demás parezcan menos dignas. Esperando ser notadas, distinguidas y casadas rápidamente. —Lady Wade miró adorablemente a su esposo—. Todo eso cambia cuando aparece el hombre adecuado, por supuesto. Se convierten en todo lo que deseamos, y olvidamos todas esas pequeñas inseguridades que alguna vez significaron el éxito o el fracaso en la sociedad. Estoy segura de que has notado cómo cambiaron tus ambiciones al casarte.

—Por supuesto. —Lenore levantó la barbilla. Nunca había sido tan ambiciosa en cuanto a encontrar un marido. El empleo y un salario justo habían sido su objetivo toda la vida. Aunque odiaba fingir que había capturado el corazón de su esposo al casarse, a partir de ahora lo haría. Lenore tenía su apellido, su título, y protegería su reputación y evitaría que se propagaran los chismes sobre ellos.

Lenore no había estado preparada cuando se enfrentó a Lady Berry, pero había quedado claro que la mujer la consideraba indigna de casarse con Lord Carmichael. Lady Berry no había vuelto, pero Lenore no creía que fuera la última vez que la vería. Quizás esta pareja podría proporcionarle información para usar durante su próximo encuentro. —Me pregunto, ¿conocen por casualidad a Lady Berry?

—La conocemos —admitió Lord Wade—. ¿Por qué lo preguntas?

—Lady Berry vino aquí no hace mucho, muy enojada con mi esposo. No la he visto desde entonces, pero me preocupa su salud. Debe ser terrible perder a alguien que amas, especialmente a una hija ya adulta.

—Conocí a su hija —confirmó Lady Wade—. Aunque no tan bien como algunas personas que podría mencionar.

Lord Wade tomó la mano de su esposa. —Era muy querida por todos. Tenía una personalidad muy alegre y era muy solicitada como pareja de baile.

—Muy parecido a como debió haber sido mi esposo para usted, Lady Wade —señaló Lenore —. Nunca tuve el honor de conocerla.

Lady Wade miró a su esposo, quien negó con la cabeza. La dama sonrió rápidamente. —Lord Wade y yo nos hemos casado recientemente, al igual que tú y Carmichael.

Lenore sonrió. —Felicidades.

—Tres meses de casados.

Lord Wade sonrió cariñosamente a su esposa. —Me enfrenté a una dura competencia por su mano en matrimonio. Admito libremente que no fui su primera elección, pero espero que aún sea feliz cuando seamos viejos y canosos.

La sonrisa de Lenore se sintió congelada al darse cuenta de que estaba sentada frente a una pareja realmente enamorada. Dios mío. Deben pensar que Carmichael también podría amarla. Lenore realmente no tenía nada en común con esta pareja.

Sintió la aguda necesidad de despedirlos inmediatamente. Carmichael apenas podía pasar más de cinco minutos en su compañía, y cualquiera que los observara de cerca podría llegar a verlo, sospechaba. —Bueno, ha sido encantador conocer amigos de mi esposo de nuevo. Le transmitiré su esperanza de verlo pronto.

Esperaba no volver a verlos *a ellos* demasiado pronto.

Se puso de pie, y la pareja hizo lo mismo.

Lord Wade frunció el ceño. —Antes de irnos, me gustaría ser franco.

—Pensé que ya lo estaba siendo —soltó ella, y luego hizo una mueca.

Los labios de Lord Wade se curvaron. —Por favor, no malinterpretes nuestras razones para querer hablar contigo y tu esposo hoy. Realmente estamos encantados de que Carmichael se haya casado. Se tomó muy a pecho la traición de su madrina, y los asesinatos... bueno, sé que se sentía responsable de ellos mucho antes de que muchos se dieran cuenta. Durante muchos meses, Lord Carmichael ha sido un fantasma, apenas visto pero muy extrañado. Fue doloroso presenciar su dolor, pero su retirada de la sociedad educada solo empeora las cosas. La gente habla de él, y me temo que no favorablemente. Sin embargo, ahora que se ha casado contigo, ambos esperamos que los chismosos pasen a otros temas. Estamos seguros de que por fin ha dejado atrás el pasado y está empezando de nuevo.

—Estoy segura de que es así —murmuró Lenore, pero se preguntó si eso podría ser cierto alguna vez. Él también era un fantasma para ella. Al menos no era la única a quien ignoraba—. Gracias por su honestidad.

Sí, había una tristeza en él que ella había notado y aceptado. ¿Qué más podía hacer sino ignorar la mirada perdida en sus ojos? Él no confiaba en ella. Lenore no había alejado sus sentimientos de traición y dolor. Él había tomado la decisión de casarse cuando estaba ebrio, la había elegido a ella porque... bueno, ella todavía no sabía realmente por qué la había elegido cuando podría haberse casado con casi cualquiera. Podría haberse casado por amor. —Le diré a mi esposo que vinieron tan pronto como llegue a casa.

La pareja le agradeció y se dio la vuelta.

Mientras observaba a Lord y Lady Wade salir de la habitación del brazo y finalmente desaparecer de la vista, suspiró profundamente.

La continua distancia entre ella y Carmichael era una situación ridícula, ya que había sido idea suya casarse en primer lugar. Lenore podría haber renunciado a un empleo que se habría vuelto insostenible, pero ¿era esta situación, su infelicidad aquí, una mejor alternativa? No quería ser una esposa olvidada. Tampoco tenía intención de convertirse en una arpía con la que no pudiera hablar ni confiarle sus remordimientos privados.

Merecía ser su igual, y también quería ser su confidente.

Necesitaba que él fuera su guía en esta nueva vida que estaban construyendo juntos. Su compañero y amante también, si quería ver cumplido su deseo de tener hijos. Se sentía sola en esta gran casa por sí misma.

Con su almuerzo con una amiga ahora cancelado, había una cocina llena de comida que solo

se echaría a perder antes de mañana.

Lenore volvió a su escritorio y sacó una hoja de papel. Escribió una breve carta a su esposo, anunciando cortésmente que se requería su compañía en casa para cenar esa noche.

Que ignorara eso, y sabría en qué punto estaban.

Esta noche confrontaría a su esposo sobre su vida, sus amistades, sus idas y venidas. Averiguaría dónde podría realmente encajar en su vida, si es que había algún lugar, y si él quería ser parte de su vida también. Si no lo hacía, dejaría de esperar a que volviera a su cama por voluntad propia y haría un horario para esa faceta de su matrimonio.

Quería a su esposo de vuelta en su cama esta noche, y todas las noches, hasta que llevara al hijo que le había prometido.

CAPÍTULO 16



—¿Otra copa? —preguntó Lord Wharton al final de la tarde.

—No, gracias —murmuró Price, alejando un poco más su copa vacía. Estaban sentados en el estudio de Wharton, revisando una oportunidad de inversión que circulaba. Price ya había decidido no invertir, pero Wharton estaba indeciso.

—Como quieras —respondió su anfitrión encogiéndose de hombros antes de recoger el fajo de papeles que acababa de leer—. ¿Qué opinas?

Price miró su copia de los documentos.

—¿Tú qué opinas?

Wharton hizo una mueca.

—Hay algo en este trato que me parece un poco extraño.

—Entonces no inviertas. Yo no lo haré. No es como si necesitaras el ingreso extra.

—Cierto —coincidió Wharton y luego dejó los papeles a un lado—. Investigaré ese molino más cerca de casa.

—¿Te vas a casa?

Wharton asintió.

—Después de Navidad.

—¿Después de asistir a la pequeña reunión de Exeter?

Wharton asintió lentamente.

—¿Ya le has dicho que planeas ir?

Price negó con la cabeza.

—Aún no he decidido si iré o no.

—Tonterías. Cuando Exeter organiza algo, siempre asistes, al igual que yo.

Él lo sabía.

—Quiero hablar con mi esposa al respecto. Podría tener reservas.

—¿Temes que nuestros conocidos no la reciban bien?

No temía eso. Ella encontraría su lugar en la sociedad eventualmente, como todos los recién llegados.

—Aún no he hablado con ella sobre esto.

—Por Dios, hombre, ¿por qué no? Si lo dejas para muy tarde, podrías terminar durmiendo en los establos.

—Él tiene más habitaciones de las que sabe qué hacer.

—¿Qué mujer no querría pasar el invierno en la casa de un duque? Además, yo estaré allí.

Price puso los ojos en blanco.

—Mi esposa difícilmente se verá influenciada por tu presencia.

—No estés tan seguro. Después de semanas de estar casada contigo, podría anhelar un cambio de escenario en el dormitorio.

Price le lanzó una mirada fría a su amigo.

—No te atrevas.

Wharton se rio entre dientes.

—Mira, ahora estamos llegando al meollo del asunto.

—¿Qué meollo?

—La razón por la que no estás en casa esta noche. —Wharton apuntó con el dedo hacia Price —. Tú, mi amigo, tienes miedo de ir a casa por alguna razón.

—No es cierto.

—Creo que sí, y tiene algo que ver con tu esposa.

—Ridículo —dijo Price, alcanzando su vaso. Estaba vacío, así que no tuvo más remedio que dejarlo de nuevo.

—¿No pudiste rendir?

Tal vez podría coger el vaso y lanzarlo.

—Wharton, será mejor que cuides lo que vas a decir a continuación.

—Está bien, está bien. —Wharton sonrió con aire de suficiencia—. Pero por lo que he oído, la mayoría de los hombres recién casados suelen estar ansiosos por estar con sus esposas más a menudo de lo que tú pareces estarlo.

—Lo estoy.

Wharton volvió a sonreír.

—¿Es *ese* el problema?

Hubo un golpe en la puerta y un lacayo entró apresuradamente.

—Tengo un mensaje urgente para Lord Carmichael.

Price extendió la mano, agradecido de que el mensaje pudiera haberlo salvado de más impertinencias. Estaba haciendo todo lo posible por frenar sus fantasías sobre Lenore, sin éxito. Pero ahora estaba atormentado por el deseo en lugar de perseguido por sueños de asesinatos.

Leyó la carta rápidamente, era breve y concisa. Debía volver a casa para cenar. Una cena privada. Solo él y su esposa asistirían.

—Me temo que tendré que retirarme.

—Espero que no sea nada malo.

—Nada, pero debo irme. Envíame los papeles sobre el molino si quieres mi opinión sobre eso también —ofreció Price, ya dirigiéndose hacia la puerta. Su carruaje llegó poco después.

De camino a casa, se sentía impaciente. Encontraba enormemente inquietante que su esposa lo convocara a cenar. Supuso que debería haber esperado tener que sentarse con ella de nuevo en algún momento, pero su exigencia de que volviera a casa, hecha a través de una nota que había enviado con un lacayo, lo había tomado por sorpresa. Por un momento, pensó que algo terrible le había sucedido a Lenore, y le habría gustado tener más de una hora para prepararse.

Se lanzó del carruaje antes de que bajaran los escalones y corrió hasta la puerta principal. Usó su propia llave para entrar e inmediatamente buscó a Lenore. No la encontró en el comedor, así que se paseó por el salón, esperando que ella bajara y se uniera a él.

Sería una cena rápida, supuso. Solo cortesías y la comida, y luego probablemente saldría como lo hacía habitualmente.

No quería abandonar a su esposa, pero aún no había encontrado paz con su atracción hacia ella. También estaba el inquietante descubrimiento de que no confiaba completamente en sí mismo. El tiempo separados era por el bien de ella, así como el suyo. Quizás el próximo año las

cosas serían diferentes, sin duda. Después de que pasara el aniversario del asesinato de Angela, y los otros también, dejaría de lado su luto y haría un nuevo comienzo.

Price finalmente escuchó sus pasos en el pasillo cuando se había detenido justo al lado de la puerta por la que ella entraría. Giró rápidamente y se apresuró hacia la silla más cercana, lanzándose sobre ella. Su objetivo era parecer paciente y despreocupado por su llegada, la encarnación de la reserva y el decoro de un caballero. No quería asustarla con lo que realmente estaba pensando.

Lenore entró majestuosamente en la habitación, y sus ojos inmediatamente se posaron en él.

Su mirada era decididamente hostil. La observó de pies a cabeza y se estremeció. El vestido insulso de la mañana había desaparecido, reemplazado por una mujer de belleza sensual que lo atraía aunque él intentaba resistirse. Lenore tenía una figura encantadora y ahora la lucía con ventaja. ¿Qué había pasado con la sensata dama de compañía con la que se había casado? Se había esfumado para dar paso a una mujer elegante y con estilo. Una mujer segura de sí misma.

También se había peinado diferente. Suaves rizos sueltos enmarcaban su rostro, otorgándole una cualidad lustrosa que él deseaba retener y no dejar escapar jamás. Los pensamientos lujuriosos de Price volvieron a la vida al recordar la noche que había pasado en su cama.

Su atención se vio atraída por el exuberante subir y bajar de sus pechos sobre el elegante vestido de noche, e intentó en vano aflojar su corbatín.

Alzó la mirada hacia su rostro en un intento desesperado por controlarse.

Los ojos de Lenore seguían fijos en él, y una lenta sonrisa apareció en su rostro.

Price apretó el puño a su costado, pero deseaba cruzar la habitación de un salto, tomarla en sus brazos y besarla.

Llevarla a la cama.

Hacerle el amor toda la noche.

No era la solterona con la que se había casado, sino la sirena a la que había llevado a la cama a la luz de las velas.

Tragó con fuerza, luchando contra su deseo.

Su esposa se veía...

...muy bien, en efecto.

Ella se acercó.

—Carmichael, qué alegría que hayas podido acompañarme esta noche.

—Me encantó recibir tu nota —aseguró él, aunque aún no estaba seguro de que fuera una buena idea.

—Espero no haber alterado tus planes para la noche.

—En absoluto.

—Bien —se frotó las manos—. Había invitado a unos acompañantes para el almuerzo, pero no pudieron venir a último momento. El ama de llaves se había tomado muchas molestias por mí y no quería desperdiciar. Me pareció una lástima no compartir al menos una cena contigo.

Él percibió el reproche por su ausencia y se puso de pie de un salto.

—¿Vamos a cenar juntos?

Le ofreció su brazo para escoltarla. El roce de ella no era ligero sobre su brazo, y el aroma de su perfume envolvió sus sentidos, causándole un sinfín de problemas. Esperaba que ella no mirara hacia abajo antes de llegar a la mesa del comedor.

Pero Lenore negó con la cabeza y lo apartó de la puerta, de vuelta a la habitación, con una presión a la que le resultó imposible resistirse.

—Hablemos primero. ¿Serías tan amable de servirme un jerez, esposo?

Tareas. Price podía realizarlas sin necesidad de usar su cerebro, que estaba enfrascado en una batalla con su libido. Además, le daría la espalda durante unos minutos muy necesarios.

Logró servir la bebida y se giró. Lenore se había sentado en el diván. Había espacio junto a ella para sentarse, y cuando dio unas palmaditas en el asiento, quedó claro que esperaba que se uniera a ella. Se humedeció los labios.

—¿Dónde está Hero esta noche?

—Probablemente en la cocina, haciendo ojitos a la cocinera otra vez y a cualquier comida que tenga cerca.

Él asintió. Había oído que el perro tenía al personal de cocina comiendo de su pata.

Con piernas no muy firmes, logró cruzar la habitación para llevarle la bebida a su esposa.

Lenore volvió a dar palmaditas en el espacio a su lado.

—Por favor, siéntate aquí junto a mí.

—Yo... Sí —dijo, y luego tragó con fuerza—. Por supuesto.

Se sentó y cruzó una pierna sobre la otra, lo que ayudó a ocultar el abultamiento en sus pantalones que nunca se había ido del todo. Colocó sus brazos de manera que también cubrieran sus pantalones tensos.

Lenore suspiró.

Finalmente, la miró de nuevo. Había una expresión en su rostro que no reconocía.

—¿Cómo estás?

—Bastante bien —ladeó la cabeza y estudió su rostro—. Tú no pareces estar bien, esposo.

—Estoy bien —prometió.

Ella se humedeció los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste una noche entera?

—Hace meses —admitió. El sueño era el enemigo, proporcionando nuevas formas de torturar su conciencia. Había empezado a temerle.

Lenore posó su mano sobre la manga de él.

—¿Quieres una poción para ayudarte a dormir? Conozco una buena —prometió. Sus dedos se apretaron en su brazo—. Quizás si te quedaras en casa esta noche, podría ser una esposa para ti.

La vergüenza calentó sus mejillas, y supo que se verían rojas para Lenore. Se volvió un poco hacia ella, sin querer rechazar la amable sugerencia de plano. Las pociones eran menos efectivas que los licores.

—Lo pensaré.

—Bien —deslizó su mano hasta su hombro y a través de su espalda alta. Él se quedó quieto —. Avísame después de la cena, y la prepararé yo misma y la dejaré junto a tu cama.

—Gracias —logró decir, pero un escalofrío recorrió su columna cuando ella puso su otra mano sobre su muslo. Miró fijamente los pequeños dedos y el anillo dorado en uno de ellos. Ella podría estar usando las joyas de la familia esta noche, los diamantes talla rosa deberían haber sido suyos mucho antes. Pero se había olvidado de dárselos cuando se casaron. Había otras joyas también, pero los diamantes siempre los había usado la Condesa de Carmichael. No había sido un buen esposo de ninguna manera como para haber olvidado ese importante detalle—. ¿De qué querías hablar?

Ella sonrió.

—Quería contarte que me reuní hoy con Lord y Lady Wade.

—Ah —murmuró él—. La pareja más singular de la temporada pasada.

—Sí, mencionaron que se habían casado recientemente. ¿Pero por qué es singular?

—Corrían rumores de que Wade estaba en apuros desesperados, y Portia, su ahora esposa, era una heredera comprometida con otro hombre.

—Así que él...

—¿Arruinarla? No, no lo creo. En realidad, estaba a punto de casarse con un duque. Ella rompió el compromiso a una semana de la boda. Hubo un pequeño escándalo y muchas críticas hacia su familia. Y luego, una semana después, se anunció que había aceptado la propuesta de Lord Wade, y se casaron poco después. Circularon algunos comentarios desagradables sobre la situación, lo que ella había hecho, el momento. Ya sabes cómo las mujeres reciben la mayor censura cuando rompen un compromiso. Había rechazado la oportunidad de ser duquesa, y no muchos pensaron que debería haberlo hecho. Aunque el duque mismo no era muy querido en ciertos círculos, Lord Wade apenas se consideraba un buen partido. A mí me cae bien, sin embargo. Sabe cómo averiguar cosas y mantenerlas en secreto también. No puedo culpar a la mujer, realmente, por elegir a un hombre así si la hace feliz.

—Los desairaron —murmuró ella—. La gente puede ser cruel.

—Wade, sin embargo, proviene de un título familiar antiguo y tiene amigos ricos en altas posiciones de la sociedad, así que todo se ha olvidado ahora.

Ella asintió lentamente.

—Se tienen cariño el uno al otro.

—Sé que él siempre sintió afecto por ella, pero con solo un título de vizconde y falta de fondos, no podía esperar competir con el Duque de Montrose al principio.

—¿Así que sorprendieron a todos y se casaron porque se gustaban? Es innegable que así es.

Él se rio, sintiéndose más cómodo junto a su esposa.

—Portia tenía cierta reputación por apreciar la belleza en los caballeros y, bueno, has visto a su marido. Nadie se sorprendió más que yo de que hicieran pareja.

—¿Entonces son *buenos* amigos tuyos? Cuando estuvieron aquí, expresaron preocupación por tu ausencia de la sociedad. No estaba segura de qué decirles.

Price se rascó la cabeza.

—Supongo que son amigos, pero no cercanos, aunque los invité a nuestra boda. Wade ha metido las narices en mis asuntos antes. Portia es una buena amiga de Lady Sorenson, la hija de mi padrino. Creo que podrías conocer a Anna. Ella también vino a visitar Edenmere cuando era más joven.

—Nunca me presentaron a los visitantes a menos que necesitaran que les trajeran algo cuando todos los demás estaban ocupados —susurró ella, retirando sus manos de él repentinamente—. Para ser honesta, siempre me ha sorprendido que me escribieras después de que empecé a trabajar.

—Éramos amigos —sonrió él, pensando en lo agradable que era hablar con Lenore—. Eras completamente intrépida para intentar cualquier cosa que te desafiara a hacer.

—Menos ahora.

—No sé si eso es cierto. Después de todo, te casaste conmigo —se inclinó hacia ella—. El tiempo que pasé contigo, cuando mi padre y tu abuela no estaban mirando, son algunos de mis mejores recuerdos de casa —prometió mientras tomaba su mano—. Es por eso que te quedaste en mi memoria.

—Y yo que pensaba que me habías elegido por mi conversación chispeante —dijo ella con un toque de sarcasmo.

Price la miró sorprendido porque no le quedaba nada bien. No quería que ella cambiara.

—Te elegí porque siempre nos llevamos bien, a pesar de la diferencia en nuestras posiciones

en la vida. ¿Vamos a cenar ahora?

—Todavía no. Hay una pregunta que necesito hacerte —dijo Lenore suavemente—. Una que no puede esperar.

—De acuerdo. ¿Qué es?

Ella apretó su mano con fuerza.

—¿Fue tan horrible hacer el amor conmigo? ¿Te da asco estar cerca de mí? Puedo sentir cómo te alejas de mi toque cada vez que estamos cerca.

—¡No! —respondió él, horrorizado de que ella pensara eso.

—¡Pero me dejaste! Te fuiste de la casa esa noche aunque dijiste que volverías si te necesitaba. ¿Qué más se suponía que debía imaginar?

—Disfruté... tocarte.

Ella negó con la cabeza.

—No te creo. Sé que no soy realmente hermosa ni joven, pero seguramente, si cerraras los ojos, podrías...

—¿Podría qué?

—Fingir que era cualquier otra persona menos yo.

Price se frotó la boca con la mano, profundamente avergonzado de sí mismo. Al tratar de controlarse, había hecho que Lenore dudara de su atractivo.

—Nunca te haría eso. Te juro que no has hecho nada malo. Soy yo. Todo yo.

Sus labios se apretaron en una línea terca, como si no le creyera.

Él le apretó la mano con firmeza.

—No estaba preparado para cómo me hiciste sentir esa noche. Todavía no lo estoy.

—Entonces, ¿cómo arreglamos esto? —le suplicó ella—. Quiero un hijo, Price, y necesito que seas mi esposo para eso.

Él bajó los ojos, pero los dedos de ella se deslizaron bajo su barbilla y le volteó la cara hacia la suya.

—¿No soy tu esposa? ¿No es mi deber darte un heredero? Ese fue el trato que hicimos cuando me propusiste matrimonio. ¿O quieres que busque la atención de otros hombres, como han hecho otras mujeres, para evitar herir tus sensibilidades?

Él la agarró por los hombros.

—Invita a alguien más a tu cama y mis padrinos lo retarán a duelo.

Los ojos de ella se abrieron un poco por la sorpresa ante su amenaza. Pero luego se estrecharon con fastidio.

—No voy a ser ignorada más.

—No te estoy ignorando —se humedeció los labios—. Estoy tratando de *resistirme* a ti. Hay una diferencia.

—No desde mi perspectiva —argumentó ella, pero luego sus labios se curvaron—. Nunca me he sentido más invisible desde que me convertí en tu esposa.

—No eres invisible para mí —comenzó él, y su mano se elevó para acariciar su mejilla, pero rápidamente la retiró—. Te veo. Soy consciente de ti de una manera que es inquietante.

Una línea de preocupación apareció entre sus cejas.

—Espera. ¿Dijiste que era difícil resistirse a mí?

—Sí —dijo él. La frustración de su conflicto interno a veces era abrumadora. Solo sentarse aquí a su lado ponía a prueba su resolución de ir despacio.

Pero a medida que su sonrisa se ensanchaba, se dio cuenta de que estaba en problemas. A ella le gustaba que él estuviera librando una batalla, y que la estuviera perdiendo.

—Eres encantadora y dulce, pero inexperta. No quiero asustarte antes de que realmente nos conozcamos.

—Ya te conozco, Price. Eres mi esposo, y tus afectos me pertenecen solo a mí.

Él gimió al darse cuenta de que resistirse a su esposa estaba más allá de sus fuerzas después de escuchar su declaración. —Como desees, mi señora.

Lenore gritó cuando él la sentó en su regazo y finalmente la besó como debería haberlo hecho la noche en que hicieron el amor: sin ninguna intención de detenerse jamás.

CAPÍTULO 17



LENORE SE AFERRÓ a los anchos hombros de su marido, sorprendida y emocionada por su éxito. Estaba a salvo una vez más en sus fuertes brazos, sin intención de dejarlo ir esta noche. Aunque fuera un lugar poco convencional para que él la besara, y se arriesgaran a ser descubiertos por los sirvientes, no cambiaría nada. Sus huesos parecían derretirse al sentirlo tan cerca, y a la vez tan lejos. Las sensaciones que él había despertado en ella antes volvieron apresuradamente, haciéndola sentir tan cálida, deseada y muy deseable.

Respondió a sus besos con entusiasmo, decidida a ser audaz y no dejarle ninguna duda sobre su interés en ser su esposa. Cuando su lengua se deslizó en su boca, ella lo imitó, regocijándose cuando él gimió. Qué extraño que él hubiera pensado que resistirse a ella era algo que debía hacer. Esta noche, le dejaría claro que ese no era el caso.

Price de repente se apartó, con los ojos llenos de preguntas.

—¿La cena?

—No tengo hambre.

—Yo sí. De ti —sonrió, y luego sus dedos estaban en su cabello. Las horquillas cayeron y se dispersaron por todas partes, y ella estaba demasiado emocionada para preocuparse por el decoro, o la falta de él. Él mantenía sus labios contra los suyos en otro beso devastador, como si planeara no soltarla nunca. Como si no pudiera tener suficiente de ella, de la misma manera que ella se sentía por él.

Se apartó de nuevo, con la respiración áspera e irregular en la habitación silenciosa.

—Lo siento por hacerte pensar que no te deseaba. Sí te deseo. Apenas puedo pensar con claridad cuando estás cerca.

Le tocó el rostro suavemente, dejando que sus dedos acariciaran su mejilla. Lenore se estremeció, moviéndose hacia su toque. Él se rio suavemente, y sus manos se deslizaron por su espalda, bajando hasta acariciar sus nalgas. Price se puso de pie, llevándola sin esfuerzo consigo, y cruzó hacia la puerta. Con un pie, la cerró completamente, y Lenore, dándose cuenta de que pretendía asegurar su privacidad, se inclinó para girar la llave en la cerradura para que no fueran interrumpidos.

Caminó hacia una chaise longue y la depositó suavemente.

—Creo que estaremos más cómodos aquí.

Aunque apreciaba su consideración por su comodidad, Lenore estaba razonablemente segura de que estaría cómoda en cualquier lugar donde Price quisiera besarla. Se reclinó y le sonrió.

—Ven a mí —susurró.

Price se abalanzó para unirse a ella. Pero en lugar de besar su boca, presionó sus labios contra su garganta, y luego ella sintió el mordisco de sus dientes.

Lenore gimió y se estremeció de nuevo. Se sentía tan bien.

—Así que a eso te referías con lo de morderme en el desayuno después de nuestra primera noche juntos.

—No tienes idea de dónde más quiero hacer eso también.

—Muéstrame —susurró. Mucho de lo que él le hacía se sentía nuevo e inesperado, y no podía esperar para descubrir qué pasaría después. Sus manos atormentaban su cuerpo, agarrando y deslizándose por su costado mientras se besaban. Era encantador, pero su vestido nuevo pronto estaría tan arrugado como un trapo viejo.

Encontró los botones de su chaleco y los desabrochó lentamente. Cuando la prenda se abrió, deslizó su mano dentro, sobre su pecho. Price estaba deliciosamente cálido bajo su camisa de lino. Curvó su mano alrededor de sus costillas y lo atrajo hacia ella con un poco más de firmeza.

Price se movió hacia un lado y comenzó a levantar su vestido por encima de sus rodillas. Ella lo miró fijamente, ansiosa y emocionada de que volviera a tocar su sexo. Deslizó sus dedos bajo la cintura de sus pantalones, anticipando, anhelando lo que él le haría a continuación.

—Price —susurró.

—Estoy aquí —respondió, apartándose para mirarla a los ojos.

No tenía ninguna pregunta en mente. Simplemente había sentido la necesidad de decir el nombre de su marido en voz alta una vez más. Rodeó su cuello con los brazos y se retorció hasta que su cuerpo descansó entre sus muslos.

—Me alegro de que hayas venido a cenar.

—Este es todo el festín que un hombre casado podría anhelar —Sus labios se fundieron con los de ella en un beso que lo consumía todo, y estaban haciendo el amor. Sus cuerpos se retorcían uno contra el otro, incluso con la barrera de su ropa aún como impedimento entre ellos.

Ahora sabía lo que vendría, y cuando Price bajó una mano entre ellos y forcejeó con sus pantalones, ella dejó que sus rodillas se separaran aún más.

Cuando terminó, le agarró las piernas y las envolvió alrededor de su cintura. Se acomodó contra ella, apoyando su peso en sus brazos junto a sus hombros. Jugueteó con su cabello, sonriendo mientras lo retorcía de un lado a otro entre sus dedos.

Cuando lo soltó, envolvió sus dedos sobre sus caderas y la mantuvo quieta por un momento.

La velocidad de sus respiraciones se fusionó, se alineó, mientras se miraban a los ojos. Lenore sonrió cuando el peso de lo que estaban a punto de hacer de nuevo se asentó cómodamente entre ellos.

No había sombras en esta habitación. Tenía una clara visión del rostro de su marido mientras se inclinaba para besar sus labios suavemente. Lenore agarró la cintura de sus pantalones y tiró y empujó, deslizándolos por sus caderas hasta donde pudo alcanzar.

Él se rio suavemente y ayudó a quitarlos del camino. Lenore extendió sus dedos sobre el firme globo de su trasero y apretó. Su marido se movió más abajo, fuera de su alcance, y enterró su rostro entre sus pechos.

—Estos son mis favoritos.

Se movió, besando alrededor del borde del corpiño de su vestido.

—Todo lo que veo de ti me excita, Lenore.

Lenore era consciente de que sus pezones se habían endurecido, y levantó un poco el pecho, buscando alivio de la sensación. Un aliento caliente acarició repentinamente uno, y luego la boca de Price estaba en su pezón, besando y lamiendo el punto endurecido, haciéndola gemir.

Miró hacia abajo para ver que sus ojos estaban cerrados mientras succionaba su pecho. Se sentía bien, maravilloso en realidad, y él también parecía estar disfrutando allí.

Acunó su cráneo, manteniéndolo cerca, pero después de un rato sintió incomodidad. Cuando lo empujó, él soltó su pecho con una sonrisa pero pronto descubrió el otro. Le prodigó atención hasta que ella quedó casi sin huesos.

Pero entre sus piernas, su pulso comenzó a latir con fuerza.

Cuando empujó a Price lejos de sus pechos por segunda vez, él cedió voluntariamente y volvió a sus labios.

—Tus labios son tan besables —susurró, antes de besarla de nuevo.

Lenore no parecía poder quedarse quieta esta noche. Besar era encantador pero no suficiente. Su marido sostenía su cuerpo contra sus caderas y la forma en que se movían uno contra el otro la excitaba demasiado.

Cuando sus dedos encontraron piel desnuda y caliente, los deslizó suavemente sobre su cuerpo bajo su camisa y abrigo, y luego rodeó su cintura con los brazos para abrazarlo. Hacer el amor de esta manera era un placer que debería durar más que unos pocos minutos.

Mientras sus dedos se extendían sobre su espalda musculosa, lo sintió caliente y duro contra su muslo interno. Con un poco más de ajuste, la piel desnuda se encontró con piel desnuda en el ápice de sus muslos.

Price había apoyado su peso sobre los codos. Miró hacia abajo a Lenore, y ella agradeció la pequeña distancia entre ellos para recuperar el aliento. Podía moverse, lanzarse contra su calor o retroceder a voluntad en esta posición.

Deslizó su mano por la espalda de él hasta que sus dedos pudieron extenderse sobre su firme trasero una vez más. Lo apretó, y Price inclinó la cabeza y gimió contra su oído mientras sus caderas presionaban contra las de ella. Lenore separó un poco más las piernas, anticipando lo que sucedería a continuación.

Lo sintió allí, duro en su entrada. Con un movimiento alentador, él la llenó en una lenta embestida que los dejó a ambos sin aliento.

Ella se retorció sobre él, apretando su carne, clavando sus dedos en su trasero para mantenerlo profundamente dentro de ella.

Pero él se levantó sobre sus manos demasiado pronto mientras se retiraba. Price la miró fijamente, su expresión abierta y sin reservas. Una sonrisa jugaba en sus labios. Ella extendió una mano para acariciar su mejilla. Price cerró los ojos y se inclinó hacia su toque mientras comenzaba a embestir con cortos movimientos de cadera que la hacían sentir increíble y cálida.

Le encantaba cómo él encendía sus sentidos, la ayudaba a sentir que era parte de él. Si solo pudiera durar, pero no tenía ilusiones. Eran marido y mujer, sí, pero tal vez nunca estarían más cerca que esto.

Lenore lo atrajo de nuevo para que se recostara pesadamente sobre ella, envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo y apretó sus piernas alrededor de sus caderas. Esto y solo esto importaba entre ellos. ¿Qué importaba si él vivía su propia vida mientras pudiera ser atraído de vuelta para esto?

El cambio de posición llevó a Price más profundamente dentro de su cuerpo, y ella comenzó a hormiguear, a doler donde estaban unidos, como la primera vez.

Trató de no jadear mientras sus embestidas se volvían más salvajes, más duras, y ella arañó su espalda, sintiéndose desesperada por algo justo fuera de su alcance. Empujó sus caderas hacia arriba para encontrarse con él, ansiosa por explorar más de esa sensación.

—Sí —susurró Price contra su oído—. Estás excitada. No luches contra ello. Úsame.

Ella no sabía qué quería decir, pero mientras se movían juntos, comenzó a entender lo que le traía el mayor placer. Amaba sus embestidas más duras, odiaba su retirada. Lenore frotaba

ansiosamente su cuerpo contra el de él de cualquier manera que pudiera para sentir más de lo que quería. Disfrutaba hacer el amor.

Le encantaba la forma en que Price la hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo que importaba.

Price de repente agarró una de sus piernas, la mantuvo abierta y alta mientras se sacudía salvajemente contra ella. Colocó su pierna sobre su hombro, y luego subió la otra también. Se irguió sobre sus rodillas y sonrió.

Debería haberse sentido muy avergonzada de tener las piernas tan altas en el aire, pero solo la excitó más ver esa sonrisa en su rostro. Y entonces Price la tocó entre las piernas, y sus sentidos explotaron amplia y lejanamente.

Volvió a la tierra lentamente, jadeando, para encontrar que Price había puesto su mano sobre su boca. Él todavía estaba dentro de ella, su pecho agitándose mientras la observaba desde tan arriba. Lenore sonrió un poco tímidamente contra su palma, y luego flexionó sus caderas.

Price se estremeció, y luego estaba embistiéndola una y otra vez, solo para gemir y sacudirse cuando encontró su satisfacción dentro de ella.

Lenore sonrió suavemente mientras él se derrumbaba sobre ella, pesado y caliente. La abrazó fuertemente, como si ella fuera querida para él, y luego besó su mejilla suavemente. Había sido bueno para ambos esta vez, y eso era todo lo que ella había esperado cuando decidió casarse con él.

Un rato después, cuando su cuerpo se había enfriado, Price todavía estaba enredado con ella en el diván como si no planeara moverse pronto. Su brazo estaba pesado sobre su cintura, y ella era reacia a desalojarlo. Sin embargo, estaba el asunto de su cena enfriándose. Los sirvientes también estaban esperando para servirles.

—Deberíamos levantarnos —susurró ella.

—Tengo hambre —dijo él.

Lenore se sentó inmediatamente y balanceó sus pies hacia el suelo.

—¿Por qué no dijiste algo?

Sus dedos se cerraron alrededor de su brazo superior.

—Ya he tenido mi primer plato. Podríamos tener los segundos arriba en tu cama, si quieres —Una de sus cejas se levantó.

—¿Quieres comer la cena en mi cama?

Él se sentó lentamente y presionó sus labios contra la parte posterior de su cuello.

—Quiero que *tú* seas mi plato principal y mi postre.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Cómo explico eso a los sirvientes?

—No lo explicas. Les diré que tengo otros planes para nuestra cena esta noche. Tú corre arriba y métete en la cama. Estaré contigo lo más rápido posible.

Parecía algo muy escandaloso de hacer, pero estaban casados, y ella no había pasado suficiente tiempo con su marido todavía. Se puso de pie, tambaleándose un poco sobre piernas débiles, y se apresuró a arreglar su vestido en algún tipo de orden.

Price también se puso de pie y se abotonó los pantalones, pero dejó el resto de su ropa desabrochada y desordenada. Una sonrisa conocedora cruzó sus labios.

—No hay manera de que los sirvientes no nos hayan oído haciendo el amor.

Lenore se sonrojó.

Price la atrajo repentinamente a su lado.

—Así es como debería ser entre nosotros de ahora en adelante. No más noches separados.

Lenore casi se desmayó al oír a Price prometerle la luna. Un futuro juntos.

Él tomó su mano y la arrastró hacia la puerta cerrada. Salió y, después de un momento, tiró de ella para que lo siguiera. Ella se apresuró hacia la escalera y subió corriendo, escuchando solo los pasos de su marido alejándose mientras se dirigía a su dormitorio.

Dentro de su habitación, se desvistió rápidamente y se puso una bata. Se quitó los alfileres restantes del cabello y se lo cepilló frente al espejo. Para cuando terminó con sus preparativos, su marido estaba entrando en su habitación, completamente desnudo y sosteniendo una gran bandeja.

Ella suspiró y sintió que su cuerpo temblaba de nuevo cuando él colocó la bandeja sobre su escritorio.

—Refuerzos para consumir más tarde —prometió.

—Más tarde —susurró ella.

—Mucho más tarde —Se unió a ella rápidamente y la instó hacia la cama, quitándole la bata antes de retirar las sábanas. Mientras Lenore se deslizaba entre las sábanas limpias desnuda, se maravilló de lo fácil que le resultaba estar a solas con su marido. Envolvió sus brazos alrededor de sus hombros cuando se unieron de nuevo, y cuando él la besó, cerró los ojos y pensó solo en hacerlos a ambos tan felices como fuera posible de la única manera que conocía.

CAPÍTULO 18



EL CLUB WHITE'S había sido uno de los lugares favoritos de Price en los últimos años, aunque no había pasado mucho tiempo allí en los últimos seis meses. Era un lugar donde los caballeros podían reunirse y discutir de política. Argumentar, tramar y maquinar. Price se había sentido como en casa aquí desde que se hizo miembro. Siempre había algo interesante que escuchar.

Entró a zancadas al final de la tarde, con un resorte en su paso y una sonrisa en los labios. Era lo suficientemente consciente de sí mismo como para saber que no había querido estar cerca de otros lores durante mucho tiempo hasta hoy. Eso ya no era el caso. Descubrió que miraba hacia el futuro con esperanza en su corazón una vez más.

Un futuro con una esposa que le permitía hacerle el amor a cualquier hora del día o de la noche durante los últimos cinco días.

—Miren quién está aquí, es Carmichael, que por fin viene a White's. Pensábamos que te habías ido al campo —exclamó Lord Newbottom tan pronto como Price entró.

Newbottom y su grupo estaban a punto de salir del establecimiento.

Sonrió y les hizo un gesto para que pasaran, ansioso por encontrar a sus amigos más cercanos, que esperaban reunirse con él aquí. —No. No he dejado Londres. Obviamente.

—Pero ¿dónde has estado, mi buen amigo? —cantó Newbottom, tratando de detenerlo unos minutos más—. Te perdiste una gran fiesta en casa de Lady Henry la semana pasada.

—Estaba ocupado en otros asuntos —gritó, porque había visto a Wharton y Scarsdale justo adelante y apresuró sus pasos en la otra dirección. Les dio una palmada en el hombro a ambos—. Caballeros.

—Por Dios, está vivo —exclamó Scarsdale, deteniéndose en seco y mirándolo fijamente.

Price se rió mientras se dirigían al comedor y encontraban una mesa vacía. —¿Por qué no iba a estarlo?

—Han pasado cinco días desde que te vimos. Estábamos a punto de organizar una búsqueda y rescate —comentó Wharton.

—Difícilmente necesitaba ser rescatado —murmuró Price mientras le daba su pedido al lacayo que esperaba—. Estaba con mi esposa.

Scarsdale se atragantó. —¿Cada momento de cada día?

Casi. —Teníamos mucho que discutir.

No es que pudiera recordar ahora exactamente de qué habían hablado. Nada de ello había sido verdaderamente importante.

Llegó su bebida y tomó un pequeño sorbo, ocultando una sonrisa. Se sentía bien. Descansado. Había estado durmiendo mucho últimamente y bebiendo mucho menos cada día de lo que había hecho en el último medio año. Se frotó las manos. Ansioso por disfrutar la noche

con amigos. —Entonces, ¿qué me he perdido?

—Nada importante. La amante de Wharton lo dejó por fin —murmuró Scarsdale en voz baja.

—Fue una separación mutua, muchas gracias.

Price sonrió lentamente. —¿Te exigió que renunciaras a todas las demás mujeres o esperaba que te casaras con ella?

Scarsdale resopló. —Ambas cosas.

Price se llevó una mano al corazón, fingiendo sorpresa. —Esperaba que tú, de todas las personas, fueras monóga...

—Ni siquiera pienses en esa palabra —advirtió Wharton, levantando un dedo.

A pesar de la pérdida de su amante de largo plazo, Wharton parecía estar de buen humor.

Price conocía los beneficios de comprometerse con una sola mujer superaban cualquier sacrificio. Dudaba que tuviera la energía para dedicarse a dos mujeres, especialmente si eran algo parecidas a su esposa en la cama. Bebió un sorbo de su bebida, con la intención de que este vaso le durara más que cualquier otro recientemente. —No hay nada malo en tener un enfoque más estrecho.

—Supongo que no... para alguien como tú —murmuró Wharton, tomando un buen trago del suyo y pidiendo que se lo rellenaran inmediatamente.

—¿Como yo?

Wharton lo miró con amargura. —Casado y embelesado.

Price desvió la mirada. ¿Estaba embelesado? Satisfecho, ciertamente. Tenía que admitir que solo estaba aquí porque Lenore tenía un compromiso previo para reunirse con amigas y no lo había invitado a unirse. Si ella se hubiera quedado en casa, él nunca habría venido a su club. Era demasiado temprano para ir a Bradshaw's, y no tenía planes de volver allí nunca más.

No habían tenido sexo todas las noches y días, aunque habían tenido mucho. Afortunadamente, ya no se sentía incómodo alrededor de Lenore, y habiendo quedado tan satisfecho en su cama, descubrió que el control que pensaba que le faltaba ni siquiera era necesario ya. Mayormente se habían quedado en casa juntos en la misma habitación, hablando y leyendo. Jugando con su perro y decidiendo, juntos, que deberían obtener otro animal en la primavera.

Podría ser muy feliz estando casado con Lenore, siempre y cuando nada alterara el equilibrio.

Wharton le dio un golpecito con el pie a Price. —Les pasa a todos los hombres casados eventualmente.

—¿Qué cosa?

—Sonreír sin razón aparente. Introspección en lugar de conversación. —Wharton se inclinó hacia adelante, con una sonrisa malvada en su rostro—. Lo que sí te perdiste de notable esta semana fue que Scarsdale admitió que se ha convertido en cliente de esa Academia Hillcrest de la que me estabas hablando.

Price ni se molestó en ocultar su asombro mientras miraba fijamente a Scarsdale. —Dios mío, ¿por qué vas allí?

—Madre insistió —respondió Scarsdale, pero se hundió en su silla, luciendo muy incómodo.

Price se rió. —¿No puedo creer que todavía hagas lo que tu madre te dice?

—Probablemente tú estés haciendo lo que tu esposa dice estos días —replicó Scarsdale un poco a la defensiva.

Price negó con la cabeza. —Mi esposa no ha hecho ninguna exigencia en absoluto.

—No te hemos visto en días. —La mirada de Scarsdale se intensificó—. Te quedaste en casa con ella para mantenerte en su lado bueno, y ese es mi punto. Si me niego a madre, amenazó con

echarme de la casa de la ciudad.

Price se rió, junto con Wharton. —¿No es hora de que consigas tu propio lugar?

—Fuera de cuestión. Si confiara en los supuestos amigos de mi madre, tal vez podría dejarla sin supervisión. Pero no lo hago, y tampoco quiero hablar de ello de nuevo esta noche.

Price intercambió una mirada con Wharton y dejó el asunto. La familia traía dificultades. Price tenía suerte de que solo tuviera que preocuparse por Lenore.

Cenaron en agradable compañía, a la que se unieron otros más tarde. Hubo un animado y buen debate sobre los méritos del matrimonio y las amantes. Price admitió libremente que no tenía una opinión fuerte en contra de las amantes, pero tenía mucho que decir sobre el valor de una esposa.

Era bueno estar entre amigos de nuevo, pero se encontró consciente del tiempo y contando los minutos hasta que pudiera volver a casa con ella.

Cuando se levantaron para despedirse de White's, Wharton lo invitó a unirse a ellos en Madam Bradshaw's para tomar unas copas y divertirse, como de costumbre.

—Esta noche no —murmuró.

—Corriendo a casa con la mujercita —bromeó Scarsdale con una risa profunda.

—No corriendo, pero estoy cumpliendo una promesa.

—Atado de pies y manos —dijo Wharton a Scarsdale mientras los dos se dirigían a su carruaje—. Lo dejaremos sano y salvo en la puerta de su casa. Asegurémonos de que no salga corriendo todo el camino.

Cuando Scarsdale se rio, Price hizo una mueca, pero los siguió y aceptó el transporte de su amigo. Su casa estaba solo un poco fuera del camino.

—¿Qué mentira les contaste a las primas Hillcrest para que te dejaran entrar? —le preguntó a Scarsdale—. Debió ser buena, porque sé que no necesitas ayuda cuando se trata de encantar a las damas.

—Te sorprenderías —se burló Wharton.

—Mencioné mi tartamudeo —admitió Scarsdale.

Price frunció el ceño.

—Tú no tartamudeas.

—Sí lo hago —confesó—. O lo hacía cuando era más joven. De vez en cuando, en ciertas circunstancias, siento que vuelve.

—¿Qué tipo de circunstancias?

Scarsdale apretó los labios con fuerza.

Price miró a Wharton.

—No en White's.

—No en Bradshaw's —señaló Wharton.

—No en ningún lugar donde yo haya estado con él.

—Ni yo —dijo Wharton mientras se apoyaba en la ventana para mirar de frente a Scarsdale —. Sabes que solo hay un lugar en el que se me ocurre que nunca he estado con él.

Price frunció el ceño.

—¿Dónde?

La sonrisa de Wharton se ensanchó.

—En el dormitorio, por supuesto.

Price se atragantó, tratando de no reírse a carcajadas.

—Yo tampoco, y nunca planeo hacerlo.

Scarsdale hizo una mueca.

Wharton se dio una palmada en el muslo.

—Vaya, qué tipo tan extraño. Realmente habla con sus amantes.

Price negó con la cabeza.

—Muchos hombres lo hacen, estoy seguro.

—Hablar lleva a discutir sentimientos, o la falta de ellos —dijo Wharton, sonriendo, pero luego una mueca de desagrado cruzó su rostro cuando su carruaje se detuvo abruptamente—. ¡Maldita sea!

Price se enderezó y escuchó gritos afuera. Miró por la ventana más cercana mientras Wharton abría la trampilla del asiento del cochero sobre él.

—¿Qué sucede, Merrow?

—Otro carruaje bloqueando el camino, milord. No somos los únicos, además.

—Por el amor de Dios, apresúralos.

Scarsdale abrió la puerta y asomó la cabeza.

—No se puede ver nada desde aquí.

Justo cuando Scarsdale estaba a punto de cerrar la puerta, una mujer pidió ayuda y un perro comenzó a ladrar.

Price reconoció esas voces. Eran su familia.

Salió disparado del carruaje y tropezó unos pasos mientras buscaba frenéticamente a Lenore.

Adelante había caos. La gente salía de sus carruajes y de las casas cercanas para ver el espectáculo que se desarrollaba en la calle.

Wharton avanzó para tomar el control, abriéndose paso entre cualquiera que se interpusiera en su camino. Price lo siguió, buscando desesperadamente a Lenore entre la multitud que lo rodeaba.

La multitud se disipó y vio a una mujer tendida en el suelo, inmóvil y quieta. Estaba de espaldas a él, pero su cabello era oscuro como el de Lenore... y su cuerpo estaba retorcido en un ángulo antinatural.

Se quedó paralizado, y luego su corazón comenzó a latir tan rápido que le zumbaban los oídos. Un vacío lo invadió, muy parecido al que sintió la noche que encontró el cuerpo de Angela.

Puso un pie delante del otro hasta que estuvo a un metro de la figura inmóvil, pero su corazón estaba en su garganta.

En la luz menguante, podía ver que la ropa de la mujer era de buena calidad.

Los sonidos a su alrededor se apagaron mientras miraba fijamente.

No podía moverse.

No podía creer que la mujer que amaba se hubiera perdido de nuevo.

—¡Lord Carmichael! ¡Price! —La voz de Lenore se elevó por encima del alboroto, y él giró la cabeza bruscamente hacia el sonido. Le tomó un largo y frenético momento encontrar la fuente.

Lenore estaba de pie entre la multitud con Hero a su lado, saludándolo.

Estaba a salvo y bien.

Ilesa.

Respiró hondo, dándole vida, y luego miró hacia abajo al cuerpo tendido en la calle. No era su Lenore, sino otra mujer. Una completa desconocida.

Su corazón se reinició, casi dolorosamente. Corrió hacia su esposa y la atrajo a sus brazos para abrazarla con fuerza.

—Pensé que te había perdido a ti también —susurró.

Lenore lo miró y le acarició el rostro.

—Venía a casa cuando tuvimos que detenernos. Como tú debiste hacer.

Price besó sus labios y luego giró la cabeza para depositar un suave beso en su muñeca sobre su pulso. No podía perder a Lenore también. No ahora.

Se dio cuenta de que estaba reaccionando mal y aflojó su agarre para mirar la escena de nuevo. La mujer era mucho mayor que Lenore, delgada pero bien vestida. La calidad de su ropa era el único detalle que había observado correctamente.

Lenore se giró en sus brazos.

—¡Dicen que él tenía la *intención* de matarla!

—¿Quién?

—Ese hombre de allí.

Un joven estaba siendo retenido al otro lado de la calle. Se resistía, pero estaba rodeado por hombres y mujeres que le gritaban. Probablemente no escaparía de ellos, pero ciertamente lo estaba intentando.

La mandíbula del hombre estaba tensa y su rostro no mostraba ni un ápice de remordimiento por la víctima.

Price recordó de repente que Lady Scott había parecido muy similar cuando la confrontaron por sus crímenes. Era un recuerdo que a veces lo atormentaba, cómo ella había matado y de hecho había mostrado orgullo por lo que había hecho. No había visto nada malo en sus acciones, al igual que este tipo no parecía verlo aún.

—Otro asesino —dijo Price mientras la bilis subía por su garganta—. No hay nada que podamos hacer si tienen a su agresor.

Alrededor de Price, las conversaciones aumentaron de volumen. Alguien dijo que lo había visto todo. Alguien afirmó que la pareja había discutido. Otro aseguró haber presenciado el momento en que la anciana había sido empujada hacia el camino del carruaje que se aproximaba. Notó el tiro de caballos y el carruaje detenidos justo más allá de la víctima.

La verdad sería más difícil de discernir cuando amaneciera mañana. Había pasado algún tiempo trabajando con los buenos hombres de Bow Street. No se debería dar tiempo a la gente para que pensara en lo sucedido y cambiara sus historias. Desafortunadamente, cada repetición de esta tragedia la convertiría en un relato más interesante. Era importante recopilar tantas declaraciones como fuera posible para que se pudiera decidir alguna versión de la verdad esta noche.

Wharton y sus hombres se abrían paso entre la masa de espectadores, empujando a algunos hacia atrás, enviando a otros de vuelta a sus casas y moviendo a aquellos con declaraciones que dar a una fila.

Volvió a mirar a su alrededor y vio a un hombre mal vestido con la cabeza inclinada, gorra en mano, hablando con alguien a quien reconoció de hacía medio año. El hombre estaba siendo interrogado por un tipo sospechoso de un periódico sensacionalista. Negaba con la cabeza, pero el tipo seguía acosándolo. Creyendo que podría ser el cochero que tal vez conducía, y probablemente inocente, también era el mejor testigo de los últimos momentos de la víctima y debía ser entrevistado.

Price extendió la mano hacia Wharton y tiró de su manga.

—Deberías averiguar lo que el conductor tiene que decir antes de que lo persuadan de sensacionalizar su historia —susurró.

—¿Dónde está?

—Creo que será aquel de allí, con el tipo del periódico.

Wharton envió a sus hombres a traer al cochero inmediatamente.

Otra cara familiar apareció y Price volvió a tirar de la manga de Wharton para llamar su atención.

—Davis por fin está aquí. Lo encontrarás competente.

Una mujer empezó a gritar y a abrirse paso entre la multitud para llegar a la víctima.

Palideció, recordando demasiado bien la angustia de las familias de las víctimas de su madrina. La joven se desplomó sobre el cadáver, llorando por su madre y suplicándole que despertara.

¿Despertar? Nunca lo haría.

Tiró de Lenore para dar un paso atrás con él.

—Ven.

Wharton frunció el ceño.

—¿No te quedas?

—No. He visto suficiente muerte y pérdida como para vivir sin más —mantuvo un brazo alrededor de la cintura de Lenore—. Será mejor que la lleve a casa.

Wharton escrutó su expresión y luego asintió.

—De acuerdo entonces. Ve. Haré que uno de mis hombres informe a su cochero.

Price buscó el carruaje de Lenore y lo encontró bloqueado por la escena también. Podría llevar algún tiempo que su carruaje, o incluso el de Wharton, se liberara del tráfico. La noche no era particularmente fría y el cielo estaba despejado.

—Me temo que tendremos que caminar.

—De acuerdo —dijo Lenore, y se ajustó el chal alrededor de los hombros.

Se despidió de Wharton y luego guió a Lenore alrededor de los curiosos hasta la acera vacía más allá. Mantuvo un brazo alrededor de su esposa, sosteniéndola cerca de su costado mientras comenzaban el camino a casa.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó.

—Lo estoy. Desafortunadamente, no es el primer cuerpo que he visto.

—Ni yo. La muerte nunca es agradable.

—No, no lo es —Lenore se removió para liberarse, pero buscó su mano y la apretó con fuerza—. ¿Te recordó?

Entendió lo que quería decir sin pedirle que lo aclarara.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—Esta noche no —Nunca. El pánico que había sentido cuando creyó que Lenore había sido herida igualaba lo que había sentido por Angela Berry hacía seis meses. Nunca más quería preocuparse así por Lenore.

Puede que hubieran comenzado su matrimonio de la peor manera, pero ya no creía poder vivir sin Lenore en su vida.

Price se detuvo bruscamente al recordar un pensamiento anterior. No había creído que pudiera amar a alguien tanto como había amado a Angela, pero se preocupaba por Lenore mucho más de lo que había pensado.

El dolor por la pérdida de Angela nunca había estado demasiado lejos. Pero ahora... ya no dolía tanto cuando pensaba en haberla perdido.

Lenore tiró de su mano y su visión se nubló. Apartó la mirada por un momento, esforzándose por dominar sus emociones. Una vez pensó que enamorarse de otra persona significaría traicionar la memoria de Angela. ¿Había sido su amor demasiado breve, demasiado ligero, para

durar para siempre?

Lenore le apretó la mano de nuevo, y ante su sonrisa alentadora, su corazón se elevó y dio un paso adelante. Ella lo instó a seguir hacia casa y él la siguió en estado de shock.

Su hogar era *su* hogar ahora.

Hacían el amor allí.

Amaba a Lenore allí.

La amaba.

Price casi tropezó con sus propios pies allí mismo.

Había hecho lo impensable.

Se había enamorado de Lenore en algún momento del camino, cuando se había prometido a sí mismo que nunca lo haría.

CAPÍTULO 19



LENORE SE DESPIDIÓ de sus amigas de Albemarle Street la tarde siguiente y subió a su carruaje, rumbo a casa y a su esposo. Hero había estado demasiado enérgico hoy para hacer que las compras en Bond Street fueran una experiencia agradable para ella. De no ser por la insistencia de Aurora de que perseveraran en su búsqueda de las plumas perfectas para su sombrero, Lenore podría haberse rendido hace horas.

Los mozos parecían estar ansiosos por ponerse en marcha, haciendo restallar el látigo sobre el equipo y riendo juntos. Lenore se había propuesto aprender los nombres de todos los sirvientes desde el momento de su matrimonio, pero tenía pocas excusas para usar muchos de ellos.

Escuchó ahora y se enteró de que los sirvientes tenían planeado un pequeño entretenimiento para su velada en el piso de abajo. Rápidamente dedujo que había un cumpleaños que celebrar y baile que disfrutar. Por un momento, se sintió un poco envidiosa. En otro tiempo, Lenore habría sido parte de esa alegría, pero esos días habían quedado atrás. Ahora era una dama y se esperaba que no notara lo que los sirvientes hacían en su tiempo libre ni que sintiera nostalgia por la forma sencilla en que su vida había sido una vez.

No tenía motivos para quejarse de su situación. Era una mujer casada, una condesa, y aún tenía sus propias amigas. Viejas amigas que la trataban solo un poco diferente ahora que era condesa. Suponía que eventualmente haría amigas dentro de la alta sociedad, pero no tenía prisa por convertirse en parte del mundo enrarecido en el que se movía su marido. La diversión dentro de la alta sociedad era por invitación y raramente espontánea. Nada parecido a la diversión que tendrían los sirvientes esa noche.

Lenore cruzó las manos en su regazo y consideró de nuevo el bien que podría hacer ahora con su nueva situación. No había comprado nada para sí misma ese día, habiendo recibido ya un exceso de nuevas posesiones tras su matrimonio y después, cuando había tramado su plan para seducir a su marido, pero también disfrutaba comprando para otros. Consciente de que las finanzas de las primas Hillcrest se preveían que disminuyeran durante el invierno que se aproximaba, Lenore les había preguntado si les importaría que les comprara a cada una un regalo. Las primas Hillcrest eran mujeres orgullosas, y ella sabía que no debía ofrecer demasiado. Se había decidido por darles algo completamente práctico y totalmente útil como regalo anticipado de Navidad. Lenore había sugerido nuevas capas de invierno para cada una de ellas y no había sido rechazada.

Hero intentó meterse bajo sus manos, y ella volvió a reír. —Bueno, ya tengo resuelto lo de mis amigas para Navidad —le dijo a Hero, dándole un vigoroso frote—. Tendrán esas cálidas capas la semana que viene y no tendré que preocuparme tanto de que cojan un resfriado cuando salgan. ¿Soy muy mala por no haber mencionado los sombreros, manguitos y bufandas que

Madame añadirá en secreto a mi pedido y entregará también? ¿Qué quieres tú para las fiestas? ¿Un buen hueso jugoso?

Hero le lamió la cara.

Ella se rio y lo apartó, limpiándose la mejilla. —Oh, estás imparable hoy. ¿Qué te parece un paseo por el parque antes de ir a casa?

Tan pronto como dijo *paseo*, Hero comenzó a ladrar y a saltar por el carruaje como un cachorro. Ella golpeó el techo y le pidió al cochero que cambiara de dirección hacia Green Park. Solo mantendría a los mozos fuera un poco más de tiempo, y luego tendrían su fiesta a la que ir. Probablemente duraría toda la noche... o al menos esperaba por ellos que así fuera.

Green Park debería estar tranquilo hoy, y Hero no molestaría a nadie mientras corría y gastaba su abundante energía sin meterse en el camino de nadie ni volcar tinteros. Si se agotaba ahora, sería menos problemático para los sirvientes más tarde.

Salió con él cuando se detuvieron, pero uno de los lacayos, Peter, intentó acompañarla al césped. Ella lo despidió con un gesto. —Apenas necesito una escolta, señor.

—Lord Carmichael lo espera, mi señora. No sería apropiado dejarla ir a pasear sola.

Lenore suspiró. Desde su matrimonio, le había resultado difícil adaptarse a la presencia constante de los sirvientes. No la seguían por devoción sino por deber. Entendía por qué eran amables con ella. Ella había sido una de ellos una vez, y sabía que solo hacían lo que se les decía para no arriesgar su posición. Sin embargo, hoy, le gustaría disfrutar de un tiempo a solas con su perro al aire libre. —Solo estiraremos las piernas y volveremos antes de que te des cuenta. Espera aquí, por favor, Peter. No me sigas.

Aunque el tipo no parecía feliz, no tenía más remedio que seguir sus órdenes.

Lenore se alejó a grandes zancadas, con Hero correteando excitadamente a su alrededor y ladrando.

Lanzó un palo que encontró en el suelo y Hero salió corriendo tras él, trayéndolo de vuelta para un segundo lanzamiento y luego un tercero. Empezó a deambular por el parque, disfrutando del tiempo a solas y dejando que Hero la persiguiera a ella y a los pájaros.

Cuando volviera a casa esta noche, esperaba divertirse ella misma con su marido. Se habían vuelto muy cercanos en los últimos días, y eso solo podía mejorar. Sentía que no había nadie en el mundo que pudiera haberla entendido mejor en este momento que Price. A menudo se sentía abrumada por su nueva posición, pero él le prometía que pronto se acostumbraría a esta vida de comodidades. Nunca en sus sueños más locos había imaginado casarse con la nobleza. Pero era la esposa de un conde y contaba sus bendiciones diariamente.

Price era un buen hombre. Un amante maravilloso, y se estaba convirtiendo en un querido amigo. Sonreía cada vez que pensaba en él... y en quedarse dormida en sus brazos por la noche. Él todavía nunca estaba en su cama cuando ella se despertaba, sin embargo. No quería perturbar su descanso. A Lenore no le importaba, pero dormir hasta tarde nunca había sido su costumbre ni siquiera posible como dama de compañía. Además, todos necesitaban privacidad. Especialmente los maridos y las esposas.

No pasó mucho tiempo antes de que notara a un par de mujeres caminando hacia ella y Hero. El sol se estaba poniendo lentamente detrás de ellas, y Lenore casi estaba encima de ellas antes de reconocer a Lady Kelly caminando junto a Lady Berry. Lady Kelly no había llamado ni respondido a su carta. Lenore estaba bastante sorprendida de verla y con Lady Berry, nada menos.

Lenore se detuvo por completo.

Lady Kelly le sonrió. —Vaya, señorita Griffin, qué sorpresa tan notable.

Ella parpadeó ante el hecho de que Lady Kelly hubiera usado su antiguo nombre, cuando definitivamente le había escrito a Lenore, y usado su título también. Omitir deliberadamente su título frente a Lady Berry era un insulto y no podía permitirse. —Es Lady Carmichael ahora, mi señora.

—Oh, qué olvidadiza soy. —Lady Kelly soltó una risita, sin parecer en absoluto arrepentida. El vello de la nuca de Lenore comenzó a erizarse cuando hizo un gesto hacia la otra mujer—. Entiendo que ya conoce a mi vieja amiga, Lady Berry.

—No nos han presentado formalmente —dijo Lenore rápidamente. Su esposo no había considerado necesaria una presentación, y Lenore no estaba segura de querer ser amiga de esta dama. Lady Berry no era una persona feliz y ciertamente no era amiga de su marido. La última vez que se había encontrado con Lady Berry no había sido agradable.

Lenore acercó a Hero a su lado cuando este hizo un sonido y le enganchó la correa al collar. Si iba a haber una escena, quería asegurarse de que su perro se comportara bien.

Cuando se incorporó de nuevo, Lady Berry la miró de tal manera que Lenore empezó a desear no haber dejado atrás a sus sirvientes.

Aunque no se le pidió, Lady Kelly realizó las presentaciones de todos modos, e incluyó el hecho de que Lenore había trabajado como dama de compañía remunerada durante muchos años. Lenore estaba segura de que había formulado la presentación de esa manera para avergonzarla. ¿Estaba ofendida porque Lenore de repente tenía un rango superior al suyo?

—Así que eres la pobre chica que se emparejó con ese sinvergüenza insensible.

Lenore negó con la cabeza.

—Mi esposo no es nada de eso. Es un hombre maravilloso.

La mujer sonrió con suficiencia.

—Deberías hablar con las familias de las víctimas de su madrina antes de emitir una opinión sobre su carácter. Sus hijas fueron asesinadas, y todo porque él las persiguió.

Lenore parpadeó.

—Eso no es cierto.

—Oh, créeme, es cierto. Lord Carmichael podía y *tenía* a cualquier dama que quisiera. Esas pobres chicas nunca tuvieron oportunidad una vez que él desplegó su encanto. Incluso mi hija cayó víctima de sus escandalosas costumbres.

Lenore levantó la barbilla.

—Él nunca engañaría a una dama.

Lady Berry hizo una mueca.

—Esa afirmación solo demuestra lo poco que conoces a tu marido.

—Lo conozco toda mi vida.

Lady Kelly negó con la cabeza.

—Entonces te ha engañado incluso a ti.

—No lo ha hecho. Lord Carmichael es amable y considerado. Un verdadero caballero.

—¡Es un canalla!

Un canalla no esperaría a que su esposa estuviera lista para las relaciones maritales entre ellos. No la protegería de la sociedad hasta que se hubiera adaptado a su nuevo papel.

Lady Berry entrecerró los ojos mirándola.

—¿Crees que te ama?

Lenore dudó en responder. Él nunca se lo había dicho, pero últimamente había momentos cuando estaban juntos en los que la miraba y sonreía de una manera que la llevaba a esperar que sí se preocupara por ella. Anoche habían hecho el amor, y él la había mantenido apretada a su

lado, con los dedos entrelazados. Seguramente no haría eso si no sintiera nada por ella.

Lady Berry se acercó.

—Él no ama a nadie más que a sí mismo, y cuanto antes te des cuenta, mejor para ti. Es incapaz de ser completamente honesto. ¿Por qué crees que te eligió? Una dama de compañía pagada, una sirvienta de damas de mayor distinción que nunca lo cuestionaría. No tienes logros propios, ni conexiones que te recomienden, ni un pasado del que valga la pena hablar en círculos educados. Eres olvidable. Una *don nadie*. No tiene que impresionarte porque estoy segura de que estabas agradecida por su oferta. Una mujer de tu edad sin perspectivas es una presa fácil para una sonrisa encantadora y falsas promesas de amor y devoción.

—Piensa en lo fácilmente que te enamoraste de Lord Thorne —acusó Lady Kelly—. Escandaloso.

Lenore se quedó boquiabierta.

—¡Él no me sedujo! ¡Me repugna! ¡*Él* es el canalla!

Lady Kelly la miró con dureza.

—Thorne me contó todo sobre tu fallido intento de seducirlo el día que dejaste mi empleo. Huiste de ese fracaso y caíste directamente en los brazos de otro hombre.

—Eso *no* es cierto —insistió Lenore, ofendida—. Me fui para casarme con mi esposo.

—Qué tonta fuiste —la expresión de Lady Berry se endureció—. Podrías haber reclamado un título elevado para ti y ahora debes vivir con las consecuencias. No es de extrañar que tu nombre no se encuentre en las listas de invitados de las mejores anfitrionas.

—Elijo no asistir.

—¿Tú eliges? ¿O es que tu marido decidió por ti? Debe estar avergonzado ahora de estar casado con alguien de tan poca distinción.

Lenore miró a Lady Kelly y la vio asentir.

—Te fuiste precipitadamente antes de que pudiera despedirte, pero ciertamente estaba a punto de hacerlo por la forma escandalosa en que te comportaste con un invitado en mi casa. Y sin una referencia, además. Y no me sorprendería que te hubieras arruinado solo para atrapar a un conde —Lady Kelly se volvió hacia Lady Berry—. Se casó apenas unos días después de dejar mi empleo, ¿sabes? Te pregunto, ¿por qué tanta prisa?

—Nos casamos en dos semanas —corrigió—. Eso no es inusual cuando un marido es lo suficientemente rico como para permitirse una licencia especial y nos conocemos desde hace años. Y un marqués asistió a mi boda, así que no hay escándalo sobre el matrimonio.

—Dudo mucho que el caballero supiera tu nombre hasta que fue demasiado tarde para marcharse. Pobre hombre. Dudo que desee verte de nuevo —siseó Lady Berry.

Lenore apretó los dientes. Lady Berry la estaba atacando por la muerte de su hija.

—El Marqués de Wharton me ha visitado desde nuestra boda. Fue muy agradable y feliz de encontrarse conmigo de nuevo.

—¿Se sentó en tu mesa para cenar, te invitó a la suya?

Bueno.

—No. Pero asistimos a un picnic que él organizó. Una docena de sus amigos más cercanos me vieron allí.

—¿Solo una docena? —Lady Berry y Lady Kelly intercambiaron sonrisas maliciosas—. ¿Sabes que Carmichael frecuenta el establecimiento de Madame Bradshaw hasta el amanecer casi todas las noches? Wharton, Scarsdale y Carmichael son notoriamente aficionados al lugar. Se dice que tu marido es casi un elemento fijo y muy popular entre las cortesanas que se sientan en sus rodillas.

El aire escapó de sus pulmones.

—¡No!

Deseó no haber lanzado ese grito inmediatamente, ya que la pareja la miró con renovada lástima.

—Probablemente es donde fue anoche.

—Estaba conmigo —susurró.

Lady Berry negó con la cabeza.

—Va a lo de Bradshaw casi todas las noches con amigos y obviamente nunca te lo ha dicho. No es sorprendente por qué.

Lenore se quedó muy quieta. Price sí salía, a menudo con amigos, y nunca decía a dónde iba. Los caballeros del *ton* vivían según un código moral diferente al de las damas respetables, y frecuentemente visitaban lugares donde podían satisfacer sus vicios. Ella creía que Price era diferente, pero nada que pudiera decir a este par lo probaría.

Lenore contuvo su temperamento. Las mujeres la observaban, esperando que se derrumbara ante las noticias que le habían transmitido. No les daría la satisfacción de arruinar su relación con su marido con viles acusaciones. Estaban intentando socavar su matrimonio y su tranquilidad. Hablaría con su esposo sobre Lady Berry y le preguntaría si se podía hacer algo respecto a las mentiras que estaba difundiendo. —No puedo imaginar por qué buscan lastimarme. Eso dice más sobre *su* carácter, o la falta de este.

—¿Acaso él te dijo que profesó amor por mi hija?

Lenore se rio, decidida a recuperar el control. Este par estaba inventando mentiras en el momento solo para molestarla.

Lady Berry sonrió, sin embargo, y hurgó en su bolso. Agitó una carta. —Ella creyó cada palabra mentirosa que salió de su boca. Encontré esto después de su muerte, escondido bajo su cama. Él la corrompió, la arruinó. Fingió llorarla. Como si realmente le hubiera importado en primer lugar. ¡Ha estado fornicando con rameras en el burdel de Madame Bradshaw desde el día en que ella murió!

Lenore miró el papel pero negó con la cabeza. —Él nunca se comportaría así.

Lady Berry le empujó la carta. —Léela, y conoce al demonio con quien te casaste.

Lenore la rechazó.

—Pregúntale. Pregúntale sobre Angela y las demás y atrápalo en sus mentiras —exigió Lady Berry—. Pregúntale cuántas de las víctimas de su madrina murieron por su descuido y corrupción.

—Más mentiras. Usted necesita ayuda, señora —declaró Lenore antes de dar media vuelta y regresar a su carruaje, llevándose a Hero con ella.

Su paseo había sido arruinado, pero no podía quedarse en el parque con ese par alrededor. Los mozos de cuadra estaban de espaldas a ella, pero se giraron cuando se acercó. Pidió que le abrieran la puerta.

Peter se apresuró. —Mi lady, ¿está todo bien?

—Llévame a casa —dijo, y finalmente se abrió la puerta del carruaje, bajando el estribo para que pudiera entrar.

Lenore entró y cerró la puerta tras de sí.

Lady Berry estaba trastornada y Lady Kelly la estaba alentando. Algo debía hacerse con ese par antes de que dañaran su reputación.

Aunque preferiría no involucrar a su marido, no tenía otra opción. Él debía saber lo que estaban diciendo sobre él.

De repente, Lenore se encontró frente a su casa nuevamente, y se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Debía estar tranquila cuando se lo contara. Él recibiría mal la noticia.

Permitió que un sirviente se llevara a Hero y otro la ayudara a bajar. Lenore subió las escaleras y atravesó la puerta principal abierta. Le entregó su sombrero y guantes al mayordomo como si nada estuviera mal. —¿Está mi esposo en casa?

—Sí, mi lady, pero tiene una visita.

Eso la hizo dudar. —¿Quién?

—El Marqués de Wharton. Han estado encerrados en el estudio durante la última hora.

Qué inconveniente. Tendría que esperar. —Gracias. Humphries, ¿podrías llevar a Hero a la cocina por mí?

—Ciertamente, señora. ¿Cuándo debo traerlo de vuelta?

—No estoy segura. Pero tocaré la campana.

—Muy bien.

Humphries se llevó a Hero, y Lenore debatió la sabiduría de interrumpir su conversación. Quería ver a su esposo con urgencia, pero con Wharton allí no era el mejor momento.

Pero quizás ya casi habían terminado. Lenore caminó lentamente hacia la puerta del estudio. La alfombra bajo sus pies amortiguaba el sonido de sus pasos y pronto escuchó la voz de su esposo hablando. La puerta se había quedado entreabierta, y podía oír claramente a su esposo y a Lord Wharton conversando. Sabía que no debía escuchar a escondidas... pero entonces oyó mencionar el nombre de Lady Berry, y luego también el de Angela.

Lenore se arriesgó a echar un vistazo alrededor del marco de la puerta, preguntándose si él habría tenido su propio encuentro con la madre en duelo. Su esposo estaba de espaldas a ella, al igual que el Marqués de Wharton. Se habían quitado las chaquetas, como solían hacer los hombres en casa, pero era la primera vez que veía a su esposo vestido tan casualmente. Recorrió con la mirada sus anchos hombros, bajando hasta su cintura y caderas esbeltas. Su esposo era elegante. Atractivo y deseable. Popular entre las damas, se decía. También parecía muy cómodo con las mangas de la camisa arremangadas. Se quedó mirando sus brazos...

Una banda negra que rodeaba su brazo derecho.

—Te echamos de menos anoche en lo de Bradshaw —dijo Wharton—. ¿Te veremos por allí de nuevo pronto?

—No por el momento.

—Qué lástima. Las jóvenes te extrañan terriblemente.

Price se rio entre dientes. —Estoy seguro de que sí. Tendrás que mantenerlas entretenidas en mi ausencia.

Lenore se quedó boquiabierta. ¿Su esposo tenía amantes en el burdel de Madame Bradshaw que lo echaban de menos?

Él se movió, y Lenore se escondió antes de ser vista, pegándose a la pared del pasillo fuera del estudio mientras él volvía a hablar. —En cuanto a ese otro asunto, tendré que ir a verla de nuevo.

—¿Qué le dirás a Lady Berry esta vez? Ya juraste una y otra vez que estabas enamorado de su hija.

—Exactamente eso, como siempre he afirmado. Extraño a Angela y siempre lo haré. Pero debo hacer que detenga sus calumnias sin sentido antes de que mi esposa escuche lo que está diciendo sobre mí. Mi matrimonio no cambia nada sobre lo que siento por la pérdida de su hija. Amo a Angela aunque ya no esté.

Los ojos de Lenore se llenaron de lágrimas cuando asimiló sus palabras.

Él estaba enamorado de otra persona, lo admitía libremente a su amigo pero nunca a ella.

¿Era cierto todo lo que Lady Berry decía sobre él?

Volvió a mirar por la puerta. Price llevaba una banda de luto alrededor de su brazo derecho. ¿Era por Angela? Siempre se tocaba ese brazo. ¿Siempre la llevaba puesta?

¿La había llevado el día que se casaron?

Lenore se llevó la mano a la boca y se dio la vuelta.

—¿Quién está ahí?

Atrapada merodeando, escuchando a escondidas, Lenore levantó la barbilla y contuvo sus lágrimas. Caminó lentamente de vuelta a la puerta del estudio de su esposo, aunque su corazón se estaba rompiendo. —Solo yo.

Yo, la crédula e indigna de ser amada.

Levantó la mirada con renuencia. Price se había puesto la chaqueta y tenía el sombrero en la mano. —Pensé que podría haber sido Humphries. Tengo que salir.

Estudió su rostro, desesperada por que se quedara y hablara con ella, pero ¿cuál era el punto? Ahora conocía la verdad de por qué había sido tan distante al principio, de sus propios labios. A Wharton le había sido más sincero de lo que jamás había sido con ella. —¿A dónde vas?

—A visitar a un amigo.

Cuando no dijo nada más, ella solo pudo asentir y mantener bien oculta su miseria. Iba a ver a Lady Berry, entonces, y no le importaba que ella lo supiera. Qué tonta había sido al creer que su matrimonio estaba mejorando. Que se estaban acercando. Quizás enamorándose. Su matrimonio era el mismo que el día que había comenzado. Construido sobre mentiras, nunca prosperaría. —¿Cuándo volverás?

Wharton apareció, dándole una palmada en el hombro a Price. —No para la cena. Tu esposo y yo tenemos algunos asuntos que discutir y espero atraerlo al club para tomar unas copas más tarde.

Su esposo no asistía a su club. Iba a una casa de juego donde las cortesanas se le echaban encima todas las noches. Buscó la mentira en sus ojos ahora y solo vio su sonrisa. Qué hábil era para engañarla.

—Volveré tarde, supongo, así que te veré por la mañana para el desayuno —Price le besó suavemente la mejilla—. No me esperes despierta esta noche.

Lenore retrocedió contra la pared y dejó que Wharton pasara a grandes zancadas.

Price se quedó rezagado, sin embargo, formándose una línea de preocupación entre sus cejas. —Te ves un poco pálida. ¿Está todo bien?

—Sí. Por supuesto. Lo mismo de siempre —Excepto que su corazón se estaba rompiendo.

—Perdóname —dijo él, y luego se rio—. Tiendo a preocuparme por ti.

Lenore ya no creía que le importara en absoluto. Todo lo que quería de ella era que cumpliera con su deber: invitarlo a su cama hasta que quedara embarazada.

Permanecerían así para siempre. Él con su vida, la de ella siempre separada.

Lo vio irse con el corazón apesadumbrado, y tan pronto como la puerta se cerró tras él, Lenore se cubrió el rostro con las manos. Se había estado engañando al pensar que podrían haberse estado enamorando.

Solo *ella* había cometido el error de enamorarse de *él*.

Todo tenía sentido finalmente. La repentina propuesta, su apresurado matrimonio, él siempre estando en algún otro lugar. Su falta de interés en llevarla con él a ninguna parte. Presionó su mano contra su pecho, luchando por respirar. Se había humillado intentando tener una relación real con el conde cuando todo lo que él quería de ella era procrear, como el ganado en su finca de

campo.

El pánico creció dentro de ella hasta que no pudo soportar estar en la casa ni un momento más.

CAPÍTULO 20



PRICE SE METIÓ rápidamente en el carruaje de Wharton y tomó asiento. —Gracias —murmuró.

—¿Por el viaje en carruaje a casa de Lady Berry, o por seguir tu engaño mintiendo por ti?

—Por ambas cosas.

Wharton hizo una mueca. —Tienes que decírselo pronto y poner fin a esto.

—Lo haré.

—Debes hacerlo.

Price se pasó una mano por el pelo. —Es solo que por fin todo va tan bien entre nosotros últimamente. No quería estropear...

—La ilusión. Por el amor de Dios, hombre, no continúes con esta farsa. —Wharton se cruzó de brazos—. Las mujeres siempre lo descubren.

—¿Qué?

—Cuando no las amamos lo suficiente. —Negó con la cabeza—. Todos creemos que somos los mejores mentirosos hasta que un hombre responde una pregunta con falta de cuidado y, ¡bam!, hay lágrimas y porcelana volando hacia ti desde el otro lado de la habitación.

—Pero yo sí la amo —admitió.

Wharton se incorporó de su posición reclinada. —¿Qué has dicho?

—Creo que sí la amo, después de todo.

Wharton asintió. —Ya era hora de que dejaras ir a Angela.

—No es que la haya dejado ir. No deliberadamente, al menos. —Price miró por la ventana, esperando que llegara la culpa, pero nunca llegó—. Simplemente sucedió.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Wharton. —¿Te dije que creo que ella es buena para ti?

—No.

Negó con la cabeza. —No iba a mencionar esto, entiende. Sé que Angela era muy importante para ti... pero no era la adecuada para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Eran demasiado similares. El matrimonio de los favoritos de lengua de plata de la sociedad parecía demasiado bueno para ser verdad. Nunca discutían, nunca se peleaban ni una sola vez. Cedías cada vez que ella hacía pucheros. Era muy joven, carecía de la experiencia que necesitabas en una esposa para los años venideros. He visto matrimonios desiguales como ese salir muy mal muy rápidamente.

Price consideró el punto de vista de Wharton por un momento, pero no logró ver un problema. —Con el tiempo, ella habría madurado en el papel de condesa.

—¿Fue por eso que elegiste casarte con Lenore entonces? ¿Porque su edad era más cercana a

la tuya?

—No sé por qué me decidí por Lenore. —Hizo una mueca—. Estaba borracho cuando le propuse matrimonio, pero no se lo digas a nadie.

—Bueno, ya lo sospechaba de todos modos. Casi siempre estabas borracho durante un tiempo, especialmente en la época en que debiste haberle escrito a Lenore. Lo tomé como una buena señal que eligieras una esposa fuera de la *alta sociedad*, y alguien a quien obviamente admirabas desde hace mucho tiempo parecía una buena elección.

Price estudió a Wharton, aliviado de que no hubiera signos de desaprobación. —Éramos amigos cuando niños. Su abuela trabajaba en la finca. Yo solía intentar que jugara cuando debería haber estado trabajando.

—Sabes, ella no parece del tipo que juega muy a menudo.

—No, tuvo una vida difícil antes de que nos casáramos.

—Entonces te sugiero que hagas todo lo posible para que sea fácil para ambos en el futuro. Purga el pasado y cuéntale todo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Estoy seguro de que si siente algún afecto por ti, entenderá tu renuencia a remover el pasado. No digo que no se enoje contigo por mentirle. Lo más probable es que te arroje algo. Mantén los ojos abiertos y aprende a agacharte.

Price no podía imaginar a Lenore actuando de manera volátil por nada, pero mantendría la guardia alta cuando hiciera su confesión. Wharton tenía razón, tendría que decírselo, y esta noche también. No podía dejar que la verdad permaneciera sin decir entre ellos por más tiempo. El nuevo comienzo que había estado planeando empezaría esa misma noche.

Price salió del carruaje frente a la residencia actual de Lady Berry, le deseó una agradable velada a Wharton y subió apresuradamente las escaleras, resuelto a dejar el pasado atrás de una vez por todas y luego apresurarse a casa con su esposa para abrirle su corazón.

Aunque el mayordomo de Lady Berry reconoció a Price, parecía poco inclinado a dejarlo entrar, aunque cedió cuando Price le entregó una corona y prometió que solo sería un momento.

Eso no era exactamente cierto.

Price se quedaría hasta que el aire se aclarara.

Hoy le había llegado la noticia de que Lady Berry había alentado chismes dañinos sobre Lenore, diciendo que no era apta para estar en sociedad, y las anfitrionas que quedaban en Londres habían escuchado. Había notado una disminución en las invitaciones esta última semana, pero al principio no había pensado nada siniestro al respecto, ya que muchos estaban abandonando la capital.

Pero entonces Wharton había escuchado lo mismo de su última amante, y Price tenía que ponerle fin ahora antes de que se hiciera más daño.

Si su esposa lo había oído, seguramente estaría avergonzada y enojada.

Price entró en el salón, notando que la casa estaba completamente cubierta de colores de luto. A la tenue luz de las velas, pudo distinguir a Lady Berry sentada en un sofá, mirando sus manos.

Cruzó la habitación y se quedó de pie con las manos entrelazadas detrás de la espalda. —Lady Berry —dijo.

—Siempre te veías angelical en esa pose —murmuró Lady Berry—. Oculta bien la verdad de tu verdadera naturaleza.

Hoy no se dejaría provocar, y mantuvo la lengua quieta.

La mujer finalmente levantó la mirada, entrecerrando los ojos en la tenue luz. —¿Has venido a reprenderme?

—He venido a hacer las paces con usted.

—¿Paz? No hay paz para mí ni para mi hija —insistió—. Nunca volveré a ser feliz sin mi querida niña.

—La gente muere, Lady Berry. La gente muere todos los días, y los que quedamos debemos recoger los pedazos de nuestras vidas y seguir adelante.

—Bueno, ciertamente tú lo has hecho —espetó—. No han pasado ni seis meses desde que la enterramos y ya estás casado.

Él se movió para sentarse a su lado, pero ella se apartó, aferrando con fuerza una cadena de oro y un medallón en su mano, antes de que él pudiera hacerlo.

Price lo reconoció, pues una vez había pertenecido a Angela. Lo había llevado a todas partes. Había sido un regalo de su madre, por supuesto. Un preciado recuerdo que ella tontamente creía que le traía buena suerte y seguridad.

Ver ese collar de nuevo hizo sonreír a Price. Angela había amado ese medallón y nunca podía soportar dejárselo. —Imaginé que a Angela la habrían enterrado con eso. Amaba tanto el regalo que usted le dio.

Lady Berry lo apretó con más fuerza en su puño. —Es todo lo que me queda de ella.

Él finalmente se sentó y sonrió con tristeza. —Usted tuvo su amor, y eso es todo lo que podemos tener de alguien, cuando todo está dicho y hecho.

—¿Cree que tiene el amor de su esposa? ¿Le ayuda a olvidar la promesa que me hizo la noche que murió Angela?

—Sí —admitió—. Casarme con Lenore fue lo mejor que he hecho por mi paz mental. Ella me ha ayudado a poner el pasado donde pertenece. No importa cuánto desee que las cosas fueran diferentes, dudo que hubiera podido evitar que mi madrina la asesinara. Pero si no lo hubiera hecho, ¿dónde estaríamos Angela y yo de todos modos? Usted nunca me aprobó antes de que ella muriera. Dudo que algo hubiera podido cambiar eso, sin importar cuánto intentara ganarme su aprobación. Usted habría insistido en que se casara con cualquiera que tuviera un título mayor que el mío, y la habría hecho miserable.

Lady Berry se erizó. —Ella habría cumplido con su deber hacia la familia y nos habría enorgullecido.

Price arqueó una ceja. —Eso es exactamente lo que he hecho, y sin embargo usted me condena por ello. Me casé por el bien de mi familia. Por el bien de mi título, elegí a una mujer que nunca nos traería deshonra. Lenore Griffin no es una debutante risueña, sino una mujer de sustancia y buen gusto. Es cariñosa, es amable y tiene más paciencia de la que cualquier hombre podría esperar.

—Ahórreme sus empalagosas adulaciones —siseó Lady Berry.

—Ella se casó conmigo sabiendo que no estábamos enamorados, y confió en que yo la cuidaría y protegería. Habría hecho lo mismo por Angela. Pero Angela ha muerto, y no puedo hacer nada para cambiar eso. Tengo derecho a ser feliz de nuevo y enamorarme también.

—Basta.

—No. Empecemos de nuevo y declaremos una tregua en esta guerra que está librando contra mi reputación y la de mi esposa. Ella no merece ser excluida porque no nos caigamos bien.

Lady Berry tomó aire, su expresión volviéndose asesina. —*Detesto* a los hombres como usted. Consiguen todo lo que quieren.

—Si eso fuera cierto, Angela seguiría viva, señora.

—¡Usted aún no entiende lo que es una verdadera pérdida!

—¿Solo ve su propio sufrimiento, verdad? Angela nunca quiso que usted fuera infeliz con su elección, y yo *fui* su elección, se lo aseguro. —Suspiró—. Sabía que usted nunca llegaría a

apreciarme realmente, pero lo intenté por Angela. Me ofrecí a esperar, pero Angela era una chica impaciente e impulsiva. Vivió una vida tan plena en tan pocos años. Estoy agradecido de haberla conocido.

Lady Berry se alejó de él para mirar por la ventana. —Usted no la llora.

Price se levantó, se quitó el abrigo y le mostró el brazalete que llevaba debajo. —Llevo esto por todos ellos. Por Angela y por todos los demás que mi madrina masacró.

Sus ojos se agudizaron. —¿Sabe su esposa sobre el gran amor que decía sentir por mi hija?

—Por supuesto que no. No soy tan cruel como usted quisiera que fuera.

Sus ojos se entornaron. —Qué típico de un hombre llamar bondad a las mentiras. Bueno, ahora lo sabe.

—¿Qué hizo? —Avanzó hacia Lady Berry—. ¿Qué le dijo, y cuándo?

—¡Le dije nada menos que la verdad! Imagino que tendrá una fría recepción cuando regrese a casa hoy y espere meterse en su cama. —Sus ojos brillaron con triunfo—. ¿Sabía también que mi buena amiga Lady Kelly jura que su esposa intentó seducir a un conocido suyo antes de que se casaran? Estoy segura de que no fue la primera vez. Las mujeres como ella...

Price la agarró del brazo, con la intención de sorprenderla un poco. —El canalla intentó seducirla a *ella*. Mi esposa me lo contó todo. Era inocente cuando me invitó a su cama. Créame, sé la verdad de eso.

El rostro de Lady Berry se coloreó un poco. —¿Cómo se atreve a hablarme de su noche de bodas?

—¿Cómo se atreve a cuestionar la integridad de mi esposa? —Price miró alrededor, intentando calmar su temperamento. Estaban en un punto muerto. Nada bueno podría salir de seguir discutiendo con ella. Lo había intentado una última vez, pero tenía cosas más importantes que hacer—. Veo que he venido en una misión de tontos. Me despediré de usted para siempre entonces, Lady Berry. Espero no volver a verla ni hablar con usted nunca más.

—Ojalá tuviera tanta suerte —añadió Lady Berry.

—Buen día, señora. Espero que algún día pueda encontrar la paz que tan obviamente necesita.

Agarró su abrigo y se lo puso mientras se dirigía directamente a la puerta, donde encontró al mayordomo esperando con su sombrero en la mano y una expresión agria. —Cuídela, ¿quiere? —murmuró al hombre, mirando hacia atrás a la mujer que lloraba de nuevo detrás de él. Venir aquí no había servido de nada—. Su hija habría querido eso por encima de todo.

Llamó a un coche de alquiler y les pagó el doble para que pusieran un resorte en los pasos del caballo. Se maldijo por contenerse cuando debería haber sido honesto desde el principio. Lenore había estado un poco callada antes de que él la dejara para visitar a Lady Berry. Y ahora podría estar en casa, pensando lo peor de él.

Puede que no hubiera amado a Lenore en absoluto al principio, pero ahora sí. Quería contarle todo lo que había guardado.

Subió volando las escaleras y entró con su propia llave. Hero corrió a recibirlo... pero no había señal de Lenore en la casa, sin importar cuánto la buscara.

CAPÍTULO 21



LENORE MOVIÓ EL huevo y el jamón alrededor de su plato y luego lo apartó, prácticamente sin comer. No tenía hambre. Estaba desconsolada. El dolor en su corazón era insoportable.

Miraba por la ventana de su alcoba en Albemarle Street sin realmente notar que la vista no era la habitual que tenía en casa. Había dejado a su marido ayer, llevando solo la ropa que tenía puesta. Ni siquiera tenía fondos para el carruaje, así que había caminado todo el trayecto.

Lenore había dado la espalda a su matrimonio, creyendo que no tenía razón para quedarse con Price. No había dejado dicho adónde iba ni cuándo regresaría. Nunca podría volver a vivir una mentira con un hombre incapaz de preocuparse verdaderamente por ella, hasta que ella hubiera aprendido a no preocuparse tanto por *él*. Price debería haberle dicho cómo estaban las cosas desde el principio de su matrimonio, y no dejarla descubrir la dura verdad por sí misma.

Él nunca podría corresponder su amor como ella había esperado.

Ayer, había pensado que tomar el control de su vida la haría sentir mejor. En cambio, la decisión solo la había hecho sentir aún más miserable. Había venido aquí, a la academia de las primas Hillcrest, creyendo que sería el lugar más seguro para ella mientras evaluaba su situación y decidía qué hacer. Era una esposa, sí, pero también una condesa, con más dinero en su bolso en casa del que jamás había tenido en toda su vida.

Sabía cómo vivir con sencillez si era necesario, o podría ser como cualquier otro miembro de la *alta sociedad* y vivir del crédito.

Todo lo que había decidido hasta ahora era que no podía volver a casa, ni quedarse en Londres. Necesitaba consejo, un plan, antes de hablar con él de nuevo. Sylvia había sido útil en el pasado, Lenore esperaba que lo fuera de nuevo. Así que había preguntado a sus amigas si podía quedarse la noche en su casa sin revelar sus razones. Pero tendría que explicarse hoy.

—¿Puedo llevarme su plato si ha terminado, mi señora?

Lenore se sobresaltó, y luego sonrió rápidamente al recordar que no estaba sola. Una sirvienta se había quedado para arreglar la cama en la que se había revolcado toda la noche anterior. —Sí, por favor. No tengo hambre después de todo, aunque parecía delicioso.

—Le diré a la cocinera que usted lo ha dicho —prometió la criada de la Academia Hillcrest mientras volvía a empacar la bandeja y la llevaba a la puerta. Se la entregó a un lacayo que esperaba fuera y luego regresó—. ¿Desea vestirse ahora, mi señora?

Lenore miró su camisón y asintió. —Sí, supongo que debería prepararme.

La criada corrió a la cama, donde su ropa de ayer había sido dispuesta lista para usarse de nuevo. Cada una de las mujeres Hillcrest había asomado la cabeza por la puerta para desearle buenos días, pero la habían dejado cuando se hizo evidente que su estado de ánimo no había mejorado durante la noche.

Era simplemente devastador darse cuenta de lo lejos que siempre había estado de tener un matrimonio feliz.

Se vistió con la ayuda de la criada, notando cien cosas sobre sí misma que consideraba poco favorecedoras. La longitud de sus orejas cuando su cabello estaba recogido. El extraño mechón gris en su cabello, especialmente. ¿Por qué a Carmichael le importaría un saco de huesos viejos y poco atractivos? Como Lady Kelly y Lady Berry habían insistido, había poco que la recomendara en cuanto a su apariencia.

Todo lo que tenía era su dignidad y su orgullo, aunque ambos estaban seriamente maltratados.

—Ahí tiene, mi señora —murmuró la criada—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No, gracias.

La criada se dio la vuelta y luego recogió algo del tocador. —Su anillo, mi señora.

Lenore le dio una mirada superficial y alcanzó la banda de oro. Se lo puso con reluctancia, y solo porque era la única joya que su marido le había dado jamás. Se sentía obligada a ser cuidadosa con él hasta que fuera lo suficientemente valiente para devolverlo.

Armada con una resolución vacilante, salió de la habitación para buscar a las primas Hillcrest. El suelo del pasillo no tenía alfombras y sus pasos resonaban muy fuertes en la casa silenciosa. A esta hora del día, las primas probablemente estarían juntas en el salón. Bajó las escaleras y llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —llamaron.

Lenore entró, y en el momento en que vio sus expresiones, instantáneamente deseó llorar. No podía hacer eso todavía. Quería explicarse primero y pedir su consejo antes de derrumbarse.

Sylvia dio una palmadita en la silla vacía a su lado. —Llegas justo a tiempo.

—¿Para qué?

—Estamos decidiendo qué hacer durante el invierno —dijo Eugenia tristemente.

Lenore las miró a todas, olvidando sus preocupaciones. —¿Qué quieres decir?

—Hemos vaciado todos los bolsillos que poseemos, buscado debajo de cada almohada, pero nuestros fondos combinados no serán suficientes para cubrir el alquiler durante el invierno, y no tenemos otros clientes —advirtió Sylvia.

—La Academia Hillcrest necesita urgentemente nuevos fondos —anunció Eugenia.

—¡No! —exclamó Lenore, afligida por ellas.

Eugenia empujó un penique por la mesa. —Fuimos tontas al creer que atraeríamos suficientes clientes en nuestro primer año para financiar la empresa durante los meses difíciles que se avecinan.

—Pero seguramente tienen algo guardado —Lenore miró a cada dama, horrorizada.

—No nos atrevemos a tocar demasiado nuestras herencias. Prometimos cuando comenzamos esta empresa que la mayor parte de esos fondos debían permanecer intactos. Tienen que mantenernos en nuestra vejez cuando no podamos trabajar para mantenernos, también, sabes.

El corazón de Lenore se rompió por ellas. —¿No puedo ayudarlas de alguna manera?

Eugenia cubrió su mano y sonrió. —Sabíamos que querrías ayudarnos, pero no podemos pedir dinero a una querida amiga.

Sylvia sonrió. —Hemos decidido separarnos este invierno y volver a reunirnos en primavera. Eugenia ha sido invitada al norte para quedarse con la hermana de una de nuestras clientas durante el invierno.

Miró al otro par. —¿Qué hay de ustedes dos?

—Aurora se quedará en Londres como dama de compañía de la madre anciana de otra clienta

—le dijo Eugenia—. Estoy segura de que estará bastante cómoda allí, y también será necesaria.

—¿Y Sylvia?

—Eso todavía está en el aire —respondió Sylvia con un encogimiento de hombros—. Estoy segura de que encontraré algo adecuado pronto.

—Quédate *conmigo* —sugirió Lenore inmediatamente.

—¿No deberías discutir el asunto con tu marido?

—Dudo que se oponga —decidió Lenore. Probablemente ni siquiera lo notaría. Estaba demasiado ocupado correteando por Londres con sus amigos y lamentando eternamente a su único amor verdadero como para preocuparse por con quién pasaba ella su tiempo—. Lo pasaremos de maravilla juntas en el campo. No puedo esperar para mostrarte todos mis lugares favoritos en Edenmere Park.

Eugenia arqueó una ceja.

—¿Vas a ir al campo?

—¿Con tu marido? —preguntó Aurora.

Lenore se humedeció los labios.

—Sí, por fin voy a volver a casa.

Así que había decidido su curso de acción, después de todo. Volvería al lugar donde se había sentido segura toda su vida, sin su marido ni su permiso. No sabía qué pensaba hacer él con su vida, ni necesitaba preocuparse más por sus sentimientos. Él no había pensado mucho en los de ella.

Sylvia le tiró de la manga.

—¿De verdad te vas?

Lenore forzó una sonrisa en sus labios.

—Absolutamente.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

Sylvia le cogió la mano.

—Me encantaría visitar tu casa durante el invierno, si no creyera que ir allí solo empeoraría las cosas entre tú y tu marido.

Lenore miró a las tres mujeres.

—Nunca dije...

—Ya lo saben, querida. Lo adivinaron. Puedes confiar en que todas guardaremos tus secretos —Sylvia le dedicó una sonrisa alentadora—. Solo queremos que seas feliz.

—Querida, no tenías que decir nada para alertarnos —murmuró Aurora con una sonrisa comprensiva—. Es fácil ver que no estás felizmente casada.

Las lágrimas amenazaron con salir, pero las contuvo.

—Yo *era* feliz.

—Tonterías —declaró Eugenia—. Pero no es una sorpresa ni hay necesidad de disimular. Los matrimonios arreglados rara vez están libres de desafíos.

Lenore dirigió su atención a Sylvia, quien sonrió.

—Juro que no les dije nada a ninguna de las dos. Es nuestro trabajo ser observadoras. No has sido feliz en mucho tiempo.

Eugenia asintió.

—No desde que eras dama de compañía de Lady Kerr antes de que muriera, creo.

—Ella fue mi primera empleadora. Lady Kerr me hacía reír —admitió Lenore—. Solía gastar bromas a todos los que no la habían visitado en un tiempo, fingiendo estar sorda o ciega para ver

qué hacían. Lo fuerte que le gritaban.

—Y tu marido no te hace reír, ¿verdad? —Aurora frunció el ceño—. Porque nada menos que una completa miseria te habría obligado a dejar a tu querido Hero ayer y pasar la noche con nosotras. Supongo que llegaste al límite de tu paciencia, ¿no?

Lenore se concentró en trazar el patrón del mantel con la punta del dedo.

—No podía quedarme. Estaba demasiado disgustada con él por engañarme.

—¿Cómo te ha engañado?

—¿Descubriste que al final sí tiene una amante? —preguntó Sylvia.

Lenore suspiró.

—Ojalá fuera tan simple.

Aurora le dio unas palmaditas en la mano.

—No tienes que contarnos, pero si no sabemos qué ha pasado, no podemos planear su muerte. Algo horrible —declaró Aurora acaloradamente, frotándose las manos—. Algo equivalente a su traición hacia ti debería ser lo apropiado.

Lenore rio amargamente. Se reuniría con su amada Angela en el cielo si muriera ahora.

—Morir solo lo haría feliz.

—Bueno, entonces no lo cortaremos en pedacitos para dárselo de comer a los cuervos en los terrenos comunales. Aunque estoy segura de que no estaría feliz de ser alimento para carroñeros.

Lenore levantó la cara y se encontró con la expresión animada de Aurora con el ceño fruncido.

—Había olvidado lo sanguinaria que puede ser tu imaginación a veces.

Ella le guiñó un ojo.

—Los pensamientos siempre están ahí. Simplemente rara vez los expreso en voz alta, o tengo motivos para hacerlo últimamente. Asusta a los clientes. Pero cometería un asesinato por una amiga si hubiera una posibilidad de que volvieras a sonreír como antes.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Está enamorado.

Las tres mujeres jadearon.

Lenore se llevó la mano a la cabeza.

—Si tan solo lo hubiera sabido antes de casarnos, pero no dijo ni una palabra.

—¿Estás segura de que la ama?

Lenore asintió miserablemente.

—Segura. Cierta. De sus propios labios también. Solo soy un triste reemplazo de la mujer con la que realmente quería casarse.

—No puedo creer que eso sea cierto —declaró Sylvia—. Siempre existe la posibilidad de que estés equivocada sobre él.

—Siempre buscas el lado positivo, pero mi matrimonio es totalmente irreparable.

Hubo silencio a su alrededor, y dejó que el conocimiento se asentara sobre ella. Había estado dispuesta a ser esposa, madre, amante y compañera sin el amor de su marido. Sabía que tal vez nunca se enamorarían el uno del otro, pero ser el segundo violín de una mujer muerta era demasiado para soportar.

De repente, levantó la mirada.

—¿Mi confesión me convierte ahora en cliente de la Academia Hillcrest? Puedo pagarles bien para que me recompongan de modo que él nunca pueda volver a herirme. Quizás entonces, no necesitarían cerrar su negocio y podrían permanecer juntas.

—Esa es una discusión para otro momento —murmuró Eugenia—. Hablemos de ti por ahora.

No podían arreglar su matrimonio, pero les dejaría intentarlo. Tal vez de alguna manera encontraría la forma de soportar su matrimonio con su ayuda y apoyo. Hablar con ellas sobre qué debería hacer a continuación con su vida, esperaba, aliviaría su dolor.

Sylvia deslizó su brazo alrededor de la espalda de Lenore y la apretó.

—Todo tiene arreglo.

—Esto no —susurró ella—. Mi marido probablemente ni siquiera ha notado mi ausencia. Nunca vino a buscarme. No debería haberle sido difícil sospechar que podría estar aquí.

Las mujeres se retiraron para conferenciar justo fuera de la habitación, y a Lenore no le importó quedarse sola con sus pensamientos. Aunque deseaba no haber dejado atrás a su Hero, preguntándose adónde había ido. Se sentiría mejor si tuviera a su lado a alguien que la amara sin vacilación en este momento.

Las damas regresaron, sonriendo felizmente.

—Bueno, entonces, estás de suerte. Acabas de convertirte en la última cliente de pago de la Academia Hillcrest este año. Y estamos decididas a demostrarte que estás equivocada sobre tu matrimonio también.

—Eso requeriría un milagro —murmuró con pesimismo, y luego sonrió—. Pero estoy dispuesta a darles una oportunidad.

—Bien. Ahora mantén ese corazón tuyo abierto a todas las posibilidades un poco más.

Aurora se excusó de repente mientras Sylvia instaba a Lenore a ponerse de pie. —Llevemos nuestra discusión a la biblioteca, ¿les parece?

Lenore las siguió tropezando, dispuesta a dejar que intentaran arreglar todo por ella. Ya no tenía el más mínimo temor de empezar de nuevo, de vivir sola el resto de sus días. Quizás se había acostumbrado a tener marido, pero supuso que en realidad nunca había tenido a Price después de todo.

Eugenia se sentó detrás de un gran escritorio y sacó papel, humedeciendo la pluma. —¿Nombre, por favor?

Lenore tomó asiento frente a ellas y cruzó las manos en su regazo. —Sabes mi nombre —le reprochó.

—Les pido a todas las clientas que digan su nombre en voz alta.

Lenore suspiró, dispuesta a seguirles el juego. —Lenore Wagstaff, condesa de Carmichael.

—¿Edad?

—Lo suficientemente mayor como para no responder esa pregunta.

—Tiene veintiséis años —respondió Sylvia por ella—. Se casó recientemente. Solo una vez.

Eugenia dejó la pluma a un lado y juntó las manos sobre el escritorio. —¿Cómo podemos ayudarla, Lady Carmichael?

—Necesito ayuda con mi marido.

Eugenia chasqueó la lengua en señal de desaprobación. —Las pociones de amor, si es que tales brebajes existieran, están fuera del alcance de nuestros servicios, milady.

—No quiero que lo hagan amarme. No sería real —Se encogió de hombros—. Además, ya está enamorado y ha jurado no olvidar nunca a esa mujer.

—Ya veo —murmuró Aurora—. ¿Qué quiere que hagamos al respecto?

—Nada, en realidad. Solo quiero... —Se frotó la frente—. Supongo que solo necesito consejo sobre cómo vivir sabiendo eso de él. Ella está muerta, ¿saben?

—¿Muerta, dice?

—Sí, fue asesinada —admitió Lenore—. Hace seis meses.

—Así que no hay posibilidad de resurrección —añadió Aurora mientras entraba en la

habitación y tomaba asiento.

Lenore le lanzó una mirada fulminante a Aurora por ser tan frívola. —Ninguna, por supuesto.

—Entonces, si está muerta, ¿cómo la ha traicionado él?

—¡Aún la llora y nunca me lo dijo! Lleva un brazalete sobre la manga derecha de la camisa, bajo la chaqueta. También lo oculta.

Las primas intercambiaron miradas. —¿De qué otra manera la llora?

—Se guarda sus sentimientos para sí mismo —respondió Lenore. No quería mencionar que tenía amantes en el establecimiento de Madame Bradshaw. Eso era aún más humillante—. ¿No es suficiente?

—Ese es un problema común en muchos hombres. Hablar no es su fuerte, y no llevan el corazón en la manga. Mantienen esa parte de sí mismos bien oculta —Eugenia se inclinó hacia adelante—. ¿Visita la tumba de esta mujer y coloca flores en su lugar de descanso, tal vez?

Lenore frunció el ceño ante eso. —No lo sé. Sale mucho sin mí. Nunca dice dónde ha estado.

—¿Sabe su nombre?

—Angela. Angela Berry.

—Conozco ese nombre —murmuró Sylvia, revolviendo entre algunos recortes de periódico en una mesa lateral—. Ah, aquí está. Angela Berry fue asesinada por Lady Scott, la madrina de Lord Carmichael. Se suponía que la joven sería enterrada en el condado. Carmichael no sale de Londres, así que no veo cómo podría haber visitado su tumba desde que comenzó el matrimonio.

El corazón de Lenore se retorció dolorosamente ante la noticia. —¿Investigaron a mi marido?

—Los asesinatos, querida. Teníamos que saber qué estaba pasando en la sociedad. Algunas de nuestras clientas también perdieron a sus enamorados.

Lenore asintió lentamente. —No puedo competir con una sombra, y no lo haré.

Eugenia se inclinó hacia adelante, con las manos juntas sobre la mesa. —¿Por qué se siente así? Usted tiene una ventaja sobre una mujer muerta.

—Sí —convino Aurora—. Él puede extender la mano y tocarla a usted cuando quiera.

—Aparentemente también tiene otras mujeres —se sonrojó, bajando la mirada—. Visita un lugar escandaloso casi todas las noches con sus amigos.

—Pero seguramente ha compartido su cama.

Lenore asintió. —Si tan solo creyera que es algo más que el deber lo que lo guía hacia mí —dijo Lenore con amargura, y luego les contó la verdad sobre cómo había comenzado su matrimonio, el malentendido que la había llevado a Londres, y cómo, después de seducirlo, él había huido de su alcoba y de la casa. No podía volver a casa para enfrentar esa situación de nuevo.

—Los hombres a menudo aman a más de una mujer en sus vidas, ¿sabe? —dijo Sylvia con suavidad—. Las mujeres también.

—Yo solo quería que un hombre pensara en mí primero por el resto de *mi* vida. Solo quería amar a alguien. Lo quería a *él*.

Eugenia sonrió. —Bueno, eso es un alivio.

Lenore rio amargamente. —Pero no importa que me haya enamorado de mi marido.

Eugenia comenzó a sonreír. —¿Está segura de que es amor lo que siente? Sé que es guapo y rico, pero muchos hombres lo son.

Lenore asintió miserablemente. Las primas Hillcrest nunca repetirían lo que les contara hoy. Más importante aún, no se lo dirían a Price. Tendría que fingir para siempre y nunca dejarle ver cómo se sentía. Pero solo por esta vez, quería desahogarse. Los días que vendrían iban a ser vacíos y muy fríos. Amar a Price en silencio era la única decisión sobre la que no tenía control.

La única opción real que tenía era aprender a ocultar cómo se sentía y nunca dejarle saber cuán profundamente la había herido. —Sí, lo amo. Simplemente no sé cómo lo soportaré.

—Muchos maridos no aman a sus esposas, y se las arreglan perfectamente sin ello.

—Pero ¿acaso ella no merece tener un marido que ponga su felicidad en primer lugar? Él debería ponerla en un pedestal también —declaró Aurora.

Price había sido tan fácil de amar, y ella había prometido dedicarse a él hasta el final de sus días. Él la había presionado para que aceptara su propuesta, y ella realmente no había opuesto mucha resistencia. —No quiero estar en un pedestal. Solo quiero ser la persona con la que él sueña.

Una tabla del suelo crujió detrás de Lenore cuando alguien entró en la habitación. —Creo, personalmente, que los *sueños* de amor no son suficientes para sostener un matrimonio. El amor *verdadero*, sin embargo, es otra cuestión... y vale la pena luchar por él —dijo Price de repente—. Especialmente el tuyo, esposa.

Lenore se quedó paralizada cuando su marido posó suavemente la mano sobre su hombro y Hero saltó a su regazo para lamerle la cara. Ella abrazó a su perro, pero al principio no se atrevió a darse la vuelta.

Su marido había venido tras ella, pero todo lo que había oído eran sus quejas de que él nunca podría amarla.

CAPÍTULO 22

PRICE SINTIÓ LA conmoción que recorrió el cuerpo esbelto de su esposa y apretó la mandíbula para contener una maldición. Escuchar su comportamiento descrito por su esposa en un tono tan derrotado después de la horrible noche que acababa de experimentar hizo que la vergüenza lo invadiera.

Había herido a su esposa.

No deliberadamente. Pero por omisión, había socavado su confianza en él y en sí misma.

En su batalla con su conciencia, con su propia lujuria, no había revelado a Lenore cuán esencial se había vuelto para su vida.

No quería que ella solo cumpliera con su deber hacia él.

Quería que ella se preocupara por él tanto como él había llegado a preocuparse por ella.

Quizás incluso más que eso.

Siempre había evitado hacer comparaciones entre Lenore y Angela. Pero dudaba que Angela hubiera aguantado como lo había hecho Lenore si sus situaciones hubieran sido al revés. Angela había *exigido* estar en su pedestal. Lenore nunca lo haría.

Era hora de enfrentar la verdad: su corazón había cambiado completamente de lealtad. Pensaba en Angela por culpa, no por amor.

Amaba a la mujer con la que se había casado, más de lo que había creído posible.

Ignorando las miradas de sus amigas, soltó a Lenore, agarró una silla y la arrastró para ponerla frente a la de ella. Se sentó a su lado, preocupado por su palidez e inmovilidad. Era evidente que su llegada la había sorprendido. Sobresaltado.

Pero ella no tenía razón para temer expresarle su opinión directamente. Era un alivio escuchar la insatisfacción que obviamente había estado ocultando tan bien. La culpa era suya. —Mírame, por favor, Lenore.

Ella tragó saliva y lo miró rápidamente. Su mandíbula se tensó y sus labios se apretaron con fuerza. Había rebeldía en sus ojos, y la certeza de que finalmente estaba siendo honesta lo llenó.

Era hora de que él hiciera lo mismo.

Extendió la mano y rozó con el pulgar la punta de su barbilla. —Me disculpo.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. —¿Por qué?

—Por decepcionarte. Por no contarte todo.

Su mirada bajó.

—Sí, estaba enamorado y tenía la intención de casarme con Angela Berry.

Sus ojos se cerraron.

—Estuve con el corazón roto durante mucho tiempo —admitió—. Mi madrina mató a Angela para que no pudiera casarme con ella, alguien a quien consideraba inadecuada.

Lenore se movió en su silla.

—Y sí, todavía lloro por Angela, pero también lloro por todas las mujeres inocentes que mi madrina mató por la misma razón. Por eso llevo el brazalete debajo de mi abrigo y no lo muestro. Me cansé de escuchar a la gente prometer que no era mi culpa, cuando sé muy bien que lo era.

Los ojos de Lenore volaron hacia los suyos.

—No, no estaba enamorado de todas ellas, pero rápidamente se hizo evidente para mí que había robado un beso a muchas de las víctimas en algún momento u otro. Mi madrina murió antes de que pudiera descubrir si había alguna otra razón por la que había elegido a esas pobres chicas. ¿Puedes imaginar la culpa que sentí al saber que las había puesto a todas en peligro?

—Dijiste que no sabías sobre tu madrina —susurró Lenore.

—Debería haberlo sabido. Éramos cercanos. —Hizo una mueca—. Creí que nunca volvería a amar a nadie de ninguna manera, después de su traición. Se lo dije a todos. Y entonces llegaste tú.

—Tú me mandaste llamar —le recordó Lenore.

—Sí, lo hice —admitió libremente ahora. Miró brevemente a sus amigas—. Me alivia que hayas contado a tus amigas cómo comenzó nuestro matrimonio. No fue justo de mi parte esperar que mantuvieras eso en secreto para siempre.

—Fue una propuesta de lo más singular —murmuró Eugenia Hillcrest.

—Una proposición de un borracho —dijo Price para corregirla, y luego miró solo a su esposa —. Muy mal hecho de mi parte y completamente indigno de ti. Me avergüenzo bastante de haberte escrito esa noche en lugar de hacerte una visita apropiada. Sabía exactamente dónde encontrarte, y no había nada importante que me retuviera en Londres. Debería haberte cortejado. Merecías mucho mejor que yo. Debería habernos dado tiempo para conocernos antes de que comenzara cualquier matrimonio, incluso antes de proponer. Pero dado que tu estancia nocturna en mi casa podría haberse conocido, pensé que lo mejor era adelantarme a cualquier escándalo y casarnos rápidamente. Pero para ser honesto, solo quería zanjar el asunto para poder tomar una copa de licor y seguir viviendo en un aturdimiento.

El ceño de Lenore se frunció. —En lo de Madame Bradshaw.

—Sí. Odio beber solo, así que me convertí en casi una figura permanente en sus salones. Pero para que conste, no ha habido otra mujer más que tú desde Angela.

Lenore encontró su mirada y pareció algo aliviada por esa noticia. —¿Por qué yo?

—Me he estado haciendo esa misma pregunta desde que releí mi propia carta. Todavía no lo entiendo del todo, pero no me arrepiento de que nos hayamos casado.

—¿Por qué?

Le tomó la mano y la sostuvo suavemente. —Cuando me di cuenta de que no estabas en casa cuando regresé ayer, te esperé despierto toda la noche. Incluso envié a un lacayo anoche para preguntar si estabas aquí. Dijeron que te habías ido hacía mucho.

Lenore miró a sus amigas. —¿Por qué no le dijeron dónde estaba?

Eugenia resopló. —Cuando una amiga llega a nuestra puerta, obviamente a punto de llorar, pidiendo pasar la noche aquí, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Enviarte directamente de vuelta a los brazos del marido que probablemente te ha alterado?

Price asintió. —Al amanecer, estaba frenético de preocupación. Estaba consultando con los Runners cuando llegó la nota de Sylvia, explicando que realmente estabas aquí después de todo, y que si quería salvar mi matrimonio, mejor que viniera aquí inmediatamente. No esperé el carruaje. Corrí hacia ti.

—Siento un cambio en el aire —reflexionó Eugenia con una sonrisa complacida mientras se

ponía de pie—. Quizás deberíamos darle un poco de privacidad a esta pareja ahora.

Price asintió. —Gracias por cuidar de Lenore por mí.

—Cuando quiera, milord. Pero no me gustaría que volviera a suceder demasiado pronto.

—Nunca volverá a suceder.

La puerta se cerró silenciosamente detrás del trío y Price se mordió el labio. Tenía que contarle todo ahora, o ella podría no volver a confiar en él. —He estado improvisando a medida que avanzábamos, manejando muy mal el cambio entre nosotros, ¿verdad?

Lenore asintió. —No es todo culpa tuya.

—No te atrevas a ser indulgente conmigo, Lenore. Merezco una buena reprimenda.

Lenore se humedeció los labios. —He estado pensando en ir a Edenmere pronto —susurró.

—¿Edenmere?

—Me gustaría llegar a tu residencia de campo antes de que se instale el invierno.

—No necesitamos ir a casa para el invierno —dijo lentamente.

—Pero quiero ir. Apenas recuerdo el lugar, y ahora es mi hogar de nuevo. Me gustaría dar largos paseos por los terrenos antes de que la nieve lo haga demasiado difícil.

—Supongo que nosotros-

Ella puso su dedo sobre los labios de él.

—No te estoy pidiendo que me lleves. Sé que tienes una vida aquí en Londres.

Él esquivó su dedo.

—Lenore, seguramente te das cuenta de que nunca te dejaré fuera de mi vista por tanto tiempo otra vez —su corazón dio un vuelco extraño al pensar que podría haberla perdido para siempre cuando ella no reaccionó—. Admito que no estoy haciendo o diciendo las cosas correctas para demostrarte que me estoy enamorando de ti, pero si me das una segunda oportunidad para probarlo, yo-

Lenore presionó su mano sobre los labios de él una vez más.

—Repite eso.

—¿Qué parte? —preguntó él alrededor de sus dedos.

Las cejas de ella se fruncieron.

—¿La parte del amor?

—Creo que estoy enamorado de ti —dijo él, apretando su agarre en la mano de ella—. Tienes que creerme, no lo sabía.

—Oh —sus hombros se hundieron—. Lo siento.

—Sé que nuestro acuerdo no tenía nada que ver con este tipo de cosas, pero a veces el amor simplemente sucede sin avisar.

Ella tomó su mano de nuevo y la presionó contra sus labios.

—Así es —susurró antes de besar su mano otra vez.

Él buscó en su mirada, preguntándose si la había entendido correctamente. ¿Realmente lo amaba como le había asegurado a las primas Hillcrest? Ella le estaba sonriendo, sus ojos azules suaves y llenos de ternura.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Estaba tan asustada como tú de decir lo que estaba en lo profundo de mi corazón. Pensé que no *querrías* que te amara.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Por supuesto que sí.

La mirada de ella bajó a su boca, y una sonrisa tímida jugó en sus labios. Extendió sus dedos para tocar su pecho, y luego acunó su rostro.

—Te amo, Price.

Él la besó con fuerza.

Aunque Lenore parecía un poco más apagada de lo normal al principio, la fuerza de su abrazo cuando lo rodeó con sus brazos desterró todas sus dudas.

Se amaban, y juntos resolverían esto.

Él llenó de besos su rostro y cuello hasta que ella se rió y se retorció en su silla. Price la jaló a su regazo y la abrazó con fuerza. Ella había levantado su ánimo desde el momento en que se casaron, aunque él no se hubiera dado cuenta al principio.

—Iremos a casa juntos —decidió—. Pero después de que hayamos estado en casa por un tiempo, también haremos un viaje juntos.

—¿A dónde?

—A la finca del Duque de Exeter.

Ella lo miró fijamente.

—Ah, ya sabías sobre la fiesta, ¿verdad?

Ella asintió, apretando la mandíbula.

—No te pediré que reveles quién arruinó mi sorpresa, pero creo que realmente disfrutarás la oportunidad de mezclarte con algunas de las personas más agradables de la *alta sociedad* antes de que regresemos a Londres nuevamente para la temporada.

—¿Entonces no nos quedaremos en el campo para hacer bebés juntos? —murmuró ella.

—Podemos hacer bebés en cualquier lugar y en cualquier momento que quieras, querida.

Lenore deslizó las yemas de sus dedos por su pecho.

—¿Ahora?

La caricia, destinada a ser seductora, lo excitó solo un poco. No estaba realmente de humor para hacer el amor cuando probablemente aún había tres pares de oídos pegados a la puerta. Besó su mejilla y susurró:

—Tan pronto como sea posible, querida. Imagino que tus amigas querrán volver a esta habitación pronto, así que será mejor que esperemos hasta que no nos interrumpan.

—No querría eso —susurró ella en respuesta.

Él sonrió.

—Oh, mi querida mujer. Estoy terriblemente enamorado de ti. Cada vez que te mueves, hablas, sonríes, mi corazón se eleva con la felicidad más increíble. Lo supe la noche en que esa mujer murió. Cuando la vi, y luego a ti parada a salvo en la acera, di gracias por tenerte en mi vida. Me haces sentir tan vivo.

Sus labios temblaron. Price nunca había esperado hacer ese tipo de declaración cuando se casó con Lenore, pero cada palabra era sincera.

—Tenía miedo de que solo fuera yo quien se sintiera así —susurró Lenore, presionando su cabeza contra la de él.

—Ahora ambos sabemos la verdad sobre nosotros —se rió suavemente mientras Hero metía su cabeza bajo sus manos—. ¿Cómo diablos me soportaste ese primer día, semana, mes de nuestro matrimonio?

—Todo era tan nuevo para mí que simplemente pensé que el nuestro era un matrimonio normal de la *alta sociedad* —explicó ella con una sonrisa cariñosa—. Quería tanto asegurarme de que nunca te arrepintieras de casarte conmigo.

—Nunca podría hacerlo —Price suspiró y la acercó más. Los arrepentimientos y las dudas casi habían arruinado su matrimonio antes de que realmente comenzara. La única forma de avanzar era desnudar su corazón y alma, y proteger los de ella a toda costa—. ¿Te das cuenta de

que esto es un matrimonio por amor, querida esposa mía?

La sonrisa de Lenore fue inmediata, y lo envolvió con fuerza en sus amorosos brazos.

—Lo veo ahora, esposo —susurró ella—. Lo siento también.

EPÍLOGO



LENORE FROTÓ SU puño enguantado contra la ventana empañada de su carruaje de viaje y miró hacia el sombrío paisaje blanco. Hacía un frío penetrante afuera, pero la nieve había dejado de caer hacía una hora. Se sentía mal por sus mozos, que tenían que soportar lo peor en el exterior del vehículo. No había nada nuevo que ver afuera, solo kilómetros y kilómetros de campos cubiertos de blanco. Esto hacía que jugar su juego para pasar el tiempo fuera problemático.

Echó un vistazo a su perro, o lo que podía ver de él bajo sus mantas en el asiento opuesto. Estaba acurrucado lo más cerca posible de Sylvia Hillcrest, intentando mantenerse caliente. Formaban un grupito acogedor, manteniéndose entretenidos y emocionados por su viaje juntos. Sylvia y Price habían asegurado a Lenore que la fiesta en la casa a la que se dirigían no sería una tortura. Sería una introducción tan suave como fuera posible al *ton*.

Si no fuera por el frío, o el interminable balanceo, Lenore estaría bastante feliz de seguir viajando para siempre. Pero no podía, por supuesto. Sylvia solo pasaría el invierno con ellos, y luego regresaría a Londres y a sus primas cuando comenzara la temporada. Hero probablemente extrañaría a Sylvia tanto como Lenore. —Veo, veo con mi ojito...

—¡Hero! —declaró Price con una risa.

—No. Espera un momento —exclamó ella.

—Estabas mirándolo directamente, amor —insistió su marido.

—Pero no iba a repetirme.

Price exhaló un suspiro y acercó a Lenore, cubriéndola de nuevo. Le acarició la oreja con la nariz, y un rubor calentó sus mejillas. —¿Qué letra entonces? —susurró.

Habían estado jugando durante horas mientras viajaban hacia su destino final. Era un largo camino desde Londres hasta la finca del Duque de Exeter. Hero había soportado el confinamiento mejor que todos ellos. Sylvia había elegido dormir durante la mayor parte del viaje. Una hazaña que Lenore no había logrado en absoluto. —Veo, veo con mi ojito, algo que empieza por M.

—¡Hero! —exclamó Price de nuevo—. Cada tercera M ha sido él.

—No es nuestro perro —prometió Lenore.

Price miró alrededor del carruaje. —¿Manija? ¿Ese ramo de muérdago que insististe en traer de nuestra última parada?

Lenore sonrió, adorando lo mucho que Price se esforzaba por adivinar cada vez. —No, a ambos.

—Bueno, odio decirlo, pero debo rendirme. No tengo idea de qué podría ser esta vez.

Ella levantó la mirada hacia su rostro y sonrió. Había tenido tanta suerte cuando aceptó casarse con él. —¿Estás seguro?

—Sí, tú ganas. —Movió las cejas sugestivamente—. Esta vez.

—Marido.

—¿Sí?

—*Marido* —dijo ella con un poco más de énfasis.

—¡Pero eso era demasiado obvio! —exclamó él.

Ella rió suavemente. —¿Maravilla, entonces?

Sus brazos se estrecharon alrededor de ella, y se inclinó para besarla suavemente en los labios. —Maravilla, en efecto —prometió, susurrando en su oído.

Lenore adoraba cuando su voz se volvía ronca y profunda de esa manera.

Sylvia de repente se desenvolvió de sus mantas con un gemido. —¿Ya llegamos? —exclamó —. Ustedes dos realmente necesitan estar a solas por un buen rato pronto.

—Lo siento, Sylvia —se disculpó ella con una risa.

—Mis más sinceras disculpas de nuevo, señorita Hillcrest —dijo Price también—. Es culpa de Lenore.

Lenore le dio un empujón juguetón. —También es tu culpa.

Sylvia se estiró. —Es amor —declaró con una sonrisa—. Prueba innegable.

Lenore besó a su marido de nuevo, y luego se acomodó contra él, subiendo las mantas hasta su barbilla. —¿Cuánto falta?

—Estamos cerca ahora —prometió él.

Ella lo miró. —¿Crees que le darán a Sylvia una habitación cerca de la nuestra?

—Aún no lo sé.

—Estaré bien donde sea que me pongan —prometió Sylvia—. Mientras pueda estar más caliente de lo que estoy ahora, estaré feliz en cualquier lugar.

—Pobre Sylvia. Deberías conseguirte un marido —sugirió Lenore—. Son excelentes calentadores.

—Tendré que mencionar esa ventaja a futuros clientes —respondió Sylvia secamente—. Si mis clientes caballeros se aseguraran de mencionar eso primero cuando se arrodillan, nunca serían rechazados y no necesitarían mi ayuda.

Price se rió de eso. —¿Qué hay de un marido para usted, señorita Hillcrest? ¿Alguna vez ha sentido el impulso de atarse también?

—En lo absoluto —insistió Sylvia con un resoplido desdeñoso.

—Eso me sorprende. Por favor, no lo tome a mal, pero tiene el tipo de disposición directiva que muchos caballeros necesitan en sus vidas. —Price abrazó a Lenore—. Yo tengo mi compañera perfecta en Lenore.

—Gracias a una mala caligrafía y un barril de ginebra —bromeó Lenore.

—Era sidra. —Price deslizó sus dedos por su mejilla—. Siempre estaré agradecido por tu paciencia —susurró, y luego ella pudo sentir que se inclinaba para besarla.

—¿Ya llegamos? —gimió Sylvia.

El beso nunca sucedió porque todos comenzaron a reír. Su comodidad juntos había sido evidente desde el principio.

—¡Oh, miren! —exclamó Price de repente—. Ahí está Grafton Park.

Todos se volvieron para mirar por las ventanas empañadas, apresurándose a limpiarlas para tener una mejor vista. A lo lejos, una estructura colosal surgía del paisaje brumoso hacia el cielo despejado. Lenore parpadeó y se quedó boquiabierta ante el tamaño de la finca ducal. Bajo la niebla, el resto del edificio era apenas una sombra bajo la blancura nacarada. A Lenore le pareció que medía casi un kilómetro de largo.

—Realmente pensé que sería más grande —dijo Sylvia con sarcasmo.

Lenore soltó una risita.

—Por favor, no dejes que el duque te oiga decir eso —advirtió Price—. Empezaría a construir un nuevo ala solo para impresionarnos a todos.

—No lo haría —dijo Lenore, con los ojos fijos en la imponente estructura. Seguramente ya era lo suficientemente grande para un duque—. ¿No dijiste que estaba trabajando en el paisaje?

—Escuché que tenía la intención de transformar completamente el parque, pero dudo que comience hasta que los invitados nos hayamos ido —explicó Price.

Más de Grafton Park se hizo visible, y Lenore estaba maravillada. Se mordió el labio. Lo más probable era que se perdiera el primer día. Gracias al cielo no estaría sola. Tenía a Price y a Sylvia para organizar una búsqueda. A Hero también.

Sus nervios regresaron, y cuando Price le tomó los dedos, se dio cuenta de que él sabía lo que estaba pensando sin que ella tuviera que explicarlo.

—Va a ser una aventura —prometió.

Ella asintió.

—Así será.

Finalmente llegaron bajo un imponente pórtico con columnas. Los lacayos salieron en tropel de la casa tan pronto como se detuvieron por completo, y Lenore se alejó a regañadientes del calor de su esposo para prepararse para salir.

El frío exterior era cortante, y ella tembló incluso antes de llegar a la puerta principal. Rápidamente fueron conducidos a una sala de recepción donde ardía un fuego rugiente en la chimenea. Las mejillas de Lenore hormiguearon.

—Oh, puede que nunca salga de esta habitación —susurró Sylvia mientras casi se metía en la chimenea para calentarse.

—Ten cuidado de que no se te prenda la falda —advirtió Lenore.

—Lo tengo —prometió Sylvia y retrocedió un poco—. ¿Puedo tener una de este tamaño en casa?

—Necesitarás una casa más grande —aconsejó Price, mientras él también se unía a ellas junto al fuego y se frotaba las manos ante el calor—. El duque se ha casado ahora, así que está fuera del mercado, pero tal vez podrías encontrar a un caballero con una de tamaño similar en algún lugar.

—Tendría que ser rico —dijo Sylvia distraídamente mientras se giraba para calentar su otro lado—. Obscenamente rico, y ciego también.

—Bueno, ahí lo tienes. Te conseguiremos una chimenea así de grande antes de que termine el mes —prometió Price, riendo.

Sylvia estaba a punto de responder cuando las puertas se abrieron de nuevo. Un caballero mayor entró en la habitación con una hermosa mujer de edad similar a su lado.

—¡Por fin! —exclamó el hombre—. Estaba considerando si sería necesario organizar una búsqueda.

Price hizo una reverencia.

—Nos encontramos con mal tiempo, Exeter.

Su gracia asintió, y luego sonrió cálidamente a la mujer a su lado.

—Kitty. Este es el bribón que robó a nuestro chef.

—Y lo tienen de vuelta —protestó Price.

—Menos mal. —El duque deslizó su brazo por la espalda de la mujer y sonrió—. Carmichael, esta es mi esposa Kitty, la Duquesa de Exeter.

Lenore se apresuró a hacer una reverencia a la mujer, y Sylvia también.

Price también hizo una profunda reverencia.

—Su gracia, es un honor finalmente conocerla. Felicidades por su matrimonio.

—Gracias, milord —murmuró la mujer—. Bienvenidos a Grafton Park. Espero que disfruten su estancia con nosotros.

—Estoy seguro de que lo haremos. —Price hizo que Lenore se adelantara—. Y esta es mi esposa, Lenore.

—Un placer.

La duquesa le sonrió amablemente, y luego a Sylvia.

—Deben estar exhaustas después de su viaje.

—Frío —murmuró Sylvia, y Price se apresuró a presentar a Sylvia también.

—Pronto entrarán en calor una vez que las llevemos arriba —prometió el duque.

La duquesa las instó a su lado.

—Vamos a acomodarlas y a que se cambien esos vestidos húmedos antes de que se resfríen. La mayoría de las damas se han reunido alrededor del gran fuego en el salón oeste.

Lenore siguió a regañadientes a la duquesa, pero notó que Price las seguía al lado del duque. La pareja parecía ser muy amistosa e informal mientras comenzaban a hablar.

—Así que finalmente te casaste —observó Price.

—Tú también —respondió su gracia con una sonrisa—. Te ves feliz.

—Tú también —replicó Price, y luego se rió—. ¿Y cómo está disfrutando mi chef sus vacaciones contigo?

—Es *mi* chef, y está muy feliz, muchas gracias —insistió el duque—. Ni se te ocurra intentar robarlo de nuevo.

—Ni siquiera me esforcé mucho la última vez —bromeó.

La duquesa corrió de vuelta al duque y deslizó su brazo por el suyo, tirando de él.

—Vamos, vamos, cariño. No discutas por el pobre chef el primer día. Habrá tiempo de sobra para eso más tarde, después de que haya servido el festín para tu fiesta.

El duque rápidamente le besó la mejilla.

—Como desees, mi amor.

Price rodeó a Lenore con su brazo y la atrajo hacia sí. El duque y la duquesa de Exeter sonrieron y lideraron el camino, susurrándose como un par de jóvenes enamorados. Como ella y Price a menudo hacían cuando estaban solos.

Mientras Sylvia seguía al duque y a la duquesa, Lenore sonrió a su marido, desapareciendo su ansiedad.

—Va a ser una muy buena Navidad, ¿verdad?

—La mejor —prometió Price mientras la abrazaba antes de apresurarse a llevarla a sus aposentos donde finalmente podrían estar solos de nuevo.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

